



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

ELEMENTOS DEFINITORIOS DE UN 68 LATINOAMERICANO

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA

SERGIO EPIFANIO BLAZ RODRÍGUEZ

TUTOR: DR. ENRIQUE RAJCHENBERG SZNAJER

FACULTAD DE ECONOMÍA

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD.MX., NOVIEMBRE DE 2016



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN... 1

CAPÍTULO PRIMERO. Dimensiones espaciales y temporales de las rebeliones estudiantiles de 1968...	16
1.1 Algunas definiciones...	18
1.2 El contexto mundial...	27
1.3 La “década larga de 1960” como periodo de conflicto social en América Latina...	31
1.4 El tránsito de las sociedades latinoamericanas del populismo al autoritarismo de derecha...	42
1.5 Los estudiantes como sujetos políticos y las universidades como espacios de conflicto.	46
1.5.1 Genealogía de las universidades y el significado de la autonomía...	47
1.5.2 Las universidades latinoamericanas en la década de 1960...	55
1.6 Una caracterización de los conflictos políticos en torno a las universidades...	64
1.6.1 Brasil...	65
1.6.2 Argentina...	75
1.6.3 México...	86
1.6.4 Uruguay...	94
En resumen...	103
CAPÍTULO SEGUNDO. Una panorámica del 68 en América Latina...	104
2.1 Movimiento social y rebelión...	104
2.2 Una cronología...	109
2.2.1 Marzo y abril: las primeras protestas en Brasil...	111
2.2.2 Mayo: el movimiento en Uruguay...	113
2.2.3 Junio: apogeo de las movilizaciones en Brasil y estado de excepción en Uruguay...	117
2.2.4 Julio: los estudiantes mexicanos en movimiento...	121

2.2.5 Agosto: multitudes en las calles de México y Uruguay...	127
2.2.6 Septiembre: el ejército en las calles...	133
2.2.7 Octubre: la hora de las bayonetas...	138
2.2.8 Mayo de 1969: el Cordobazo...	142
2.3 La rebelión como ocupación de espacios urbanos...	150
En resumen...	161
CAPÍTULO TERCERO. Los sujetos en movimiento y sus acciones...	163
3.1 El enfrentamiento como punto de partida de los movimientos...	164
3.2 Las alianzas internas...	173
3.3 La dirección: asambleas, organizaciones representativas y grupos políticos...	185
3.4 Tomar las escuelas, tomar las calles...	203
3.5 Apuntes sobre la violencia durante el movimiento estudiantil...	225
3.6 Las alianzas externas...	247
3.7 Rebelión y cultura...	269
3.8 Ser parte de un mundo en movimiento...	282
En resumen...	296
CAPÍTULO CUARTO. Los movimientos estudiantiles como problema para el Estado...	298
4.1 Una caracterización de los cuatro Estados latinoamericanos en 1968...	299
4.2 El movimiento estudiantil como problema de orden público...	313
4.2 El diálogo como contención...	323
4.4 Las rebeliones estudiantiles como problema de seguridad nacional...	328
CONCLUSIONES...	338
APÉNDICE 1. MAPAS...	350
APÉNDICE 2. FOTOGRAFÍAS	354
BIBLIOGRAFÍA...	362

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis se refiere a un momento de luchas colectivas, con millares de rostros anónimos y diversas maneras de involucrarse y participar; para elaborarla, tuve a mi lado muchos afectos, presencias y apoyos; en algunos casos, la gente que estuvo conmigo ni siquiera sospechará la importancia de ese acompañamiento, aunque es cierto que afectos y presencias estuvieron y estarán, hubiera tesis o no. En especial, dedico esta tesis a mi hija Luz Mariana, con todo mi cariño siempre.

Para la investigación, conté con un mes de investigación en archivos y bibliotecas de Montevideo, Uruguay, y de Buenos Aires y Córdoba, Argentina, en abril de 2014, que fue posible debido al apoyo brindado por el Programa de Apoyo a los Estudios de Posgrado (PAEP) de la UNAM.

Durante mi breve estancia en Montevideo, pude consultar el Archivo General de la Universidad de la República (AGU), así como las bibliotecas de la Facultad de Humanidades y Educación, y de la Facultad de Ciencias Sociales. Quiero agradecer al personal de todas esas instituciones, así como a la doctora Vania Markarian, al doctor Alfredo Falero, al cineasta Mario Handler, al fotógrafo Aurelio González; y a Roberto Perdía.

En Córdoba, revisé material del Archivo de la Memoria, así como publicaciones en la Hemeroteca de la Universidad Nacional de Córdoba y en el archivo del Arzobispado; y conté

con el apoyo de las compañeras de la organización *El Llano en Llamas*, de la familia Velázquez Cáceres, de Mabel Sessa y Héctor Agustín Tosco, así como de Carlos Orzaocoa.

En Buenos Aires, tuve acceso al archivo del Centro de Información y Documentación de las Culturas de Izquierda (Cedinci), a la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Nacional, y agradezco el tiempo que me dedicó el doctor Mariano Mestman.

Y en México, quiero agradecer a mi tutor, el doctor Enrique Rajchenberg; a Silvina Romano, Eugenia Allier, María Luisa González Marín y Daniel Inclán, por la lectura de este material. A los profesoras y profesores, camaradas y colegas del Programa de Posgrado de Estudios Latinoamericanos con quienes compartí y discutí algunos de los temas de esta tesis.

Para todas y todos ustedes, mis más profundos agradecimientos. Como es de rigor, aclaro que asumo la responsabilidad completa sobre las afirmaciones e interpretaciones que están asentadas en este texto.

INTRODUCCIÓN

El año 1968 fue absolutamente sorprendente. Resulta insólito que en unos meses, estudiantes de distintos confines del mundo ocuparan sus escuelas, salieran a las calles a protestar, a enfrentarse a la policía, y que con unanimidad, sus demandas se concentraran en exigir mayores libertades; en cada país, 1968 está lleno de historias novelescas, de creatividad, de bellos e indignados carteles y frases ingeniosas. Igualmente, sorprende que movimientos tan similares y tan cercanos, como los que ocurrieron en los mismos meses en varios países de América Latina, sean tan desconocidos entre sí. Esas condiciones: la fuerza y lo súbito de su irrupción, su simultaneidad, sus similitudes y el mutuo desconocimiento, son las que me impulsaron a esta investigación.

Los conflictos estudiantiles fueron un fenómeno mundial en 1968¹, y afectaron tanto a las potencias capitalistas, como a los países del bloque socialista, así como a naciones de Asia, África y América Latina, las regiones que constituían el llamado Tercer Mundo. Las imágenes, fotografías, consignas y pintas transmiten diversas ideas sobre lo que fue 1968: por una parte, furiosos enfrentamientos entre policías y estudiantes; gases lacrimógenos, bombas molotov y barricadas. Brutalidad policiaca y militar, hasta llegar a la matanza. Universidades ocupadas por sus alumnos y asaltadas luego por el ejército. Manifestaciones masivas en las calles. Estudiantes en las fábricas. Estudiantes y obreros. Mujeres en las

¹ El sociólogo estadounidense George Katsiaficas, con base en datos del diario francés *Le Monde* de 1967 y 1968, hace un conteo de protestas estudiantiles -que no necesariamente *movimientos*- en 22 países de Europa, 11 de África, 18 de América, 12 en Asia, y dos en el Pacífico, muchas de ellas reprimidas por las respectivas policías, con una diversidad de demandas que iban desde temas universitarios, reapertura de escuelas, cese de la represión, por libertades políticas, etc., y en los países que colaboraban de alguna manera con el traslado de tropas estadounidenses a Vietnam, en contra de esta participación. George Katsiaficas, *The imagination of the New Left. A global analysis of 1968*, Nueva York, South End Press, 1987, reproducido por SDS, Berkeley, en formato pdf, p. 15 a 18

calles, al frente de los contingentes, en las barricadas, en las acciones de propaganda, detenidas. Letreros, pintas y consignas llenos de ingenio, de alegría, de furia. Artistas e intelectuales con los estudiantes. Indignación e ira; euforia, alegría y goce; dolor y miedo.

De esta trama surgen varias nociones: 1968 como año de disturbios estudiantiles, de revueltas contra las autoridades, de cambios académicos, de alianzas de clase; como eclosión del feminismo; como rebelión desde la cultura; como protesta juvenil. Dimensiones que no son reductibles entre sí, sino que cada una tenía lógicas y cauces propios. También surge la necesidad de matizar, pues en cada lugar, y para cada sector, luchar contra el autoritarismo y por mayores libertades tenía implicaciones y significados distintos. Por lo mismo, los cambios políticos y sociales que eran la bandera de los movimientos resultaron frustrados en algunos casos, en otros se impusieron por la vía de los hechos, y en algunos casos se limitaron a concesiones para determinados sectores.

Ante un panorama tan diverso y extenso, las intenciones de esta investigación son dos: abordar un conjunto de los movimientos que tuvieron lugar en 1968 en América Latina, y determinar si es posible distinguir en ellos algo específicamente “latinoamericano”, es decir, rasgos que les sean comunes, que se vinculen a la situación del subcontinente, y al mismo tiempo los diferencie de las acciones estudiantiles en otros lugares del mundo; en paralelo, describir estos movimientos estudiantiles latinoamericanos en sus detalles, a fin de distinguir a sus actores, sus acciones, las razones de los conflictos, sus desarrollos y sus desenlaces; es decir, obtener una imagen coherente, lo más detallada y precisa posible, de los acontecimientos, con la intención de que, aunque esta investigación no llegue a constituir una *historia* de 1968 en América Latina, por lo menos sirva como una *guía* que permita

orientarse en ese abigarrado paisaje. Concibo esta investigación como un trabajo de historia social, una historia en la cual el pasado no sea pensado solamente como sucesos consumados a los que hay que encontrar explicación, sino sobre todo, como momentos llenos de *posibilidades* que quizás no llegaron a concretarse, pero que ahí estuvieron, vivas y latentes, y que aún nos convocan a tomar partido.

Acerca de esta investigación

La idea de esta investigación surgió a partir de un trabajo anterior, centrado en las brigadas estudiantiles del movimiento mexicano de 1968². En 2008, al cumplirse el 40 aniversario de esta ola de movimientos estudiantiles, se produjo un auge en la publicación de estudios en diversos países sobre los respectivos procesos que constituyeron sus *sesentayochos*, así como congresos y actividades académicas que resaltaron el carácter internacional de estas revueltas y la diversidad de experiencias de movilización y lucha. En el ámbito latinoamericano, destacaban los movimientos de México, Uruguay y Brasil; al extender la mirada a 1969, los estudios citaban dos movilizaciones importantes con participación estudiantil: el llamado *otoño caliente* de Italia, y el Cordobazo argentino³. Al hacer una primera comparación entre los procesos y experiencias en América Latina, consideré posible establecer paralelismos y encontrar patrones similares entre las motivaciones de las protestas, en las maneras de organizarse y las formas de actuar, así como en las respuestas de las autoridades a las movilizaciones, como un primer paso para sugerir la pertinencia de hablar de un *68 latinoamericano*, distinguible de los movimientos estudiantiles europeos,

² Sergio Blaz Rodríguez, "Activismo y vida cotidiana. Experiencias de brigadistas durante el movimiento estudiantil mexicano de 1968 en México". Tesis de licenciatura de historia. UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia. Septiembre de 2011.

³ Adolfo Gilly, "1968: la ruptura en los bordes", en Salvador Martínez della Rocca, comp., *Voces y ecos del 68*, México, Miguel Ángel Porrúa, Gobierno del Distrito Federal, Asamblea Legislativa del Distrito Federal, p. 186

vinculados con las condiciones de desarrollo industrial capitalista en ese continente, o los movimientos estadounidenses, relacionados con el rechazo a la guerra de Vietnam y la lucha de los afroamericanos, las mujeres y otros sectores sociales; la intención era explicar los movimientos latinoamericanos en virtud de las condiciones económicas, sociales y políticas de estos países, y de proyectos o perspectivas que formularan los estudiantes, propios de la América Latina de la década de 1960. Por sus similitudes, la investigación aborda los movimientos estudiantiles que se desarrollaron en 1968 en Brasil, México y Uruguay, y en 1969 en Argentina, sin desconocer las particularidades que diferencian cada uno de estos procesos.

Las fuentes para esta investigación debían tener distintas características, de acuerdo con dos objetivos: en primer lugar, brindar la información más detallada posible sobre los *acontecimientos* y permitieran trazar cronologías precisas sobre cada uno de estos movimientos; en segundo lugar, que permitieran identificar a los sujetos involucrados con los movimientos, las razones y maneras de su incorporación a las movilizaciones, conocer sus valoraciones, evaluaciones y perspectivas sobre la marcha de los acontecimientos, esclarecer las maneras en que se organizaron, definieron adversarios y aliados, se propusieron metas, desarrollaron acciones y buscaron articulaciones con otros sectores sociales. Prensa y revistas de la época en diversos archivos de México, Argentina y Uruguay, además de informar sobre los sucesos de esos días, difundían en algunos casos manifiestos, declaraciones, conferencias de prensa y entrevistas de los estudiantes; publicaciones universitarias y estudiantiles, volantes de asambleas, comités y organizaciones políticas permitieron precisar este panorama; en el caso de Uruguay, fue valioso contar con las actas de los organismos de gobierno de la universidad, en los que tenían participación los

estudiantes; en el caso de Brasil, aunque el acceso se limitó a los archivos digitalizados disponibles en internet, fue posible encontrar documentos de los organismos de seguridad del Estado que daban seguimiento al movimiento estudiantil. Además de este material, se revisó una parte de la abundante producción de testimonios de participantes en el movimiento, desde los dirigentes y voceros, hasta gente que tuvo una participación menos reconocida, desde las bases de los movimientos, cuya memoria ha sido motivo de interés más reciente.

Esta revisión abrió un panorama muy amplio de temas relacionados con los movimientos estudiantiles, presentes en sus debates y discusiones, y que de alguna manera influyeron en sus tomas de posición o en sus maneras de actuar. Entre estos temas figuraban cuestiones de política internacional, como la Guerra Fría, la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana, la lucha guerrillera y las doctrinas y prácticas contrainsurgentes en América Latina; debates entre diversas corrientes de la izquierda, alineadas con la Unión Soviética, China o Cuba, entre las fuerzas comunistas; o bien, con el socialismo, el anarquismo o diversas corrientes nacionalistas. Un denominador común parecería ser una convicción sobre la necesidad, la posibilidad e incluso la inminencia de un cambio social, y el debate sobre las vías para concretarlo: los cambios graduales, mediante la ampliación de los derechos políticos, por vías electorales y parlamentarias; o cambios radicales por vías revolucionarias.

La revisión también permitió constatar la heterogeneidad de sus participantes, la cual no es atribuible sólo a diferencias en la ubicación de clase de las familias, o a militancias políticas, sino también al género, la edad e incluso el tipo de escuela de cada estudiante, y la

presencia de otro conjunto de problemáticas, como la emergencia del movimiento de liberación de la mujer, discusiones sobre el papel de los jóvenes en las sociedades “modernas”, el papel de las universidades en las sociedades en desarrollo, la creciente politización de intelectuales y artistas y su compromiso con la sociedad, o el surgimiento del movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo en la Iglesia católica.

La presencia de estas problemáticas en los debates entre los sujetos movilizados llevó a caracterizar en la investigación la coyuntura internacional y la coyuntura latinoamericana en que estaban insertos estos movimientos, y a proponer también una caracterización de las sociedades en que se produjeron estas movilizaciones, considerando a los países de América Latina como dependientes, con economías exportadoras de materias primas, con industrias concentradas en pocas ciudades que funcionaban como receptoras de inmigrantes, y con una clase media en crecimiento en los sectores de servicios; con conflictos rurales, una creciente importancia política de la clase obrera, y en las que los mecanismos de consenso social estaban siendo desplazados por un ejercicio más autoritario del poder. En este marco, era necesario explicar cómo las universidades funcionaban como espacios de actividad política y conflicto, por qué los estudiantes asumieron un protagonismo político, y por qué estas movilizaciones, nacidas en los centros de estudio, se desbordaron hacia las calles y pusieron en entredicho la capacidad de control de las autoridades. Estas son las preocupaciones a las que esta investigación aspira a responder.

Un breve estado de la cuestión

A partir de la revisión de los materiales de archivo y publicaciones de los movimientos estudiantiles, podemos apuntar que una visión comparativa o conjunta de los movimientos

estudiantiles latinoamericanos de finales de la década de 1960 sólo ha sido abordada en fechas recientes por investigadores como Álvaro Acevedo Tarazona y Alvar de la Llosa, en artículos y ensayos citados en la bibliografía; mientras que algunas obras sobre los movimientos estudiantiles de 1968 han incluido referencias a la simultaneidad de luchas en la región, aunque sin abordarlos como conjunto, como la obra *Movimientos estudiantiles de América Latina* coordinada por Renate Marsiske y publicada a finales de la década de 1990.

En cambio, a lo largo de los casi cincuenta años transcurridos desde esos movimientos, la producción de estudios y materiales sobre los movimientos estudiantiles en cada uno de los países ha sido abundante. Aunque en cada país la posibilidad de publicación de estos textos estuvo condicionada por las coyunturas políticas internas, es posible apuntar que desde los últimos meses de los movimientos, y en el periodo posterior inmediato, comenzó la publicación de materiales periodísticos y ensayos sociológicos, testimonios, recopilaciones de documentos, balances y denuncias de la represión. En el caso de Brasil, donde la dictadura impuso una estricta censura en diciembre de 1968, tales testimonios y denuncias fueron publicadas de manera clandestina, o bien en el exterior, vinculando la resistencia a la represión con la posterior actividad de grupos armados, como es el caso de Antonio Caso y su obra *Los subversivos*, editada en Cuba.

En México, luego de la matanza del 2 de octubre, el gobierno de Díaz Ordaz difundió en 1969 libelos contra el movimiento estudiantil, como el texto titulado *El móndrigo*, presentado como *Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*, para apuntalar las versiones oficiales que responsabilizaban de la masacre a los estudiantes. El periodista Edmundo Jardón Arzate, miembro del Partido Comunista, publicó en 1969 *De la Ciudadela a Tlatelolco*:

*el islote intocado*⁴, un recuento periodístico de declaraciones y manifiestos del gobierno, partidos, centrales sindicales y del CNH sobre el movimiento estudiantil; y en 1970, en edición de autor, se difundían los alegatos de la defensa de varios dirigentes estudiantiles detenidos, titulado *Tiempo de hablar*. Con el cambio de gobierno en diciembre de 1970, se difundieron en gran tiraje los primeros testimonios estudiantiles: *Los días y los años* de Luis González de Alba, y la recopilación realizada por Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*⁵. Uno de los objetivos de estos testimonios era contrarrestar la versión oficial de la matanza, de modo que enfatizaron el carácter pacífico de las protestas.

En Uruguay y Argentina, a diferencia de México y Brasil, la represión no puso fin a los conflictos. En el mismo año de 1968, Carlos Bañales y Enrique Jara, periodistas de la revista *Marcha*, publicaron en Uruguay su libro *La rebelión estudiantil*, a partir de los reportajes, artículos y entrevistas que habían escrito durante el movimiento. En 1971, Alain Labrousse abordaría la cuestión estudiantil en un capítulo de su libro sobre la guerrilla tupamara, considerando al movimiento de 1968 como un hito en la agudización de los conflictos políticos que habían llevado a la lucha armada. La creciente represión, que culminaría con el golpe de Estado de 1973, interrumpió la publicación y difusión de todo tipo de textos sobre la lucha de clases, los movimientos sociales y reflexiones desde la izquierda.

En Argentina, con el auge de movilizaciones que se produjo después del Cordobazo, diversas organizaciones y grupos emprendieron la producción de textos y materiales audiovisuales, muchos de ellos difundidos en la clandestinidad en una amplia red de lugares,

⁴ Edmundo Jardón Arzate, *De la Ciudadela a Tlatelolco. México: el islote intocado*, México, Fondo de Cultura Popular, 1969

⁵ Gonzalo Martré, *El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana*, México, UNAM, 1998, pp. 21 a 24

en los que la lucha cordobesa figuraba como un episodio en una serie más larga de movilizaciones contra la dictadura, y de la que, según la tendencia política de los autores, se extraían conclusiones tácticas diversas: la postura del Partido Comunista se expresa en la obra de Aníbal Córdoba; la del sindicato de Luz y Fuerza, a través de los escritos de su dirigente Agustín Tosco. Junto con ello, el periodista Luis Gregorich, con el pseudónimo Daniel Villar, publicó su crónica *El cordobazo*⁶, y el sociólogo Francisco Delich presentó su estudio *Crisis y protesta social, Córdoba 1969*, elaborado con base en ensayos que había difundido en la revista *Jerónimo*, en los cuales buscaba las raíces de la rebelión en la industrialización de la ciudad y la emergencia de nuevos estratos sociales con objetivos gremiales pero también políticos, y la subordinación de Córdoba respecto a la capital Buenos Aires. Al igual que en Uruguay, la agudización de la represión y la censura, que llegaron a su punto máximo con el golpe de Estado de 1976, pusieron fin a la publicación de este tipo de obras. Durante las dictaduras en Sudamérica, predominó un vacío en la producción intelectual en general.

Mientras tanto, en México, en 1978, se publicó la obra de Sergio Zermeño sobre el movimiento estudiantil, *México, una democracia utópica*, que entre otros puntos relevantes, planteó una caracterización de las distintas fuerzas que integraron la alianza política que impulsó al movimiento estudiantil, y propuso como razones de la lucha la combinación de objetivos democratizadores con proyectos de clase, en una sociedad donde el Estado populista dejaba de ser un proyecto eficiente para mantener subordinadas a las clases trabajadoras y clases medias.

⁶ Luis Gregorich, "Spivacow y la fábrica de libros", *La Nación*, Buenos Aires, 20 de julio de 2012, consultado en <http://www.lanacion.com.ar/1490902-spivacow-y-la-fabrica-de-libros> el 16 de agosto de 2016

En la segunda mitad de la década de 1980, luego del periodo dictatorial, en Argentina, Brasil y Uruguay comenzó una nueva publicación de testimonios, con el objetivo de recuperar las *memorias* de 1968 y 1969. A diferencia de los testimonios inmediatamente posteriores a los movimientos, desde finales de la década de 1980 el interés se volcó hacia la recopilación de testimonios de todo tipo de participantes, que no intentaban hacer una reconstrucción completa y coherente del movimiento con un objetivo político reivindicatorio, sino que evocaban aspectos parciales y experiencias personales, individualmente significativas, cuyo principal valor fue mostrar la heterogeneidad y diversidad de los participantes, con diferentes intereses y objetivos. En este conjunto caben obras como la de los mexicanos Raúl Jardón con *1968: El fuego de la esperanza*, o Mario Ortega con *Octubre Dos, Historias del movimiento estudiantil*; el libro de los uruguayos Ana María Araujo y Horacio Tejera, *La imaginación al poder*; o la recopilación de testimonios que incluyen Miguel Bravo Tedín y Gonzalo Sarriá en *El cordobazo, un grito de libertad*. Otro conjunto de textos de antiguos dirigentes o militantes apuntaba a elaborar balances de sus respectivas líneas políticas dentro de los movimientos, caso en el que cabrían los escritos de los mexicanos Gilberto Guevara, Raúl Álvarez Garín o diversos artículos de Luis González de Alba; o textos sobre el Cordobazo de Roque Alarcón, sobre la intervención de determinados grupos sindicales.

Otros trabajos apuntaron a ubicar esos movimientos como una fase en las luchas sociales de la época y en el contexto social, político y económico de sus países, mediante análisis sociológicos o históricos, como el texto *El 68 uruguayo* de Hugo Cores, o *La movilización estudiantil universitaria en la crisis social de 1968*, de Jorge Landinelli, en el caso de Uruguay; el libro de Zermeño en el caso de México; las obras de Beatriz y Beba Balvé, *Huelga política de masas. Rosaríazo-Cordobazo-Rosaríazo*; y textos como los de

María Ribeiro y Joao Roberto Martins Filho, sobre el movimiento estudiantil brasileño, que consultamos como tesis de posgrado.

A partir de la década de 1990, se ha publicado una serie de estudios sobre aspectos particulares de los movimientos: su relación con la cultura, la vida cotidiana, las experiencias de las mujeres, en ocasiones a partir de testimonios o de investigación documental, como los trabajos de Ana Longoni y Marcelo Mestman sobre la plástica argentina en 1968 y 1969, el Grupo Mira sobre la gráfica del movimiento estudiantil mexicano, Debora Cohen y Lessie Jo Frazier sobre las mujeres mexicanas en 1968, y Vania Markarian sobre la contracultura en el 68 uruguayo. Otras obras abordan discusiones sobre aspectos de la lucha estudiantil, como la ocupación de los espacios escolares y urbanos, presentes en obras como la *Cartografía de las Memorias cordobesas* o la *Topografía de la rebeldía, a 40 años del cordobazo*; o la del uruguayo Gonzalo Varela Petite sobre el movimiento estudiantil en el instituto de enseñanza media IAVA. Todo ello estuvo acompañado con la sostenida publicación de testimonios y recopilaciones de memorias, como la realizada en Brasil con *68, a geracao que queria mudar o mundo*.

La reciente apertura de archivos de los organismos militares y policiales en los cuatro países, con irregularidades y limitaciones, abrió un nuevo campo para las investigaciones sobre los movimientos estudiantiles, con un primer atisbo sobre las operaciones represivas. En este campo, cabe citar recopilaciones de algunos documentos, como los que incluyó el equipo dirigido por Liliana Caraballo en los *Documentos de historia argentina 1955-1976*; la brasileña Cátia Faria con su artículo “Radicalizando a Repressão: a lesiglação da ditadura brasileira (1964-1979)”, el trabajo del mexicano Raúl Jardón sobre *El espionaje contra el*

movimiento estudiantil, así como diversos artículos publicados en Uruguay en la revista *Cuadernos de la historia reciente*.

Construcción de fuentes

Además de la lectura de materiales publicados, la búsqueda de fuentes primarias incluyó la revisión de los acervos disponibles en el Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM), en el Fondo Movimiento Estudiantil Mexicano, Ramo Conflicto Estudiantil de 1968, Subramo Volantes; en las dos cajas que componen el Fondo Esther Montero, y el Fondo Manuel Gutiérrez Paredes, que resguarda las fotografías tomadas por Gutiérrez Paredes para la Secretaría de Gobernación en marchas y reuniones, de la propaganda estudiantil (mantas y pintas), así como de las incursiones policiales en las escuelas, durante 1968, que constituían material incriminatorio contra los estudiantes, pero que de manera involuntaria, muestra la organización que alcanzó el movimiento, así como aspectos de la represión policial y militar.

En Montevideo, Uruguay, realicé búsquedas de material bibliográfico en las bibliotecas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y de la Facultad de Ciencias Sociales, consulté en el Archivo General de la Universidad de la República (AGU) los acervos contenidos en Fondo Histórico, Subfondo de archivos personales Trayectorias Universitarias: Fondos Rodrigo Arocena, Alfredo Errandonea, Roberto Markarian, y Fondo FEUU; así como la colección de la Revista *Marcha* de los años 1968 y 1969, y las actas de sesiones del Consejo Central Universitario; y tuve acceso en el Centro Municipal de Fotografía de la Intendencia de Montevideo al Fondo Aurelio González, quien fue fotógrafo del diario *El Popular*, vinculado al Partido Comunista, y que cuenta con abundante material de la década de 1960, tanto de las movilizaciones estudiantiles como de la represión policial.

En Argentina, además de la consulta de materiales bibliográficos en la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Nacional, pude revisar materiales bibliográficos y hemerográficos en el Archivo de la Memoria de la provincia de Córdoba, en la Hemeroteca de la Universidad Nacional de Córdoba y en el archivo del arzobispado, que resguarda la colección del diario católico *Presencia*. En Buenos Aires, además de las bibliotecas mencionadas, revisé la colección del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (Cedinci), Buenos Aires, Fondo Pascual Bianconi, que contiene volantes y documentos de centros de estudiantes y organizaciones estudiantiles de la Universidad Nacional de Córdoba en 1969 y 1970.

En esta investigación recuperé algunas entrevistas realizadas entre octubre y noviembre de 2010 con participantes en el movimiento mexicano de 1968. Se trataba de un exintegrante del Consejo Nacional de Huelga, el representante de la Normal Superior Enrique Ávila, quien ya había aportado su testimonio a Raúl Jardón. Del médico Guillermo Rentería Serrano, quien era estudiante de primer año en 1968, ajeno al movimiento, que acudió al mitin del 2 de octubre en Tlatelolco para conocer información del CNH y sin querer se vio involucrado en la matanza, y estuvo detenido varios días. Del periodista Felipe Jaime, que en 1968 tenía 17 años y era estudiante de una escuela particular ajena al movimiento, pero fue un activo participante en las brigadas. Y la economista María Luisa González Marín, quien en 1968 terminaba la carrera de Economía, trabajaba, estaba casada y tenía una hija pequeña, militaba en una organización de izquierda y participaba en asambleas y brigadas. Las preguntas estuvieron centradas en las particularidades de la participación de cada uno de ellos: la organización del movimiento en la Normal Superior y los contactos con el

magisterio en el caso de Ávila; cómo veía el movimiento desde fuera un estudiante sin participación activa y el relato de su detención en Tlatelolco, en el caso de Rentería; las maneras en que se involucró un estudiante externo al movimiento, y su relación familiar, en el caso de Jaime; y las formas de participación de una mujer casada y trabajadora en las actividades del movimiento, así como algunos enfrentamientos entre estudiantes y autoridades en Tlatelolco semanas antes de la matanza. Esta diversidad de perspectivas permitió tomar cierta distancia de los discursos hegemónicos y de las versiones más repetidas del movimiento, y acercarnos a facetas que han permanecido en los márgenes en la mayoría de los relatos y testimonios.

Considerando el valor de esas entrevistas, pero sin el tiempo necesario para realizar este tipo de trabajo en Argentina y Uruguay, tuve sin embargo la oportunidad de obtener en Córdoba el testimonio del abogado Carlos Orzaocoa, estudiante en la Universidad Nacional de Córdoba en la década de 1960 y quien en la siguiente década fue militante y dirigente del PRT; y en Uruguay, del cineasta Mario Handler, quien en los años 60 mantenía contacto con la FEUU y dirigió dos cortometrajes relacionados con la lucha estudiantil: *Me gustan los estudiantes*, y *Liber Arce, liberarse*.

En el caso de Brasil, la imposibilidad de concretar un viaje que permitiera la revisión de bibliotecas y archivos *in situ* limitó mi búsqueda a los materiales disponibles en internet, donde encontré archivos de documentos digitalizados y tuve acceso a tesis de licenciatura y posgrado con investigación hemerográfica y de archivo; así como libros disponibles en bibliotecas mexicanas, y material periodístico y de archivo en los acervos consultados en Argentina y Uruguay, como las participaciones de delegados de la UNE brasileña en

congresos estudiantiles en Montevideo, y reportajes y artículos sobre el conflicto brasileño publicados en la revista *Marcha*.

Habiendo expuesto el origen de esta investigación, los criterios con que busqué y organicé la información, así como el interés en determinadas fuentes primarias, debo apuntar por último que rehuí presentar cuatro estudios, uno por cada país, para exponer los resultados de la investigación, pues mi intención era presentar problemáticas comunes y cómo se expresaron en cada uno de los países abordados, aunque soy consciente de que esta manera de exposición puede dificultar la lectura del material.

El orden de la exposición es el siguiente: el primer capítulo está dedicado a situar a los movimientos estudiantiles latinoamericanos en cuatro escalas distintas: en el contexto de conflictos estudiantiles que se registró en todo el mundo en 1968; como parte de un periodo de intensificación de las luchas políticas y sociales en América Latina, que sitúo entre 1959 a partir de la Revolución Cubana, y 1973 con el golpe de Estado en Chile; como parte de los conflictos sociales en cada uno de estos cuatro países, en donde los Estados populistas habían sido desplazados por dictaduras militares -en el caso de Brasil y Argentina-, o estaban en un proceso de desmantelamiento, por el fortalecimiento de los sectores vinculados al capital externo y a las oligarquías -en el caso de Uruguay y México-; y finalmente, como parte de una conflictividad en las universidades latinoamericanas entre movimientos estudiantiles y autoridades estatales.

El segundo capítulo incluye una cronología de los movimientos estudiantiles en estos cuatro países, con la intención de dar una vista panorámica de los acontecimientos; y

examina la cuestión central del conflicto por el control de las escuelas y los espacios públicos entre los estudiantes y las autoridades. En el tercer capítulo, abordo la identidad de los sujetos que se aglutinaron en los movimientos estudiantiles, y sus formas de organización; las especificidades de los distintos grupos que se aliaron en las luchas: organizaciones políticas, estudiantes de base, autoridades universitarias y docentes, así como algunas particularidades de la participación de las mujeres y de los estudiantes de distintos niveles e instituciones escolares; las demandas que presentaron ante las autoridades, así como otro tipo de exigencias y proyectos que están presentes en los discursos de los participantes; la diversidad de acciones emprendidas; las maneras en que el movimiento interpeló a otros sectores de la sociedad y buscó un acercamiento o una incorporación a la lucha. Y finalmente, en el cuarto y último capítulo, examino la dinámica que se puede reconstruir sobre las maneras en que las autoridades fueron articulando una respuesta a los movimientos estudiantiles, y el cambio que supone considerar el conflicto como un problema de orden público, a un problema de seguridad nacional.

CAPÍTULO PRIMERO

Dimensiones espaciales y temporales de las rebeliones estudiantiles de 1968

El propósito de este primer capítulo es presentar una caracterización de los estudiantes latinoamericanos y las sociedades a las que pertenecían en la década de 1960, así como situar los movimientos de 1968 y 1969 en cuatro diferentes escalas temporales y geográficas donde estuvieron insertos, con el fin de distinguir entre los distintos ámbitos en que se desplegaron estas movilizaciones.

David Harvey señala que las sociedades producen “una jerarquía articulada de escalas espaciales dentro de las que organizar sus actividades y comprender su mundo”, de manera que “lo que sucede en una escala no puede entenderse fuera de las relaciones articuladas que existen en la jerarquía de escalas”.⁷ Para analizar los movimientos latinoamericanos de 1968, debemos tener en cuenta una escala mundial, debido a que ese año hubo de rebeliones estudiantiles en todo el planeta; una escala regional, latinoamericana, en la cual considerar el papel del subcontinente en la división internacional del trabajo, su situación geopolítica y la coyuntura de luchas sociales de esa época; las escalas nacionales, para tomar en cuenta las especificidades de los procesos políticos en marcha en cada país; y las escalas locales y universitarias, donde directamente se desarrollaron e incidieron las acciones de los estudiantes y de los sectores sociales que se les sumaron, así como la acción represiva concreta.

⁷ David Harvey, “Los desarrollos geográficos desiguales y los derechos universales”, en *Espacios de esperanza*, p. 95

Del mismo modo, es necesario situar estos movimientos en varias escalas temporales. Se trata de procesos que abarcan varias décadas, en la escala de una “coyuntura”, mientras que los movimientos propiamente dichos ocurren en unos meses, en la escala de los acontecimientos, según definición de Fernand Braudel.⁸ A escala mundial, los estudiantes protagonizaron procesos políticos en países de todos los bloques geopolíticos durante la Guerra Fría, e impugnaron los órdenes establecidos al término de la Segunda Guerra Mundial. Fueron parte también de una coyuntura latinoamericana, que situaremos en el periodo 1959-1973, marcada por la agudización de las luchas políticas y sociales con perspectivas revolucionarias; esbozaremos además las coyunturas sociales y políticas nacionales en cada uno de los cuatro países que abordamos, que en conjunto podemos situar en el tránsito de abandonar el modelo populista y sus mecanismos de consenso, para el establecimiento de formas más autoritarias de ejercicio del poder, en donde esos mecanismos dejan de funcionar. Y finalmente, nos referiremos a los espacios universitarios y estudiantiles, en donde se agudizaban las luchas políticas entre las autoridades gubernamentales desde el exterior, un sector de las autoridades universitarias y del profesorado, y grupos estudiantiles organizados en oposición al Estado.

1.1 Algunas definiciones

Los movimientos de 1968 y 1969 en América Latina se articularon en torno a protestas estudiantiles. Protagonismo estudiantil ya había habido en otros momentos del siglo XX, por

⁸ Fernand Braudel, “La larga duración”. Por su parte, Pierre Vilar plantea la coyuntura como una modificación en diversas circunstancias -climáticas, demográficas, monetarias- que modifican la dinámica de una sociedad, lo que puede o no generar conflictos o crisis, “pero si hay *confluencia* (coyuntural) entre agudizaciones máximas de las contradicciones a niveles diversos, se reúnen las condiciones revolucionarias. Tal es el sentido del análisis coyuntural”. Agrega que se puede imaginar “las fases largas de la ‘coyuntura’ como otros tantos signos de *modificación de las estructuras*: elaboración lenta y difícil de los modos de producción sucesivos, fases de triunfo y de equilibrio, fases de crisis, fases de reconstrucción en base a mecanismos nuevos”. Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, p. 84 y p. 95, cursivas en el original

ejemplo en 1918 en Argentina y en 1929 en México, durante las luchas por la autonomía, pero en condiciones y con características distintas a las de la década de 1960.

Es preciso apuntar que los estudiantes no conforman una clase, ni están relacionados directamente con el trabajo productivo. Son un grupo al que se pertenece de manera transitoria y que se renueva constantemente. Esto no quita relevancia a sus movilizaciones, pero sí implica que sus contradicciones con el resto de la sociedad carecen del carácter antagónico de los conflictos de clase motivados por la explotación.⁹ Asimismo, se trata en su mayoría de jóvenes que viven aún con sus familias, sin obligaciones laborales. Ingresar a la educación media y superior, en donde el acceso es selectivo, supone la pertenencia a un grupo restringido, implica expectativas de “ascenso social” o mejora en las condiciones de vida, se asume como garantía o al menos posibilidad de contar con condiciones laborales favorables, al contar con una formación profesional especializada.

Según expondremos en los siguientes capítulos, en 1968 los estudiantes expresaron en sus demandas un descontento con las autoridades gubernamentales; pero en sus otros discursos, también impugnaban formas de autoridad vigentes en las escuelas, tipos de autoridad ejercidos en las familias por los padres; y restricciones sociales de otro tipo, como en las relaciones de pareja.

⁹ Vilar apunta que existen algunas clases o sectores sociales cuyas contradicciones con el resto de la sociedad son secundarias “y pueden esfumarse ante solidaridades más esenciales. Sin embargo, no hay que desdeñar tales contradicciones secundarias y esos matices, pues de ellos dependen los ensanchamientos o encogimientos de las alianzas de clases, las atenuaciones y las exasperaciones de las luchas fundamentales, los reforzamientos y debilitamientos de la autoridad de los grupos dirigentes”, Vilar, *op. cit.*, p. 135

Las políticas educativas hacia la mitad del siglo XX en América Latina ampliaron el acceso de los jóvenes a la educación media y superior, lo cual favoreció el ingreso de una mayor cantidad de hijos de trabajadores, jóvenes de provincia e incluso de medios rurales, así como de las mujeres, sobre todo en el nivel medio. Aun así, podemos afirmar que en la educación universitaria, la mayor proporción de estudiantes eran hombres, provenientes de medios urbanos, y de clase media. Ser de clase media significaba la pertenencia a familias en donde la actividad laboral del padre, y excepcionalmente de algunas madres, estaba vinculada a formas de pequeña propiedad y pequeña producción; a un empleo asalariado no productivo, con labores sin generación de bienes materiales ni de plusvalía, sino ligados a la circulación, como el comercio y la banca, o a los servicios.¹⁰

Ruy Mauro Marini subraya ciertas particularidades de los sectores de la pequeña burguesía ligadas a la burocracia en los distintos países que consideramos. En México, bajo el control del PRI, una parte de este sector había podido usar su posición en el aparato del Estado para ascender a las filas de la burguesía; en Brasil, estos grupos estaban subordinados a la burguesía, que la mantenía en los puestos subalternos del aparato estatal; en una democracia parlamentaria como la chilena, que podemos considerar similar a la uruguaya, esta pequeña burguesía “podía hacer sentir su peso e imponer a la burguesía, necesitada de sus votos, el respeto a la alianza contraída; la expansión y el monopolio de los

¹⁰ Karl Marx se refiere a la pequeña burguesía y las clases medias en *Las luchas de clases en Francia* y en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* como elementos residuales de las sociedades precapitalistas, en proceso de desaparición. Sergio Zermeño distingue entre pequeña burguesía y clases medias, al apuntar que la primera está compuesta por propietarios de medios de producción que no emplean mano de obra asalariada de manera regular o que trabajan por su cuenta, mientras que las clases medias' están conformadas por asalariados no obreros “con una mínima calificación que los diferencie de los asalariados que por sus bajos ingresos no forman parte de estos sectores medios”. Sergio Zermeño, *México, una democracia utópica*, p. 202

cargos públicos, y la garantía de movilidad vertical al conjunto de la clase, mediante la ampliación del sistema educativo”.¹¹

Podemos caracterizar la actitud política de las clases medias, a las que pertenecían la mayoría de los estudiantes, como una oscilación entre los intereses de las clases antagónicas del capitalismo: entre las aspiraciones a incorporarse a la burguesía y el temor a la proletarización. Una gran parte de las clases medias critica el *statu quo* y los privilegios de la burguesía, que la excluyen, pero al mismo tiempo se ilusiona con la posibilidad de suprimir los conflictos de clase mediante la conciliación y la armonía entre intereses contradictorios, y confía en la existencia de un Estado fuerte pero “neutro”, por encima de las clases, capaz de satisfacer a todos los sectores y detener la propia decadencia de las clases medias.¹² En el ideario político liberal, las clases medias son un amortiguador de los conflictos sociales, y por lo tanto, una garantía de la democracia; y su desarrollo es un indicador de la prosperidad económica y cultural de una sociedad. En este ideario, podemos insertar lo que plantea Marini, quien señala que esas clases y fracciones de clase “basan su fuerza política en el actual sistema institucional, democrático y parlamentario. Por su peso numérico, así como por la influencia ideológica y política que ejercen sobre las otras clases, las capas medias son las principales beneficiarias de este sistema y, por ende, las más interesadas en su supervivencia”.¹³

En condiciones en las que esos mecanismos no han sido rebasados por los conflictos, la acción política preferida de este sector serían las elecciones y las vías parlamentarias e

¹¹ Ruy Mauro Marini, *El reformismo y la contrarrevolución*, p. 101

¹² Ver, por ejemplo, Georg Lukacs, *Historia y conciencia de clase*, pp. 64 a 67, y Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, pp. 276 a 287

¹³ Marini, *El reformismo...*, p. 193

institucionales, como en Uruguay o Chile durante la década de 1960; pero en ausencia de esos mecanismos, las clases medias expresaba su adhesión a regímenes basados en el corporativismo, como el del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México, o los gobiernos de Getúlio Vargas en Brasil y de Juan Domingo Perón en Argentina, mientras se mostraran capaces de acotar los conflictos de clase. Cuando ello dejó de ocurrir, amplios sectores se transformaron en base de apoyo para el golpismo en Argentina y Brasil, o de políticas fuertemente represivas, que ofrecían restablecer el orden. Los cambios en la correlación de fuerzas entre clases, y por tanto de los mecanismos de negociación, tendrían también impacto en lo que Marini refiere como *sistema de dominación*, “que incluye el conjunto de elementos en los que una clase basa su poder”, y del que forman parte aparatos como la escuela, el sindicato, partidos, iglesias, medios de comunicación, familia, etc.¹⁴

La cancelación de los mecanismos de consenso que se habían utilizado bajo el populismo, y el creciente uso de la fuerza para imponer sus medidas, alteró las formas en que las clases medias y sectores sindicalizados podían negociar con las autoridades del Estado, y relegó sus demandas, en beneficio de los intereses de los grupos empresariales y oligárquicos. En este contexto, en la década de 1960, Marini apunta que una parte de “la pequeña burguesía”, en especial sectores como los estudiantes, “evolucionó, desde la crítica ácida al despilfarro, la incapacidad y la corrupción de las clases dominantes, a una política cada vez más hostil a éstas, que acaba por conducir a sus grupos de vanguardia a plantearse abiertamente el camino insurreccional”¹⁵ en alianza con los trabajadores, mientras

¹⁴ *id.*, p. 93

¹⁵ *id.*, p. 103

que otros grupos optaron por aliarse con la “fracción más reaccionaria del bloque dominante”.¹⁶

Entre los trabajadores, en Uruguay y Argentina las organizaciones sindicales y obreras desarrollaron líneas políticas independientes y críticas, e incorporaron en sus prácticas planes de lucha que utilizaban la suspensión de labores -paros o huelgas. En México, las direcciones de las principales centrales sindicales eran integrantes del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI), se alineaban con las políticas oficialistas, y acataban sus disposiciones laborales y salariales. En Brasil, los sindicatos fueron intervenidos por la dictadura en 1964 y las nuevas direcciones se subordinaban a las disposiciones del gobierno militar, especialmente en la cuestión del tope salarial o *arrocho*, a lo que se suma una legislación laboral que hacía muy difícil la organización sindical y la realización de huelgas.

Por su parte, las universidades eran instituciones formadoras de personal profesional, capacitado para la administración pública o para labores especializadas en la producción o los servicios. Asimismo, las universidades son creadoras y reproductoras de ideología, pero también espacio autorizado para la crítica, consagrada en la existencia de la libertad de cátedra, y en donde la autonomía y la participación estudiantil en la vida interna alentaban la actividad y la organización política en su interior. Las primeras universidades latinoamericanas surgieron como “cuerpos” o “corporaciones” durante la Colonia, como es el caso de México y Córdoba¹⁷; pero otras más recientes datan de la época republicana, como

¹⁶ *id.*, p. 105

¹⁷En México, la Real y Pontificia Universidad se fundó en el siglo XVI, en los primeros años de la Colonia. En América del Sur, en la ciudad de Córdoba, los jesuitas fundaron un Colegio Máximo que en 1622 fue ascendido a categoría de Universidad. Página institucional en internet de la Universidad Nacional de Córdoba, <http://www.unc.edu.ar/institucional/historia>, consultada el 20 de septiembre de 2013

en Uruguay¹⁸ y Brasil¹⁹. En las universidades siempre se expresan proyectos sociales diversos, muchas veces contradictorios, en función de quién ejerza el poder estatal, quién las financie, cómo se integre su cuerpo directivo y su planta docente, qué estudiantes tengan acceso a ella. En relación con el resto de la sociedad, apunta Vilar, este tipo de corporaciones con frecuencia enfrentan conflictos internos agudos, pero el “espíritu de cuerpo’ puede tener un papel en determinadas circunstancias y adquirir una función histórica particular”.²⁰ Ambos puntos son importantes a considerar en esta investigación.

En este marco, puntualicemos que las universidades no son territorios neutrales ni ajenos a los conflictos sociales. Tampoco son meras reproductoras de las ideas de las clases dominantes, ni representaban solamente la creación de nuevos conocimientos. Son espacios en donde ambas tendencias existen en conflicto. El predominio de una de ellas depende no sólo de la correlación interna de fuerzas, sino de la situación externa y sus cambios. En la década de 1960, las posiciones desarrollistas, nacionalistas y de izquierda, desarrolladas durante la época del populismo, contaban con fuerza en las universidades y tendían a aislar a los sectores de derecha; mientras que en el exterior, la situación era inversa. El aislamiento, la intervención y la modificación de los planes y programas de las universidades, así como la represión y desarticulación de las organizaciones estudiantiles, se volvieron políticas de las autoridades y marcaron la conflictividad de la época.

¹⁸En 1849, con patrocinio de la masonería liberal y laica, se fundaron las primeras facultades universitarias uruguayas, que en 1849 se unificaron en la Universidad de la República del Uruguay, como parte de un proyecto que en 1877 llevó al establecimiento de la educación gratuita, laica y obligatoria. París de Oddone, Blanca, “Autonomía y autogobierno en la universidad uruguaya”, en *Universidad y política en América Latina*, pp. 111 a 133

¹⁹ En 1920, mediante un acto protocolario, se fundó la primera universidad brasileña en Río de Janeiro, entonces la capital del país, mediante la fusión de varias facultades, institutos y centros superiores. Da Cunha, Luis Antonio, “Universidad y Estado en Brasil: pasado y presente”, ponencia, en *Universidad y Política en América Latina*, pp. 235 a 262

²⁰ Vilar, *op. cit.*, p. 137. El historiador francés considera aquí a las universidades, pero también al ejército, dos actores relevantes en 1968.

Los movimientos de 1968, aunque hayan tenido protagonismo estudiantil, no fueron académicos ni universitarios, no tenían demandas de tipo gremial y tampoco eran expresiones estrictamente generacionales. Desde su inicio fueron movimientos sociales, que adoptaron demandas políticas, y en conflictos que fueron escalando desde los enfrentamientos con la policía, hasta impugnar a las principales autoridades gubernamentales. A ellos se adhirieron algunos núcleos opositores de clase media, del sindicalismo independiente o de agrupaciones barriales, así como muchos personajes anónimos que simpatizaron e incluso se sintieron representados con sus acciones y sus demandas, y en diversos momentos les dieron protección o se sumaron a sus actos.

Los movimientos de 1968 son identificados por lo general con la izquierda. Entre sus participantes hubo integrantes de organizaciones políticas que se definían o se identificaban con la izquierda: diversas corrientes comunistas, socialistas y anarquistas, así como algunas fracciones de organizaciones nacionalistas, cristianas o de otras tendencias. En la época había algunos debates entre estas fuerzas. Los partidos comunistas subrayaban el papel rector del proletariado y su partido como guías de la revolución, mientras que algunas fuerzas nacionalistas daban primacía al campesinado o a otros sectores sociales, a veces no en términos de clase, sino de “pueblo” o de “los pobres”, y formulaban distintos tipos de dirigencia, de alianzas y de procesos de cambio, que podían incluir vías electorales o parlamentarias, la revolución democrático-burguesa que se transformaría en socialista bajo la dirección del partido marxista-leninista, o la creación de focos guerrilleros que actuaran como vanguardia en una lucha en la que los campesinos tendrían el papel crucial en la toma del

poder. La Revolución cubana de 1959 tuvo gran impacto en estas definiciones de la izquierda latinoamericana en la década de 1960.

Adolfo Sánchez Vázquez resalta que en esa época, además, se vivía una “edad de oro’ de los estudios científico-sociales” en las ciencias sociales latinoamericanas, con una gran influencia del marxismo, que fue la base de debates sobre temas específicos de la región, como el desarrollo del capitalismo mundial, el capitalismo dependiente, el carácter capitalista o feudal del pasado colonial, los modos de producción vigentes en la región, el análisis de la dependencia y el imperialismo, la correlación de fuerzas entre clases y Estado en sociedades capitalistas dependientes, el carácter de las dictaduras, el carácter de la revolución y las vías para la transformación, el papel de la burguesía, el sujeto del cambio histórico, el populismo, etc.²¹

En este panorama, una definición de la izquierda en la época incluía una postura antiimperialista, propuestas de nacionalización de la gran industria y de la banca, la reforma agraria, la sindicalización de todos los trabajadores y formas de control -obrero o estatal- sobre la producción y la distribución; la dotación de servicios para los pobladores de zonas marginadas; alfabetización, educación y servicios de salud para toda la población, en especial para los trabajadores, etc., así como la limitación, o la eliminación directa, de los privilegios de las clases terratenientes y de la burguesía industrial y financiera.

²¹ Adolfo Sánchez Vázquez, *De Marx al marxismo en América Latina*, pp. 143 y 144

1.2 El contexto mundial

En 1968, el mundo entero fue escenario de movilizaciones estudiantiles. Sin duda, entre ellas hubo semejanzas, pues se planteaban problemáticas comunes, existían similitudes en el origen social de los estudiantes, así como entre los sistemas educativos y los problemas políticos y sociales que se derivaban de los modelos estatales y productivos de las distintas sociedades de la época, fueran capitalistas o socialistas, o se tratara de países en desarrollo. Pero en cada región y país se expresaron problemáticas específicas.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética, por una parte, y el bloque dirigido por Estados Unidos e integrado por Reino Unido y Francia, establecieron sus respectivas zonas de influencia. América Latina quedó íntegramente en el campo estadounidense. Pronto las potencias entraron en una escalada de tensión, con la amenaza recíproca de las armas nucleares. Al mismo tiempo, se produjeron movimientos de liberación en muchos países de Asia y África. Algunas luchas anticoloniales, como las de Vietnam, Argelia o el Congo Belga, dirigidas por fuerzas nacionalistas de izquierda, fueron interpretadas por las potencias capitalistas como un riesgo para el bloque “occidental” y un fortalecimiento del bloque socialista, por lo que lanzaron largas ofensivas y guerras cruentas que dejaron decenas de miles de muertos, ciudades y aldeas devastadas y economías precarias.

En Estados Unidos, la lucha interna contra el comunismo la encabezó el senador Joseph McCarthy, mediante la persecución e inquisición contra cualquier sospechoso de simpatizar con la Unión Soviética, lo que fue conocido como macartismo, que influyó notablemente en los gobiernos latinoamericanos alineados con Washington. En muchos

países existían legislaciones represivas específicamente dirigidas contra los comunistas, a quienes se particularizaba como subversivos por promover la lucha de clases, por negarse a reconocer la legalidad (burguesa) que consagraba el derecho a la propiedad, y en algunos casos, en la prensa y la televisión, se les llegaba a considerar traidores a la patria y agentes de la Unión Soviética, una potencia extranjera. Salvo en países como Uruguay y Chile, los partidos comunistas subsistían al margen de la legalidad, muchas veces en la clandestinidad.

En la Unión Soviética, tras la muerte del líder Iosif Stalin, se emprendió un proceso de crítica centrado en los niveles que había alcanzado la represión interna durante su régimen. En la misma década de 1950, la Revolución china, encabezada por Mao Tse Tung, comenzó a distanciarse de las políticas de Moscú, hasta que se produjo una ruptura entre ambas potencias socialistas, lo que trajo como consecuencia realineamientos y escisiones en los partidos de la izquierda comunista internacional, incluidos los latinoamericanos. A mediados de la década de 1960, mientras el gobierno soviético planteaba una política de “coexistencia pacífica” con el imperialismo, el gobierno chino expresaba su respaldo pleno a las luchas armadas de liberación, lo que aumentó las diferencias entre los partidarios de cada postura.

A escala mundial, las revueltas de 1968 impugnaron el orden internacional derivado de la Segunda Guerra Mundial. Como esta rebelión coincidió con la eclosión de una serie de cambios culturales y en las costumbres, se ha construido una visión de una revuelta generacional o una “revolución cultural”, donde lo definitorio sería su carácter estudiantil o juvenil, deseoso de cambios y de aperturas, y el adversario estaría en el mundo de los adultos, caracterizado por un autoritarismo anticuado y caduco. Sin embargo, esto soslaya

los aspectos políticos más relevantes de las revueltas; y el hecho de que con o sin rebeliones, muchos de esos cambios culturales estaban en marcha y eran irreversibles.

Planteo que la simultaneidad de las revueltas estudiantiles no es casual, sino que responde a situaciones y problemáticas comunes a los países capitalistas y a los socialistas, a las economías desarrolladas y a las subdesarrolladas, y que provocan en conjunto un descontento generalizado. Podemos vislumbrar una explicación global en lo señalado por el filósofo checo Karel Kosík, quien estima que los movimientos de 1968, en particular en París y en Praga, “pusieron un signo de interrogación sobre la legitimidad del paradigma histórico en el poder e hicieron entender que su poder creador estaba agotado, que el 'fin de la Historia' [en el sentido hegeliano] necesitaba un *nuevo paradigma*”,²² y que considera que tanto el capitalismo como el socialismo real serían variantes de un mismo paradigma de modernidad, basado en un tipo de sociedad, un modelo productivo industrial y determinadas formas de organización del Estado.²³ Se trataría entonces de un cuestionamiento a un modelo civilizatorio, fundado en el siglo XIX, que tomaba el ideario de “libertad, igualdad y fraternidad” de la Revolución francesa; su modelo productivo se basaba en una industria que se concentraba en las ciudades, con grandes fábricas que empleaban gran cantidad de mano de obra, cuya organización había dado lugar a un fuerte sindicalismo. Desarrollo implicaba industria, derechos sociales y derechos humanos, y la participación política de la

²² Alain Finkielkraut, “Praga y el fin de la historia”, entrevista con Karel Kosik.

²³ Kosík estimaba que si bien las dos variantes tenían diferencias en cuanto a su proyecto político, se había llegado a un estadio a partir del cual, “todo lo que viniera después no haría sino desarrollar, prolongar, diluir el sistema establecido”, y con ello, “lo nuevo, lo mismo que lo más nuevo”, estaría “herido de esterilidad y de inesencialidad, exactamente igual que lo que lo ha precedido”. Finkielkraut, *op. cit.*, p. 10. A su vez, Paul Sweezy y Charles Bettelheim proponían, a la luz de la Primavera de Praga y la invasión soviética a Checoslovaquia, esclarecer la naturaleza de clase de la sociedad soviética y los países de Europa Oriental. Paul Sweezy y Charles Bettelheim, *Algunos problemas actuales del socialismo*.

población se canalizaba mediante los partidos; varios, en las sociedades capitalistas desarrolladas, o mediante uno dirigente de la clase obrera en las naciones socialistas.

Immanuel Wallerstein apunta por su parte que las rebeliones de 1968 tuvieron como componente principal su repudio al imperialismo estadounidense, pero también rechazaban a la “vieja izquierda”, fuera socialdemócrata, comunista o nacionalista, que había conseguido el poder en varios países, sin realizar cambios verdaderamente radicales, sino manteniendo en general un mismo tipo de orden.²⁴ En América Latina es significativo que la mayoría de las revueltas impugnara al imperialismo estadounidense, que se expresaba en el momento en la Guerra de Vietnam pero también en las agresiones contra Cuba; a los gobiernos nacionales, aliados de Estados Unidos; y a la vez, interpelara con dureza a las izquierdas nacionalistas y a los partidos comunistas prosoviéticos, aunque conservara un gran respeto por las organizaciones revolucionarias armadas, e incluso por algunas fuerzas populistas.

Si asumimos que las rebeliones de 1968 fueron una impugnación a un paradigma de modernidad, cabe preguntarse qué significaba esto en América Latina, donde la modernidad capitalista era subdesarrollada y dependiente, subordinada a las necesidades del capital externo, y se expresaba en la persistencia de la miseria entre grandes sectores, de formas de explotación precapitalistas, y a pesar de que se mantuvieran altas tasas de crecimiento económico, una desigual distribución de la riqueza que se iba agudizando en beneficio de inversores extranjeros, empresarios y terratenientes. La defensa de este modelo recaía en regímenes que aunque fueran formalmente democráticos, o proclamaran su adhesión a valores democráticos, en realidad eran crecientemente elitistas y excluyentes. Valores

²⁴ Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes”.

considerados universales, como los derechos humanos o el lema de la revolución francesa de “Libertad, igualdad, fraternidad”, parecían una mera caricatura. Incluso una revolución como la mexicana, al cabo de las décadas, había incubado una nueva clase empresarial, que desde el Estado reprimía o impedía los intentos por llevar a cabo las promesas de reforma agraria y hacer plenamente efectivos los derechos sociales contemplados en la Constitución.

Los estudiantes también se interrogaban sobre los objetivos y el sentido de su propia formación profesional. Para la década de 1960, se asistía a un desarrollo técnico y científico acelerado en campos como la electrónica y la energía nuclear; y una creciente profesionalización e institucionalización del conocimiento, lo que resaltaba la importancia de la educación superior, aunque América Latina parecía lejos de poder elaborar programas propios de investigación. Herbert Marcuse destacaba el papel específico que en las sociedades industrializadas tendrían los intelectuales, quienes, a pesar de su papel en la producción, no constituían una “nueva clase obrera”, sino que conservaban una condición de élite debido a su situación de privilegio respecto al resto de los trabajadores.²⁵ En las sociedades latinoamericanas estaban a discusión las tareas de los estudiantes como futuros intelectuales para contribuir al desarrollo, e incluso a la liberación, de sus sociedades.

1.3 La “década larga de 1960” como periodo de conflicto social en América Latina

En la escala latinoamericana, la década de 1960 está inserta en un periodo de intensificación de luchas sociales y políticas, derivado de los conflictos que pusieron fin a los regímenes denominados populistas.²⁶ El populismo tuvo su auge tras la crisis de 1929 y hasta la década

²⁵ Herbert Marcuse, *Ensayos sobre política y cultura*, pp. 146 a 148

²⁶ Utilizo el término en el sentido que lo emplea Octavio Ianni en *La formación del Estado populista en América Latina*, como un fenómeno que corresponde “a una etapa específica en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente”, que busca “una nueva combinación entre las tendencias

de 1950, impulsado por sectores de la burguesía ligados a la industria y al sector interno, en lucha contra las oligarquías terratenientes y en alianza con las clases medias y con fuerzas sindicales. Theotonio dos Santos caracteriza al populismo por su ideología industrialista-desarrollista-nacionalista, sustentada en la burguesía industrial y con apoyo del movimiento de los trabajadores recién emigrados del campo en la fase de desarrollo industrial.²⁷

Estos regímenes impulsaron una industrialización basada en la sustitución de importaciones y financiada con recursos provenientes de las exportaciones de materias primas, es decir, dependiente del exterior. Ramas productivas clave como el petróleo fueron nacionalizadas, lo cual produjo conflictos con Estados Unidos, la potencia regional, y el Reino Unido, de donde provenían las empresas expropiadas. En lo político, para desplazar a las oligarquías del poder y hacer frente a las presiones de las potencias imperialistas, los regímenes populistas recurrieron a la movilización de sindicatos y de organizaciones populares de masas. En lo social, impulsaron la mejora de las condiciones salariales y de vida de la población. Los trabajadores quedaron así incorporados a un mercado interno en ascenso, y se promovió su organización sindical, con características corporativas, como agrupaciones de apoyo al Estado.

del sistema social y las determinaciones de la dependencia económica”, en un contexto donde “las masas asalariadas aparecen como un elemento político dinámico y creador”, pp. 15 a 21

²⁷ Theotonio dos Santos, “El nuevo carácter de la dependencia”, en María del Carmen Ariet y Jacinto Valdés-Dapena, *Filosofía y revolución en los años sesenta*, pp. 137 y 138. Por su parte, Marini señalaba que “el desarrollismo fue la ideología de la burguesía industrial latinoamericana, en especial de aquella que -respondiendo a un mayor grado de industrialización y compartiendo ya el poder del Estado con la burguesía exportadora- trataba de ampliar su espacio a expensas de esta última, recurriendo para ello a la alianza con el proletariado industrial y la clase media asalariada. Al tiempo que [...] exigía de los grandes centros capitalistas el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones [...] [y] se resistía a plantear a la reforma agraria como premisa del modelo industrial, dado que [...] hacerlo significaría agravar inútilmente el conflicto interburgués”. Ruy Mauro Marini, “La crisis del desarrollismo”, p. 144, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán, coords., *La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, Tomo II, pp. 135 a 154.

La agudización de los conflictos de clase significó el final de este modelo hacia la década de 1950. Ante la baja de los precios de exportación, mantener el financiamiento de la producción interna requirió una creciente inversión extranjera o el endeudamiento público. Se limitaron los ingresos de los trabajadores mediante políticas de restricción salarial, y a las organizaciones sindicales, a las que se había dado trato de aliadas, se les planteó la alternativa del sometimiento o el aplastamiento. La necesidad de mantener abiertos los mercados externos y ofrecer condiciones atractivas para la inversión implicó que la política exterior se alineara con las necesidades de las potencias imperialistas, en especial Estados Unidos.

Desde el siglo XIX, América Latina estaba dentro del área de influencia de Estados Unidos, bajo la Doctrina Monroe. Luego de la Segunda Guerra Mundial, y desde los inicios de la Guerra Fría, la formación de la Organización de Estados Americanos (OEA) y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) fueron instrumentos que ratificaron la hegemonía política y militar de Estados Unidos en el continente, con un carácter marcadamente anticomunista. El intervencionismo que Washington había practicado de manera unilateral desde finales del siglo XIX contaba ahora con instancias que le daban la apariencia de ser acuerdos regionales entre gobiernos soberanos, y así se pretendió legitimar el bloqueo contra Cuba a partir de 1961 y la intervención en la República Dominicana en 1965, por ejemplo, al tiempo que se ejecutaban proyectos como la Alianza para el Progreso, o programas de la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional (USAID o AID), que promovían la construcción de infraestructura o financiaban servicios para la población, junto con una intensa asistencia policial y militar, como medios

para instalar la presencia del Estado en zonas aisladas y prevenir el desarrollo de la insurgencia.

En México y Uruguay, la adaptación a esa nueva correlación de fuerzas fue gradual, y ambos países preservaron algunas de sus políticas de bienestar y cierta independencia en la política exterior. En Argentina y Brasil, los regímenes que encarnaban los programas populistas fueron derrocados y en su lugar se impusieron regímenes militares que postulaban el liberalismo económico. En toda América Latina, las bases que sustentaban las alianzas multclasistas propias del populismo quedaron afectadas, lo que influyó para una “acentuada agudización de las luchas sociales”.²⁸ Entre los trabajadores, hubo corrientes que se negaron a aceptar el sometimiento que se les impuso, y fueron pasando de la lógica de “masas” propia del populismo, a una lógica de “clase”, más autónoma, en su acción.²⁹ Al mismo tiempo, sectores dominantes de la burguesía se alejaron de las posturas nacionalistas y se alinearon con el capital extranjero, en la integración del nuevo bloque de las clases dominantes.³⁰

En este contexto, se produjo en 1959 la Revolución cubana. 1968 puede enmarcarse en una “década larga” de luchas sociales, a la que podemos dar un inicio simbólico en ese acontecimiento, el cual parecía abrir la posibilidad de una transformación revolucionaria en todo el subcontinente, y que podemos dar por terminada en 1973, cuando el golpe de Estado en Chile parecía poner fin a esas posibilidades de cambio³¹. Entre esas dos fechas, las

²⁸ Marini, “La crisis...”, pp. 148 y 149

²⁹ Zermeño, *op. cit.*, p. 293

³⁰ Dos Santos, *op. cit.*, p. 137

³¹ La idea de esta “década larga” está presente en varias propuestas. Aquí la tomamos de Marcelino Perelló, en Silvia González Marín, *Diálogos sobre el 68*, pp. 39 a 45.

izquierdas latinoamericanas y distintos sectores sociales en lucha convergieron en experiencias de lucha de muy diversa índole, que tenían como horizonte un cambio radical que tomaba como modelo las transformaciones sociales de Cuba.

La Revolución cubana tuvo un impacto continental que no tuvieron las revoluciones de 1952 en Bolivia o de 1944-1954 en Guatemala, al grado que Cuba se convirtió en referencia incluso para las tomas de posición en la política interna de cada país latinoamericano. Uno de los líderes de la Revolución cubana, Ernesto *Che* Guevara, planteaba que ésta era un episodio dentro de los movimientos revolucionarios que se extenderían en toda América Latina,³² y estimuló el apoyo activo de la isla a toda una serie de proyectos de lucha armada en la región. La adopción del socialismo en Cuba puso dos cuestiones a debate: por un lado, la posibilidad de alterar la presunta fatalidad de ser parte del bloque estadounidense; y por otra, la factibilidad de una alternativa al subdesarrollo que no pasara por el reforzamiento del capital, las inversiones privadas y las recetas del FMI, sino por otro tipo de economía. En tanto que Estados Unidos y sus aliados abordaron la situación en Cuba como una injerencia soviética que afectaba el equilibrio de la Guerra Fría, y amenazaba el orden dentro de su área de influencia.

Cuba se convirtió en un símbolo con muchos significados para las fuerzas nacionalistas, antiimperialistas y proletarias de América Latina. En el plano de la justicia, no sólo derrocó a una dictadura sangrienta, en un subcontinente donde existían otros gobiernos similares, sino que fusiló a los más connotados torturadores. Hizo frente con las armas al intento de intervención estadounidense de Playa Girón en abril de 1961. De una postura

³² Ernesto *Che* Guevara, "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?", en *Obra revolucionaria*, pp. 515 a 526

nacionalista radical, y en respuesta al acoso de Estados Unidos, los dirigentes pasaron a proclamar la revolución socialista, apoyada por el pueblo armado y organizado en milicias. Su política social incluyó la reforma agraria, la reforma urbana, la campaña de alfabetización, como medidas orientadas a construir una sociedad igualitaria, a partir de condiciones de subdesarrollo similares a las del resto de América Latina, y revirtió en muy poco tiempo indicadores sociales negativos como las tasas de mortalidad infantil, el analfabetismo, etc.

Los líderes revolucionarios eran jóvenes, sin vínculos con la corrupción, la demagogia y el electoralismo de los partidos tradicionales; no sólo eran oradores, sino que se involucraron directamente en la acción, con las armas en la mano, para llevar el discurso a la práctica. Esta imagen se consolidaría en la figura del “hombre nuevo” y el “guerrillero heroico” asociadas al *Che* Guevara. Por contraste, la imagen de Cuba sirvió para denunciar a los políticos en el resto de países de América Latina, aliados a los intereses de Estados Unidos, las clases dominantes, el latifundio y los monopolios, coludidos con la represión interna, e inconsecuentes con su discurso.³³

A la luz de la Revolución cubana, así como de la pugna chino-soviética; del ocaso del populismo y el desprestigio de los partidos tradicionales, así como del endurecimiento de la represión y las políticas antipopulares de los gobiernos, se abrieron varios debates en la izquierda latinoamericana. Se discutían las formas de lucha para la toma del poder; el papel de la clase obrera, de los campesinos y los estudiantes en la revolución; las vías para el

³³ Para esta caracterización me basé en Juan Rafael Reynaga Mejía, *La Revolución cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, así como en la revisión de las revistas *Los Agachados de Rius*, de México; *Punto Final*, de Chile, y *Marcha* de Uruguay, entre 1967 y 1968; y en Héctor Silva Michelena y Heinz Rudolf Sonntag, *Universidad, dependencia y revolución*, pp. 48 a 50

desarrollo con soberanía; las posibilidades de construir el socialismo. Estos debates condujeron a realineamientos, rupturas y nuevos agrupamientos.

En muchos países hubo grupos que llevaron a cabo experiencias de lucha guerrillera. Hubo desembarcos o expediciones armadas en zonas rurales de difícil acceso, que parecían emular hasta en el detalle la lucha guerrillera en Cuba, aunque en general, esos grupos tenían, o al menos buscaban, vínculos con la población rural. En algunos casos, la insurgencia se vinculaba con luchas campesinas, ocupaciones de tierras y otras acciones en demanda de reforma agraria, en países como Perú o Brasil, en donde se desarrollaban formas de autodefensa. Las operaciones de contrainsurgencia incluían fuertes represalias contra los habitantes de las zonas de operación guerrillera. Algunos de estos intentos de instalar focos rebeldes fueron exterminados, como ocurrió con el asalto al cuartel de Ciudad Madera, en México; otros fueron aislados y diezmados luego de cierto tiempo, como ocurrió en Venezuela y Perú; algunos más persistieron, al contar con una base social campesina importante, como en Colombia; o se conformaron grupos armados que eludieron el enfrentamiento mientras se consolidaban; y algunos, en lugar de operar en el campo, se prepararon para la guerrilla urbana, como en Uruguay.

Al mismo tiempo, en naciones como Chile, Uruguay o Argentina, actuaban corrientes sindicales independientes, con posiciones clasistas. En las filas de la propia Iglesia católica se produjeron debates y se formaron corrientes que promovían el compromiso con los pobres y se sumaban a las luchas sociales, políticas e incluso guerrilleras, como fue el caso del sacerdote colombiano Camilo Torres. La politización incluyó también a intelectuales y

artistas, quienes consideraron que sus obras debían reflejar la realidad de sus sociedades, plantear problemáticas y tomar posición por el cambio.

En tanto, Estados Unidos y sus aliados en América Latina impulsaban políticas para aislar a Cuba, suprimir la insurgencia y frenar a las organizaciones populares y revolucionarias. Junto con acciones como la fallida invasión de Playa Girón en 1961 y la escalada por la crisis de los misiles en 1962, Estados Unidos impuso un bloqueo y se estableció un cerco diplomático a la isla, que fue expulsada de la OEA. La contrainsurgencia no se limitaba a las organizaciones armadas, sino que fue incluyendo a todos los movimientos sociales, y en sus tareas no sólo participaban militares y policías, sino que se utilizaban los medios de comunicación y se recurría a grupos civiles. A la brutalidad habitual de la policía y los militares, se incorporaron las doctrinas de las potencias coloniales e imperialistas, que concebían a los movimientos sociales como formas de “subversión” o como etapa de la “guerra revolucionaria”.³⁴ La escuela francesa de Argelia y la estadounidense de Vietnam contribuirían a la definición de la Doctrina de Seguridad Nacional que se implantó en América Latina.³⁵

Las doctrinas contrainsurgentes calificaban como subversión a un conjunto cada vez más amplio y diverso de organizaciones, formas de lucha y protesta, e incluso variadas prácticas culturales y expresiones artísticas, y las autoridades recurrían con frecuencia creciente a medidas de excepción y a la restricción de los derechos constitucionales, lo que

³⁴ Ver, por ejemplo, Eduardo Galeano, “Brasilia a la hora del cuartelazo”, en *Nosotros decimos no. Crónicas (1963/1988)*, pp. 40 a 47

³⁵ Para las doctrinas estadounidenses, ver Michael T. Klare y Peter Kornbluh, coords., *Contrainurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*; para el caso francés, Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*.

se sumaba a la tradicional utilización sesgada, parcial y por consigna de la legalidad y el derecho, en contra de sus opositores. La contrainsurgencia se convirtió en el eje de las políticas del Estado bajo las dictaduras militares en Argentina y Brasil³⁶, inclusive en la formación de un bloque de apoyo entre la población.³⁷ También en el democrático Uruguay se volvieron recurrentes las medidas de excepción, que invalidaban de hecho la legislación vigente, abriendo lo que Álvaro Rico define como una etapa de “gobiernos bajo decreto”.³⁸ En México, el sistema político presidencialista, el predominio del partido de Estado en el Congreso y la subordinación del Poder Judicial hacían innecesarios mecanismos similares, pues la autoridad del Ejecutivo era prácticamente ilimitada, pero de igual manera se impulsaban desde el gobierno y desde la derecha campañas anticomunistas.

El año de 1968 tuvo un inicio sombrío para los movimientos sociales y populares en América Latina. No se habían cumplido aún tres meses de la ejecución del *Che* Guevara en Bolivia. En toda la región se recrudecía la represión. Sin embargo, durante algunos meses cambió la correlación de fuerzas con la movilización estudiantil. Los movimientos desplegados hicieron concebir que era posible deponer a la dictadura militar en Brasil, democratizar la vida política de México, restablecer los derechos constitucionales en Uruguay. La situación se revirtió a costa de sangrientas represiones, y al terminar 1968, había vuelto a imponerse el orden opresivo en estas sociedades, las cuales, sin embargo, habían cambiado de una manera irreversible. Y 1969 traería una nueva sorpresa, con el

³⁶ Ruy Mauro Marini, “El Estado de Contrainsurgencia”, *Cuadernos Políticos*, N° 18, pp. 21 a 29

³⁷ Para el caso de Brasil, el golpismo se apoyó en un sector de la clase media, proclive a lo que Joao Martins Filho caracteriza como “*autoritarismo de crisis*”, cuya expresión ideológica más característica fue la oposición entre la ‘democracia’ y el ‘comunismo’ entre la clase media alta, mientras que un sector de la clase media baja se alineaba con el golpismo por temor a su propia proletarianización, y se enfrentaba con los partidarios del “estatismo populista” del gobierno de Goulart o del reformismo de izquierda. Joao Roberto Martins Filho, “Movimento estudantil e militarização do Estado no Brasil (1964-1968)”, Tesis de maestría, p.77

³⁸ Álvaro Rico, “Sobre el autoritarismo y el golpe de Estado. La dictadura y el dictador”, en Carlos Demasi et. al., *La dictadura Cívico-Militar. Uruguay 1973-1985*, pp. 179 a 246, p. 189

renacer de la rebelión, aún más intensa y con la dirección de la clase obrera, en la ciudad argentina de Córdoba.

Estas luchas se presentaron como rebeliones en contra del autoritarismo de los gobiernos latinoamericanos. Un autoritarismo alineado con el gobierno de Estados Unidos, antirrevolucionario y contrainsurgente, aliado o subordinado a las inversiones extranjeras y a la oligarquía terrateniente, enemigo de los sindicatos y de las organizaciones agrarias; y fuertemente conservador, ligado a las tendencias de la Iglesia católica opuestas a cualquier apertura o cambio, con simpatías por el corporativismo franquista.

Las acciones estudiantiles tuvieron como componente importante la defensa de los derechos políticos constitucionales, vulnerados por los regímenes de facto o los estados de excepción, pero también incorporaron ingredientes de la lucha de clases, del antiimperialismo; de la pugna de las mujeres por ser reconocidas como parte activa de la sociedad. Las universidades, al mantenerse como uno de los escasos espacios de actividad de la sociedad civil, como lugar de crítica y de organización, estaban bajo vigilancia policial, en muchos casos bajo acoso; ocasionalmente cercadas, o directamente intervenidas o clausuradas. No era extraño hallar en la prensa de la época noticias sobre el ingreso de la policía o el ejército en alguna universidad de la región.³⁹

La presencia de los movimientos estudiantiles en las calles y en otros espacios, donde quedaba cuestionada la autoridad; la constitución de un sujeto que impugnaba a los sectores dominantes; la concesión de demandas a un sector que se proponía imponerlas con la

³⁹ Ver, por ejemplo, "En todo el mundo, los estudiantes en lucha", Revista *Marcha*, Montevideo, 5 de abril de 1968

movilización; todo ello era inaceptable para las autoridades. La respuesta fue abordar las manifestaciones en primer lugar como un asunto policial, de orden público, pero ante la fuerza de la rebelión y la persistencia de las movilizaciones, el tratamiento se convirtió en un asunto militar, de seguridad nacional. Las autoridades orchestaron verdaderas operaciones militares para impedir que continuara la movilización en las calles; los estudiantes fueron tratados como enemigos y las universidades como focos de subversión que había que exterminar. Frenada la movilización, los marcos institucionales se endurecieron y se hicieron más restrictivos, para impedir el resurgimiento o desarrollo de nuevas movilizaciones y nuevas demandas sociales.

A partir de la represión contra los movimientos estudiantiles, esta contrainsurgencia se hizo práctica recurrente contra los movimientos sociales urbanos. Se constituiría como terrorismo de Estado a partir del golpe de Estado en Chile de 1973, y alcanzaría su apogeo tras el golpe militar de 1976 en Argentina, con el exterminio de miles de militantes revolucionarios, sindicalistas, activistas y simpatizantes. Por ello consideramos como hito culminante de este periodo de luchas el golpe de Estado en Chile, tanto por haber destruido un proyecto *socialista* -con todo lo que eso significaba en el marco de la Guerra Fría-, como por inaugurar con su amplitud, magnitud y visibilidad, un modelo de represión, ejercida prácticamente a la vista de todo el mundo, y que cobraba víctimas desde los niveles más altos del Estado hasta los activistas de barrio, fábrica o escuela. El de Pinochet representó un golpe necesario para la puesta en marcha del proyecto económico del neoliberalismo, no sólo en América Latina, sino a escala mundial.

1.4 El tránsito de las sociedades latinoamericanas entre el populismo y el autoritarismo de derecha

El propósito de este apartado es mostrar la importancia que tuvieron los regímenes populistas en el establecimiento de las condiciones que primaban en las universidades y la educación superior en la década de 1960, así como en la formación de sectores de apoyo y opositores a esos gobiernos, en alineamientos que caracterizarían una serie de conflictos políticos, en los cuales se comprometieron las organizaciones estudiantiles. Es importante subrayar que las organizaciones y movimientos estudiantiles no siempre pueden ser caracterizados como movimientos de izquierda. También me interesa apuntar aquí el origen de algunas de las formas de acción y de los instrumentos de la represión que se utilizarían en mayor escala en 1968.

Los populismos fueron proyectos que permitieron afrontar los efectos de la crisis económica de 1929 y la agudización de los conflictos de clase. Los países latinoamericanos sufrieron con severidad la crisis de 1929, que redujo considerablemente la demanda y los precios de sus exportaciones. Los ingresos cayeron, se cerraron algunas industrias y hubo despidos masivos de trabajadores. Los conflictos sociales y políticos se agudizaron. Una de las respuestas de los Estados fue impulsar la manufactura de bienes para suplir los que se dejaron de importar, lo que fortaleció el mercado interno, al tiempo que daba lugar al crecimiento de un proletariado urbano. Las fuerzas sociales se reagruparon y se establecieron las alianzas que sustentarían a los regímenes populistas, caracterizados por la intervención del Estado en la economía mediante la nacionalización de recursos naturales y transporte, la creación de industrias y mecanismos redistributivos; la intervención estatal en los conflictos de clase, en los que establecía la conciliación obligatoria, no siempre en

beneficio de los patrones; y la organización de tipo corporativo de la sociedad, con protagonismo de los trabajadores urbanos, encuadrados en organizaciones y sindicatos vinculados al Estado o al partido gobernante. Todos estos regímenes ampliaron los derechos sociales, en particular el acceso a la educación superior, pero sus políticas corporativistas provocaron conflictos con los estudiantes y otros sectores medios.

En Argentina y Brasil, hacia la mitad del siglo XX, los regímenes populistas se caracterizaban por la importancia de las alianzas entre sus dirigentes y los sindicatos, así como por la presencia de los militares, como factor intervencionista, al que algunos sectores oligárquicos y de la burguesía, y con ellos una parte de las clases medias, adjudicaban el papel de garantes del orden político, un fenómeno denominado pretorianismo.⁴⁰ En las décadas de 1930 y 1940, el nazifascismo tuvo influencia en ambos países, dentro de los respectivos gobiernos, al grado de emular la formación de sindicatos verticales controlados por el Estado como fuerza política de apoyo, es decir, la instauración del corporativismo. Skidmore y Smith plantean que hacia la década de 1940, el ejército y los sindicatos se habían convertido en Argentina en los principales actores políticos.⁴¹

Zermeño califica el populismo en esos dos países como “coyuntural”, organizado como una “revolución por lo alto”,⁴² sustentado en los trabajadores y los pobres de las

⁴⁰ Alain Rouquié y Stephen Suffern, “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, en Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, Vol. 12, Cap. 5, pp. 281 a 341, plantean que en estas “repúblicas pretorianas”, existe una “tutela militar virtualmente permanente, aunque no estable, en la cual la excepción en términos constitucionales se ha convertido, de hecho, en la regla”, y donde las fuerzas armadas se constituyen como “fuerzas verdaderamente políticas”, cuyo respaldo es esencial para garantizar la estabilidad de las “autoridades legalmente constituidas”, y su veto lleva a la caída o la proscripción, como ocurrió a los radicales entre 1930 y 1943, y al peronismo después de 1955, pp. 293 y 294

⁴¹ Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith, *Historia contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*, p. 110. Los autores admiten, sin embargo, que los trabajadores carecían de una expresión política efectiva en el sistema de partidos.

⁴² Zermeño, p. 83

ciudades, con poca relevancia en el campo. En contraste, define al populismo mexicano como “estructural”, sustentado en las conquistas de la revolución y que incorporaba a una extensa población rural a este tipo de relaciones; aun así, Zermeño estima que en la década de 1960, comenzaba a perder sentido la lógica populista-nacionalista-desarrollista que se había mantenido desde 1930⁴³ y comenzaba a disociarse y a mostrar en “una de sus caras” los rasgos de un Estado de clase, al servicio de la burguesía, aunque “sin verse inmediatamente abandonado por la fidelidad de las masas”.⁴⁴ En Uruguay, donde la democracia parlamentaria y el sentido de ciudadanía estaban más desarrollados, pero donde los partidos tradicionales se sustentaban cada vez más en prácticas clientelares, afloraron conflictos de clase que no se resolvieron en ese marco político. En cada uno de estos países, aumentaba la distancia entre las condiciones políticas concretas y los postulados de la democracia liberal burguesa, debido a la intensificación de los conflictos de clase.

El final de las experiencias populistas en América Latina hacia mitad del siglo significó para las clases trabajadoras perder un lugar relevante en la escena política, y enfrentarse a exigencias de subordinación y sometimiento, y un fugaz enaltecimiento de las clases medias como sector de apoyo para los nuevos regímenes. Ello coincidió con un momento de expansión y modernización de las instituciones educativas, y de cambios en las expectativas que tenían las sociedades, los gobiernos, los círculos académicos y los propios estudiantes sobre las universidades, vistas como una vía para la movilidad social, y más concretamente, para que los hijos de los sectores populares accedieran a las clases medias.

⁴³ *id.*, p. 73

⁴⁴ *id.*, pp. 89 a 91

Para poner fin a la movilización y organización de los sectores populares que el populismo había heredado, y para ir suprimiendo una serie de derechos laborales que encarecían la fuerza de trabajo, los sectores dominantes en América Latina recurrieron a diversos mecanismos. En Brasil y Argentina, fue importante la movilización de sectores de las clases medias, atemorizados por el riesgo del “comunismo” y de “una segunda Cuba”, para dar una base social a la intervención del Ejército. Una movilización similar de sectores medios iba ocurriendo en Uruguay, para justificar el uso de medidas de excepción. En México, el control corporativo sobre obreros y campesinos garantizaba el pronto aislamiento de las fuerzas independientes y opositoras, de forma que no era necesaria una movilización similar de los sectores medios ni la intervención del ejército, sino que se requería garantizar que ningún sector laboral o campesino rompiera con los controles estatales. En esta nueva correlación de fuerzas, era importante contener a los partidos nacionalistas y a la izquierda en el terreno político y parlamentario, y a los sindicatos y campesinos en sus reivindicaciones económicas o de clase.⁴⁵

El discurso que apoyaba a los gobiernos autoritarios apuntaba contra la corrupción de los anteriores gobiernos y de los partidos, contra el caos y la anarquía encarnados por la izquierda y los sindicatos; se pregonaba la necesidad de orden y disciplina para el desarrollo y el progreso, recurriendo al anticomunismo y a valores conservadores como la familia y la religión. Una parte de las clases medias se alineó con este discurso. Otros sectores medios,

⁴⁵ Las clases hegemónicas concentran la doble función de encarnar un presunto “interés general” y a la vez, representar los intereses políticos de las clases y fracciones dominantes, aunque no necesariamente sus intereses económicos inmediatos, de ahí que pueda hacer concesiones, a veces muy amplias, a las clases dominadas, como ocurría con los Estados populistas. El golpe militar hacía innecesario mantener estas concesiones; mientras que los cambios dentro del sistema político vigente requerían desmontar esas concesiones gradualmente. En ambos casos, la elaboración del nuevo discurso hegemónico requería justificar la necesidad de suprimir o contener esos reclamos sociales.

entre ellos los estudiantes, se conformaron como oposición a los nuevos grupos gobernantes, mediante la resistencia activa a la represión y la denuncia de ese discurso.

Esa movilización de sectores conservadores de clases medias y este discurso legitimador del uso de la fuerza abonaron al ejercicio de la violencia desde las clases dominantes. La necesidad de contener las luchas revolucionarias y a los movimientos sociales se tradujo en planes de contrainsurgencia, que serían un eje vertebral no sólo de las dictaduras, sino también de otros gobiernos civiles en esta época.⁴⁶ La represión de los movimientos sociales se articulaba mediante instrumentos legales de excepción, como las leyes de Seguridad Nacional brasileñas, el plan de Conmoción Interna del Estado (Conintes) argentino, la tipificación de los delitos de disolución social en México, o las Medidas Prontas de Seguridad en Uruguay. Junto con ello, agencias de Estados Unidos dieron adiestramiento especializado y equipo a los cuerpos antimotines de la policía. Con todos esos elementos, se diseñaron doctrinas militares que contemplaban hipótesis de conflictos internos y contrainsurgencia.

1.5 Los estudiantes como sujetos políticos y las universidades como espacios de conflicto

En este apartado, pretendemos exponer la manera en que las universidades y los estudiantes se han involucrado en procesos de transformación social durante la historia de América Latina; la forma en que ocurre este involucramiento tiene que ver con los intereses

⁴⁶ Marini, al describir la gestación de lo que denominaba Estado de contrainsurgencia en América Latina, plantea que una de las vertientes de la contrarrevolución es “la transformación estructural de las burguesías criollas”, con el desarrollo de una burguesía monopólica “estrechamente vinculada a la burguesía imperialista”, junto con un proceso de acentuación de la centralización del capital y la proletarización de la pequeña burguesía. Marini, “El Estado...”

políticos y sociales que están en juego en cada momento, así como la identidad de clase y los intereses de los protagonistas estudiantiles. Como advierte el brasileño Martins Filho, no se puede asumir *a priori* que los movimientos estudiantiles, ni las universidades en donde se desarrollan, tienen siempre un carácter “progresista” o popular, sino que en ocasiones representan intereses elitistas y defienden privilegios de corte corporativo, lo cual los separa e incluso confronta con las clases trabajadoras. Nuestra intención es considerar una serie de condiciones y elementos sociales y políticos que aportaron a formar una identidad entre los estudiantes que se movilizaron en 1968 y 1969.

1.5.1 Genealogía de las universidades y el significado de la autonomía

Las primeras universidades en América tuvieron origen colonial, estaban regidas por órdenes religiosas y reguladas por la Corona. Estaban conformadas por facultades de Teología, Leyes, Medicina y Filosofía. Al igual que otras instituciones coloniales, privilegiaban la asistencia de españoles, peninsulares o criollos, y segregaba a las castas. Luego de la independencia, las universidades de México y de Córdoba permanecieron bajo patrocinio eclesiástico hasta la primera mitad del siglo XIX, durante las guerras entre liberales laicos y conservadores católicos. El triunfo liberal llevó a sustituir la universidad colonial ibérica por nuevos modelos europeos, que promovían la educación profesional técnica y científica, con carácter laico. En Uruguay, la Universidad de la República fue directamente producto de los proyectos liberales y laicos del siglo XIX. En México, el gobierno de Benito Juárez clausuró la universidad, y estableció la Escuela Nacional Preparatoria y un sistema de Escuelas Nacionales especializadas (medicina, jurisprudencia, ingeniería). En 1910, bajo el gobierno de Porfirio Díaz se fundó la Universidad Nacional de México. En Argentina, la universidad de Córdoba estuvo bajo jurisdicción provincial hasta 1852, cuando fue declarada Universidad

Nacional, y cinco años después se suprimió la Facultad de Teología. En 1873 asumió un modelo humboldtiano, que unificaba la enseñanza y la investigación, y con esta premisa se establecieron una Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y el observatorio astronómico.

En Brasil, cuya relación colonial con Portugal era diferente a la de las colonias españolas, la metrópoli prohibía fundar universidades, aunque a partir de 1808, cuando la Corona de Portugal escapó a Brasil para huir de la invasión napoleónica, se permitió la fundación de institutos, facultades y escuelas superiores regionales. La Universidad fue un proyecto tardío, posterior a la independencia, la abolición de la esclavitud y la proclamación de la república en 1889, y con el ejército como impulsor de la unificación del país.

La sustitución de los modelos coloniales por los proyectos liberales estuvo vinculado con la modificación de planes y programas educativos, para vincularlos con el nuevo orden político y jurídico, y la formación de profesionales en ramas como ingenierías y ciencias. Estas universidades atendían principalmente a los hijos de las clases altas y medias propietarias. Contar con una carrera universitaria permitía el ejercicio de profesiones como la de médico o abogado, mejoraba las posiciones de los funcionarios públicos, y era un elemento que acrecentaba el prestigio social del portador.

Al comienzo del siglo XX, los países latinoamericanos se caracterizaban por ser economías exportadoras de materias primas mineras o agropecuarias, en donde se registraba un proceso de concentración de las tierras a costa de las comunidades campesinas o los pequeños productores, que en parte mantenían una producción de

subsistencia. En las ciudades había una producción manufacturera de bienes de consumo interno, así como actividad comercial y bancaria. En toda la región se establecieron redes de ferrocarriles financiadas con capitales estadounidenses o británicos, lo que permitió unificar amplios territorios y conectarlos con el exterior. Aparecieron enclaves obreros, que vivían prácticamente sin servicios urbanos, educativos o de salud; y crecieron las clases medias. Con criterios fuertemente racistas, los gobiernos de estos países se promovió la inmigración de trabajadores europeos, especialmente en América del Sur. Entre estos trabajadores arribaron sindicalistas y militantes de partidos anarquistas, socialistas y comunistas, que promovieron la organización obrera en esa región.

En ese contexto, se produjeron en América Latina los primeros movimientos por la autonomía de las universidades. Era una época en la que se produjeron grandes luchas obreras y proletarias, así como movilizaciones campesinas, y enfrentamientos entre la oligarquía y algunos sectores de la burguesía y de las clases medias que promovían la incorporación de la población rural y los trabajadores urbanos a la vida política como ciudadanos, con derecho al voto y participación electoral. La instauración de las autonomías tuvo entre sus efectos la consolidación de las universidades como espacios de debate relativamente libre, de organización estudiantil y de actividad política, sustraídas hasta cierto punto de la intervención gubernamental directa.

Uruguay fue el primer lugar donde se estableció la autonomía, como parte del proceso conocido como batllismo por haber sido impulsado por el presidente José Batlle, bajo cuyos dos mandatos (1903 a 1907, y 1911 a 1915), el Estado impulsó la industria, reconoció el derecho de huelga y la jornada de ocho horas, promulgó leyes laborales y de seguridad

social, estableció la educación pública gratuita y laica a todos los niveles, incluida la universidad. La Constitución uruguaya de 1917 estableció la autonomía de la Universidad,⁴⁷ por primera vez en América Latina. El batllismo estableció un sistema de consensos entre clases y sectores sociales, que dio estabilidad política a Uruguay durante décadas.⁴⁸ A decir de Lucía Sala de Touron y Jorge Landinelli, este régimen dio a los trabajadores trato de ciudadanos, más que de asalariados.⁴⁹

En Argentina, la autonomía data de 1918, a raíz de un movimiento estudiantil en Córdoba, también en un clima de otros conflictos en el país, durante la presidencia de Hipólito Yrigoyen, de la Unión Cívica Radical (UCR), impulsor del reconocimiento de derechos políticos y sociales. Con una economía basada en la producción de carnes, lanas y granos en grandes latifundios, en los campos y la industria se desarrollaba un numeroso proletariado, que protagonizó acciones de protesta como la huelga general del Centenario en 1910, la Semana Trágica de 1918, o la huelga general de la Patagonia de 1921. El gobierno buscaba a la vez contener o reprimir a los anarcosindicalistas, ampliar la participación política de las clases medias e incorporar a los inmigrantes a la vida política, para lo cual en 1912 se universalizó el derecho al voto.

⁴⁷ Aldo Solari, "La universidad en transición en una sociedad estancada: el caso del Uruguay", en Aldo Solari, *Estudiantes y política en América Latina*, pp. 133 a 207

⁴⁸ Nelson Minello subraya la existencia de "dos movimientos sociales clásicos" en el Uruguay de la primera mitad del siglo XX: el obrero, con "una relación muy grande entre la clase del sindicato y una ruptura absolutamente total entre el sindicato y el partido", y el estudiantil, caracterizado por "un antigobiernismo y un principismo a ultranza realmente muy marcados". Nelson Minello, del Colegio de México, Comentarios la ponencia "Autonomía y autogobierno en la universidad uruguaya", en *Universidad y política en América Latina*, p. 120.

⁴⁹ Lucía Sala de Touron y Jorge Landinelli, "50 años del movimiento obrero uruguayo", en Pablo González Casanova, coord. *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Tomo 4, pp. 251 a 329, p. 257

En junio de 1918, los estudiantes de la Universidad de Córdoba iniciaron un movimiento por la reforma universitaria y en repudio a una educación retrógrada,⁵⁰ que derivó en una lucha por la autonomía universitaria, el cogobierno o participación estudiantil en el gobierno universitario, la docencia libre, la libertad de cátedra y el laicismo, junto con una democratización académica que contemplara la selección de profesores mediante concurso ante jurados con participación estudiantil, considerar la investigación como función de la universidad, y establecer un compromiso con la sociedad mediante la extensión universitaria.⁵¹ El movimiento recibió apoyo tanto de Yrigoyen, como de sindicatos y clases medias, y se enfrentó con la oligarquía cordobesa, caracterizada por su conservadurismo católico. El conflicto se zanjó con la intervención del gobierno nacional y la aprobación de un nuevo Estatuto al comienzo de 1919.

El Manifiesto Liminar que dio cuenta de los logros del movimiento resaltó la importancia de la autonomía, el cogobierno, la libertad de cátedra y la extensión universitaria, hizo un llamado a la educación popular, y reivindicó su carácter “americanista” y anticlerical.⁵² En el curso del movimiento se conformó la Federación Universitaria Argentina (FUA). Esta organización mantendría durante las siguientes décadas los principios reformistas, bajo hegemonía de la UCR. En cada una de las universidades nacionales argentinas, una Federación agrupaba a los centros de estudiantes de las diversas escuelas y facultades.⁵³ Además, cada escuela o facultad contaba con un Consejo deliberativo, con representantes

⁵⁰ Renate Marsiske, “Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1900-1930)”, en Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, pp. 142 a 157, p. 151. Por ejemplo, los estudiantes rechazaban que se excluyera la práctica clínica en el estudio de la Medicina, o que en Derecho hubiera materias sobre el trato a los siervos.

⁵¹ Sitio web oficial de la Universidad Nacional de Córdoba, disponible en <http://www.unc.edu.ar/institucional/historia>, consultada el 20 de septiembre de 2013.

⁵² Marsiske, *op.cit.*, pp. 152 y 153. Al definirse como “americanista”, el movimiento de Córdoba planteaba una identidad entre las condiciones de las universidades y los estudiantes en todos los países del continente.

⁵³ Carlos A. Ceballos, *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*, pp. 9 a 12

de los cuatro claustros: estudiantes, docentes, egresados y no docentes, y las universidades con un Consejo Superior, conformado de la misma manera, más el rector y los decanos de cada facultad. La Reforma de Córdoba tuvo un impacto continental, y alentó la participación de los universitarios en las luchas políticas y el activismo social de la primera mitad del siglo XX en América Latina,⁵⁴ a la par con sucesos como la Revolución mexicana y la Revolución bolchevique en Rusia.

En México, la obtención de la autonomía universitaria estuvo ligada con los cambios que implicó la Revolución mexicana de 1910-1920, protagonizada por comunidades campesinas, pequeños productores y núcleos de trabajadores, con algunos dirigentes de clase media, que liquidó el poder de la clase terrateniente y la oligarquía ligada al capital extranjero. En esa lucha hubo participación estudiantil, como la presencia de universitarios en las campañas zapatistas en 1914 y 1915, y las facciones triunfantes incluyeron en la Constitución de 1917 la educación laica y gratuita, e impulsaron proyectos educativos nacionales. José Vasconcelos fue comisionado por la presidencia de Álvaro Obregón para reorganizar a la Universidad bajo los nuevos principios de la Revolución, y luego para crear la Secretaría de Educación Pública. La política educativa de los gobiernos revolucionarios incluyó la fundación de escuelas rurales y para trabajadores, planes de alfabetización y extensión educativa mediante las “misiones culturales”, o la difusión de obras literarias y artísticas para las masas como el muralismo o la radio educativa. La educación era un tema de justicia social, una herramienta para crear una identidad nacional, como parte del

⁵⁴ El comunista peruano José Carlos Mariátegui reivindicaría esta etapa por el reclamo de la autonomía universitaria, la participación estudiantil en su gobierno y la docencia libre como un avance en la incorporación de la juventud en las luchas sociales, y enfatizaría que bajo su influencia, hubo núcleos de estudiantes que se acercaron al proletariado, para difundir el socialismo y estudiar el marxismo, la economía y la sociología. José Carlos Mariátegui, “El proceso de la instrucción pública”, en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, pp. 114 a 116

nacionalismo revolucionario y como una práctica “civilizadora”, y como tal, los maestros rurales y los educadores se enfrentaron a los poderes de la Iglesia y los caciques.⁵⁵ La universidad en la década de 1920 formó parte de estos proyectos, mientras en el resto del país, una serie de partidos y organizaciones representaban a las diferentes facciones que habían participado en el grupo vencedor, encabezado por Álvaro Obregón, quien fue asesinado en 1928, y que fue sucedido por Plutarco Elías Calles, que se impuso sobre las diversas fuerzas agrupándolas en un partido, y erigiéndose en el árbitro con el mecanismo conocido como maximato.

Entre mayo y julio de 1929, los estudiantes universitarios iniciaron una huelga general con manifestaciones en el centro de la ciudad. El gobierno intentó contener las protestas por la fuerza, pero ante la persistencia de la movilización, concedió una ley que otorgaba a la Universidad una autonomía limitada por el Poder Ejecutivo.⁵⁶ Tras otro conflicto en 1933, la ley orgánica de la Universidad fue reformada, quitándole el carácter nacional pero concediéndole autonomía plena.⁵⁷ En 1945, una nueva Ley Orgánica devolvió a la UNAM su carácter nacional, la definió como “corporación pública” y “organismo descentralizado del Estado”, dotado de una autonomía que se ejercería mediante la Junta de Gobierno.⁵⁸

La autonomía en estos tres países definió una relación entre universidades y gobierno que impedía la injerencia y la acción coactiva del Estado, en particular del Poder Ejecutivo, en los asuntos académicos y escolares, el régimen interior y la administración universitaria,

⁵⁵ Ver Betzabé Arreola, “José Vasconcelos: el caudillo cultural de la Nación”

⁵⁶ Marsiske, *op. cit.*, y José René Rivas Ontiveros, *La izquierda estudiantil en la UNAM, Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*, pp. 108 a 112

⁵⁷ Rivas Ontiveros, p. 110

⁵⁸ *id.*

aunque no evitaba la intromisión de hecho del gobierno y los partidos,⁵⁹ ya que la asignación del presupuesto quedaba en manos del Legislativo.⁶⁰ En Brasil, la legislación a mediados del siglo XX limitó la autonomía al ámbito de la enseñanza, para garantizar la libertad de cátedra, pero no en el gobierno interno; mientras que en Argentina, México y Uruguay, se refería tanto a la administración del presupuesto público, como a la capacidad de elegir su propio régimen de gobierno interno.⁶¹ En esta última acepción, una consecuencia importante es que el orden dentro de las instalaciones universitarias sea de competencia interna y esté fuera del ámbito policial.

Las luchas por la autonomía y el cogobierno dieron un cauce a la participación y la organización estudiantil interna, y a la vez proyectaron para las clases medias la posibilidad de cambios en el resto de la sociedad. Los estudiantes concibieron la posibilidad de convertir a la universidad en “un foco de donde irradiaría una posible transformación de toda la sociedad”⁶² mediante la extensión universitaria y el servicio social; por su parte, los sectores más radicales reclamaban ampliar el cupo para ampliar el ingreso de hijos de trabajadores, establecer universidades o cátedras populares, y otros proyectos de educación para obreros.⁶³

⁵⁹ La autonomía ha estado “permanentemente amenazada” en diversos momentos por la Iglesia, por el Estado -“incluyendo no sólo los sistemas abiertamente autoritarios, sino los supuestamente democráticos”, y por el mercado, como apunta Ariel Iván Ruiz Parra, “Autonomía Universitaria: entre la historia, la legislación y la búsqueda”, p. 216

⁶⁰ Solari, *Estudiantes...*, p. 83

⁶¹ Esta tipología de la autonomía en José Rubens Lima Jardilino, “El tema de la autonomía en las reformas educativas en América Latina”, ponencia, disponible como documento de texto en www.reformadel18.unc.edu.ar/privates/Jardilino.doc

⁶² Silva Michelena y Sonntag, pp. 30 y 31

⁶³ *id.*, p. 29

Los venezolanos Silva Michelena y Sonntag plantean que las luchas por la autonomía corresponden a una fase de “extrañamiento hostil” de los estudiantes ante los efectos del capitalismo en América Latina en ese primer tercio del siglo XX. Los estudiantes daban forma en el ámbito universitario a demandas de las clases medias urbanas latinoamericanas, numéricamente pequeñas pero concentradas en la administración pública, la gestión gubernamental y en la enseñanza superior,⁶⁴ más educadas que el resto de la población, y cuyas posturas tendían al nacionalismo, apoyaban la industrialización y la intervención social y económica del Estado, y respaldaban la formación de partidos políticos modernos.⁶⁵

En este marco, la universidad se consolidaba como formadora de cuadros del Estado, aunque la autonomía le permitía mantenerse como un “santuario de cultura al margen de la política”, y la libertad de cátedra amparaba el desarrollo de posiciones marxistas y socialistas. Universidad y Estado parecían mantener una “absoluta separación”, aunque se desarrollaran programas conjuntos de investigación.⁶⁶

1.5.2 Las universidades latinoamericanas en la década de 1960

La identidad de los estudiantes como sujeto político en 1968 y 1969 retomó rasgos que se desarrollaron en los años anteriores, a lo largo de la década de 1960. En esta configuración tuvieron relevancia las relaciones entre las clases, las formas de acción política de las clases medias, las relaciones y conflictos entre Estados y universidades, los debates y aspiraciones sobre la orientación que debía tener la educación superior, las formas de actividad política estudiantil, y las maneras en que las autoridades estatales intervenían en escuelas y

⁶⁴ *id.*, p. 24

⁶⁵ Marsiske, *op. cit.*, pp. 142 a 157.

⁶⁶ Zermeño, p. 59. La caracterización, para el caso de México, nos parece que puede ser válida en los demás países antes de las dictaduras militares.

espacios estudiantiles. Las particularidades de la época produjeron una identidad estudiantil distinta a la de las décadas anteriores. Es decir, la formación de esta identidad fue resultado de una experiencia concreta de conflictos.⁶⁷

A mediados del siglo XX, Argentina, Brasil y México, además de ser productores mineros, petroleros y agropecuarios, y exportadores de materias primas, desarrollaron cierta capacidad industrial en las ciudades, que promovió la emigración de trabajadores del campo y un crecimiento demográfico urbano notable. Uruguay no tuvo un desarrollo similar en la industria, pero sí en el sector bancario y financiero, que le permitió un desarrollo análogo. Junto con ello, el populismo incorporó a esos sectores inmigrantes a la actividad político-electoral y amplió sus derechos sociales, incluida la educación, lo que representó una mejora en sus condiciones de vida y en su participación en el mercado interno. Esto provocó procesos de reordenamiento urbano, con la separación de zonas industriales y residenciales. La construcción de ciudades universitarias y de nuevos planteles fue parte de estos cambios. Al tiempo que se incrementaba la capacidad para atender una demanda creciente, se dispersaba o se alejaba a la población estudiantil del centro de las ciudades, donde se concentraba hasta entonces.

Se asumía que las universidades aportarían cuadros intelectuales y científicos para el Estado y para el aparato productivo público y privado, es decir, para labores de la

⁶⁷ Hacemos aquí una analogía con el planteamiento de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera. Thompson apunta que la *clase* y la *conciencia de clase* se derivan de la *lucha de clases*, dado que “las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase”. Los estudiantes no constituyen una clase, pero conforman un sujeto en ese enfrentamiento con las autoridades, que se vuelve continuo y constante con el acoso al que son sometidas las universidades en esa época. E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, p. 37

administración pública, gestión de las empresas públicas, para las grandes industrias y para las firmas extranjeras; los egresados nutrían también las plantas académicas que estaban en crecimiento en las propias universidades, con la apertura de nuevas carreras, centros de investigación y de estudio que surgieron en esa fase de profesionalización del conocimiento.⁶⁸ Otras fuentes de trabajo eran las universidades provinciales y locales que también se fundaron en la época, aunque hubiera la percepción de que sus egresados llenarían “sobre todo, el sector terciario de la actividad municipal”.⁶⁹

También se crearon empleos con la apertura de universidades privadas, las cuales comenzaban a ser alternativa para algunos sectores de élite, ligadas a la Iglesia católica, fundaciones y universidades estadounidenses o grupos empresariales.⁷⁰ La intención de las élites de preservar sus relaciones y valores, y alejar a sus hijos de la agitación en las universidades públicas, no siempre fue satisfecha: en 1968, se enfrentó a la incorporación de sus propios herederos a las revueltas.⁷¹ Además, a pesar de este surgimiento de instituciones privadas, las universidades públicas mantuvieron en la época el liderazgo, y en ocasiones el monopolio, sobre la generación y la difusión del conocimiento. La autonomía y la libertad de cátedra garantizaban las condiciones para el desarrollo permitido o tolerado de una actividad crítica y de expresión de la sociedad civil. A diferencia del ambiente anticomunista rampante, la libertad de cátedra amparó la difusión y desarrollo del pensamiento crítico, como el marxismo, el propio desarrollismo o la teoría de la dependencia, que se convirtieron en

⁶⁸ Rivas Ontiveros, p. 78

⁶⁹ Solari, *Estudiantes...*, p.16

⁷⁰ Silva Michelena y Sonntag, *op. cit.* pp. 58 a 61

⁷¹ *id.*, p. 16 y 17. La agitación se extendió también a las universidades privadas. Por ejemplo, en 1967, se produjeron movilizaciones entre los alumnos de la Universidad Católica de Chile, en 1968 los alumnos de centros como la Universidad Iberoamericana en México se sumarían al movimiento, y en 1969 ocurriría lo mismo con los estudiantes de la Universidad Católica en Córdoba.

referentes obligados en el panorama cultural de la época, como indicamos en el apartado 1.2 citando a Adolfo Sánchez Vázquez.

Además de los hijos de las élites políticas, económicas y académicas, aumentó la presencia en las aulas universitarias de jóvenes de clases medias e incluso de las clases trabajadoras, en muchos casos por primera vez en sus familias, aunque siempre en un rango limitado. Este ingreso fue mayor la enseñanza media, lo que en América del Sur se denomina educación secundaria y en México corresponde a las vocacionales y preparatorias; y en la educación técnica superior. Aldo Solari precisaba en 1968 que en América Latina, “sea cual sea el criterio que se utilice, los estratos bajos difícilmente llegan a superar el 10 por ciento de la matrícula universitaria”,⁷² y que incluso en el nivel medio “en muy pocos países asisten más del 40 por ciento de los que están en edad de hacerlo”.⁷³ Con todo, en Argentina, el peronismo tuvo una política de abrir las universidades a los hijos de trabajadores. En ese país, en Uruguay y Brasil se presentaba además el fenómeno de una creciente proporción de estudiantes con empleo asalariado.⁷⁴ Con ello, el estudiantado latinoamericano se hizo más numeroso y sus características sociales más diversas. En general, las familias mantenían la expectativa de que una carrera universitaria mejoraría la posición económica y social de sus hijos. Al finalizar la década de 1950 era real esa “movilidad social”, aunque fue reduciéndose en el transcurso del siguiente decenio.

⁷²Solari, *Los estudiantes...*, p. 35. El autor descartaba que hubiese un mayor ingreso de estudiantes de los estratos ‘populares’, pero reconocía que era un hecho que “la matrícula universitaria ha crecido más que la población”.

⁷³Según datos de la Unesco, en 1961, Uruguay atendía en educación media a 48 por ciento de los jóvenes “en edad de seguir estos estudios”; Argentina, en 1963, a 35.5 por ciento; Brasil, en 1964, a 24.4 por ciento; y México, en 1962, a 16.4 por ciento. Citado por Solari, *Los estudiantes...*, p. 120

⁷⁴ En Uruguay, 61 por ciento de estudiantes reportaba haber trabajado mientras estudiaba, Universidad de la República, *Censo general de estudiantes 1968, Informe preliminar*, datos recopilados entre noviembre de 1968 y febrero de 1969, p. 36. En Brasil, 59 por ciento de estudiantes de la Universidad de Sao Paulo reportaba trabajar. Marialice M. Foracchi, “Estudiante y política en el Brasil”, en Solari, *Los estudiantes...*, pp. 433 a 457

En la década de 1960, la mayoría de los estudiantes pertenecían a familias de clase media⁷⁵ y provenían de medios urbanos,⁷⁶ sus edades se concentraban entre los 15 y los 20 años en la educación media, y entre los 18 y los 25 en la educación superior;⁷⁷ la mayoría eran varones,⁷⁸ aunque había una creciente presencia de mujeres, en especial en el nivel medio y en carreras como magisterio, enfermería y humanidades. Para muchas familias, una carrera universitaria representaba un legado para mantener o elevar el estatus de los hijos, y mejorar su posición económica o social, a falta de otras herencias.⁷⁹ En el caso de las hijas, solía ser una ayuda para la economía familiar, y en algunas ocasiones una posibilidad de tener independencia económica en ausencia de un matrimonio que garantizara un buen nivel de vida.

Para la mitad de la década de 1960, al mismo tiempo que el acceso a la educación superior era considerado como una mejoría en la situación social, las condiciones de los trabajadores se deterioraban, no tanto por las restricciones a sus condiciones salariales o

⁷⁵ Solari precisa que en el caso de Uruguay, entre los estudiantes del segundo ciclo de educación media, es decir, aspirantes a seguir estudios universitarios, 20 por ciento eran hijos de padres dedicados a “profesiones liberales”, 46.1 por ciento de “terratenientes, comerciantes, industriales, rentistas”, 25.3 por ciento de “empleados”, 4.6 por ciento de “obreros especializados”, 3.0 por ciento de “obreros no especializados”, y 1.0 por ciento de “diversos” oficios; añade que en Brasil, en la Universidad del Río de Janeiro, se estimaba que 56 por ciento de los aspirantes “pertenecían a las categorías sociales superiores”, 36.7 a las clases medias, y 7.3 por ciento a las “clases populares”, *Los estudiantes...*, pp. 121 y 122

⁷⁶ En Uruguay, 64 por ciento de los universitarios provenían de Montevideo, 29 por ciento de otras ciudades, 4.0 por ciento de “villas o pueblos”, y 3.0 por ciento de zonas rurales, Universidad de la República, *Censo general de estudiantes*, p. 13

⁷⁷ Solari cita que considerando la población de 19 a 22 años de edad en 1965, en Argentina había 1,700,000 jóvenes en este rango, de los cuales 219 mil estudiaban la universidad, es decir, 12.9 por ciento. En Brasil, con 5,890,000 de jóvenes en ese rango, 160 mil eran universitarios, es decir 2.7 por ciento. En México, con 2,940,000 jóvenes, 127 mil eran universitarios, es decir, 4.3 por ciento. Y en Uruguay, con 195 mil jóvenes en ese rango, 16 mil eran universitarios, es decir, 8.5 por ciento; este era el único país donde se registraba un descenso en esta proporción respecto a 1956. Solari, *Los estudiantes...*, Cuadro N°2, p. 423

⁷⁸ En Uruguay, 63 por ciento de los estudiantes de la Universidad eran varones, y 37 por ciento mujeres. Universidad de la República, *Censo general de estudiantes*, p. 10

⁷⁹ Solari, *Estudiantes...*, pp. 36 a 38

laborales -que comenzaban en países como Uruguay y Argentina-, sino por su subordinación en el terreno político y por un cambio en su valoración social. Es decir, que mientras los estudiantes representaban un sector de las clases medias favorecido por una ampliación de sus beneficios sociales, las familias trabajadoras de las que muchos provenían afrontaban, por el contrario, una restricción en sus derechos políticos y laborales.

En este ambiente, las universidades de la década fueron escenario de debates sobre su papel social. Los estudiantes defendían la preservación de la autonomía, la democratización interna -más allá de la representación estudiantil en los órganos de gobierno-, el enfoque científico y crítico del conocimiento, la ampliación de la matrícula y la eliminación de los obstáculos al ingreso y permanencia de los estudiantes. Las autoridades institucionales aceptaban algunos de estos puntos, pero subrayaban la necesidad de regular ingreso y permanencia, como parte del compromiso social de los universitarios, y enfatizaban la cuestión de la función social de las universidades en los países en desarrollo. En algunos casos, la aplicación de medidas selectivas en el ingreso de los estudiantes, que en Argentina recibió la denominación de “limitacionismo”, se volvió motivo de confrontación.

Estas restricciones se agudizaron con la intervención de las dictaduras en Argentina y Brasil. Las autoridades gubernamentales aplicaban medidas para frenar el crecimiento de las universidades, reducían el presupuesto por alumno, y desde el exterior o en el interior se aplicaban medidas para restringir el ingreso, aunque la demanda crecía, mediante exámenes de ingreso, la limitación de cupos, el cobro o el aumento del costo de las matrículas; y se suprimía el gasto destinado a dar servicios a los estudiantes como dormitorios o alimentos.

Un ejemplo que vale la pena citar sobre el tipo de temas que estaban en debate es un texto del exrector de la Universidad de Brasilia, Darcy Ribeiro, exiliado por la dictadura en su país y refugiado en Uruguay. En un congreso estudiantil latinoamericano en 1965,⁸⁰ Ribeiro señalaba la necesidad de crear un conocimiento científico propio, que permitiera superar la dependencia económica, caracterizada “por el dominio del mercado nacional a través de una industrialización dirigida de afuera”, y la dependencia técnica; que superara la lógica de la Guerra Fría y rechazara los “objetivos extrauniversitarios, tanto militares como de dominación económica y política”, en el financiamiento y el diseño de los programas de investigación; que se adecuara a las condiciones materiales de la sociedad y se enfocara a resolver problemas sociales, y al mismo tiempo garantizara una alta calificación conforme a “los patrones internacionales del saber”; que se involucrara en un diálogo nacional sobre las rutas hacia el desarrollo, y que orientara a la rebeldía estudiantil hacia la “revisión de valores y de redefiniciones de objetivos, de otra forma impracticables”. En ese mismo foro, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) formulaba como tareas de los estudiantes latinoamericanos aportar a las luchas de liberación “la capacidad profesional y científica que son el acervo de la Universidad”, mantener un “intercambio de ideas y la consulta con el movimiento obrero sobre los problemas de la integración”, e “impulsar la asunción de posiciones comprometidas con la lucha popular a nivel estudiantil en las universidades de América Latina”.⁸¹

En la relación con los gobiernos, uno de los puntos cruciales era la asignación de recursos. Las universidades necesitaban cada vez mayor presupuesto, para atender a

⁸⁰ Darcy Ribeiro, “La Universidad Latinoamericana y el desarrollo social”, en FEUU y UIE, *Documentos, trabajos y resoluciones, Seminario de Integración Económica y Social de América Latina, FEUU*

⁸¹ “Intervención de la delegación de FEUU de Uruguay”, en FEUU y UIE, *op. cit.* Subrayado en el original

poblaciones estudiantiles cada vez mayores, y sus crecientes actividades de investigación o difusión cultural y artística, que ninguna otra institución asumía a tal magnitud; las autoridades gubernamentales y grupos de élite reclamaban a los funcionarios universitarios que se controlara o impidiera la actividad política opositora de los estudiantes, en la medida en que la autonomía excluía la intervención directa de las autoridades urbanas y policiales en los espacios universitarios.

Entre los finales de la década de 1950 y los inicios de la de 1960, época de agudización de los conflictos sociales, entre los estudiantes se polarizaron las posiciones políticas, entre una izquierda que ganaba posiciones entre las representaciones estudiantiles, y una derecha que al quedar en minoría se volvía más agresiva. En las elecciones estudiantiles, pero también en actividades culturales como presentaciones de teatro o cine, la derecha pretendía imponer sus criterios y su censura por la fuerza, mediante ataques contra las actividades de la izquierda. Un ejemplo lo fueron las frecuentes y numerosas actividades estudiantiles de respaldo a la Revolución cubana. Organizaciones, grupos políticos y federaciones representativas como la FEUU en Uruguay o la UNE en Brasil, convocaban a actividades de apoyo a Cuba y contra los intereses estadounidenses, y en varios países hubo incluso llamados a enrolarse como voluntarios para defender a Cuba.⁸² Los grupos de choque de la derecha actuaban para abortar o impedir esos eventos.

Estos grupos, que reivindicaban el conservadurismo católico y el anticomunismo, con frecuencia recibían recursos de autoridades gubernamentales, policiales y universitarias, así como de fundaciones estadounidenses y de sectores eclesiásticos. Fue el caso del

⁸² En México, la Juventud Popular Socialista y el Partido Comunista hicieron llamados en este sentido a principios de 1961, citado por Rivas Ontiveros, p. 385

Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) en México. En Uruguay, agrupaciones similares estuvieron implicadas en el asesinato del profesor Arbelio Ramírez durante una visita que hizo el *Che* Guevara a la universidad en agosto de 1961. Hugo Cores menciona la “intensa acción contrarrevolucionaria” de grupos como el Movimiento Estudiantil de Defensa de la Libertad (MEDL), Liga Oriental Anticomunista (LOA), Frente Estudiantil de Acción Nacionalista (FEDAN) o Alerta, implicados en ataques contra locales de organizaciones de izquierda, contra la Universidad, en “atentados antisemitas, exhibición de banderas nazis, inscripciones antijudías, etc.”.⁸³ En las universidades argentinas actuaba el movimiento Tacuara; en las brasileñas, grupos como el Movimiento Anticomunista (MAC), Frente de la Juventud Democrática (FJD), Movimiento Estudiantil Democrático (MED),⁸⁴ así como la Sociedad de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP), involucrados en el derrocamiento de Goulart, y en 1968 surgió el Comando de Caza de Comunistas.⁸⁵

Entre los activistas y militantes de la izquierda, y los grupos de choque de la derecha, se perfilaban dos figuras estereotípicas de la época, el agitador y el provocador. El agitador era nombrado así por las propias organizaciones de izquierda, aunque usado por las autoridades era un término peyorativo. Eran activistas dedicados a la *agitación* entre las masas, es decir, repartir volantes y propaganda, promover la discusión, propagar los planteamientos de sus organizaciones, estimular la movilización y la protesta, apoyar la formación de agrupaciones de masas que coincidieran con sus posturas. Por el contrario, la labor de los provocadores era evitar o frustrar la discusión, los acuerdos y la movilización, para lo cual recurrían a distintas formas de violencia: la intimidación, la presión o el

⁸³ Hugo Cores, “Aproximación a los orígenes de la violencia política en el Uruguay”, p. 58

⁸⁴ Martins, *op. cit.*, pp. 70 y 71

⁸⁵ Gregorio Selser, “La 'mano blanca' en el Brasil”, *Marcha*, Montevideo, Uruguay, 25 de octubre de 1968

desprestigio contra sus rivales, y, como su nombre lo indica, la provocación de enfrentamientos contra otros estudiantes, o incidentes contra el público o los transeúntes, para impedir, abortar o disolver reuniones o movilizaciones, y para justificar la intervención de la policía, que en ocasiones los autorizaba a cometer saqueos y robos.

La reivindicación de la Revolución en Cuba, la simpatía con las organizaciones que emprendían la lucha armada, las confrontaciones con los provocadores y el repudio a la represión policial y militar trajo para los estudiantes la conciencia de la violencia cotidiana que experimentaban, “desde las sutilezas de la represión psicológica hasta las brutalidades de la represión física”, y sobre todo, la posibilidad de responder con la “violencia revolucionaria”.⁸⁶ Un tema que estaría cada vez más presente en los conflictos de la época.

Bajo las concepciones contrainsurgentes en desarrollo, los regímenes militares en Argentina y Brasil aplicaron en las universidades los medios que utilizaban para frenar la conflictividad social y política: la intervención, imposición de autoridades afines al régimen, destitución del personal crítico y disolución de las organizaciones estudiantiles. Es decir, arrasar el sistema de autonomía, libertad de cátedra y participación estudiantil que había permitido el florecimiento de una universidad crítica y un estudiantado movilizad. Y a la vez, considerar los conflictos estudiantiles como problema de seguridad nacional.

1.6 Una caracterización de los conflictos políticos en torno a las universidades

En los siguientes apartados, el objetivo es hacer una presentación de algunos de los conflictos políticos y sociales en los que se vieron involucrados los estudiantes durante la

⁸⁶Silva Michelena y Sonntag, pp. 48 a 50

década de 1960; caracterizar a los gobiernos y las fuerzas políticas que operaban dentro de las universidades; reseñar las tomas de posición de las principales organizaciones estudiantiles, y apuntar las formas de acción y alianzas que se perfilaban en vísperas de 1968.

1.6.1 Brasil

El proceso populista en Brasil estuvo encabezado por Getúlio Vargas, que en la década de 1930 instauró el llamado *Estado Novo*, de corte corporativista, que dejaría entre sus herencias la legislación de seguridad nacional de 1935, que se transformaría con el tiempo, pero que sentaría los instrumentos básicos para la represión a las organizaciones políticas opositoras, comenzando por los comunistas;⁸⁷ y el código laboral de 1943, que regiría hasta la década de 1980, y que preveía la formación de sindicatos únicos por planta e industria, pero impedía crearlos a nivel nacional o por estado, y facultaba al Ministerio del Trabajo para intervenir en las finanzas y las elecciones sindicales. El segundo gobierno de Vargas, en la década de 1950, movilizó a las fuerzas nacionalistas y de izquierda con su política petrolera, que culminó con la formación de Petrobras en 1953. También restableció medidas de la ley de seguridad nacional de 1935, que permanecerían vigentes hasta 1967.⁸⁸

El gobierno de Vargas impulsó la educación pública entre el proletariado y las clases medias hasta el bachillerato. En la educación superior, favoreció la participación privada. En 1934 se fundó la Universidad de Sao Paulo, mediante la fusión de facultades, institutos y

⁸⁷ Cátia Faria, "Radicalizando a Repressão: a legislação da ditadura brasileira (1964-1979)"

⁸⁸ Faria, *op. cit.*

centros ya existentes,⁸⁹ con personalidad jurídica y autonomía didáctica y administrativa, y cuyo rector sería designado por el gobierno del estado.⁹⁰ En 1937, como parte del *Estado Novo*, se dio rango nacional a la Universidad de Río de Janeiro, con el nombre de Universidad de Brasil. Como funcionaba en edificios dispersos y separados, el gobierno de Vargas planificó construir una Ciudad Universitaria, pero la obra se inició hasta 1949 y sólo se terminó en 1970. A su vez, las Facultades Católicas de Río de Janeiro fueron reconocidas como la primera universidad privada del país en 1946; otros establecimientos particulares adquirieron reconocimiento del Estado mediante el mecanismo de “federalizarse” o nacionalizarse.⁹¹ Ninguna de ellas tuvo autonomía ni cogobierno. Un decreto de 1946 reservaba al presidente de la República la facultad de designar a los rectores de las universidades federales, y creaba los Consejos Universitarios, conformados por los directores de facultades, escuelas e institutos, un representante de los egresados y el presidente de la organización estudiantil, para resolver cuestiones académicas; y un Consejo de Curadores, encargado de la administración. Esta estructura funcionó hasta finales de la década de 1960.⁹²

En agosto de 1937 también se constituyó la Unión Nacional de Estudiantes (UNE). Al comenzar la década de 1940, sus dirigentes, caracterizados por Martins Filho como “liberal-elitistas”, eran derechistas, proestadounidenses⁹³ y antinazis. En 1942, la UNE ocupó el Club

⁸⁹ Página institucional de la Universidade de Sao Paulo (USP), disponible en <http://www5.usp.br/institucional/a-usp/historia/linha-do-tempo/>, consultada el 30 de septiembre de 2013.

⁹⁰ Decreto N° 39 de 3 de setembro de 1934, en la página institucional de la USP, Normas Históricas, disponible en <http://www.leginf.usp.br/?historica=decreto-no-39-de-3-de-setembro-de-1934>, consultado el 7 de mayo de 2015.

⁹¹ Luis Antonio Da Cunha, “Universidad y Estado en Brasil: pasado y presente”, ponencia, en *Universidad y Política en América Latina*, pp. 235 a 262.

⁹² Página institucional de la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), disponible en http://www.ufrj.br/pr/conteudo_pr.php?sigla=HISTORIA, consultada el 20 de septiembre de 2013.

⁹³ Flavia De Angelis Santana, “Atuação política do movimento estudantil no Brasil: 1964 a 1984”, Disertación para maestría en Historia, p. 248

Germania en la Playa de Flamengo, en Río de Janeiro, sede de las organizaciones fascistas. El gobierno de Vargas le otorgó el lugar como sede, y con el decreto ley 4080 reconoció a la UNE como la entidad representativa de los universitarios brasileños.⁹⁴ La dirigencia de la UNE, identificada entre 1950 y 1956 como liberal-elitista, pero con posiciones nacionalistas, se sumó durante el segundo gobierno de Vargas a las campañas por la creación de Petrobras.⁹⁵

En 1961, ascendió al gobierno el vicepresidente Joao Goulart, exministro del Trabajo de Vargas y partidario de una serie de transformaciones conocidas como “reformas de base”; el partido de derecha UDN y el ejército intentaron impedir que asumiera la presidencia, pero sindicatos, ligas campesinas y otras organizaciones impulsaron la llamada “cadena de la legalidad” para garantizar su acceso a la presidencia. La cadena era una red que contemplaba inclusive una posible resistencia armada.⁹⁶ En la red participaba la UNE, en la que a partir de 1955 se habían fortalecido las posiciones nacionalistas, comunistas, socialistas, cristianos y *trabalhistas* coaligadas,⁹⁷ encabezadas por la Juventud Universitaria Católica (JUC) y el PCB. La oposición negoció el ascenso de Goulart a la presidencia, pero reservando al Congreso facultades que recortaban las atribuciones del Ejecutivo. La política de Goulart osciló entre los planes de estabilización del FMI y las “reformas de base”, que incluían la reforma agraria y la sindicalización campesina, entre otros puntos.

⁹⁴ Página oficial de la UNE, disponible en <http://www.une.org.br/memoria/>, consultado el 12 de septiembre de 2013

⁹⁵ Martins, *op. cit.*, pp. 36 a 40

⁹⁶ *id.*, p. 58

⁹⁷ *id.*, p. 40 y 41

La UNE pedía, como parte de las “reformas de base”, una reforma universitaria que incluyera el cogobierno, con un tercio de la representación universitaria para los estudiantes, por lo cual el movimiento fue conocido como “del tercio”; pero sin pedir la autonomía, al considerar que las universidades debían estar regidas por un Estado que, a su juicio, representaba los intereses populares.⁹⁸ Casi 100 mil estudiantes⁹⁹ de la mayoría de las 40 universidades públicas de la época se sumaron a una huelga por “el tercio” entre mayo y agosto de 1962,¹⁰⁰ sin lograr superar la oposición legislativa.¹⁰¹

Por el contrario, en 1963, Goulart negoció con el Congreso un plebiscito para la devolución de las facultades presidenciales plenas, a cambio de una serie de medidas, como la Ley de Directrices y Bases de la Educación Nacional, que tendía a dar una estructura empresarial a las universidades, creó Consejos de Educación con participación privada, favoreció a las universidades particulares y suspendió la “federalización” de planteles;¹⁰² promovió el traspaso de las universidades públicas federales a los estados, implantó una autonomía puramente administrativa, e impuso sistemas de ingreso rigurosos.¹⁰³ Ese mismo año se fundó la Universidad Nacional de Brasilia (UnB), con un esquema de “fundación”, para cuya rentabilidad se debía incluir el cobro de matrículas.¹⁰⁴ Los planes y programas de estudio de la UnB, bajo el rectorado de Darcy Ribeiro, incorporaron métodos de enseñanza que vinculaban la investigación con la práctica y con el entorno político y social, lo que la convirtió en un modelo de vanguardia para las universidades latinoamericanas.¹⁰⁵

⁹⁸ *id.*, p. 61 y 62. La UNE incluso consideraba necesario que la universidad fuera “más dependiente de las fuerzas progresistas, las masas y el pueblo en general”.

⁹⁹ *id.*, p. 62

¹⁰⁰ *id.*, p. 28

¹⁰¹ *id.*, p. 63

¹⁰² Da Cunha, *op. cit.*, p. 244

¹⁰³ Martins, *op. cit.*, p. 35

¹⁰⁴ Da Cunha, *op. cit.*

¹⁰⁵ Pallán, *op. cit.*

En 1964, la derecha trató de inhabilitar a Goulart sin éxito. En un ambiente de acusaciones de que el gobierno y el *trabalhismo* pretendían imponer una “república sindical” y llevar al país a una “guerra revolucionaria” para convertir a Brasil en una “segunda Cuba”, y con la movilización de amplios sectores de clase media que defendían a la familia, la religión y el orden, el ejército derrocó a Goulart al finalizar marzo de 1964.

El día del golpe, la UNE declaró la huelga general estudiantil nacional en defensa del gobierno, se realizaron asambleas en las facultades de Derecho de Río de Janeiro, y de Filosofía en Sao Paulo, en espera de instrucciones y armas que nunca llegaron. Tras algunos enfrentamientos con la policía, los estudiantes salieron bajo custodia militar.¹⁰⁶ En Río de Janeiro, la sede de la UNE fue incendiada por grupos de choque de la derecha¹⁰⁷ y la universidad de Guanabara¹⁰⁸ fue cerrada durante 15 días; la de Brasilia fue ocupada por 400 agentes de la Policía Militar, sus autoridades destituidas y un grupo de profesores detenidos.¹⁰⁹ El rector Darcy Ribeiro salió exiliado hacia Uruguay. Todas las universidades fueron intervenidas y sometidas a una “Operación Limpieza”, para expulsar y detener a quien fuera identificado como “subversivo”. De ello se encargaron las comisiones llamadas Investigaciones Policiales-Militares (IPM), que abrieron expedientes a 750 personas en los primeros días del golpe.¹¹⁰ Se crearon también Comisiones Especiales de Investigación Sumaria, compuestas por los rectores interventores, profesores y autoridades, que realizaron

¹⁰⁶ Testimonio de Vladimir Palmeira, en Antonio Caso, *Los subversivos*, p. 24. Ver también Martins, *op. cit.*, p. 79

¹⁰⁷ De Angelis, *op. cit.*, p. 47

¹⁰⁸ El estado de Guanabara era el actual Río de Janeiro; la Universidad de Guanabara se situaba en la ciudad de Río de Janeiro.

¹⁰⁹ De Angelis, *op. cit.*, p. 48

¹¹⁰ Martins, *op. cit.*, p. 95 y 96

purgas de personal.¹¹¹ La UNE y las dos organizaciones que tenían la dirección, Acción Popular (AP, de la izquierda cristiana), y el PCB, fueron sometidas a investigaciones específicas. El primer decreto de la dictadura, el Acto Institucional N°1 de abril de 1964, despojó de sus derechos políticos a las principales figuras del régimen depuesto, incluidos dirigentes estudiantiles,¹¹² a quienes las comisiones interventoras de las universidades suspendieron los derechos de 6 a 12 meses.¹¹³ Todo ello, mientras las ligas campesinas eran prohibidas, los sindicatos intervenidos, y el gobierno imponía nuevos dirigentes colaboracionistas, denominados “pelegos”.¹¹⁴

El primer presidente del gobierno militar, Castelo Branco, propuso involucrar en el control de las universidades a rectores y profesores.¹¹⁵ A diferencia de la UNE, el gobierno permitió por unos meses la operación de las Uniones de Estudiantes de Pernambuco, Minas Gerais, Bahía y Río, opositoras a la dirección de la UNE y que no participaron en la resistencia, aunque tampoco apoyaron el golpe,¹¹⁶ hasta noviembre de ese año. En esa fecha se aprobó una ley promovida por el ministro de Educación, Suplicy de Lacerda, que quitó la representación estudiantil a la UNE, a la Unión Metropolitana de Estudiantes (UME) de Río de Janeiro, y a las UEE, a las que catalogaba como organizaciones subversivas y comunistas.¹¹⁷ En su lugar creó una estructura basada en directorios a nivel de facultad, de

¹¹¹ *id.*, p. 96

¹¹² Faria, *op. cit.*

¹¹³ Palmeira en Caso, *op. cit.*, p. 24

¹¹⁴ Roque Aparecido da Silva, “Brasil: sindicatos y transición democrática”, en *Nueva sociedad* N.º 83, mayo-junio de 1986, pp. 115 a 124, disponible en http://nuso.org/media/articles/downloads/1398_1.pdf, consultado el 30 de septiembre de 2015. De Angelis, *op. cit.*, p. 49. La intervención se hizo con base en la legislación laboral del gobierno de Vargas, apunta Martins, *op. cit.*, p. 84

¹¹⁵ De Angelis, *op. cit.*, p. 64

¹¹⁶ Martins, *op. cit.*, p. 80

¹¹⁷ De Angelis, *op. cit.*, pp. 62 a 64

universidad, de estado y nacional (DCE, DEE y DNE), en las que estaba vetada la actividad política y partidaria, y en cuya elección el voto estudiantil era obligatorio.¹¹⁸

En 1965, la UNE calificaba la situación instaurada por la dictadura como “terror cultural” que se practicaba “sacando de circulación libros, persiguiendo a los artistas, encarcelándolos y censurando sus obras, persiguen a los profesores, hombres de ciencia, obligándolos a aislarse o encarcelándolos [...] incluso algunas clases son asistidas y fiscalizadas [sic por fiscalizadas] por elementos de la policía”.¹¹⁹ En octubre de ese año se recrudeció la situación, con el Acto Institucional N°2, que dio al gobierno militar facultades legislativas y judiciales.¹²⁰ La UNE realizó su último congreso legal ese año, bajo liderazgo de AP y las llamadas “disidencias comunistas”, que también ganaron posiciones en la estructura oficial de los directorios.¹²¹ Sin embargo, en 1966, el gobierno militar proscribió a la UNE mediante el Decreto Aragao.¹²²

De esa fecha a 1968, la organización se orientó a mantener su cohesión interna, organizar la resistencia a las medidas del régimen militar y volver a actuar en las calles. El dirigente estudiantil Vladimir Palmeira indica que en marzo de 1966 hubo las primeras manifestaciones en contra de “la política educacional del régimen, contra el pago de anualidades en las universidades y en solidaridad con los estudiantes de Minas Gerais, que

¹¹⁸*id.*, p. 64

¹¹⁹ “Intervención de la delegación de UNEB de Brasil”, en FEUU y UIE, *op. cit.*, ver también Martins, *op. cit.*, p. 94, sobre el “terrorismo cultural” impuesto por la dictadura.

¹²⁰ Faria. Palmeira apuntaba que el AI-2 abolió las elecciones directas, “liquidando así la forma histórica de manifestación de la voluntad política de las llamada clases medias”, Palmeira en Caso, *op. cit.*, p. 27. Ver también Martins, *op. cit.*, p. 117

¹²¹ Martins, *op. cit.*, pp. 119 a 121. Palmeira, en Caso, *op. cit.*, p. 28. Palmeira aludía a la “legalidad burguesa”, aunque en el contexto concreto se trataba de un estado de excepción impuesto por la dictadura, no necesariamente “legal”

¹²² Martins, *op. cit.*, p. 106, y María Ribeiro do Vale, “O diálogo e a violencia: movimento estudantil e ditadura militar em 1968”, Disertación de maestría, p. 5

habían sido reprimidos brutalmente. Fue la primera de las grandes manifestaciones estudiantiles de la época”.¹²³ Un mes después, Castelo Branco atribuía la “agitación estudiantil” a una “inspiración comunista” de alcance subversivo, y advertía que se tomarían medidas: quedaron prohibidas las protestas en las calles, y el ejército impidió el Congreso de la UNE en Belo Horizonte, una reunión de la UEE de Sao Paulo, y una manifestación estudiantil en Río contra la represión.¹²⁴ Pese a ello, el 22 de septiembre se realizó un Día Nacional de Lucha contra la Dictadura. En Río, la universidad fue tomada por el Ejército, que detuvo y apaleó a decenas de estudiantes, en la llamada “Masacre de Praia Vermelha”.¹²⁵ En lugares como Belo Horizonte se realizaron “juicios populares” al régimen militar. La policía impidió que se efectuaran en las plazas públicas, pero permitió que se llevaran a cabo en el interior de universidades, bajo estricta vigilancia.¹²⁶

Uno de los puntos que combatía la UNE eran las medidas educativas de la dictadura. En 1966, las autoridades impusieron criterios de eficiencia, eficacia, racionalidad, rendimiento y productividad; reducción de costos, obtención de recursos mediante la venta de productos y servicios, y cobros de matrículas “a precios de mercado”.¹²⁷ El Ministerio de Educación y Cultura (MEC) brasileño firmó con la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional (USAID) lo que se denominaría los “acuerdos MEC-USAID”, y encomendó al especialista estadounidense Rudolph Atcon un diagnóstico de la educación superior,¹²⁸

¹²³ Palmeira en Caso, *op. cit.*, p. 30

¹²⁴ Martins, *op. cit.*, p. 123 y 124

¹²⁵ *id.*, 125

¹²⁶ “Julgamento Castelo Branco”, Documentos Revelados, Fondo Aluizio Ferreira Palmar, Documento original de la Secretaría de Estado da Segurança Pública de Minas Gerais, disponible en <http://es.scribd.com/doc/185860086/Julgamento-Castelo-Branco2>

¹²⁷ Citado por Da Cunha, *op. cit.*, quien califica esos criterios de “tayloristas”

¹²⁸ Martins, *op. cit.*, pp. 160 a 162. Atcon era caracterizado como un “eficaz funcionario del Departamento de Estado” de Estados Unidos, y su informe como un intento por “trasladar al medio brasileño la concepción empresarial de la educación superior, según los esquemas norteamericanos”, a fin de “1) Neutralizar a la universidad fuente de radicalismo político y 2) satisfacer la demanda de técnicos de las sucursales en América

llamado “Relatório Atcon”, que fue retomado por el Grupo de Trabajo sobre la Reforma Universitaria (GTRU), encabezada por el coronel Meira Matos, de la Secretaría General del Consejo de Seguridad, para elaborar la Ley de Reforma Universitaria de 1968.¹²⁹ Entre otros puntos, Atcon recomendaba trasladar los campus universitarios a las afueras de la ciudad, e incluir en los órganos colegiados a “representantes de la comunidad”, es decir, empresarios, propietarios y a las propias autoridades militares.¹³⁰ María Teresa Bertussi subraya que además de su orientación liberal y privatizadora, estas políticas concebían a la educación como un elemento de la doctrina de seguridad nacional, para “doblegar, a través de la represión policiaca y de nuevas reglamentaciones, al movimiento estudiantil”, a fin de “convertir a la universidad en una fábrica de recursos humanos para la economía”.¹³¹ Con ello se dio un paso hacia la “militarización del problema estudiantil”.¹³²

La dictadura brasileña se basaba en la doctrina de la Escuela Superior de Guerra (ESG) sobre la lucha contra la “guerra revolucionaria”, que iba más allá de las operaciones militares y contemplaba como “operaciones psicológicas” la propaganda política o el uso de medios de comunicación. En 1964, algunos de estos principios se usaron para justificar el golpe contra Goulart, y la persecución contra los militares leales, los “grupos de once”¹³³ y

Latina de los grandes monopolios o de la industria nativa, controlada en un alto porcentaje por capital norteamericano”. José Manuel Quijano, “Respuesta a la penetración imperialista en la Universidad”, Revista *Marcha*, 28 de marzo de 1969

¹²⁹ Martins, *op. cit.*, p. 163

¹³⁰ Da Cunha, *op. cit.*

¹³¹ Guadalupe Teresinha Bertussi, “La teoría crítica de la educación: dos aproximaciones”, en Marini y Millán, *op. cit.*, pp. 263 a 288, p. 283

¹³² Ribeiro, *op. cit.*, p. 10

¹³³ La inteligencia militar brasileña acusaba al exdiputado Leonel Brizola de “crear grupos de presión para apoyo de las pregonadas reformas de base, en realidad su objetivo era crear organismos paramilitares con finalidad política, tales grupos denominados 'Comandos nacionalistas' o 'Grupos de Once', que deberían tener un jefe, líder o comandante, al cual los demás miembros debían subordinación jerárquica, con finalidad combativa”. “Grupo de Onze’ no Sudoeste PR”, Relatório do Inquérito Policial Militar, Anexo III, Sentença Processo N. 226, Poder Judiciario, Justiça Militar, Curitiba, 27 de junio de 1969, p. 2, Documentos Revelados, Fondo Aluizio Ferreira Palmar, disponible en <http://es.scribd.com/doc/165581591/a-%C5%93GRUPO-DE-ONZEa-NO-SUDOESTE-PR>

otras redes de apoyo, y después a las organizaciones armadas, como la Acción Libertadora Nacional (ALN), dirigida por Carlos Marighella, y la Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR)¹³⁴ de Carlos Lamarca. Los movimientos sindicales y estudiantiles, así como periodistas e intelectuales críticos, fueron también incluidos como objetivos de esta doctrina.

En 1967 asumió el gobierno el mariscal Costa e Silva, quien prometió dialogar con trabajadores y estudiantes,¹³⁵ pero que de inmediato reprimió una protesta por la visita del embajador estadounidense a la Universidad de Brasilia y prohibió la realización del Congreso de la UNE, que se llevó a cabo en la clandestinidad¹³⁶ y que en sus debates no sólo criticó las condiciones impuestas por la dictadura, sino también al nacional-reformismo y a la izquierda tradicional, por su ineficacia ante el golpe; las corrientes dirigentes, AP y las disidencias comunistas, también discutieron sobre las tácticas de lucha “específica” o lucha “política”, es decir, partir de las luchas reivindicativas, como la demanda de ampliación de las matrículas, y la crítica a la enseñanza y las condiciones de estudio como medio para politizar a los estudiantes,¹³⁷ o formular directamente la lucha en contra de la dictadura. En ese congreso clandestino de 1967 en Valinhos, la dirección de la UNE instaba a suprimir “el debate teórico y adoptando una política práctica”,¹³⁸ pero ratificó “que las entidades estudiantiles eran organizaciones de masas y no partidos políticos y que, por tanto, debían comprender en su seno no sólo a los elementos más desarrollados políticamente, sino también a los más atrasados de la masa estudiantil”.¹³⁹ Se acordó también que era central la

¹³⁴ Documentos y testimonios sobre la guerrilla en Brasil, en Caso, *Los subversivos*, *op. cit.*, pp. 111 a 133, y 425 a 467

¹³⁵ Ribeiro, *op. cit.*, p. 7

¹³⁶ Martins, *op. cit.*, p. 168 y 169

¹³⁷ Palmeira en Caso, *op. cit.*, pp. 33 y 34, y citado por Martins, *op. cit.*, p. 128

¹³⁸ Palmeira, en Caso, *op. cit.*, p. 29

¹³⁹ *id.*, p. 34

lucha contra los acuerdos MEC-USAID y el Relatorio Atcon.¹⁴⁰ Ante la represión, los estudiantes planteaban nuevas formas de convocatoria y de movilización que les permitieran eludir a la policía, a veces con iniciativas en apariencia tan simples como marchar en contra del tránsito para estorbar el paso de las patrullas.¹⁴¹

1.6.2 Argentina

En Argentina, el peronismo sería una fuerza significativa durante buena parte del siglo XX. Su principal figura, el coronel Juan Domingo Perón, formaba parte del Grupo de Oficiales Unidos, una fuerza que se escindió del bloque militar que dio el golpe de Estado de 1930 con el fin de anular las reformas electorales y sociales que habían hecho los gobiernos de la UCR, y que estaba formado por tendencias católicas conservadoras, nacionalistas y corporativistas. Perón era encargado de la Dirección Nacional del Trabajo en 1943 y desde ese cargo tejió una red de relaciones con los sindicatos que le permitiría “transformar al activismo sindical en el conducto para dotar al régimen de una clase de apoyo”.¹⁴² En las pugnas entre tendencias militares, Perón fue detenido, pero gracias al apoyo sindical fue liberado en 1945, y en 1946 ganó las elecciones presidenciales contra un abanico de fuerzas políticas que iban de los conservadores a los comunistas, y que el coronel presentó como una lucha contra el embajador estadounidense Braden.

Los gobiernos militares anteriores a Perón habían impuesto en 1944 la enseñanza religiosa, intervinieron las seis universidades nacionales -Córdoba, Buenos Aires, La Plata, el Litoral, Tucumán y Cuyo-, disolvieron la FUA, e iniciaron una ola de expulsiones de

¹⁴⁰ Martins, *op. cit.*, pp. 160 a 162

¹⁴¹ Testimonio de Fernando Gabeira, en Caso, *op. cit.*, pp. 48 a 51

¹⁴² Isidro Cheresky, “El movimiento obrero en Argentina (1930-1943)”, en González Casanova, *op. cit.*, p. 148

profesores, personal y alumnos opositores. La respuesta fue la renuncia masiva de docentes, y una serie de huelgas estudiantiles.¹⁴³ El movimiento estudiantil seguía identificado con el “reformismo” del movimiento de Córdoba en 1918, con predominio de la UCR y participación de anarquistas, socialistas y comunistas, que intentaban dar a la movilización una orientación de clase.¹⁴⁴ Este bloque se opuso a la elección de Perón, a quien caracterizaban como fascista.

El primer gobierno de Perón (1946-1951), apoyado por la Confederación General del Trabajo (CGT) y un sector militar, amplió la participación de los trabajadores en la distribución de la renta y redujo la jornada laboral; estableció medidas de planificación económica mediante planes quinquenales, y controles monetarios y financieros. Puso bajo control estatal los servicios públicos y los recursos naturales, y creó una serie de industrias metalúrgicas estatales en las áreas militares, de transportes y de electrodomésticos. En política exterior, planteó la llamada “Tercera Posición”, que suponía no alinearse ni con Estados Unidos ni con la Unión Soviética, aunque se adhirió al TIAR. El gobierno peronista también se fortaleció con el carisma de la esposa de Perón, Eva Duarte, quien logró amplio apoyo entre las mujeres, a las que se concedió el derecho al voto en 1948, y mediante la creación de una fundación con su nombre realizó obras sociales en poblaciones precarias.

El gobierno peronista mantuvo las universidades bajo intervención estatal. Como parte de su política obrera, amplió las instalaciones educativas y abolió el pago de aranceles de ingreso para dar acceso masivo a los hijos de los trabajadores. Con ello se triplicó la

¹⁴³ Mónica Rein, “Represión versus rebelión: universidades argentinas bajo el peronismo, 1943-1955, en Renate Marsiske, *op. cit.*, pp. 163 a 208

¹⁴⁴ Marcelo Caruso, “La amante esquiva: comunismo y reformismo universitario en Argentina (1918-1966). Una introducción”, en Renate Marsiske, *op. cit.*, pp. 123 a 161

matrícula estudiantil entre 1947 y 1955.¹⁴⁵ Al mismo tiempo, y para garantizar la adhesión de los nuevos alumnos a su proyecto, impuso exámenes de admisión y certificados de “buena conducta”, e intentó reemplazar a la FUA con la peronista Confederación General Universitaria (CGU).¹⁴⁶ La nueva Constitución y las leyes universitarias de 1947 suprimieron la autonomía y el cogobierno,¹⁴⁷ se estableció la educación religiosa y se hizo obligatoria la enseñanza de la llamada “doctrina social” peronista. Todo ello, con la oposición de la FUA.

El segundo mandato de Perón enfrentó una serie de conflictos: el veto militar en 1951 a la candidatura vicepresidencial de Eva Duarte, quien murió al año siguiente; el deterioro económico, al que se hizo frente con políticas de ajuste, apertura a la inversión externa, firma de contratos con la Standard Oil de California, y el congelamiento de los salarios; conflictos con los dueños de la prensa y con la jerarquía eclesiástica; y la escisión del bloque militar que lo apoyaba. En 1954, mientras se incrementaba el descontento de los sectores conservadores y entre las clases medias, la FUA declaró una huelga general, que recibió apoyo de organizaciones estudiantiles de otros países, para exigir la liberación de unos 253 estudiantes y profesores detenidos, incluidos varios alumnos extranjeros.¹⁴⁸ En 1955, unos meses después de un bombardeo de la Marina contra la Plaza de Mayo, que dejó centenares de muertos, Perón fue derrocado en septiembre. El gobierno militar impuesto proscribió al peronismo en todos los ámbitos. La CGT fue intervenida. En la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), el rector Próspero Luperi fue depuesto y detenido, y reemplazado por el

¹⁴⁵ Rein, *op. cit.*, pp. 175 a 177

¹⁴⁶ *id.*, pp. 186 y 187. El gobierno impulsó en 1950 la creación de una Confederación General Universitaria (CGU), paralela y competidora de la FUA, un proyecto que Rein caracteriza como “peronista, católico, anticomunista y profranquista”, pp. 200 y 201, nota 92.

¹⁴⁷ *id.*, 194 y 195

¹⁴⁸ *id.*, pp. 205 a 207

demócrata cristiano Agustín Caiero. El personal peronista fue despedido bajo la orientación de la “reconstrucción universitaria”.¹⁴⁹

Ese golpe contó con el respaldo de sectores conservadores, demócrata cristianos, de la UCR e incluso socialistas, y de la FUA. El nuevo régimen, que se proclamó como una “Revolución libertadora”, puso las universidades en manos de funcionarios socialistas y de la UCR.¹⁵⁰ El primer interventor de la Universidad de Buenos Aires bajo el régimen militar, Risieri Frondizi, proyectó edificar una ciudad universitaria y reestructuró las carreras.¹⁵¹ Pero pronto el gobierno militar retiró su apoyo a esos sectores “reformistas”. El decreto 6403/55 estableció mecanismos represivos en las universidades, legalizó la enseñanza superior privada y autorizó la educación religiosa. Los estudiantes se manifestaron en contra y hubo represión en Santa Fe, La Plata, Córdoba y Buenos Aires. En 1957, se impusieron exámenes y otras medidas para limitar el ingreso, lo que se conoció como “limitacionismo”.¹⁵² La movilización logró que se congelara la habilitación de las universidades privadas, y en Córdoba hizo renunciar al rector Caiero, pero en represalia fue clausurada la UNC.¹⁵³ La Federación Universitaria de Córdoba (FUC) se sumó a protestas que impulsaba el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), el sindicato de Luz y Fuerza dirigido por el independiente Agustín Tosco, y la CGT cordobesa liderada por el peronista Atilio López.¹⁵⁴ Era un acercamiento inédito hasta entonces con los sindicatos, donde el peronismo mantenía su influencia.

¹⁴⁹ César Tcach, *De la revolución libertadora al cordobazo*, p.23, y pp. 36 a 40

¹⁵⁰ Caruso, *op. cit.*, 147

¹⁵¹ Juan Osvaldo Inglese, “El poder socializador de las instituciones educativas argentinas”, en Solari, *Los estudiantes...*, pp. 381 a 432

¹⁵² Ceballos, *op. cit.*, p. 17 a 19

¹⁵³ Tcach, *op. cit.*, p. 36 a 40

¹⁵⁴ *id.*, pp. 76 a 79

Entre 1958 y 1966, las facciones militares dominantes permitieron varios procesos electorales, siempre que se mantuviera la prohibición de participar a Perón y al peronismo, y derrocando a cuanto gobierno permitiera la presencia y triunfo electoral del peronismo. En estas condiciones, Arturo Frondizi, de la UCR Intransigente (UCRI), ganó las elecciones de 1958 y fue derrocado en 1962. Su gobierno tenía proyectos de desarrollo industrial y agropecuario, con inversión externa, frustrados por las exigencias del Fondo Monetario Internacional (FMI), que impuso la devaluación, el control salarial y del gasto público, despidos y eliminación de subsidios. En materia de seguridad, se hizo uso del plan Contintes (Conmoción Interna del Estado)¹⁵⁵ y de la Ley de Sabotaje y Terrorismo, instrumentos diseñados para tiempos de guerra de la década de 1940, que daba facultades judiciales extraordinarias al Poder Ejecutivo Nacional (PEN), permitía la participación de las Fuerzas Armadas en acciones de represión internas, y autorizaba la detención de personas que quedaban “a disposición del PEN”, sin juicio previo ni proceso.¹⁵⁶ El gobierno de Frondizi mantuvo la intervención de la CGT, pero aun así hubo una ola de huelgas. Y negoció con el peronismo el levantamiento de la proscripción, ante lo cual fue derrocado por los militares.

En las universidades, el gobierno de Frondizi restauró la autonomía y el cogobierno, con la incorporación de representantes estudiantiles a los Consejos Directivos de las facultades y los Consejos Superiores Universitarios;¹⁵⁷ se adoptó el modelo estadounidense de departamentalización de las facultades.¹⁵⁸ Hubo una actividad importante de extensión, como las ediciones de libros en tirajes masivos y a precios bajos de la Editorial Universitaria

¹⁵⁵ Ceballos, *op. cit.*, pp. 33 y 34

¹⁵⁶ Tcach, *op. cit.*, pp. 99 y 100

¹⁵⁷ Ceballos, *op. cit.*, pp. 22 a 25

¹⁵⁸ Caruso, *op. cit.*, p. 148 y 149

(Eudeba), que se distribuían en los kioskos.¹⁵⁹ Sin embargo, la izquierda estudiantil, que ganaba presencia en la FUA, rechazaba el establecimiento de acuerdos con instituciones estadounidenses como la Fundación Ford, que otorgó 550 mil dólares para el Consejo Nacional de Investigaciones Técnicas y Científicas, con la condición de que 100 mil se usaran para becar a estudiantes en un programa de instrucción en “asuntos soviéticos y de Europa Oriental”.¹⁶⁰ También hubo movilizaciones en las universidades de Córdoba, La Plata, el Litoral y el Sur¹⁶¹ contra la apertura de universidades privadas, algunas religiosas y otras empresariales, entre ellas la Universidad Católica de Córdoba.¹⁶² El Congreso Universitario de 1959, controlado por los reformistas de izquierda en la FUA, que promovían un acercamiento con el peronismo,¹⁶³ emitió unas resoluciones que condenaban al latifundio, el imperialismo y la “seudo-industrialización” del gobierno frondizista; reclamó la nacionalización de la energía, el transporte y el comercio exterior, y una industrialización con control obrero en la producción y las finanzas; exigió además levantar la intervención de la CGT y derogar la proscripción del peronismo.¹⁶⁴ Por parte de la oligarquía, sectores de la Aeronáutica y la Iglesia reclamaron al gobierno de Frondizi acciones contra la UNC en Córdoba, y la Marina contra el rectorado de la Universidad del Sur.¹⁶⁵

Luego del derrocamiento de Frondizi, asumió la presidencia José María Guido, quien intensificó el uso de la represión, incluido el cierre de los centros de estudiantes de la FUA,

¹⁵⁹ Liliana Caraballo *et al*, eds., *Documentos de historia argentina 1955-1976*, pp. 120 a 122

¹⁶⁰ Bernardo Kleiner, *20 años de Movimiento Nacional Reformista (1943-1963)*, p. 288

¹⁶¹ Ceballos, *op. cit.*, pp. 22 a 25

¹⁶² Universidad Católica de Córdoba, “Universidad Jesuita, Reseña Histórica”, Página institucional de la Universidad Católica de Córdoba, disponible en http://www.ucc.edu.ar/portalnuevo/interna_ucc.php?sec=56&pag=1236, consultada el 24 de febrero de 2015.

¹⁶³ Caruso, *op. cit.*, p. 148 y 149. Se identificaban como “reformistas” las agrupaciones que reivindicaban la Reforma de 1918 en Córdoba, entre las que destacaban la UCR en sus distintas variantes, socialistas, y había cierta participación comunista, apunta Kleiner, p. 284

¹⁶⁴ Ceballos, *op. cit.*, pp. 33

¹⁶⁵ *id.*, pp. 33 y 34

que pasaron a la clandestinidad¹⁶⁶ y, bajo la conducción de la izquierda reformista y los peronistas, realizaron acciones conjuntas en las universidades de La Plata, el Litoral y Tucumán, coordinadas con la CGT. En 1962, el Primer Seminario Nacional de la FUA en Tucumán debatió la necesidad de actualizar el proyecto de la Reforma de 1918, sumándose a las movilizaciones obreras y populares, y formuló un programa de cuatro puntos: aumento inmediato del presupuesto universitario; cumplimiento de las obligaciones del gobierno para las universidades nacionales; nueva política financiera orientada a la educación, salud pública y vivienda, y reducción del gasto militar; solidaridad con los sectores populares por la transformación de la estructura económico-social, mediante un gobierno que respondiera a los intereses populares y democráticos. Además, exigió la liberación de estudiantes detenidos por cargos de sabotaje y terrorismo.¹⁶⁷

En esos años, el PC y sus aliados sostenían que la lucha en la universidad debía atender “en primer plano [...] aquellos problemas específicamente universitarios que facilitan la movilización de sus diversos sectores y de su unidad con el resto de las fuerzas patrióticas y democráticas del país”, que los estudiantes se convirtieran en “un nexo efectivo entre la clase obrera y las fuerzas sociales de la pequeña burguesía y burguesía de la universidad”, en la acumulación de fuerzas con miras a una revolución, que en Argentina, sería “en su etapa primera, agraria y antimperialista; el movimiento reformista es la expresión, en la Universidad, de esta política revolucionaria, antioligárquica y antimperialista”.¹⁶⁸ Diversas disidencias, como el grupo Pasado y Presente, de Córdoba, escindido en 1963, cuestionaban estas posturas, al considerar que colocaban al PCA como “furgón de cola” de la burguesía.¹⁶⁹

¹⁶⁶ *id.*, p. 67

¹⁶⁷ Kleiner, *op. cit.*, p. 285

¹⁶⁸ *id.*, pp. 299 a 307

¹⁶⁹ Ceballos, *op. cit.*, pp. 69 y 70

Entre los socialistas se produjo la escisión de Socialismo de Vanguardia, de tendencia prochina, y entre los socialcristianos, la separación del cristianismo revolucionario, que se reagruparía bajo la dirección Juan García Elorrio y la revista *Cristianismo y Revolución* en 1966, bajo el impacto de la figura de Camilo Torres.¹⁷⁰

En 1963, en una nueva elección sin participación del peronismo, ganó la presidencia Arturo Illía, de la UCR del Pueblo (UCRP). Su gobierno impulsó el consumo mediante aumentos salariales y controles de precio, ante la oposición de los ganaderos, pero sin lograr el apoyo del peronismo.¹⁷¹ La CGT lanzó un “plan de lucha” con paros y huelgas, al que se incorporaron los estudiantes para exigir la reapertura de los centros estudiantiles y la liberación de los detenidos durante el anterior gobierno.¹⁷² En julio de 1964, una representación de la FUA se entrevistó con Illía para presentarle sus exigencias sin lograr acuerdos.¹⁷³ Entre 1964 y 1965, la FUA reiteró su rechazo a la firma de convenios con empresas y fundaciones privadas, como el suscrito por la Universidad del Sur con la Fundación Ford.¹⁷⁴

En junio de 1966, tras permitir una nueva participación electoral peronista, pero “incapaz tanto de encandilar como de reprimir a las masas peronistas”, Illía fue derrocado;¹⁷⁵ los militares disolvieron el Congreso y proscribieron a los partidos. El régimen que implantaron, encabezado por el general Juan Carlos Onganía, se denominó “Revolución Argentina”, adoptó las doctrinas de la Seguridad Nacional y de las “fronteras ideológicas”

¹⁷⁰ *id.*, p. 70 y 111

¹⁷¹ Skidmore y Smith, *op. cit.*

¹⁷² Ceballos, *op. cit.*, p. 79

¹⁷³ *id.*, pp. 82 a 85

¹⁷⁴ *id.*, p. 94

¹⁷⁵ Skidmore y Smith, *op. cit.*, p. 110

marcadas por la Guerra Fría,¹⁷⁶ impuso un programa económico liberal y se planteó un programa social afín al del franquismo español y al corporativismo católico.¹⁷⁷ Esta doctrina postulaba la actuación conjunta de las tres fuerzas armadas “como corporación”, la supresión de los mecanismos institucionales de mediación entre sociedad civil y Estado, y la subordinación política de los sectores populares.¹⁷⁸ La CGT, bajo control del neoperonista Augusto Vandor, buscó un acercamiento con los militares, pero los sindicatos fueron intervenidos. Un mes después, el 30 de julio, el gobierno militar suprimió la autonomía universitaria y el cogobierno, puso a las universidades bajo la dependencia del Ministerio de Educación mediante la ley 16.912,¹⁷⁹ y ordenó el cierre de los centros de estudiantes.¹⁸⁰

Contra la intervención, estudiantes y profesores tomaron la Universidad de Buenos Aires y convocaron a los Consejos de las facultades. En respuesta, la policía asaltó la universidad, detuvo y sometió a golpes de macana y culatazos a decenas de autoridades, profesores y alumnos en la llamada “Noche de los Bastones Largos”.¹⁸¹ Como forma tradicional de protesta, muchos académicos dimitieron en masa, casi mil en una semana sólo en la UBA.¹⁸² En Córdoba, estudiantes encabezados por la Juventud Universitaria Radical y la Federación Juvenil Comunista se concentraron en las facultades de Arquitectura y de Ingeniería, en el centro de la ciudad, y fueron reprimidos con caballería y gases

¹⁷⁶ Tcach, *op. cit.*, p. 211

¹⁷⁷ Skidmore y Smith, *op. cit.*

¹⁷⁸ Emilse Pons, “El movimiento estudiantil cordobés durante el onganiato: Una aproximación a las divergencias entre el Reformismo y el Integralismo”

¹⁷⁹ Caraballo, *op. cit.*, pp. 116 a 122

¹⁸⁰ El nuevo ministro de Educación y Cultura, coronel Juan Olmedo, expresaría la visión de la dictadura al referirse a las luchas en los campos de batalla y en el campo del espíritu, en “las trincheras inexpugnables de la verdad”, Citado por Tcach, *op. cit.*, p. 211. El autor señala la filiación del ministro con “las dos instituciones madres del corporativismo argentino: las Fuerzas Armadas y la iglesia católica”.

¹⁸¹ Caraballo, *op. cit.*

¹⁸² Revista *Primera Plana*, 9 de agosto de 1966, citada en Caraballo, *op. cit.*, p. 119

lacrimógenos.¹⁸³ Luego, la Resolución 175 del Ministerio del Interior disolvió las agrupaciones estudiantiles cordobesas “por considerar que realizaban actividades políticas”.¹⁸⁴ El rector y todos los decanos de la UNC dimitieron y fueron reemplazados por personal afín a los militares. Los rectores interventores del periodo 1966-1969 en Córdoba, Ernesto Gavier y Rogelio Nores Martínez, provenían de la oligárquica “aristocracia doctoral” cordobesa, integrista, católica, antiliberal y anticomunista, y vinculada a las inversiones extranjeras en las industrias metalmecánicas.¹⁸⁵ El rectorado de Nores Martínez se planteaba defender el “orden social católico” y detener el avance del liberalismo y el marxismo.¹⁸⁶

En agosto de 1966, la policía reprimió una manifestación frente al Hospital de Clínicas en Córdoba, y los estudiantes declararon una huelga que se extendió varias semanas. En septiembre, las autoridades cerraron los comedores universitarios de Córdoba y Corrientes, lo que perjudicó a numerosos estudiantes de provenían de otras localidades, quienes vivían en pensiones y se alimentaban en esos centros. Algunos sindicatos abrieron “ollas populares” para los alumnos.¹⁸⁷ Luego, durante una marcha, la policía disparó y mató al estudiante de ingeniería y obrero Santiago Pampillón, de 24 años. Este suceso “encendió la protesta y la movilización popular en todo el país”.¹⁸⁸ Aunque la huelga en Córdoba se levantó y la resistencia se replegó al interior de los planteles, había comenzado “un ciclo de protesta en el que los estudiantes se constituyeron como un actor político autónomo dotado de su propio repertorio de confrontación”.¹⁸⁹

¹⁸³ Tcach, *op. cit.*, p. 211,

¹⁸⁴ Pons, *op. cit.*

¹⁸⁵ *id*

¹⁸⁶ Tcach, *op. cit.*, p. 215, sobre la figura de Nores Martínez, “El integrista católico en el gobierno”, pp. 161 a 175

¹⁸⁷ Daniel Villar, *El cordobazo*, p. 20

¹⁸⁸ Ceballos, *op. cit.*, p. 122 y 123, y Pons, *op. cit.*

¹⁸⁹ Tcach, *op. cit.*, p. 219. En entrevista, Carlos Orzaocoa señalaba que la figura de Pampillón fue un referente para la unidad entre estudiantes y trabajadores, en especial entre “un proletariado joven, entre 23 y 30 años, era

Entre los estudiantes, la polémica sobre la Reforma de 1918 quedó “diluida en favor de una misión más extensa como la revolución, el cambio social”.¹⁹⁰ Tras el golpe de Onganía, y sobre todo después del asesinato de Pampillón, surgieron tendencias revolucionarias entre peronistas, comunistas y cristianos, que debatían sobre la coordinación estudiantil con los trabajadores y la lucha armada.¹⁹¹ Al igual que en Brasil, buena parte de la actividad estudiantil en 1967 y 1968 se desarrolló en torno a demandas educativas y universitarias: mayor presupuesto, contra las limitaciones al ingreso, por la eliminación de las universidades privadas, contra los subsidios de firmas y fundaciones extranjeras, y por el restablecimiento pleno de la autonomía y el cogobierno.¹⁹²

En 1968, la CGT se dividió entre una CGT “oficial”, proclive a la colaboración con el gobierno militar, y la CGT de los Argentinos (CGTA), “combativa” y “clasista”, a que se alió la izquierda estudiantil, con demandas de cese a la intervención a las universidades y el restablecimiento de los derechos sindicales plenos. A la primera acción pública de la CGTA, un paro realizado el 28 de junio de 1968 con un mitin en Plaza Once de Buenos Aires, la FUA se adhirió con “actos relámpago” y un paro estudiantil.¹⁹³ En Córdoba, una figura central en el acercamiento con los estudiantes fue el líder del sindicato de Luz y Fuerza, Agustín Tosco.¹⁹⁴

un proletariado virgen políticamente, que hacía sus primeras experiencias de trabajo industrial. Muchos de ellos tenían la doble identidad, como Santiago Pampillón. Eran obreros, que se habían incorporado a la fábrica, pero también eran estudiantes. Las fábricas tenían sus propias escuelas de formación, muchos de ellos hicieron las escuelas de formación, pero también muchos de ellos se incorporaron a la Facultad de Ingeniería, de la Universidad Tecnológica y de la Universidad Nacional”. Entrevista con Carlos Orzaocoa, realizada por el autor; 17 de abril de 2014, Córdoba, Argentina.

¹⁹⁰ Caruso, *op. cit.*, p. 124

¹⁹¹ Ceballos, *op. cit.*, pp. 70 y 71

¹⁹² *id.*, pp. 86 a 88

¹⁹³ Pablo Bonavena *et al*, *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina, 1966-1976*, p. 59 y 60

¹⁹⁴ Beba Balvé y Beatriz Balvé, *El '69. Huelga política de masas. Rosario-Cordobazo-Rosario*, pp. 65 a 78. Entrevista con Carlos Orzaocoa.

La dictadura argentina también desarrolló una doctrina contrainsurgente. En el país se habían vivido experiencias de lucha guerrillera. Ricardo Massetti, ligado al *Che*, había organizado un foco con el nombre de Ejército Guerrillero del Pueblo en la provincia de Salta, exterminado por las autoridades en 1964; en 1968 fue descubierta y desarticulada una guerrilla peronista en Taco Ralo, Tucumán. Se comenzaba a plantear también la lucha armada en las ciudades,¹⁹⁵ donde desde la década de 1950, grupos de la resistencia peronista habían realizado atentados.¹⁹⁶ La Doctrina de Seguridad Nacional argentina, que se nutrió tanto de la lucha de Francia contra el Frente de Liberación Nacional (FLN) en Argelia, como del combate estadounidense en Vietnam, se fue desarrollando junto con instrumentos como el plan Conintes, y el gobierno por decreto que imponía la dictadura.

1.6.3 México

En México, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas se concretaron varios puntos estratégicos del proyecto de la Revolución mexicana. Profundizó el reparto de tierras, estableció el arbitraje estatal en los conflictos laborales e hizo efectivo el control estatal sobre los recursos naturales, en especial con la nacionalización del petróleo en 1938, que lo enfrentó no sólo a las empresas expropiadas, sino con los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido. El gobierno de Cárdenas también estableció nuevas reglas políticas, ligadas al partido gobernante, que rompieron con la influencia personal del “maximato” de su antecesor Plutarco Elías Calles, y con las pugnas entre caciques y caudillos regionales. Las distintas facciones fueron agrupadas en los cuatro sectores del Partido de la Revolución Mexicana

¹⁹⁵ Rolo Diez, *Los compañeros*, p. 31. Sobre la experiencia de Taco Ralo, ver Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, pp. 210 a 217

¹⁹⁶ Anguita y Caparrós, *op. cit.*, pp. 47 a 65. Tcach, sobre los atentados en Córdoba entre las décadas de 1950 y 1960

(PRM): el ejército surgido de la revolución, que dejó de ser una fuerza deliberante autónoma; los campesinos agrupados en la Confederación Nacional Campesina (CNC), los obreros en la Confederación de Trabajadores de México (CTM), y el sector popular en la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), que incluía a las clases medias vinculadas al Estado. En política exterior, se alió con causas como la República Española y los frentes antifascistas. En materia educativa, el gobierno de Cárdenas impulsó la educación socialista, proyectos de enseñanza para los trabajadores, escuelas y normales rurales, la escuela de agronomía de Chapingo y el Instituto Politécnico Nacional (IPN), al tiempo que tomaba distancia de la Universidad,¹⁹⁷ donde se produjo una controversia entre Vicente Lombardo Toledano y Antonio Caso, sobre la obligatoriedad del marxismo o la libertad de cátedra.

Las políticas sociales de Cárdenas quedaron sin continuidad, luego que designó como sucesor a un militar moderado, Manuel Ávila Camacho, partidario de restablecer una buena relación con la Iglesia y de negociar con las empresas petroleras expropiadas. Pero en cambio, se consolidaron las reglas políticas del partido oficial: el presidencialismo, en el cual el Congreso se limitaba a refrendar las iniciativas del Ejecutivo, y los tribunales se subordinaban a sus instrucciones. El sistema se basaba en garantizar el triunfo de los candidatos designados por el PRM, luego rebautizado PRI, legalmente o mediante fraude; en la renuncia al uso de la fuerza para resolver diferencias internas, la autoridad del presidente dentro del partido, y la designación de su sucesor mediante un “destape”. El régimen se sostenía con unas clases obrera y campesina numerosas, pero débiles, controladas por sus centrales afiliadas al PRI, y en última instancia por el apoyo de las fuerzas armadas.

¹⁹⁷ Gilberto Guevara Niebla, “Antecedentes y desarrollo del movimiento de 1968”

Durante el gobierno de Ávila Camacho, se tipificó el delito de “disolución social” para combatir al fascismo y el nazismo, aunque en las décadas siguientes sería una herramienta para reprimir a los opositores; y se estableció la ley orgánica de la UNAM, definida como “corporación pública” y “organismo descentralizado del Estado”, dotado de autonomía y con carácter nacional.¹⁹⁸ La ley dio la máxima autoridad a la Junta de Gobierno, y como organismo representativo al consejo universitario, en el que participaban representantes estudiantiles electos por escuela o facultad. El IPN permaneció sin autonomía, con un director designado por la Presidencia de la República, y una Junta Directiva que carecía de representación estudiantil.

El siguiente gobierno, presidido por Miguel Alemán (1946-1952), marcó un giro al impulsar el desarrollo industrial mediante alianzas o concesiones al capital externo, y con la gestación de una clase empresarial al amparo de los negocios con el gobierno; se frenó el reparto agrario en beneficio de los latifundios que demostraran ser “productivos”, y se impusieron condiciones de sometimiento a los sindicatos, usando la legislación laboral e interviniendo con el ejército en los gremios ferrocarrilero, petrolero, minero y electricista, para evitar la elección de dirigencias independientes e impedir huelgas. Alemán impulsó la construcción de la Ciudad Universitaria para la UNAM, en donde se le erigió una estatua a un lado de la Torre de Rectoría. El oficialismo promovió la formación de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), que aglutinaba a las Sociedades de Alumnos de escuelas y facultades de la UNAM, afines al PRI y anticomunistas.¹⁹⁹ En el IPN, se conformó la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET).²⁰⁰ A diferencia de la UNAM, al IPN se le

¹⁹⁸ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, p. 110

¹⁹⁹ *id.*, p. 135

²⁰⁰ *id.*, p. 24

escatimaban recursos y se cuestionaba la validez de su enseñanza. En 1942, una manifestación estudiantil para demandar el reconocimiento de sus títulos fue reprimida por la policía. Durante el gobierno de Alemán y de su sucesor, Adolfo Ruiz Cortines, en el IPN se repitieron “movimientos estudiantiles de esta naturaleza defensiva [...] en 1949, 1952 y, finalmente, 1956”.²⁰¹ Ese año, los estudiantes politécnicos organizaron brigadas que “recorrieron durante dos meses los estados de la República explicando al pueblo los motivos” de su movimiento.²⁰² Algunas agrupaciones de izquierda en la UNAM manifestaron su solidaridad. Sin embargo, la huelga fue rota por el Ejército, los dirigentes estudiantiles fueron procesados bajo cargos de disolución social,²⁰³ y el gobierno clausuró los dormitorios estudiantiles.

Al final del gobierno de Ruiz Cortines, al tiempo que repuntaba la movilización sindical independiente, en agosto de 1958 se produjo una movilización de estudiantes universitarios, normalistas y politécnicos contra un aumento de las tarifas de transporte y por la salida del ejército del IPN.²⁰⁴ El movimiento, en el que se recurrió a la toma de camiones, manifestaciones y otras formas de acción,²⁰⁵ se formaron distintas instancias de representación y negociación, una dirigida por los estudiantes priístas, y otra por la izquierda,²⁰⁶ que buscaba una alianza con la insurgencia sindical. El gobierno recurrió al ejército, que se desplegó en los alrededores de las instituciones educativas para impedir

²⁰¹ Guevara Niebla, “Antecedentes...”

²⁰² Jesús Vargas Valdés, “La tercera huelga del Politécnico (1956)”, *Fragua de los Tiempos No. 765*

²⁰³ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, p. 136

²⁰⁴ *id.*, pp. 145 y 146, y p. 156

²⁰⁵ *id.*, pp. 129 a 134

²⁰⁶ *id.*, p. 135. Las tres facciones eran afines al PRI y anticomunistas, pero entre ellas se disputaban el control de la Federación y los apoyos de las autoridades gubernamentales y universitarias, y una de ellas era el puntal del expresidente Alemán, identificado con el sector más derechista en la universidad. Algunas acciones eran reivindicadas por la FEU, mientras que las fuerzas de izquierda se agruparon en el Comité Popular primero, y luego en una Gran Comisión Estudiantil (GCE)

manifestaciones.²⁰⁷ El movimiento concluyó con promesas de las autoridades de atender sus demandas, que se diluyeron en los meses siguientes sin resolverse, mientras la dirección estudiantil terminaba dividida.²⁰⁸

De 1958 a 1964 gobernó el presidente Adolfo López Mateos; a pesar de declararse “de extrema izquierda dentro de la Constitución”, su secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, y los jefes policiales capitalinos, Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero,²⁰⁹ desataron la represión contra la insurgencia sindical; la justicia laboral declaró ilegales las huelgas ferrocarrileras y magisteriales, el ejército intervino en los sindicatos, y los dirigentes fueron detenidos y condenados por “disolución social”. También se persiguió a los movimientos campesinos que demandaban continuar el reparto agrario; el antiguo dirigente zapatista Rubén Jaramillo fue asesinado en Morelos en 1962. En febrero y marzo de 1960, una huelga en las escuelas normales, bajo influencia del movimiento sindical magisterial, fue rota por el ejército, que detuvo a los estudiantes que hacían guardia y clausuró el internado, como se había hecho en 1956 en el Politécnico.²¹⁰ En el movimiento estudiantil, las fuerzas de izquierda demandaban la libertad de los sindicalistas presos en 1958-1960, la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal que tipificaban el delito de disolución social, así como el derecho irrestricto a la manifestación.²¹¹ En contraste con la represión y el anticomunismo que imperaban en la política interna, la política exterior mexicana mantuvo una amplia independencia respecto a Estados Unidos. Basado en los principios de autodeterminación y no intervención en los asuntos de otras naciones, México mantuvo

²⁰⁷Rivas Ontiveros, “El movimiento de los camiones: la primera emergencia estudiantil de masas en la UNAM”, en *La izquierda estudiantil en la UNAM*, pp. 129 a 166

²⁰⁸ *id.*, p. 153

²⁰⁹ *id.*, p. 359

²¹⁰ *id.*, pp. 352 a 354

²¹¹ *id.*, p. 350 a 360

relaciones diplomáticas con Cuba después de la Revolución de 1959, a diferencia del resto de gobiernos latinoamericanos que se sumaron al bloqueo de Estados Unidos.

Al igual que en otros países de América Latina, la izquierda ganaba posiciones entre los estudiantes. En 1961, ante los rumores de que el expresidente Alemán aspiraba a ser rector de la UNAM, una bomba destruyó la estatua del exmandatario en CU. El cargo fue ocupado por Ignacio Chávez. Su rectorado se caracterizó por la expulsión y suspensión de derechos universitarios de muchos activistas, casi todos de izquierda, y por imponer medidas para restringir el ingreso a la educación superior,²¹² mientras que los movimientos estudiantiles daban una lucha contra la FEU e intentaban reorganizarse en una Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (FUSA).²¹³ Diversas fuerzas estudiantiles se identificaban con las expresiones de la izquierda mexicana. El Partido Popular Socialista (PPS) se había convertido en un partido satélite o “palero” del PRI, aunque en su interior subsistían corrientes de izquierda. Tendencias marxistas se agrupaban en el PCM u otras fuerzas como el Partido Obrero Campesino Mexicano, que promovían la insurgencia sindical y reclamaban continuar el reparto agrario; existían grupos trotskistas, y se conformaron organizaciones que reivindicaban las experiencias de China y Cuba, como la Liga Comunista Espartaco (LCE). Dentro del oficialismo, el propio expresidente Cárdenas y otras personalidades nacionalistas promovieron la formación de un Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que expresaba su simpatía por la Revolución cubana. Los activistas estudiantiles planteaban construir una organización nacional. En 1963, varios grupos participaron en la formación de una Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED),

²¹² *id.*, p. 407. La rectoría impuso políticas para restringir el acceso de los estudiantes de las preparatorias a la licenciatura, lo que fue rechazado por una huelga estudiantil que terminó con la dimisión de Chávez, Javier Barros Sierra, citado por Gastón García Cantú, *Años críticos. La UNAM, 1968-1987*

²¹³ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, pp. 458 a 467

que nació “con el carácter de un frente estudiantil amplio, pero provisional”, pero devino el brazo estudiantil del PCM.²¹⁴ Por sus filas pasaron activistas que desollarían después en la UNAM y el IPN, como Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara y Marcelino Perelló.²¹⁵

El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz marcó un giro significativo a la derecha, aunque es cierto que ya desde los sexenios anteriores el ejército era usado para reprimir la protesta social. En 1965, médicos y estudiantes de las instituciones públicas de salud en la capital se movilizaron para exigir mejoras en sus condiciones de trabajo. Luego de varios intentos por contener la movilización y cooptar a los dirigentes, y varios meses de promesas, negociaciones y amenazas, el gobierno utilizó la fuerza para romper el movimiento, sus líderes fueron encarcelados y acusados de “disolución social”. La represión alcanzó a los estudiantes de medicina de la UNAM y el IPN. De igual modo, las organizaciones de izquierda enfrentaron la represión cuando intentaron manifestarse en respaldo de Cuba, Vietnam y República Dominicana. En cada ocasión, la policía allanaba las instalaciones del Partido Comunista.²¹⁶ En septiembre de ese mismo año, en el nortero estado de Chihuahua, campesinos y maestros rurales dirigidos por Arturo Gámiz iniciaron una guerrilla, vinculada con las comunidades agrarias, pronto perseguida y exterminada por el ejército; en el estado de Guerrero, otros profesores rurales, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, comenzaron también la lucha guerrillera.²¹⁷

²¹⁴ Guevara Niebla, “Antecedentes...”

²¹⁵ Gilberto Guevara Niebla, “Barros Sierra, la Universidad y la Educación Superior”, en González Marín, *op. cit.*, pp. 15 a 28

²¹⁶ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, pp. 418 a 424

²¹⁷ Fritz Glockner, *Memoria roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*

En 1966²¹⁸ hubo movilizaciones en las universidades de Sinaloa, Durango, Michoacán, esta última rota por el ejército, y una huelga en la UNAM contra el rector Chávez. Tras expulsar a decenas de estudiantes, usar golpeadores contra las asambleas y otras medidas represivas,²¹⁹ Chávez dimitió el 26 de abril. Algunos sectores de izquierda, que conformaron el Consejo Estudiantil Universitario, prolongaron la huelga con la exigencia de abolir la Junta de Gobierno y establecer una representación estudiantil paritaria en los Consejos Técnicos y el Consejo Universitario.²²⁰ El nuevo rector, Javier Barros Sierra, acordó con estas fuerzas el levantamiento de la huelga a cambio del pase automático de los egresados de las preparatorias de la UNAM a la licenciatura y la desaparición del cuerpo de vigilancia interno; pero condicionó las otras demandas a que el Congreso reformara la Ley Orgánica y el Estatuto de la UNAM, lo que no ocurrió.²²¹ Entre los estudiantes, la movilización debilitó al priismo en la FUA, así como a la extrema derecha del MURO, que para marzo de 1968 perdió el control de las sociedades de alumnos de Medicina, Química, Ciencias²²² e Ingeniería, y la izquierda lanzó una lucha contra el porrismo en facultades y preparatorias.²²³ En tanto, militantes de izquierda del Politécnico lograron la representación en algunas escuelas como la de Ciencias Biológicas y disputaron al priismo la dirección de la FNET. En 1967, el Politécnico y la Universidad de Chapingo se sumaron a una huelga en solidaridad con la Escuela de Agricultura Hermanos Escobar, en Ciudad Juárez.²²⁴

²¹⁸ Guevara Niebla, "Antecedentes..."

²¹⁹ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, pp. 458 a 467

²²⁰ *id.*, pp. 481 a 484

²²¹ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, p. 495 y García Cantú, *op. cit.*, pp. 24 y 25

²²² Intervención de Joel Ortega Juárez, "El Movimiento", en González Marín, *op. cit.*, p. 37

²²³ *Boletín informativo del Comité Ejecutivo de la Sociedad de Alumnos de Filosofía y Letras*, s.f., hacia marzo de 1968, AHUNAM, México, Fondo Movimientos Estudiantiles en México, Ramo Movimiento Estudiantil de 1968, Subramo Volantes (en adelante AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes), Caja 59, Expediente 321, Documentos 41 y 42

²²⁴ Entrevista con Salvador Martínez della Rocca, en "Historia de la Facultad de Ciencias VII", p. 51

Con estos avances de la izquierda estudiantil, la CNED organizó en febrero de 1968 una “Marcha de la libertad”, de Dolores Hidalgo, Guanajuato, a la Ciudad de México, para reclamar la liberación de los presos políticos, la cual fue interrumpida por la presencia militar y contingentes oficialistas en cada etapa de su trayecto.²²⁵ En esa actividad participaron activistas como Guevara Niebla, Álvarez Garín, Ángel Verdugo, Marta Servín, Pablo Gómez, Eduardo Valle, Marcelino Perelló, David Vega y Arturo Zama Escalante.²²⁶ A pesar de que la marcha tuvo que ser suspendida para evitar las provocaciones, y a pesar de la dispersión entre las distintas fuerzas de la izquierda estudiantil, se estaba formando de hecho una red de activistas con capacidad de impulsar acciones comunes.

1.6.4 Uruguay

En 1930, el gobierno del presidente Gabriel Terra anuló una serie de derechos establecidos por el liberalismo batllista. En materia económica, nacionalizó y convirtió en monopolios estatales la energía y los servicios públicos; en el plano político, disolvió el Congreso y reforzó a la policía y el ejército; impuso una nueva Constitución en 1934, reformó el Código Penal para facilitar la represión; rompió relaciones con la Unión Soviética, reconoció el golpe de 1936 de Francisco Franco en España, y planeaba suprimir la autonomía universitaria. Ante esta amenaza, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), fundada en 1929, se sumó en 1934 a las luchas contra Terra y en defensa de la autonomía. La Universidad advirtió que se opondría a una eventual intervención y reclamó su derecho a “darse su propio Estatuto”. En 1935, se reivindicó como organismo globalizador “de la

²²⁵ Glockner, *op. cit.* pp. 274 a 276

²²⁶ “Una vida del Politécnico. Entrevista con David Vega”, en Hermann Bellinghausen y Hugo Hiriart, *Pensar el 68*, pp. 43 a 47

totalidad de los organismos culturales del Estado”, defendió su sistema de representación y de gobierno interno, y demandó la plena autonomía académica, de gobierno y financiera.²²⁷

Terra fue sucedido en 1938 por su cuñado, el exjefe policial y exministro de Defensa Alfredo Baldomir. En 1939 se produjo una gran manifestación de unas 200 mil personas, con participación de la FEUU, por una “Nueva Constitución y leyes democráticas”. En 1942, ante la intensificación de las protestas, Baldomir restableció los derechos abolidos por Terra, amplió las garantías sociales y se normalizó el funcionamiento de la Universidad.

Tras un decenio de dictadura, en la década de 1940 se instauró un Estado “neobatllista”, que recuperó las tradiciones de una burguesía liberal, democrática, laica y civilista, que promovía el desarrollo económico e industrial. Creció el sector de empleados públicos y bancarios, concentrados en Montevideo, entre los cuales también se promovió la sindicalización. En 1943 se instauraron los Consejos de Salarios, formados por trabajadores, empresarios y Estado para negociar los sueldos, y otras formas de conciliación obrero-patronal. En contraste, la mayoría del proletariado rural se encontraba dispersa y carecía de organización gremial.²²⁸ El dirigente del Partido Colorado Luis Batlle Barres, sobrino de Batlle y Ordóñez, atrajo con políticas clientelistas y reformistas a sectores sindicales y otros grupos populares, a los que ofrecía empleos públicos, contratos y subsidios. Sin embargo, como apunta Hugo Cores, a diferencia de los populismos en México, Brasil o Argentina, no se propuso crear una base sindical propia, encuadrada en un partido de Estado.²²⁹

²²⁷ Blanca París de Oddone, “Autonomía y autogobierno en la universidad uruguaya”, en *Universidad y política en América Latina*, pp. 111 a 133

²²⁸ Sala y Landinelli, *op. cit.*, p. 266

²²⁹ Hugo Cores, *op. cit.*, *El 68 uruguayo*.

En 1951, la nueva Constitución consagró la autonomía universitaria y la participación estudiantil directa en el gobierno de la institución.²³⁰ A su vez, la FEUU se consolidó como la organización federativa que nucleaba a los centros de estudiantes de la universidad, instituciones del interior, secundarios y normalistas; en su interior, distintas agrupaciones se enfrascaban en “polémicas internas y graves confrontaciones” mientras “disputaban ardorosamente el liderazgo o buscaban definir las alternativas tácticas de lucha en distintas circunstancias”.²³¹

Al terminar la década de 1950, tras la guerra de Corea, finalizó una coyuntura favorable a las exportaciones ganaderas uruguayas, y el país quedó sin recursos para seguir financiando su incipiente desarrollo industrial.²³² La problemática provocó divisiones entre ganaderos e industriales, y el debilitamiento de la base social del Estado benefactor.²³³ En septiembre y octubre de 1958 se produjeron “huelgas, agitación callejera, múltiples formas de protesta” de los sindicatos, que reclamaban nuevas leyes laborales y se planteaban la conformación de una central única. A las protestas se sumaron los estudiantes, que exigían la aprobación de la Ley Orgánica de la Universidad. Los sectores movilizados acordaron una plataforma común que “posibilitó la efectiva coordinación de una movilización de masas sin precedentes, por su volumen y combatividad, contra la política gubernamental”.²³⁴

Estas jornadas culminaron con dos grandes manifestaciones populares el 8 y el 14 de octubre. La ley orgánica universitaria, aprobada el 29 de octubre,²³⁵ constituyó un “amplio

²³⁰Solari, *op. cit.*, “La universidad...”

²³¹Jorge Landinelli, *La movilización estudiantil universitaria en la crisis social de 1968*, p. 10

²³²Sala y Landinelli, *op. cit.*

²³³Cores, “Aproximación...”, p. 46

²³⁴Sala y Landinelli, *op. cit.*, p. 272

²³⁵Alain Labrousse, *Los tupamaros. Guerrilla urbana en el Uruguay*, p. 103 y 104

estatuto autonómico”,²³⁶ garantizó un tercio de los cargos de representación directa a los estudiantes en los órganos directivos de la Universidad, incluidos los consejos de cada facultad y el Consejo Directivo Central (CDC), y estableció la gratuidad de la educación superior. La norma puso énfasis en la creación de carreras científicas, estableció equivalencias entre profesiones y carreras, facultades y títulos.²³⁷

En tanto, ante la crisis económica y las divisiones en el bloque gobernante, los propietarios rurales, liderados por Benito Nardone, retiraron su apoyo al neobatllismo y favorecieron el ascenso del Partido Nacional a la presidencia. Durante dos periodos, de 1959 a 1967, ese partido impuso los programas de ajuste del FMI, con recortes de salarios y subsidios, y favoreció la producción rural y sus exportaciones, en detrimento de la industria. Nuevamente, los sindicatos y organizaciones populares rechazaron estas medidas. En noviembre de 1964, los sindicatos se unificaron en la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), incorporando gremios de las capas medias asalariadas (bancarios, servicios, empleados públicos, docentes), y vinculada a estudiantes y colegios profesionales.²³⁸ La FEUU asistió como observadora en este proceso. La CNT no sólo funcionó como instancia sindical, sino como expresión política de los trabajadores. En agosto de 1965, encabezó un Congreso del Pueblo, que agrupó a 707 organizaciones obreras y populares y elaboró un Programa Alternativo contra la crisis, basado en la defensa de las fuentes de trabajo, del nivel de vida de los trabajadores y las libertades políticas y sindicales.²³⁹ También se

²³⁶Sala y Landinelli, *op. cit.*, pp. 262 a 272

²³⁷Solari, *op. cit.*, “La universidad...”

²³⁸Sala y Landinelli, p. 283

²³⁹ *id.*, p. 281. Por su parte, Cores apunta que “para las agencias noticiosas extranjeras y para la prensa brasileña, el gran peligro [en Uruguay] era una dictadura de los sindicatos controlados por las fuerzas pro-soviéticas. Durante años, esa fue la imagen que se dio en el exterior. Sólo a mediados de 1968 a esa imagen se agregaron las noticias de acciones del MLN”. Cores, “Aproximación...”, p. 46.

promovió el sindicalismo rural.²⁴⁰ Ante la “fuerte tensión represiva” gubernamental, los sindicatos buscaban “ganar la opinión pública” y desmentir la afirmación de las autoridades de que “la represión se ejercía precisamente en nombre de la defensa del interés general”.²⁴¹

La alianza estudiantil-sindical se enfrentó a la hostilidad de los partidos tradicionales y los medios hegemónicos de prensa, denominados “la prensa grande”, que comenzaron a señalar a la Universidad como “un foco de rebeldía”,²⁴² y al acoso de la derecha. En agosto de 1961, durante su asistencia a un foro de la OEA en Uruguay, el *Che* Guevara, ministro de Industria de Cuba, dio una charla en el paraninfo de la Universidad de la República, en la cual consideró que en países democráticos como Uruguay y Chile, la lucha debía mantenerse en el terreno legal, sin recurrir a las armas.²⁴³ Después del discurso del *Che*, grupos de choque de la derecha atacaron a los presentes y mataron de un disparo al profesor de historia Arbelio Ramírez.²⁴⁴ Esas agresiones se volvieron frecuentes.

La situación regional “contribuyó también al clima de movilización y alerta” entre la izquierda y los estudiantes uruguayos, tras los golpes de 1964 en Brasil y de 1966 en Argentina. La universidad ofreció refugio a Darcy Ribeiro, exrector de la Universidad de Brasilia, y a Risieri Frondizi, exrector de la Universidad de Buenos Aires.²⁴⁵ En agosto de

²⁴⁰ Cores, “Aproximación...”, p. 56

²⁴¹ *id.*, p. 59

²⁴² París de Oddone, “Autonomía...”

²⁴³ “Ustedes tienen algo que hay que cuidar que es precisamente la posibilidad de expresar sus ideas; la posibilidad de avanzar por cauces democráticos hasta donde se pueda ir; la posibilidad, en fin, de ir creando esas condiciones que todos esperamos algún día se logren en América...”. Citado en la revista *Los Huevos del Plata* N° 12, octubre de 1968, reproducido por Vania Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. p. 123

²⁴⁴ Sobre el discurso del *Che*, Sonia Mosquera en Ana María Araujo y Horacio Tejera, *La imaginación al poder. Entrevistas a protagonistas de la insurrección juvenil de 1968*, p. 98. Sobre el asesinato de Ramírez, algunos datos en Mauricio Bruno Tamburi, “Violencia anticomunista en el Uruguay de los tempranos años sesenta. Algunas operaciones de las 'bandas fascistas' y su conexión política”, pp. 48 y 49.

²⁴⁵ Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República, de la crisis a la intervención, 1958-1973*, p. 108

1966, la Universidad de la República organizó un acto en defensa de la autonomía universitaria, al que fueron invitados ambos.²⁴⁶

La izquierda uruguaya también se oponía a la política exterior del gobierno, que apoyaba las políticas estadounidenses y de la OEA para aislar a Cuba.²⁴⁷ La FEUU realizó en 1962 actos contra la expulsión de Cuba de la OEA, y en 1964 contra el rompimiento de relaciones entre Uruguay y la isla. Ese mismo año se movilizó contra el golpe de Estado en Brasil, y en 1965 contra la intervención en la República Dominicana, promovida por Estados Unidos y avalada por la OEA.²⁴⁸ La FEUU se adhirió además a la OCLAE (Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes), solidaria con la Revolución cubana, y a la UIE (Unión Internacional de Estudiantes), simpatizante de la Unión Soviética; la Universidad de la República fue sede de reuniones de ambas agrupaciones, que el gobierno boicoteó.²⁴⁹ Los estudiantes también rechazaron una negociación entre la universidad y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), al considerar que cambiaba la orientación educativa y pretendía “amortiguar y frenar las luchas contra los culpables verdaderos del sub-desarrollo, que son el imperialismo y las oligarquías criollas”.²⁵⁰

En 1967, con una nueva Constitución de corte presidencialista, asumió el gobierno el general Óscar Gestido, colorado de tendencia conservadora, con un programa desarrollista, pero que se adhirió a los ajustes fondomonetaristas y mantuvo la represión como respuesta a los movimientos sociales, aunque su relación con el rector Óscar Maggiolo parecía

²⁴⁶ *id.*, p. 108

²⁴⁷ Landinelli, *La movilización...*, p. 22, nota 11

²⁴⁸ *id.*, p. 23

²⁴⁹ FEUU y UIE, *op. cit.*

²⁵⁰ “El Préstamo del Bid., la Gran Prensa y la Extrema Derecha Universitaria”, Diario El Popular, 18 de febrero de 1966, AGU

amortiguar la tensión con la universidad. Sin embargo, sectores derechistas en el Congreso y la prensa comenzaron a relacionar a la Universidad con las actividades de la guerrilla tupamara.²⁵¹ Además, el gobierno mantuvo la entrega incompleta y con demora del presupuesto de la Universidad, en medio de protestas del rector, el CDC y la FEUU. También había conflictos internos. En 1967, el rector Maggiolo anunció un plan para construir una Ciudad Universitaria y campus en la provincia, lo que se frustró por la oposición dentro del CDC y por falta de recursos. El Estado mantenía con la Universidad de la República una situación de “sitio”, a decir de Blanca París de Oddone, “a medida que la crisis general del país se agravaba y aumentaba la movilización estudiantil”.

La FEUU, que tenía representantes en el Consejo Directivo Central (CDC), actuaba en ese marco institucional, pero también en las movilizaciones en las calles, que se fueron enfrentando cada vez con mayor frecuencia a la policía.²⁵² De cara al país, la FEUU postulaba como un deber “devolver a la sociedad lo que recibe de ella, sobre todo en un sistema gratuito de enseñanza”; planteaba un compromiso con la liberación económica y social de las masas populares, cuestionaba a los partidos tradicionales y se pronunciaba contra el imperialismo.²⁵³ Fuera de la universidad, la FEUU se sumó al bloque que encabezaba la CNT, la cual, a principios de 1968, dio a los estudiantes un lugar en su Mesa Representativa.²⁵⁴ Como en Brasil durante el gobierno de Goulart, “para las agencias noticiosas extranjeras y para la prensa brasileña [de derecha], el gran peligro [en Uruguay] era una dictadura de los sindicatos controlados por las fuerzas pro-soviéticas [...] a mediados

²⁵¹ París de Oddone, *La Universidad...*, pp. 108 y 111

²⁵² Landinelli, *La movilización...*, pp. 18 y 19

²⁵³ Solari, *Estudiantes...*, pp. 182 a 191

²⁵⁴ Landinelli, *La movilización...*, p. 22

de 1968 a esa imagen se agregaron las noticias de acciones [de la guerrilla] del MLN”.²⁵⁵ Los estudiantes también se solidarizaron con las marchas de los jornaleros cañeros, que cada año realizaban una caminata desde Bella Unión, en la frontera con Brasil, hasta Montevideo, bajo la dirección de Raúl Sendic,²⁵⁶ fundador del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros,²⁵⁷ que en 1968 realizó sus primeras acciones de guerrilla, caracterizadas por Rouquié como actos de “violencia simbólica” para debilitar la autoridad del gobierno.²⁵⁸

La hostilidad del gobierno hacia la FEUU también iba en aumento. En enero de 1967, los representantes estudiantiles en el CDC de la Universidad denunciaron la detención de varios universitarios en allanamientos realizados por la policía en busca de presuntos tupamaros.²⁵⁹ En febrero del mismo año, durante una visita del recién electo Gestido a la Universidad, el delegado estudiantil Horacio Bazzano defendió el programa del Congreso del Pueblo, encabezado por la CNT, subrayando el rechazo a la colaboración de la universidad con proyectos del Estado en favor del latifundio y el imperialismo; reclamó la entrega del presupuesto, y externó el repudio de la FEUU a una reunión de presidentes de la OEA que se realizaría en abril en Punta del Este ese año,²⁶⁰ a la que asistirían los dictadores Castelo Branco, de Brasil, y Onganía, de Argentina.²⁶¹ En vísperas de ese encuentro, la policía dispersó manifestaciones de protesta con gases lacrimógenos, y cercó el edificio central de

²⁵⁵ Cores, “Aproximación...”, p. 46

²⁵⁶ Ver testimonios de Alfredo Errandonea y María Gravina, en Araujo y Tejeda, *op. cit.*, pp. 43 y 13, respectivamente.

²⁵⁷ Eduardo Rey Tristán, *La izquierda revolucionaria en Uruguay 1955-1973*, pp. 129 a 136

²⁵⁸ Rouquié y Suffern, *op. cit.*, p. 304

²⁵⁹ París de Oddone, *La Universidad...*, p. 108

²⁶⁰ *id.*, p. 109 y 110

²⁶¹ *id.*, pp. 108 y 111. Las protestas estudiantiles de 1967 quedaron registradas por el cineasta Mario Handler en el corto *Me gustan los estudiantes*.

la Universidad, hasta que la convención de la FEUU aceptó la mediación de las autoridades universitarias para retirarse.²⁶²

El gobierno de Gestido utilizó una figura constitucional de excepción, las Medidas Prontas de Seguridad, para suspender las garantías individuales, a fin de impedir las huelgas y movilizaciones. En octubre de 1967, la FEUU colocó letreros en las facultades de Humanidades, Ciencias, Agronomía y Arquitectura contra la aplicación de esas medidas, con la leyenda: “Nadie acate al gobierno”, lo que motivó un nuevo cerco policial. En situaciones como ésta, las autoridades gubernamentales presionaban al rectorado, que a su vez buscaba negociar con la FEUU una salida, por lo general procurando evitar que se reprimiera a los estudiantes.²⁶³ Esta mediación amortiguó durante algunos meses el enfrentamiento directo, pero la participación de la FEUU en los órganos de gobierno universitario radicalizaba la postura institucional de la Universidad.

Gestido falleció en diciembre de 1967, y ascendió el vicepresidente Jorge Pacheco Areco. Apenas asumida la presidencia, implantó las Medidas Prontas de Seguridad (MPS), un estado de excepción previsto en la Constitución, para ilegalizar a varias organizaciones y publicaciones de izquierda, con el argumento de que apoyaban actividades promovidas desde Cuba.²⁶⁴ Entre diciembre de 1967 y marzo de 1968, decenas de sindicatos realizaron movilizaciones, ocupaciones de centros de trabajo, paros parciales y huelgas en todo el país, en el sector público y en el privado, para repudiar las restricciones salariales y laborales impuestas por el gobierno. El conflicto sería la tónica del nuevo gobierno.

²⁶² París de Oddone, *La Universidad...*, p. 111 y 112

²⁶³ *id.*, p. 112

²⁶⁴ Demasi, *op. cit.*, pp. 37 y 38

En resumen

No podríamos considerar que los sucesos que desataron los movimientos de 1968 en América Latina hayan sido inusuales. Los gobiernos y las fuerzas represivas habían desplegado durante toda la década de 1960 una práctica represiva que incluía la intervención en las universidades, suprimiendo o violando la autonomía, e ilegalizando a las organizaciones estudiantiles, como ocurrió en Brasil y Argentina; o bien, mediante una política de “cerco” y acoso, como en Uruguay; o utilizando autoridades y organizaciones estudiantiles afines para mantener bajo control a los estudiantes opositores, como en México. Esta represión iba acompañada por instrumentos represivos que, si bien eran más utilizados contra otros sectores como los trabajadores del campo y de la ciudad, así como para los partidos de la izquierda opositora, también comenzaron a ser empleados para justificar la persecución, el arresto y el encarcelamiento de dirigentes estudiantiles. Estas prácticas se fueron incorporando a la gestación de las doctrinas contrainsurgentes, que daban prioridad al control y la represión de los conflictos sociales internos, a los que se consideraba como parte de una amenaza interna de “subversión” con miras a la “guerra revolucionaria” y la imposición del comunismo, en el marco de la Guerra Fría.

CAPÍTULO SEGUNDO

Una panorámica del 68 en América Latina

Habiendo señalado en el capítulo anterior las condiciones de enfrentamiento que se vivían en torno a las universidades latinoamericanas, en un contexto regional y en contextos nacionales de agudización de los conflictos sociales y de autoritarismo creciente, en este capítulo el objetivo es presentar el desarrollo de los acontecimientos que detonaron las movilizaciones estudiantiles, para esbozar las condiciones en que se produjeron la resistencia, la organización y la formulación de las demandas de los estudiantes, el alcance de sus acciones y las respuestas de las autoridades gubernamentales. En los apartados siguientes no se pretende presentar información novedosa, sino un panorama regional, con una mirada de conjunto que podemos elaborar desde el presente, para destacar los acontecimientos que consideramos clave de estos cuatro movimientos y que nos servirán como hitos para orientar el análisis posterior de estas movilizaciones, poniendo énfasis en las similitudes entre ellos, sin perder de vista las especificidades de cada caso.²⁶⁵

2.1 Movimiento social y rebelión

Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1969 se produjeron en contextos de deterioro profundo, y en algunos casos de ruptura completa, de los marcos institucionales y de los mecanismos de consenso político, no sólo por las medidas de fuerza que instauraron las dictaduras argentina y brasileña, sino también con el “autoritarismo de crisis” que ganaba terreno en Uruguay, y el acentuado autoritarismo del priísmo en México. Sindicatos y

²⁶⁵ La mayor parte de la información de estas cronologías se basa en las obras citadas de Ribeiro y Martins, en el caso de Brasil; Demasi y Landinelli, para Uruguay; Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México (Julio-diciembre de 1968)* y Daniel Cazés, *Crónica 1968*, para México; y Francisco Delich, *Crisis y protesta social. Córdoba 1969* para Argentina.

organizaciones sociales perdían su capacidad negociadora y debían optar entre el sometimiento o el enfrentamiento. La sociedad civil quedaba sin puentes para negociar con el Estado su “posición relativa en el conjunto de las relaciones sociales y de poder”.²⁶⁶ Incluso los partidos de la oposición se veían avasallados por la fuerza, arrollados por las mayorías oficialistas en los parlamentos, u obstruidas por maniobras para evitar el debate de las medidas gubernamentales. Otros grupos sociales, como los campesinos y trabajadores rurales, o sectores urbanos marginados, ni siquiera contaban con esos vías institucionales ni mecanismos de negociación.

Así que, cuando los estudiantes latinoamericanos se encontraron con el cañón de un fusil asomando al aula, con una bayoneta apuntando a su pecho, con un compañero herido a su lado, no había mecanismos institucionales a los cuales recurrir, aunque los rectores y directivos de las escuelas superiores intentaran mediar. A lo largo de la década, la relación de las autoridades con los estudiantes y con las propias universidades se había vuelto conflictiva. Los estudiantes se habían anotado algunos éxitos en esos conflictos recurriendo a medidas de hecho, al margen de las normas. En Brasil habían resistido, se habían reorganizado y seguían protestando aun bajo la dictadura y en la clandestinidad; lo mismo en Argentina, donde además los estudiantes estrechaban lazos con el sindicalismo combativo; en México habían derribado en 1966 al rector en la UNAM, la izquierda ganaba terreno a la extrema derecha y al priismo en las sociedades de alumnos y federaciones, y se enfrentaba al porrismo; en Uruguay, ante la creciente utilización de medidas de excepción, los estudiantes defendían espacios institucionales como la autonomía y su participación en el Consejo Directivo Central (CDC) de la Universidad de la República, que constituían una

²⁶⁶ Luis Tapia, “Movimientos sociales, movimientos sociales y los no lugares de la política”, en *Cuadernos del pensamiento crítico latinoamericano*, CLACSO, No. 17, Año 2, 3 de marzo de 2009

defensa y un refugio ante la creciente ilegalización de las actividades políticas y en los cada vez más constantes enfrentamientos con las autoridades.

Las protestas estudiantiles, hasta ese momento, agrupaban a cientos, a veces miles, de estudiantes: activistas de alguna organización o alumnos de alguna escuela en particular. Enarbolaban demandas locales, como el cese de algún director o el rechazo a alguna medida; se solidarizaban con otros sectores, como los estudiantes argentinos con los planes de lucha de la CGT, los uruguayos en manifestaciones de la CNT o con los cañeros, o los estudiantes mexicanos con los presos políticos; en alguna fecha o momento especiales, como el primero de mayo, el 26 de julio; o en solidaridad con luchas antiimperialistas, como en Santo Domingo o en Vietnam. En las frecuentes ocasiones en que se enfrentaban a la policía, solían responder a los ataques, para luego dispersarse y retirarse.²⁶⁷

Lo distintivo de 1968 y 1969 es lo masivo, lo amplio, diverso y organizado de la respuesta estudiantil a las incursiones policiales; la capacidad para resistir en las calles, mediante la defensa organizada y la participación de grupos sociales del entorno; la constitución de organizaciones muy amplias y representativas, reconocidas dentro y fuera de las universidades, que permitían acciones muy diversas; la formulación de demandas políticas, para empezar contra la represión, con las cuales interpelaron y emplazaron a las principales autoridades gubernamentales; y la diversidad y amplitud de acciones dentro y fuera de las universidades, que ante la incapacidad de la policía y los gobiernos locales de contenerlas, se fueron extendiendo por varios meses. Cada uno de estos movimientos

²⁶⁷ El mexicano Paco Ignacio Taibo II apunta: "Había signos en el aire, la gente se movía en las escuelas, pero seguíamos viviendo movimientos de pequeña escala, más o menos tradicionales, con viejas formas de liderazgo y movilización política. Había aquí y allá gérmenes de lo nuevo, pero era difícil distinguirlos". Paco Ignacio Taibo II, '68, p. 21

emergió dentro de un campo de fuerzas sociales en el que tenía o buscaba aliados, y en donde también iba identificando a otros adversarios, como la gran prensa hegemónica y la televisión, los sectores más conservadores de los partidos tradicionales y la Iglesia, por ejemplo.

No se trataba de conflictos por problemas educativos o universitarios, sino de “una acción dirigida por grupos sociales particulares para conseguir el control del cambio social. Tiene objetivos y sentido político”.²⁶⁸ Estos movimientos, siendo estudiantiles por el sector que los protagonizaba, fueron *movimientos sociales* por sus demandas, sus objetivos y acciones; se caracterizaron por la politización de espacios como las propias universidades, las calles y otros lugares públicos, que no estaban diseñados ni destinados para la acción política, en la medida en que los espacios institucionales estaban clausurados, restringidos o usurpados por las fuerzas gubernamentales. Los estudiantes comenzaron por utilizar sus propias escuelas como centros de discusión, de organización y base para sus acciones, las abrieron a algunos sectores populares, y extendieron esa actividad a otros espacios.²⁶⁹

Las asambleas se constituyeron en los organismos que controlaban los espacios universitarios y disponían de esos y otros recursos para mantener la actividad y resistir a la acción de las autoridades. La actividad estudiantil así organizada fue capaz de quitar a las autoridades el control del espacio urbano en los momentos más agudos del enfrentamiento.

²⁶⁸ Gabriel Careaga, citado por Rivas Ontiveros, *op. cit.*, p. 134

²⁶⁹ “La acción colectiva empieza a desbordar los lugares estables de la política, tanto en el seno de la sociedad civil como en el del Estado, y se mueve a través de la sociedad buscando solidaridades y aliados en torno a un cuestionamiento sobre los criterios y formas de distribución de la riqueza social o de los propios principios de organización de la sociedad, del Estado y del gobierno”, indica Tapia

En esos momentos, algunas de estas luchas tuvieron un carácter de verdaderas *rebeliones*,²⁷⁰ por su capacidad de defensa y de resistencia. Aunque los estudiantes no se propusieran como tarea propia un cambio en el gobierno, ni decidieran o avalaran el uso de las armas, en sus debates se asumía que la lucha debía sumar a otros sectores, y en la medida en que se ampliara, llevaría a plantearse la posibilidad de un enfrentamiento armado y la necesidad de un cambio de gobierno y de sistema.

Junto con las demandas concretas contra la represión, emergieron muchas otras consignas, que ponían de relieve muchos descontentos subyacentes. En Argentina y Brasil, aparecieron consignas contra las respectivas dictaduras,²⁷¹ en México y Uruguay, exigencias de democratización. Entre los estudiantes se produjo una “toma de conciencia, la visión totalizadora de la problemática social, la proposición de otro nuevo orden social”,²⁷² lo que implicaba que la resolución de las demandas inmediatas no significaba el fin del conflicto, sino apenas una etapa de un combate de largo plazo.

Para el análisis de los movimientos, expondremos su desarrollo cronológico a fin de mostrar la sucesión de ciclos de represión, enfrentamiento, organización, demandas y protesta, manifestaciones de fuerza, y nuevamente represión,²⁷³ hasta su desenlace. Luego plantearemos la cuestión de la ocupación de los espacios, partiendo de las universidades, en donde la autonomía, siempre acotada y frecuentemente violada, era sin embargo una

²⁷⁰ En el caso de las luchas campesinas, Leticia Reyna, en *Las rebeliones campesinas en México*, p. 15, plantea la capacidad para organizarse como sector específico, para plantear demandas, impugnar al poder, organizarse para dar y sostener una lucha.

²⁷¹ En Brasil, Airton Queiroz menciona: “Teníamos la impresión de que la dictadura comenzaba a caer. Eso se afirmaba en muchos discursos. ¡Qué gran ilusión la nuestra!”, p. 163. Airton Queiroz, “A morte de Edson Luiz”, en *68, a geracao que queria mudar o mundo. Relatos*, p. 161 a 163

²⁷² Reyna, *op. cit.*, pp. 32 a 34

²⁷³ Zermeño, *México...*, p. 112. Esta dinámica se observa no sólo en México, sino también en los demás países.

condición que inhibía la intervención policial, lo que permitía a académicos y estudiantes realizar sus actividades y organizarse. Como apunta Ariel Rodríguez Kuri,²⁷⁴ a menudo la idea de un territorio sustraído a la acción policial se hacía extensiva a los espacios adyacentes a las escuelas. La acción estudiantil se ampliaba a las calles y barrios vecinos a los espacios estudiantiles, a otros territorios urbanos y a las plazas públicas. Cada tipo de acción requería contingentes de distinto tamaño e implicaba diferente disposición de los participantes, fuera para combatir, debatir con el público, o demostrar su capacidad de la convocatoria. Estos movimientos sociales tuvieron tal amplitud que muchos sectores diversos encontraron maneras distintas de participar.

2.2 Una cronología

Cada uno de los movimientos estudiantiles que investigamos tiene su propia cronología y para cada uno se puede proponer una periodización. Cada uno de ellos fue seguido en su momento por la prensa, ha sido documentado y desde los meses siguientes a su culminación, se publicaron reportajes, testimonios, libros y estudios. Al comenzar la década de 1970, con el agudizamiento de las luchas sociales, la persecución política, el terrorismo de Estado y la imposición de dictaduras en los países sudamericanos, los exilios masivos, asesinatos y desapariciones de antiguos militantes, la censura y el discurso contrainsurgente, el 68 quedó soslayado. Hacia 1980 comenzó un proceso de recuperación de la memoria y de reivindicación de esas luchas, que cobró fuerza en 1998 y 2008, con los aniversarios 30 y 40 respectivamente de los movimientos, gracias a la publicación de testimonios de antiguos

²⁷⁴ Los estudiantes consideraban que sus escuelas estaban “sustraídas legítimamente a la intervención de la policía. Esta percepción incluía por supuesto las instalaciones físicas de las escuelas, pero es probable que también considerara un área adyacente”. Ariel Rodríguez Kuri, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”

participantes, investigaciones en archivos y estudios de aspectos particulares. Sobre cada uno de estos movimientos existe, pues, información abundante.

Conviene recalcar que la agitación estudiantil no era privativa de los cuatro países que aborda esta investigación. La imagen del estudiante rebelde y comprometido con las luchas sociales ya se había popularizado con la canción “Me gustan los estudiantes”, de Violeta Parra, desde principios de la década. El título de esa canción y el propio tema, interpretado por Daniel Viglietti, fueron retomados en 1968 por el cineasta uruguayo Mario Handler, en un corto que se difundió en pleno movimiento y que mostraba imágenes de los enfrentamientos de abril de 1967 en Montevideo entre policías y estudiantes durante una reunión de presidentes de la OEA. En 1967 y 1968, en la Universidad de Chile, el movimiento estudiantil se anotó un éxito con la instauración de una reforma que instituyó la elección directa del rector entre estudiantes, académicos y trabajadores.²⁷⁵ Apenas a unos meses de la muerte del *Che* Guevara, en Bolivia se registraban protestas en la Universidad Mayor de San Andrés.²⁷⁶ En las universidades venezolanas de Caracas y de Maracaibo hubo movilizaciones contra las ocupaciones militares de los planteles.²⁷⁷ En Colombia, en la Universidad Nacional, en la del Atlántico, la de Cartagena y en la Industrial de Santander se protestaba para exigir respeto a la autonomía, la salida de tropas que se habían instalado en los campus y la liberación de estudiantes acusados de pertenecer a la guerrilla.²⁷⁸ Hubo

²⁷⁵ Fabio Moraga, “Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno (1990-2001)”, en Renate Marsiske, op. cit., vol 3, pp. 179-252. pp- 182 y 183

²⁷⁶ “En todo el mundo, los estudiantes en lucha”, Revista *Marcha*, Montevideo, 5 de abril de 1968

²⁷⁷ Luis Antonio Groppo, *Uma onda mundial de revoltas: movimentos estudantis nos anos 1960*, Tesis de doctorado, pp. 118 y 119

²⁷⁸ “En todo el mundo, los estudiantes en lucha”, Revista *Marcha*, Montevideo, 5 de abril de 1968, y Álvaro Acevedo Tarazona, “Conflicto y reforma universitaria en América Latina. Una perspectiva comparada del movimiento estudiantil entre México y Colombia, 1968”, en Diana Soto Arango y José Rubéns Lima, dirs., *Políticas universitarias en Latinoamérica: historia y perspectiva*, pp. 350 a 400

huelgas estudiantiles en Guatemala y en Ecuador, donde hubo también intervención militar;²⁷⁹ se registraron protestas estudiantiles en Perú.²⁸⁰ Se trataba, pues, de un fenómeno presente en toda América Latina. Y a ello debemos agregar las movilizaciones estudiantiles en Estados Unidos contra la Guerra de Vietnam, por los derechos civiles y con la movilización del movimiento negro; en Europa Occidental, en la que estaba presente la denuncia de la enajenación del trabajo capitalista y de la democracia representativa; y aun en Europa Oriental, con demandas de una efectiva democracia popular. Los sucesos de mayo en París y el final de la primavera de Praga, en agosto, tendrían repercusión en las discusiones abiertas en torno a los movimientos latinoamericanos.

2.2.1 Marzo y abril: las primeras protestas en Brasil

El 28 de marzo, en Río de Janeiro, con el argumento de impedir una manifestación hacia la embajada estadounidense donde se quemaría una bandera de ese país, una patrulla de la policía militar incursionó en el restaurante Calabouço, en pleno centro de la ciudad, y mató de un disparo al estudiante de secundaria Edson Luiz de Lima Souto, de 17 años. El Calabouço, que el gobierno había mudado un par de años antes de local, atendía a estudiantes de bajos recursos, como el propio Edson Luiz, proveniente del interior;²⁸¹ tenía un auditorio y una biblioteca, y servía como centro de actividades y de reunión para activistas de izquierda agrupados en el Frente Unido de los Estudiantes del Calabouço (FUEC) y de otras

²⁷⁹ Álvaro de la Llosa, “1968 en América Latina: aparición de nuevos actores”, pp. 111 a 128

²⁸⁰ Groppo, *op. cit.*, pp. 118 y 119

²⁸¹ Queiroz, en *68 a geracao...* Edson Luiz era originario de Belem do Pará, y estudiaba en el Instituto Cooperativo de Enseñanza, anexo al Calabouço, que “era llamado por los militares ‘Instituto Comunista de Enseñanza’”, señala Aluizio Palmar, en la presentación del “Documento expedido pelo Estado Maior da Força Aérea expedido em maio de 1968 analisa as manifestações estudantil após o assassinato de Edson Luiz do Lima Souto”, 18 de junio de 2012, disponible en <http://www.documentosrevelados.com.br/repressao/documento-revela-analise-da-repressao-sobre-movimento-estudantil/>, consultado el 13 de octubre de 2012

organizaciones.²⁸² Estos grupos tenían algunas diferencias tácticas con AP y las Disidencias Comunistas, que tenían la dirección de la UNE y la UME.

Luego de llevar a Edson Luiz al hospital, donde se constató su muerte, los estudiantes acordaron trasladar el cuerpo a la Asamblea Legislativa del estado para evitar que la policía se lo llevara, lo desapareciera y ocultara el asesinato. Reclamaron que se le hiciera la autopsia en ese lugar, públicamente. La noticia se difundió por el país esa misma noche, y en los días siguientes, estudiantes de más de una docena de ciudades de Brasil salieron a las calles, convocados por la UNE, la UME de Río de Janeiro, y en algunos casos, por activistas de izquierda incrustados en la estructura oficial de Directorios Estudiantiles. Junto con la consigna “Mataron a un estudiante, ¿y si fuera su hijo?”, surgieron casi de inmediato otras: “Abajo la dictadura”,²⁸³ y “El pueblo organizado derriba a la dictadura”.²⁸⁴ El sepelio de Edson Luiz reunió a 50 mil personas en Río, la mayor concentración desde el golpe militar, que se desarrolló en relativa calma, aunque en otras ciudades las protestas terminaron con enfrentamientos.

El primero de abril, la UNE y una comisión popular integrada en el marco del sepelio de Edson Luiz llamaron a nuevas protestas, a pesar de la prohibición del régimen. Era el cuarto aniversario del golpe militar, que la dictadura denominaba la “revolución de 1964”. Previendo la represión, algunos sectores llamaron a conformar “grupos de autodefensa”, lo que produjo polémicas con los sectores que consideraban que esa medida significaba una provocación. Entre esa fecha y el 4 de abril, cuando se realizó la misa del séptimo día de la

²⁸² Adair Gonçalves Reis, “Sardinha no Calabouço”, en *68, a geração...*, p. 164 y 165

²⁸³ Queiroz, *op. cit.*

²⁸⁴ Ribeiro, *op. cit.*, p. 23

muerte de Edson Luiz en la Iglesia de la Candelaria, en Río, los enfrentamientos con la policía fueron cotidianos en distintas ciudades. La noche de la misa, la policía montada se apostó en torno a la Candelaria a la espera de que salieran los asistentes, y un grupo de sacerdotes, encabezados por el arzobispo coadjutor de Río, José de Castro Pinto, formó un cordón para proteger la salida de más de dos millares de estudiantes, aunque no pudo evitar que se produjeran detenciones y persecuciones.²⁸⁵ En esas jornadas, la prensa contabilizaba 680 detenidos.

Tras casi dos semanas de movilizaciones y confrontaciones con la policía en las principales ciudades del país, entre ellas Río de Janeiro, Sao Paulo, Belo Horizonte, Brasilia y Pernambuco, la creciente brutalidad de la represión hizo que los estudiantes acordaran replegarse a mediados de abril. En las escuelas se abrió una intensa discusión sobre el rumbo a seguir, mientras algunos sectores del régimen militar abogaban por imponer el estado de sitio y un nuevo Acto Institucional para impedir más movilizaciones.

2.2.2 Mayo: el movimiento en Uruguay

El primero de mayo, Día Internacional de los Trabajadores, era y es una fecha clave para expresar el descontento en América Latina. En 1968, fue un día de alerta para las autoridades. Las ciudades brasileñas estuvieron bajo patrullaje y se produjeron enfrentamientos con manifestantes en Sao Paulo. En las semanas siguientes la policía realizó nuevos ataques y detenciones en Belo Horizonte y en Río de Janeiro. En ese marco, el Consejo de la UNE se reunió en Bahía para discutir la táctica del movimiento. Al cabo de una dura polémica, la UNE aprobó una resolución favorable a un eventual diálogo con el

²⁸⁵ Carlos Núñez, “Brasil: por qué luchan los estudiantes”, Revista Marcha, Montevideo, 26 de julio de 1968

gobierno para presentar sus exigencias: legalización de la UNE y la UME, castigo a los asesinos de Edson Luiz, revisión de la política educativa, divulgación de los acuerdos MEC-USAID y liberación de los estudiantes presos.

En Montevideo, con el argumento de que durante la manifestación del primero de mayo se habían detonado cohetes frente al consulado estadounidense, la Guardia Republicana dispersó con gases la marcha de trabajadores y estudiantes. La pirotecnia fue encendida por el contingente de cañeros de la UTAA, que realizaban en esos días su cuarta marcha anual de Bella Unión a Montevideo,²⁸⁶ y estudiantes de Bellas Artes que los acompañaban quemaron el muñeco de una rata gigante.²⁸⁷ En los días siguientes, sindicatos y estudiantes protestaron contra la represión, que sin embargo continuó agudizándose. A las movilizaciones se incorporaron los alumnos de enseñanza media, entre quienes tenía mayoría la Coordinadora de Estudiantes Secundarios del Uruguay (CESU), afín al PCU. Los secundarios, que iniciaban el ciclo escolar, rechazaron el anuncio de un aumento de 40% en la tarifa de transporte para los estudiantes; mientras que los de la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU) y del Instituto de Profesores Artigas (IPA) se declararon en paro en demanda de la entrega oportuna del presupuesto.

Ante la represión del primero de mayo, la CNT convocó a un paro general al que se adhirieron la FEUU,²⁸⁸ la CESU y la UTU. La movilización contó con el respaldo del Consejo

²⁸⁶ Gonzalo Varela Petito, *El movimiento estudiantil de 1968. El IAVA, una recapitulación personal*, p. 66, afirma que los cañeros habían dejado de buscar respuesta de las autoridades, y ahora buscaban articularse con el movimiento sindical y estudiantil

²⁸⁷ Errandonea, en Araujo y Tejera, *op. cit.*, p. 43, afirma que “el hecho incidental que determina el comienzo de las 'hostilidades' fue una acción común entre los compañeros de UTAA [cañeros] y Bellas Artes en la episódica quema de una rata gigante de cartón, frente al consulado americano”.

²⁸⁸ Landinelli, *La movilización...*, p. 30

Directivo Central (CDC) de la universidad, que en una declaración condenó al gobierno por “las continuas devaluaciones monetarias; por la creciente corrupción política; por los reiterados intentos de cercenar las libertades públicas y sindicales; por el aumento incontrolado del aparato represivo policial y su brutalidad; por el notorio desconocimiento por parte de los gobernantes de las verdaderas y urgentes soluciones que la Nación exige”.²⁸⁹ Una marcha de la FEUU el día 3 en la avenida 18 de Julio fue reprimida.²⁹⁰ La Universidad y la FEUU preparaban un plan de lucha para exigir al gobierno la entrega oportuna del presupuesto, en vísperas de que el presidente entregara su cuenta anual al Congreso.

El 10 y 11 de mayo, los secundarios reclamaron que se mantuviera el subsidio al “boleto estudiantil”, con bloqueos de calles y apedreamiento de autobuses. El día 14, ocuparon más de una docena de liceos y sustituyeron las clases por los llamados “contracursos”, que consistían en abrir discusiones sobre temas planteados por los alumnos, en general sobre problemas sociales y políticos, con frecuencia con apoyo y participación de los profesores. La promesa y la posterior retractación de las autoridades de que se preservaría el “boleto estudiantil”, provocaron tensiones entre la CESU, que llamó a levantar las tomas, y quienes proponían pasar de la demanda de “boleto estudiantil” a la de “boleto popular” y la municipalización del transporte.²⁹¹ Varela Petito afirma que las acciones de los secundarios eran en Uruguay de un nuevo tipo, “no sólo por la masividad, sino porque se buscaba el enfrentamiento con la policía y se recurría a una táctica de dispersión y reconcentración a lo largo de 18 de Julio [la avenida principal] y sus laterales, desde la Universidad hasta prácticamente la Plaza Independencia”.²⁹² La dirección de la CESU,

²⁸⁹ AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 2 de mayo de 1968, Acta N° 17, fojas 482 a 489

²⁹⁰ Varela Petito, *op. cit.*, p. 68

²⁹¹ Labrousse, *op. cit.*, p. 107; Varela Petito, *op. cit.*, pp. 68 a 70; Landinelli, *La movilización...*, p. 31 y 32

²⁹² Varela Petito, *op. cit.*, p. 72

encabezada por Esteban Valenti, dispuso desocupar los liceos, pero los alumnos de varios planteles desobedecieron la instrucción y mantuvieron las tomas hasta la mitad de junio. La situación condujo a que en varios liceos, los alumnos decidieran movilizarse sin atender más a las directivas de la CESU.

En Francia se producía en tanto la revuelta de mayo. Ante las noticias que llegaban de París, autoridades y prensa comenzaron a referirse a los movimientos estudiantiles de América Latina como parte de un fenómeno mundial.²⁹³ Desde hacía unos meses se sabía de la rebeldía estudiantil en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam, de las acciones estudiantiles en Alemania Federal y Japón contra la presencia de tropas estadounidenses, y en España contra el franquismo. Sin embargo, París se convertiría en el paradigma de la rebelión estudiantil, cuando las huelgas en las universidades se extendieron a las fábricas y el gobierno de Charles de Gaulle pareció estar a punto de caer. En América Latina, los estudiantes consideraron que los sucesos de mayo mostraban una internacionalización de la protesta estudiantil, pero al tiempo subrayaban las diferencias entre los móviles de sus protestas y las de Francia, como expondremos más adelante. Al mismo tiempo, los gobernantes latinoamericanos vieron en París el indicio de que existía una acción concertada internacional, que en cada país era llevada a cabo por agitadores locales.²⁹⁴

²⁹³ Ver, por ejemplo, las crónicas del mexicano Carlos Fuentes sobre las revueltas en París, que fueron publicadas en México por *La Cultura en México* y por la revista uruguaya *Marcha*.

²⁹⁴ El presidente mexicano Díaz Ordaz en su informe de gobierno, y el régimen militar brasileño en sus reportes de inteligencia, harían alusiones directas a la rebelión en Francia para apuntalar sus acusaciones a los estudiantes de actuar como parte de la “subversión internacional”.

2.2.3 Junio: apogeo de las movilizaciones en Brasil y estado de excepción en Uruguay

En junio, el ministro de Educación de Brasil, Tarso Dutra, afirmó que estaba dispuesto a dialogar con los estudiantes sobre las reformas universitarias en marcha. La Comisión Meira Matos, encargada de analizar la situación educativa, acababa de presentar su informe, que sería usado junto con los acuerdos MEC-USAID y el Relatorio Atcon por el Grupo de Trabajo de la Reforma Universitaria (GTRU). La UNE había acordado en Bahía exigir un diálogo en torno a ese proyecto de reforma, entre otras demandas, así que convocaron a marchar hacia la sede del Ministerio en Río de Janeiro el 11 de junio.

El diálogo con el ministro nunca se concretó; las movilizaciones estudiantiles al Ministerio se toparon con la Policía Militar, que los recibió con gases lacrimógenos, y acusó de la violencia a “elementos subversivos infiltrados”. Dutra afirmó que se había quedado esperando a los “auténticos” representantes estudiantiles, que con una concentración masiva “jamás podrá haber entendimiento”, que los estudiantes habían preferido batirse con la policía, y elevó su apuesta al proponer un diálogo público, ante la televisión. Una segunda concentración en el Ministerio de Educación el día 19, sin embargo, volvió a ser dispersada por la policía. Ante el incumplimiento de la oferta gubernamental, y en vista de las decenas de estudiantes detenidos, el 20 de junio se realizó una asamblea estudiantil en la Universidad de Río de Janeiro, en Praia Vermelha. La instalación universitaria fue cercada por la policía, que esperaba detener a la dirección de la UNE y de la UME; aunque el gobernador Negrao de Lima negoció con el rector la salida de los estudiantes después de las 9 de la noche, la policía aguardó ese momento para detener a centenares de estudiantes, que fueron trasladados a golpes al estadio de Botafogo, donde hombres y mujeres fueron sometidos a

torturas y humillaciones. Fotos de las vejaciones fueron difundidas al día siguiente por la prensa.

El movimiento estudiantil volvió a las calles el viernes 21, para denunciar el incumplimiento del diálogo y para repudiar la brutalidad del día anterior; los enfrentamientos se repitieron con mayor intensidad en áreas como Cinelandia y los alrededores del Calabouço; las noticias de la víspera y la magnitud del despliegue policial en el centro de Río de Janeiro provocaron tal indignación entre la población, que empleados y pobladores se sumaron a los combates con la policía durante horas, con una violencia inusitada que sorprendió a los propios estudiantes. La policía cercó una amplia zona céntrica. La jornada, bautizada como “viernes sangriento” (*sexta feira sangrenta*), culminó con unas tres decenas de muertos, incluido un policía militar a quien le cayó una máquina de escribir, arrojada desde un edificio; los estudiantes acusaron a las autoridades de ocultar y desaparecer los cadáveres de las víctimas. Se trató de la mayor batalla en las calles de Río en 1968, y algunas organizaciones estudiantiles la consideraron una muestra de la disposición del pueblo a la lucha, y un preludio para una rebelión generalizada contra la dictadura. Por su parte, las autoridades emitieron orden de aprehensión contra el dirigente estudiantil Vladimir Palmeira por la muerte del soldado Nelson de Barros, aunque el activista no estuviera implicado.

Una semana después se realizó la mayor manifestación de protesta desde el golpe militar de 1964, la Marcha de los Cien Mil (*Passeata dos Cem Mil*), en Río de Janeiro, en paralelo con otras movilizaciones en el resto del país, para demandar la liberación de los estudiantes presos y el cese de la represión. Luego del *viernes sangriento*, el gobierno redujo

la presencia policial en las calles, aunque sin reducir la vigilancia mediante la infiltración en el movimiento, mientras que los estudiantes lanzaban la consigna de evitar provocaciones e incidentes. La marcha contó con la adhesión, expresada en volantes y manifiestos, de madres de familia, artistas, profesores, periodistas, abogados, sacerdotes, empleados públicos, sindicatos y gremios. El gobernador Negro de Lima y el ministro de Seguridad Gama e Silva acordaron permitir la manifestación y acuartelar a la policía, por lo que la concentración se realizó sin incidentes, lo que fue subrayado en la frase: “la policía es la que provoca la violencia”. En un desafío a la persecución de que era objeto, Vladimir Palmeira dirigió varios discursos a la multitud en la ruta de la marcha sobre la Avenida Río Branco, desde Cinelandia hasta la Plaza 15 de Noviembre. Al final de la manifestación, el movimiento dio al gobierno un plazo de una semana para responder a sus exigencias, o volverían a las calles. Ese mismo día, se registró un atentado en el cuartel del Segundo Ejército, que dejó un soldado muerto, y que fue atribuido por los militares a la guerrilla VPR, aunque la prensa extranjera apuntó a un grupo paramilitar de derecha, vinculado a la “línea dura” de la dictadura, interesada en imponer el estado de sitio contra la rebelión estudiantil.²⁹⁵

Luego de la marcha, el presidente Costa e Silva convocó a dialogar a una Comisión Popular formada por los organizadores de la *passeata*, para presentar las demandas del movimiento: reapertura del Calabouço, clausurado por decreto presidencial tras la muerte de Edson Luiz; liberación de los presos a raíz del movimiento, fueran o no estudiantes; cese de la censura, y por una reforma universitaria que respondiera a las demandas de los estudiantes. A diferencia de Dutra, Costa e Silva sí recibió a la comisión. Sólo se discutió la liberación de los detenidos, que Costa e Silva limitó a cinco, a quienes no se les había

²⁹⁵ Selser, “La 'mano blanca'...”, *op. cit.*

abierto proceso ante la justicia militar, argumentando que no podía interferir en el Poder Judicial; y la reapertura del Calabouço, que el gobernante rechazó al afirmar que más que un comedor, era un centro de adoctrinamiento político; ante la insistencia estudiantil, Costa e Silva dio por terminada la reunión, afirmando que no aceptaría “imposiciones tomadas en torno a posiciones irrazonables”.²⁹⁶ Fue la única sesión de diálogo, y ante el fracaso, el movimiento convocó a una nueva manifestación para el 4 de julio.

En Uruguay, al iniciar junio, la FEUU se incorporó a las protestas que habían sostenido los secundarios y la UTU. En cada escuela se conformaba un comité de movilización, encargado de las tomas, ocupaciones y movilizaciones. El día 6, una manifestación de la FEUU, que salió de la Universidad de la República, fue atacada a tiros por la policía, que dejó cinco heridos. Los estudiantes respondieron dispersándose en grupos, incendiando automóviles y apedreando sedes de empresas estadounidenses como la aerolínea Panamerican y la empresa General Electric.²⁹⁷ Esos choques fueron el inicio de varios días de marchas y enfrentamientos. Los estudiantes de la FEUU y la CESU se pronunciaban por la defensa de las libertades, el cese de la represión y por la liberación de los estudiantes presos. El 12 de junio, la policía volvió a atacar con armas de fuego una marcha conjunta de la Universidad de la República, la FEUU, la CESU y la CNT, en defensa de “las libertades, contra la represión, por la libertad de los estudiantes presos”.²⁹⁸ Ante los ataques, la marcha se dispersó en varios contingentes, los cuales levantaron barricadas en distintas zonas de la capital. La jornada concluyó con unos 266 detenidos, incluidas varias mujeres.

²⁹⁶ “Há diálogo, nao há acôrdo”, *O Estado de Sao Paulo, Jornal da Tarde*, 3 de julio de 1968, en Documentos Revelados, Fondo Aluizio Ferreira Palmar, expediente “Luta Operária, Pasta 556 (Pnt-10221)”, referente a Hélio Pellegrino, uno de los integrantes de la comisión, disponible en <https://es.scribd.com/doc/152501831/Luta-Operaria>

²⁹⁷ AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 7 de junio de 1968, Acta N° 23, fojas 659 a 668

²⁹⁸ Markarian, *El 68 uruguayo...*, p. 40

Al día siguiente, el 13 de junio, el gobierno del presidente Pacheco Areco impuso las Medidas Prontas de Seguridad (MPS), un estado de excepción que restringía las manifestaciones públicas e imponía la censura a la prensa, a fin de detener la “subversión destinada a corroer la estructura legal” y el “clima de violencia callejera y de perturbación del orden público que se ha desatado en los últimos días en la ciudad”.²⁹⁹ Al mismo tiempo, impuso un paquete económico que incluía la suspensión de las negociaciones laborales en curso, la congelación de salarios y la militarización de centros de trabajo. Las MPS estarían en vigor hasta marzo de 1969. Ese mismo día, con el pretexto de buscar “material subversivo”, la policía allanó la Escuela de Bellas Artes. Al día siguiente de la declaración de las MPS, la Convención de la FEUU se reunió para acordar un plan de lucha. El Ministerio de Cultura, por su parte, advirtió la posibilidad de una intervención a la Universidad. El día 15, la policía tomó los liceos que permanecían ocupados por los estudiantes, algunos desde el mes anterior, y el Ministerio de Cultura ordenó reanudar las clases en secundaria y en la UTU. La segunda mitad de junio, los estudiantes uruguayos actuaron esencialmente en el interior de sus planteles, preparando las siguientes acciones.

2.2.4 Julio: los estudiantes mexicanos en movimiento

En Brasil, ante el fracaso del diálogo con el presidente Costa e Silva y vencido el plazo fijado para que se atendieran sus demandas, los estudiantes volvieron a movilizarse en Río de Janeiro en la Marcha de los Cincuenta Mil (*Passeata dos Cinquenta Mil*). También esa jornada se realizó con la policía acuartelada, y sin que hubiera enfrentamientos. Sin embargo, las autoridades tomaron una serie de disposiciones ante la intensificación del

²⁹⁹ Discurso de Pacheco Areco citado por Landinelli, *La movilización...*, p. 39

movimiento y el aumento del apoyo popular. El gobernador Negrao de Lima ordenó adelantar las vacaciones escolares en Río de Janeiro; por su parte, el gobierno federal prohibió las *parasetas*, dio luz verde al ejército para reprimir, advirtió con la imposición de medidas de excepción y conminó a la prensa a actuar “patrióticamente” cuando informara sobre el movimiento estudiantil. La decisión fue avalada por el Consejo de Seguridad Nacional (CNS), la máxima instancia del gobierno militar, que responsabilizó de la situación a elementos “subversivos” interesados en derrocar al régimen. En esas mismas fechas, de manera clandestina, los mandos de la Aeronáutica ultimaban tácticas, ya esbozadas en abril, para utilizar un cuerpo de élite de paracaidistas en el asesinato de los dirigentes estudiantiles y otras figuras de oposición: el Plan Parasar, sobre el cual abundaremos en los capítulos siguientes.

El final adelantado del ciclo escolar y las medidas represivas pusieron fin a esta segunda oleada del movimiento en Brasil. Los estudiantes habían desarrollado altos niveles de organización, movilización y respuesta ante la violencia, y el gobierno no había podido frenarlos invocando al diálogo ni con la represión, y en cambio se había desacreditado su presunta voluntad de escucharlos. El 18 de julio, los estudiantes volvieron a las calles, ahora en Sao Paulo, para apoyar una huelga de metalúrgicos en la localidad de Osasco. Esa lucha fue una de las pocas acciones obreras independientes en esos primeros años de la dictadura. En las escuelas la actividad se mantenía, y en algunos planteles se intensificaba con ocupaciones, como en la Facultad de Filosofía de la USP, para mantener el movimiento durante las vacaciones y para preparar el trigésimo Congreso de la UNE, que se realizaría en octubre. Las autoridades también se preparaban: el CSN volvió a reunirse a mediados de julio, para definir las acciones que tomaría si se reanudaban las manifestaciones.

En Uruguay aumentaba la tensión, aunque no sólo por el conflicto estudiantil. El primero de julio, una bomba colocada por el MLN Tupamaros destruyó los estudios de la emisora Radio Ariel durante una cadena nacional para transmitir un mensaje de Pacheco Areco.³⁰⁰ Al día siguiente, la CNT realizó una huelga general contra las MPS, con participación de la FEUU. El 11 de julio, una manifestación de obreros de la Fábrica Uruguaya de Alpargatas recibía apoyo en la Facultad de Medicina, que fue cercada por la policía. Ante las cada vez más frecuentes incursiones y ataques policiales contra los edificios universitarios, el día 12 hubo una reunión del presidente Pacheco y el ministro de Cultura, Federico García Capurro, con el rector Maggiolo y el vicerrector Hermógenes Álvarez. Maggiolo informó a la prensa que insistió en el respeto a la autonomía universitaria; negó la presencia de armas o “elementos subversivos” en los planteles, así como que se hubiera atacado a la policía desde instalaciones universitarias, y rechazó la “oferta” gubernamental de instalar agentes en las escuelas para “mantener el orden”. A finales del mes, comenzó otro acoso contra instalaciones universitarias, la denominada “Guerra de los carteles”: el día 29, la policía, y luego tropas del ejército, cercaron la Facultad de Arquitectura para quitar una manta con leyendas e imágenes en contra de la militarización de los trabajadores públicos, calificadas por las autoridades como “lesivas para el honor del Ejército”. En esas mismas fechas, la Convención de la FEUU volvió a reunirse, para evaluar la situación y revisar sus planes de movilización.

A finales de julio, México se sumaba a los escenarios de la protesta estudiantil. Luego de una riña estudiantil, el cuerpo de granaderos irrumpió el día 24 en dos céntricas escuelas

³⁰⁰ Labrousse, *op. cit.*, p. 113

vocacionales del IPN, donde disparó gases en las aulas, golpeó y detuvo a decenas de profesores y alumnos. El hecho contrastó con la tolerancia de las autoridades con los grupos de “porros”. Estos sucesos ocurrieron cuando faltaban poco más de dos meses para la inauguración de las Olimpiadas, que comenzarían el 12 de octubre.³⁰¹

Dos días después, el 26 de julio, se realizaron dos manifestaciones con autorización de la policía: una de los estudiantes del IPN encabezados por la oficialista FNET, cuyo liderazgo estaba cuestionado, contra la brutalidad policiaca; la otra, de la izquierda, para conmemorar la Revolución cubana. Un grupo disidente de politécnicos³⁰² se separó de la primera marcha para sumarse a la de la izquierda, por lo que la FNET notificó a los granaderos, que acudieron para disolver la marcha y cercaron a los manifestantes en la calle de Madero. Los estudiantes respondieron lanzando piedras encontradas en los botes de basura, lo que según algunas versiones sería parte de una provocación, aunque otros aclaraban que obtuvieron piedras rompiendo las coladeras de concreto.³⁰³ Los enfrentamientos se extendieron en dirección al Zócalo y las preparatorias del Barrio

³⁰¹ Ernesto Flores Zavala, director de la Facultad de Derecho en ese momento, enumeraba 59 incidentes en la ciudad con participación estudiantil entre el 22 de agosto de 1966 y el 23 de junio de 1968, un mes antes de los enfrentamientos en la Ciudadela. Muchos eran incursiones de porros en escuelas y en comercios, aunque el recuento incluye también protestas y manifestaciones, que recibían un trato más duro. El 25 de marzo de 1968, “el Procurador de Justicia del DF dijo: ‘El clima de tolerancia que existía en la ciudad hasta los primeros días del presente mes, en favor de los estudiantes alborotadores, no puede prolongarse más’”. Flores Zavala, *El estudiante inquieto. Los movimientos estudiantiles 1966-1970*, pp. 122 a 135. En contraparte, Héctor Anaya cita una cincuentena de incidentes protagonizados por policías y agentes en todo el país, entre el 3 de octubre de 1966 y el 28 de octubre de 1968, omitiendo los casos relacionados con el movimiento estudiantil, y afirma que “pocos ciudadanos podían ufanarse de no haber padecido el atropello de la policía y menos aún quienes pudieran manifestarse honestamente ignorantes de estas arbitrariedades”. Héctor Anaya, *Los parricidas del 68*, pp. 23 a 27

³⁰² “Las batallas en el Politécnico. Entrevista con Jaime García Reyes, Fernando Hernández Zárate y David Vega”, en Bellinghausen, *op. cit.*, p. 82

³⁰³ La tesis de la provocación, en Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco*, y en González de Alba, *Los días...* La otra versión, en “Las batallas en el Politécnico...”, *op. cit.* González de Alba admitía en 1993 que las afirmaciones sobre las piedras en basureros de la calle Cinco de Mayo “son supuestos de celda ociosa, como hace 25 años, sin dato alguno, sin novedad alguna, sin investigación alguna, sin prueba alguna”. Luis González de Alba, “1968: la fiesta y la tragedia”, *Revista Nexos* No. 189, México, Septiembre de 1993

Universitario, donde los alumnos salían de clases cuando se encontraron sitiados por los granaderos y se atrincheraron en los planteles. En esas escuelas cercadas se produjo una acción conjunta inédita, entre estudiantes muy jóvenes de educación media, activistas de izquierda e incluso grupos de “porros”, así como entre alumnos de la UNAM y el IPN.³⁰⁴ Al mismo tiempo, en otros sitios de la ciudad, eran detenidos activistas y dirigentes del ilegalizado Partido Comunista, bajo cargos de “disolución social”.

Durante varios días se mantuvo la resistencia en las escuelas, con enfrentamientos, barricadas, toma y quema de autobuses; las autoridades universitarias intentaron sin éxito negociar el retiro de los granaderos a cambio de la entrega de los camiones tomados, pero como la policía incumplió su promesa no hubo más gestiones. La misma noche del 26 de julio, varias escuelas del IPN se declararon en huelga y desconocieron a la FNET. En CU, la Facultad de Ciencias Políticas estaba ya en huelga para demandar la libertad de los presos políticos, entre ellos varios líderes sindicales detenidos desde 1959. Activistas universitarios iban de CU al centro, conversaban con los estudiantes, observaban la situación y retornaban a sus escuelas a dar información, convocar reuniones y analizar la situación. El 28 de julio, un volante firmado por el Comité de Lucha de la Escuela Superior de Economía (ESE) del IPN aseguraba que hasta ese momento, habían muerto siete estudiantes.³⁰⁵

³⁰⁴Raúl Jardón, militante de la Juventud Comunista, afirma que en esos choques, “la resistencia exitosa que venció al hasta entonces temido cuerpo de granaderos y a la policía en general” se basó en una “extraña conjunción de centenas de estudiantes despolitizados, una decena de izquierdistas y varias docenas de *porros*”. Mario Ortega Olivares, citado por Jardón, narra: “Comenzamos a gritar una consigna que era muy extraña en esa época, que era la consigna: ¡Poli-UNAM, unidos vencerán!”. Raúl Jardón, 1968: *El fuego de la esperanza*, p. 148

³⁰⁵ *Última hora*, Volante del Comité de Lucha de la ESE, 28 de julio de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Exp. 320, Documento 15

La madrugada del 30 de julio, después de tres días de enfrentamientos, el ejército se movilizó hacia la Ciudadela y las preparatorias del Centro. El secretario de la Defensa Nacional, general Marcelino García Barragán, diría después que recibió un pedido del titular de Gobernación, Luis Echeverría, quien lo alertó de que miles de estudiantes amenazaban con asaltar las armerías del centro de la ciudad.³⁰⁶ La Dirección Federal de Seguridad afirmaría que el Ejército intervino “ante la incapacidad del cuerpo de Granaderos de frenar el movimiento, viéndose ellos mismos replegados de las calles del centro capitalino por las brigadas estudiantiles”.³⁰⁷ Esa madrugada, el ejército derribó de un bazucazo la puerta de la Preparatoria de San Ildefonso, ocupó la de Licenciado Verdad y las vocacionales de la Ciudadela, y dos escuelas ajenas a los enfrentamientos: la Preparatoria 5 de Coapa, y la Vocacional 7 de Tlatelolco. En conferencia de prensa, el regente de la capital Alfonso Corona del Rosal, el secretario de Gobernación Luis Echeverría, el procurador de la República Julio Sánchez Vargas, y el procurador capitalino Gilberto Suárez Torres, afirmaron que el ejército había intervenido para frenar un “plan de agitación y subversión”.³⁰⁸

El día 31, las autoridades desocuparon algunos planteles pero atacaron otros, como la Escuela de Arte Dramático de Bellas Artes, en donde utilizó perros adiestrados. Los estudiantes denunciaban que autoridades y prensa ocultaban la existencia de muertos, y aseguraban que los cadáveres habían sido desaparecidos e incinerados por el ejército.³⁰⁹

³⁰⁶ Julio Scherer García y Carlos Monsivais, *Parte de Guerra, Tlatelolco 1968. Documentos del general Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*, p. 40

³⁰⁷ Fiscalía Especial para los Movimientos Políticos y Sociales del Pasado, “Tema 3, Movimiento Estudiantil de 1968”, en *Informe General de la Fiscalía Especial para los Movimientos Políticos y Sociales del Pasado*, pp. 44 a 149

³⁰⁸ Citado por Ramírez, *op. cit.*, Vol. 1, p. 163

³⁰⁹ Un volante del Comité de Lucha de la ENP de Coyoacán, México, DF, agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 59, Expediente 321, Documento 14, denunciaba que los restos de los estudiantes muertos en las preparatorias 1, 2, 3 y 5 habían sido trasladados al Hospital Central Militar, sin que se informara a los familiares.

Las protestas y la huelga se extendieron en la UNAM y el IPN. Las escuelas se declaraban en asamblea, se denunciaba y expulsaba a los porros, a los grupos oficialistas como la FNET, a la que se responsabilizaba por la represión, y a los derechistas del MURO. Se estaba en las puertas de una huelga general estudiantil.

2.2.5 Agosto: multitudes en las calles de México y Uruguay

Al comenzar agosto, el movimiento arrancaba con toda fuerza en México; en Uruguay, las movilizaciones se mantenían a pesar de la creciente represión, y en Brasil las autoridades estaban dispuestas a cesar las protestas como fuera.

El primero de agosto, en México, el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, a pedido de un sector de estudiantes, izó la bandera nacional a media asta frente a la Torre de Rectoría y encabezó una manifestación para demandar el respeto a la autonomía universitaria, la liberación de los detenidos y solidarizarse con los politécnicos. La movilización se realizó en la ruta autorizada por la policía, de la Torre de Rectoría a Félix Cuevas, y culminó sin incidentes, aunque los alrededores estaban patrullados por tanquetas militares. En varias escuelas, las organizaciones de izquierda, que insistían en marchar hacia el Zócalo, repudiaron la “marcha del rector” y la calificaron como “farsa oficialista”. Sin embargo, la presencia de Barros Sierra tuvo un fuerte impacto entre una gran parte de los estudiantes, en otros sectores sociales e incluso en la prensa, que manifestaron su apoyo a la protesta encabezada por el rector.

El 5 de agosto, los comités de lucha convocaron una nueva marcha, ahora entre la Unidad de Zacatenco y el Casco de Santo Tomás, las principales instalaciones del IPN. El

director de la institución se negó a encabezarla si acudía “gente extraña” al Politécnico, mientras el gobierno capitalino intentaba sin éxito establecer una negociación con la FNET y las autoridades del IPN. A pesar de esos boicoteos, la manifestación de los estudiantes en huelga se realizó sin autorización, sin presencia de las autoridades y sin que nadie atendiera los llamados de la FNET. Al término de la marcha, se dio a conocer un pliego petitorio común entre universitarios y politécnicos con seis demandas: la libertad de los presos políticos; la destitución de los jefes de la policía; la extinción del cuerpo de granaderos; la derogación del delito de “disolución social”; indemnización a las familias de muertos y heridos, y el deslinde de responsabilidades por los actos de represión. Los estudiantes emplazaron al gobierno a dar solución a las exigencias en 72 horas.

El día 8, concluido el plazo sin respuesta, se proclamó la huelga estudiantil nacional y la formación del Consejo Nacional de Huelga (CNH) como órgano de dirección. Este organismo se formó con los representantes electos en asambleas de 59 escuelas del IPN, la UNAM, las Normales de Maestros, la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la Nacional de Agronomía de Chapingo, e incluso planteles privados como la Universidad Iberoamericana (jesuita), o el Colegio Madrid (fundado por republicanos españoles exiliados). En cada plantel se organizaban comités de lucha y brigadas para difundir el movimiento. El Consejo convocó a una nueva marcha, ahora del Politécnico al Zócalo. Los estudiantes consideraron que solicitar autorización para protestar era inconstitucional, así que decidieron marchar sin permiso. Fue la primera manifestación independiente en llegar al Zócalo desde 1961, cuando hubo movilizaciones contra la invasión de Playa Girón en Cuba. La movilización se realizó sin intervención policial, y al culminar, el CNH exigió que cualquier negociación con el gobierno se realizara mediante diálogo público. El movimiento estudiantil

se desplegaba en millares de brigadas que propagandizaban sus exigencias en plazas públicas, mercados, a la salida de las fábricas y oficinas, tomaban y pintaban los autobuses. Las escuelas fueron ocupadas, y sus equipos y materiales tomados para el movimiento.

En tanto, en Brasil, la escalada represiva se extendía: el 2 de agosto, fue detenido el dirigente de la UME, Vladimir Palmeira, acusado de la muerte de un soldado. Para impedir manifestaciones y acciones relámpago de protesta, el ejército se desplegó por todo Río de Janeiro, ocupando la ciudad con tanques y ametralladoras. Era la primera semana de clases, y tras intentar sin éxito manifestarse, el movimiento se replegó a las escuelas. En tanto, por presión del gobierno, el Congreso descartó dar amnistía a los detenidos desde marzo.

En Uruguay, agosto comenzó con una nueva huelga general en contra de las Medidas Prontas de Seguridad y la represión. Se produjeron enfrentamientos y detenciones de activistas sindicales y estudiantiles, como el secretario general del Centro de Estudiantes de Arquitectura (CEDA), José Luis Canel, acusado de atacar transportes. El día 7, el director de la empresa eléctrica estatal, Ulyses Pereyra Reverbel, fue secuestrado por la guerrilla del MLN Tupamaros, que lo declaró detenido por “la justicia popular” por cargos de corrupción.³¹⁰ La madrugada del día 9, la policía allanó sorpresivamente el edificio central de la Universidad y las facultades de Arquitectura, Agronomía, Bellas Artes y Medicina, donde destruyó equipo y saqueó materiales, con el argumento de buscar el sitio donde los tupamaros tenían a Pereyra Reverbel. Los agentes impidieron incluso que el rector se acercara a la Facultad de Medicina. Horas después, mientras el CDC sesionaba de emergencia en el edificio central de la Universidad, la Guardia Republicana disparó bombas de gas contra el inmueble e hirió al

³¹⁰ Labrousse, *op. cit.*, p. 116

estudiante Mario Toyos. Luego del retiro de las fuerzas policiales, el CDC resolvió expulsar de la docencia a quienes ocuparan altos cargos en el gobierno, en particular a los ministros del Interior, Eduardo Jiménez de Aréchaga; de Industria, Jorge Peirano Facio, y al secretario de la Presidencia, Héctor Giorgi. En represalia, el gobierno impuso la censura de prensa a los comunicados de la Universidad. La institución recibió la solidaridad de la CNT y varios gremios.³¹¹ El allanamiento provocó protestas incluso en el gobernante Partido Colorado. Al cabo de unos días, y tras entregar documentos oficiales que comprobaban actos de corrupción, Pereyra Reverbel fue liberado por los tupamaros.

El 12 de agosto, tres días después del allanamiento, el estudiante de odontología y militante comunista Líber Arce fue herido de bala por la espalda por un policía frente a la Facultad de Veterinaria. Dos días después, Arce falleció en el hospital. El CDC emitió una declaración de luto y de condena al gobierno. En el edificio central y en varias facultades se colocaron mantas con la leyenda: “Ha muerto Líber Arce”, o “Silencio: ha muerto Líber Arce”. El estudiante fue velado en la sede central de la Universidad, por cuya explanada desfilaron miles de personas. El cortejo fúnebre hizo un recorrido por toda la capital, pasando por las facultades de Arquitectura, el Hospital de Clínicas, Odontología y Veterinaria, en su camino al cementerio del Buceo.³¹² Una multitud esperaba en las calles, y el sepelio, convertido en la mayor manifestación en Uruguay en un decenio, paralizó Montevideo. En la noche, luego del entierro, se produjeron incendios de automóviles, ataques a comercios y saqueos, que la FEUU atribuyó a provocadores. Unos días después, frente a la Facultad de Química, la policía volvió a disparar con escopetas de perdigones contra los estudiantes. A pesar de la

³¹¹ París de Oddone, *La Universidad...*, p. 116 y 117

³¹² *id.*, p. 117 y 118

magnitud del sepelio de Arce y de la resistencia ante las MPS, las autoridades no daban tregua.

En México, el 27 de agosto se produjo la mayor manifestación de protesta en décadas. Se congregaron cientos de miles de personas en el Zócalo, se izó la bandera de huelga en el asta principal, se encendieron las luces de la Catedral y se hicieron repicar las campanas. Un grupo de manifestantes continuó el camino hasta la cercana cárcel de Lecumberri, para gritar consignas de apoyo a los presos políticos. El gobierno había expresado unos días antes su disposición a dialogar, y el CNH, tras intensas discusiones internas, había ofrecido responder para acordar lugar, fecha y condiciones para las conversaciones. Al final de la protesta, en pleno mitin, uno de los representantes del Politécnico en el CNH, Sócrates Amado Campos Lemus, puso el punto a votación y por aclamación, se emplazó al presidente Díaz Ordaz a dialogar en el mismo Zócalo el primero de septiembre, día del informe presidencial. El CNH había acordado establecer una “guardia permanente” en la plaza, que instaló su campamento ahora con vistas al informe presidencial. Sin embargo, a la medianoche, tropas del ejército salieron del Palacio Nacional, ordenaron desalojar la plaza y unos minutos después, a bayoneta calada y con apoyo de tanquetas, dispersaron a los estudiantes y destruyeron su campamento. Al día siguiente, el gobierno capitalino convocó a un mitin para “desagraviar” a la bandera nacional, para lo cual “acarreó” a miles de empleados públicos. Contra lo esperado, la multitud comenzó a corear consignas a favor del movimiento y fue dispersada con carros blindados. Sin que se decretara la suspensión de garantías individuales, el gobierno desplegó al ejército para evitar manifestaciones y detener a las brigadas que realizaban mítines relámpago en toda la ciudad, lo que produjo numerosos enfrentamientos y detenciones.

El CNH reconoció que la decisión de dejar la guardia había sido un error táctico, condenó la iniciativa de Campos Lemus de emplazar al diálogo en el Zócalo, y comenzó a debatir acciones para evitar una desbandada ante el nuevo auge represivo. En algunas escuelas, las protestas de los empleados públicos del 28 de agosto hicieron concebir la posibilidad de convocar a un paro o una protesta el día del informe, cuando los sindicatos movilizaban a miles de agremiados para vitorear al presidente, lo que sería una prueba de si el apoyo popular se había volcado hacia los estudiantes, o el gobierno conservaba el control.

En las mismas fechas, en Brasil, el 29 de agosto los estudiantes recibieron otro golpe que ponía de manifiesto el endurecimiento del régimen. En horas de clase, fuerzas conjuntas irrumpieron en la Universidad de Brasilia, con el argumento de detener a un grupo de dirigentes estudiantiles. Las tropas ingresaron con las armas en la mano a las aulas, detuvieron y golpearon a profesores y alumnos, y dejaron un estudiante muerto. La incursión, realizada en un ambiente de relativa calma y de manera inesperada, provocó protestas de las asociaciones de padres de familia, de los profesores e incluso entre diputados del Congreso, algunos de los cuales fueron agredidos y detenidos cuando esperaban a sus hijos. El presidente Costa e Silva ordenó una investigación, pero eludió responder si avalaba o no la acción. El régimen no sólo había logrado impedir las manifestaciones de los estudiantes en las calles, sino que ahora los atacaba en sus propios espacios.

En medio de esas intensas jornadas, los círculos estudiantiles de izquierda recibieron y discutieron las noticias de la invasión de Checoslovaquia por tropas del Pacto de Varsovia, la coalición militar encabezada por la Unión Soviética. La noticia produjo desconcierto y

malestar, aunque sin posicionamientos públicos en favor del derrocado gobierno checo. Maoístas y trotskistas responsabilizaron y condenaron a la Unión Soviética por el hecho, aunque en algunos casos consideraron que la medida era necesaria para evitar que se produjera un restablecimiento del capitalismo.³¹³ Para los estudiantes latinoamericanos, tuvo un gran peso el respaldo del líder cubano Fidel Castro a la ocupación, que sin embargo estuvo acompañada con una crítica al gobierno y al Partido Comunista soviéticos, por el prestigio que mantenían la Revolución cubana y su dirigente en toda América Latina.³¹⁴ Para la derecha, fue una ocasión para condenar el “totalitarismo” e, irónicamente, alabar las libertades de las “democracias occidentales” de las que decían formar parte.

2.2.6 Septiembre: el ejército en las calles

El primero de septiembre, el presidente mexicano Díaz Ordaz dedicó gran parte de su informe de gobierno al conflicto estudiantil. Acusó a los estudiantes de vandalismo, de afectar el orden de la ciudad, de atacar a la población, consideró que estaban involucrados en un intento de “estorbar los juegos” olímpicos, comparó el movimiento con otros “desórdenes juveniles [...que] han coincidido con frecuencia con la celebración de un acto de importancia” en otros países, refiriéndose al Mayo francés, y condenó a los “filósofos de la destrucción”, aludiendo a Herbert Marcuse, considerado un ideólogo de las rebeliones juveniles. El gobernante avaló la actuación de la policía y el ejército, refutó las demandas del pliego petitorio, y advirtió que utilizaría las facultades que le daba la Constitución para movilizar a

³¹³ “Hay que apoyar la ocupación de Checoslovaquia por los soviéticos, que es objetivamente en interés del socialismo y contra el capitalismo; pero condenando la forma prepotente de intervenir de la burocracia soviética”, indicaba por ejemplo el Partido Obrero Revolucionario (trotskista) en México, en un volante fechado el 21 de agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 58/314/49

³¹⁴ Jorge Landinelli, en Araujo y Tejera, *op. cit.*, p. 51, en el caso de Uruguay: “En ese momento, el mensaje de Fidel Castro fue un mensaje esencial, explicando y apoyando la intervención. Y el movimiento estudiantil era muy sensible a Cuba y a la posición de Fidel”

las fuerzas armadas a fin de mantener el orden interno, y advirtió: “lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos”.³¹⁵ El discurso apuntaba a que la represión se convertiría en un asunto abiertamente militar, a pesar de que el gobierno siempre se negó a formalizar la suspensión de las garantías individuales. En los días siguientes, entraron en acción grupos paramilitares que dispararon contra varios planteles.

El movimiento verificó la inviabilidad de organizar un paro nacional, pero acordó una nueva movilización. Ante las acusaciones presidenciales de vandalismo, y denunciando que el informe no daba solución a sus demandas, el CNH lanzó el lema: “ha llegado la hora en que el silencio sea más fuerte”, bajo el cual realizó la Manifestación del Silencio el 13 de septiembre, nuevamente con gran apoyo de la población, a pesar de un creciente ambiente de amenazas. El día 15, el CNH encabezó ceremonias y festejos populares por el “Grito” de independencia en CU y el IPN. En esas mismas fechas, el rector evaluó que el informe presidencial había dado respuesta a las demandas de la UNAM, abría vías para resolver el conflicto, y llamó a reanudar actividades, lo que resquebrajaba la alianza interna. Algunos funcionarios intentaron forzar el fin de la huelga, en especial en preparatorias. También entre los profesores y en el propio CNH hubo sectores que planteaban un repliegue.

En ese marco, la noche del día 18 el ejército ocupó CU, con el aparente fin de capturar al CNH, pero la mayoría de sus integrantes logró escapar. El gobierno, para justificar la intervención, afirmó que los estudiantes habían desatendido el llamado del rector a normalizar actividades, pero Barros Sierra deshizo la maniobra al condenar la acción, llamar

³¹⁵Ver Díaz Ordaz, Gustavo, *Informes presidenciales*, p. 265

a los estudiantes a defender la autonomía, y unos días después al dimitir, ante los ataques de autoridades y funcionarios. La renuncia fue rechazada por el Consejo Universitario, pero para mantenerse en el cargo, el rector condicionó a que los estudiantes devolvieran las direcciones y oficinas de los planteles. Entre el 21 y el 24 de septiembre, los granaderos cercaron y hostigaron a los estudiantes del IPN en el Casco de Santo Tomás, Zacatenco y la vocacional 7. Tras varias jornadas de enfrentamientos, en los que la población de Tlatelolco y otros barrios vecinos se vio envuelta, el ejército intervino y ocupó los planteles el día 24. El número de muertos y heridos en esos combates nunca fue precisado. Las intervenciones militares dejaron al CNH disperso y sin lugar de reunión, aunque algunos grupos de representantes se mantuvieron en contacto. Algo similar ocurrió con los Comités de Lucha. Muchas de las acciones de esos días eran decididas y realizadas por brigadas aisladas.

En Uruguay, también el presidente Pacheco Areco fijó la postura de su gobierno ante los estudiantes a principios de septiembre. El día 2, en un mensaje a la nación, hizo una advertencia contra “la acción disolvente y subversiva que, al servicio de ideologías foráneas, pretende dismantelar las bases de nuestra sociedad democrática. Contra sus responsables, usaré, por el contrario, sin vacilaciones, toda la fuerza y los recursos del poder constitucional”.³¹⁶ Eso se tradujo en la intensificación de las Medidas Prontas de Seguridad, y acciones contra la Universidad, como un pedido al Congreso para disolver al CDC. Entre el 5 y el 9 de septiembre, se produjeron movilizaciones estudiantiles y enfrentamientos en los alrededores de la Facultad de Medicina y varios liceos, con apoyo de los trabajadores en huelga del Frigorífico Nacional, y manifestaciones con colocación de barricadas en la Avenida 18 de Julio. El día 18, la policía disparó granadas lacrimógenas y armas de fuego

³¹⁶ Citado por Demasi, *op. cit.*, p. 69

contra unos 200 estudiantes que habían encendido barricadas de neumáticos frente a la Facultad de Química. La antimotines Guardia Metropolitana reforzó a la policía, usando escopetas de perdigones. El ataque dejó unos 50 heridos, seis de ellos graves: cuatro estudiantes y dos obreros.

El día 20, la policía atacó a tiros una manifestación de estudiantes, que levantaron barricadas en torno al edificio central de la Universidad y varias facultades; luego de varias horas de cerco y de resistencia estudiantil, la policía volvió a allanar varias escuelas, donde afirmaba haber encontrado explosivos y un “hospital de campaña”, que la Universidad identificó como fuegos artificiales y botiquines “con alcohol, algodón, suero y sueros antitetánicos, Commel y Aspirina”, así como escritorios donde “estudiantes de Medicina y médicos del Sindicato y Salud Pública [...] atendieron a los numerosos heridos que las armas de la policía produjeron la noche del 20 de septiembre”.³¹⁷ El ataque dejó unos 40 heridos y dos víctimas mortales: Hugo de los Santos, con un tiro en el tórax y quien falleció desangrado en el lugar, debido a que la policía impidió el paso de una ambulancia y disparó contra los estudiantes que trataban de sacar al herido;³¹⁸ y Susana Pintos, de la UTU, herida de bala cuando auxiliaba a De los Santos. Las organizaciones estudiantiles, después de estos sucesos, consideraron demasiado riesgoso e ineficaz mantener ese tipo de movilizaciones, así que dispusieron evitar confrontaciones directas con la policía y remplazarlas por manifestaciones relámpago, destinadas a informar a la población.³¹⁹ Dos días después del asalto al edificio central, la Guardia Metropolitana incursionó en la Escuela Nacional de Bellas Artes.

³¹⁷ “Nuestro ‘hospital de campaña’”. Boletín informativo de la Gaceta de la Universidad, Edición especial, Octubre de 1968, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay

³¹⁸ Labrousse, *op. cit.*, p. 109 y 110

³¹⁹ *id.*, p. 111

El 23 de septiembre, el presidente Pacheco Areco ordenó clausurar las actividades escolares “por razones de orden público”, argumentando que los planteles “fueron usados como refugio de quienes alteran el orden y luego como centro de agresión”.³²⁰ En la mañana del 24, se hizo efectiva la clausura de la Universidad de la República, de la UTU, liceos y otras escuelas de nivel medio. Las Fuerzas Armadas instalaron guardias con tanques para impedir el acceso a la sede central y las facultades³²¹ hasta el 25 de octubre. El gobierno clausuró también las sedes de la CNT y el gremio bancario AEBU. Aun así, el 28 de septiembre, agrupaciones de mujeres realizaron una Marcha del Silencio, en homenaje a los estudiantes muertos. Pero la etapa de movilizaciones masivas y de enfrentamientos había terminado para el movimiento estudiantil uruguayo. Al reabrirse las escuelas en octubre, las movilizaciones tomaron otras formas, algunas muy violentas pero localizadas en determinados planteles.

En Brasil, septiembre concluyó con nuevas manifestaciones en Río de Janeiro, en contra de la Conferencia de Ejércitos Americanos, que fueron rápidamente reprimidas. En México, el ejército desocupó la Ciudad Universitaria. La presidencia comisionó a dos funcionarios para establecer contactos con el CNH, a través del rector, y acordar condiciones para dialogar. Los estudiantes planteaban tres condiciones para iniciar negociaciones: liberación de los estudiantes presos, desocupación de las escuelas tomadas por el ejército, y cese de la represión. Para subrayar su demanda, convocaron una manifestación para el 2 de

³²⁰ Decreto 563/968, citado por Landinelli, *La movilización...*, p. 66

³²¹ “En Bellas Artes. Policía dentro del local”. Boletín informativo de la Gaceta de la Universidad, Edición especial, Octubre de 1968, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay

octubre, que partiría de la Vocacional 7 en Tlatelolco al Casco de Santo Tomás, para exigir la salida de las tropas del IPN.

2.2.7 Octubre: la hora de las bayonetas

El primero de octubre, en Uruguay las escuelas estaban cercadas por el ejército y la rebelión estudiantil estaba prácticamente concluida. En Brasil, el patrullaje militar hacía inviables las marchas, pero la UNE preparaba su congreso anual en la clandestinidad, para discutir la continuidad del movimiento. En México, con la UNAM recién desocupada, el movimiento se planteaba las posibilidades de reagruparse, con pocas expectativas en el diálogo, pero al mismo tiempo confiando en que la proximidad de las Olimpiadas obligaría al gobierno a ceder alguna demanda, o cuando menos permitiría difundir la situación entre la opinión internacional, aunque para mostrar que no pretendía interferir en los juegos, anunció una “tregua olímpica” en sus movilizaciones.

Eso fue el primer día. El día 2, en la ciudad brasileña de Sao Paulo, grupos paramilitares tomaron la tarea de atacar al movimiento estudiantil. El Comando de Caza de Comunistas (CCC), desde la universidad privada McKenzie, atacó a los estudiantes de la UEE paulista, que mantenían tomada la vecina Facultad de Filosofía de la USP y que recolectaban fondos para el congreso de la UNE. En ese incidente, bautizado la *Guerra de la rúa María Antónia*, murió el estudiante Luis Guimaraes. Los enfrentamientos se prolongaron durante dos días. Aunque la policía intervino, lo hizo para resguardar a la universidad privada y servir de respaldo al grupo de choque, mientras la USP recibía tiros y bombas incendiarias, hasta quedar destruida. La UEE consideró que el ataque, en el que se utilizaron armas, evidenciaba que era imposible para el movimiento estudiantil recurrir a las armas sin que ello

terminara en una masacre, sobre todo a la luz de los sucesos de esos mismos días en México.

En la capital mexicana, los estudiantes se concentraron el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. La población de ese lugar, donde se encontraba la vocacional 7, había dado refugio y apoyo a los estudiantes, en especial desde el 21 de septiembre. Durante el mitin de esa tarde, el CNH anunció el inicio de conversaciones con delegados presidenciales, suspendió la marcha anunciada al Casco de Santo Tomás para impedir enfrentamientos, y dio a conocer la tregua olímpica. La plaza se encontraba sitiada por el ejército, cuando tiradores del Batallón Olimpia, creado para resguardar las Olimpiadas, comenzaron a disparar contra los manifestantes y contra las tropas que rodeaban la zona, las cuales respondieron, con la multitud en medio de ambos fuegos. Muchos dirigentes del CNH fueron detenidos en la tribuna instalada en el edificio Chihuahua; cientos de asistentes fueron capturados y enviados al Campo Militar Número 1 y a la prisión de Santa Martha Acatitla, donde fueron sometidos a torturas e interrogatorios.³²² Hubo una cantidad no precisada de muertos, muchos de los cuales, según versiones que no han podido ser confirmadas, fueron incinerados o arrojados al mar. El gobierno acusó a los estudiantes de haber formado “columnas de seguridad” que habían iniciado el tiroteo, y la prensa difundió todo tipo de acusaciones y versiones identificando presuntos planes subversivos, conspiraciones y autores intelectuales. Diez días después, el 12 de octubre, con el CNH

³²² El CNH reportaba que los hospitales habían recibido “un primer grupo de 40 muertos, 37 de ellos por balas de gran calibre, 2 por heridas de bayoneta y uno por calibre 22”, y que habían sido detenidas 700 personas en Santa Martha Acatitla, 500 en el Campo Militar N° 1, y 300 más en las procuradurías, la Dirección Federal de Seguridad y Lecumberri. CNH, sin fecha, Documento de Balance, “Tlatelolco: 2 de octubre”, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 316, Documento 102

diezmado y desorganizado, con miles de estudiantes aterrorizados y sin orientación, fueron inaugurados los XIX Juegos Olímpicos en el Estadio de Ciudad Universitaria.

En las mismas fechas, en Brasil, la policía militar localizó en el poblado de Ibiúna, a unos 70 kilómetros de la ciudad de Sao Paulo, el lugar donde iba a comenzar el Congreso de la UNE. El arribo continuo de estudiantes al sitio donde se desarrollaría el encuentro, que debía ser clandestino, alarmó a la población del lugar, que notificó a las autoridades. Siguiendo una serie de indicios, la policía llegó a Murundu, donde un millar de estudiantes estaban instalados en alojamientos precarios, en plena temporada lluviosa, para el encuentro. Fueron tomados por sorpresa por las tropas de la Policía Militar y del DOPS, que cercaron el lugar y que a pesar de la falta de resistencia, entraron por asalto disparando sus armas al aire y arrojando bombas lacrimógenas. Los representantes más conocidos, como Luis Travassos y José Dirceu, presidente de la UEE paulista, fueron separados del resto de los estudiantes, incomunicados y sometidos a la justicia militar, al igual que había ocurrido con Palmeira. Al menos 152 mujeres y unos 750 hombres, provenientes de todo Brasil, fueron aprehendidos y conducidos en vehículos al Presidio Tiradentes, donde quedaron reclusos 712, sometidos a torturas e interrogatorios. Las autoridades pretendían mostrar la reunión como un intento de formar un foco guerrillero, e implicar a los estudiantes con un nuevo atentado, en el que fue asesinado el mismo 12 de octubre el militar estadounidense Charles Chandler en Sao Paulo. Los paramilitares del CCC amenazaron con matar “cinco comunistas por cada demócrata asesinado”.

Para la mitad de octubre de 1968, la gran marejada de las rebeliones estudiantiles se había estrellado contra la fuerza militar, si bien en condiciones distintas. Los grandes

contingentes no volverían a las calles en mucho tiempo. En Uruguay, la situación fue la menos desfavorable para los estudiantes: la FEUU conservaba su organización intacta, pero consideró que continuar las movilizaciones en las calles era demasiado riesgoso. En noviembre, la Convención de la FEUU constató que el movimiento estaba en repliegue.

En México, tras la matanza de Tlatelolco los estudiantes quedaron desorganizados. A finales de octubre, las diezmadas asambleas designaban nuevos representantes, discutían la viabilidad de mantener la huelga, medidas para apoyar a sus compañeros presos y posibles alternativas para el movimiento. En noviembre, los delegados del presidente Díaz Ordaz amenazaron a los comisionados del CNH con la clausura de la UNAM, el IPN y las normales, mientras la Rectoría de la UNAM presionaba también para reanudar las actividades. A principios de diciembre, el CNH votó el retorno a clases y se declaró disuelto. Una manifestación, convocada para marchar de CU al Caso de Santo Tomás el 13 de diciembre, fue impedida con un enorme despliegue militar.

En Brasil, unos 500 delegados de la UNE que se salvaron del arresto al no haber llegado a Ibiúna se reunieron en el Conjunto Residencial de la Universidad de Sao Paulo (CRUSP) para elegir una nueva dirigencia y proponer acciones, mientras que el Segundo Ejército advertía que haría todo lo necesario para impedir nuevas movilizaciones. Aun así, en distintas ciudades de Brasil los estudiantes reclamaban la liberación de sus dirigentes. Entre el 12 y el 24 de octubre, en Río de Janeiro y otras ciudades, los estudiantes realizaron una serie de acciones, con tomas de edificios y enfrentamientos, en uno de los cuales falleció otro estudiante, Luiz Paulo Cruz Nunes. Además de la policía, los paramilitares del CCC y otros grupos similares realizaban atentados y amenazaron con nuevas ejecuciones, por lo

cual la familia del estudiante muerto pidió adelantar la misa para evitar incidentes. La decisión de la UNE fue replegarse para reorganizarse, luchar por la libertad de sus dirigentes y buscar nuevas formas de lucha. En diciembre, el gobierno militar decretaba el Acto Institucional N°5, que disolvió el Congreso, concentró el poder en el Consejo de Seguridad Nacional, impuso la censura de prensa y abrió la etapa más feroz de la represión contrainsurgente de la dictadura brasileña.

Al terminar 1968, estas tres rebeliones estudiantiles habían sido frenadas por la violencia y el terror. Sus demandas quedaban incumplidas, sus organizaciones menguadas y desarticuladas; aun así, los planteles educativos permanecieron como reductos de discusión y organización. Las posibles alternativas para el movimiento estudiantil eran inciertas, y cada una de las fuerzas que participaron trataron de encontrar respuestas: en la lucha democrática, en la lucha revolucionaria, en la organización de clase, en la actividad cultural, o en otras vías.

2.2.8 Mayo de 1969: el Cordobazo

La represión de 1968 fue un golpe duro para todos los estudiantes latinoamericanos. Pero mayo de 1969, un año después de los acontecimientos de París, fue un mes de revueltas en Argentina, la cuna de la Reforma de 1918. Movilizaciones y luchas hubo en otras universidades como Tucumán, La Plata o Santa Fe, pero mencionaremos el caso de Rosario y su vecina Corrientes, y nos concentraremos en Córdoba.

El primero de mayo, el régimen militar argentino prohibió las manifestaciones públicas. En Córdoba hubo dos actos en locales cerrados: uno por la tarde en el comedor universitario,

otro en la noche en la sede de la CGT local. En ambos hubo oradores obreros y estudiantiles, entre ellos el dirigente del sindicato de Luz y Fuerza, Agustín Tosco, que criticaron el “limitacionismo” en el ingreso a la universidad, el “participacionismo” de algunos sindicatos con las políticas gubernamentales, y llamaron a intensificar la unidad obrero-estudiantil. El acto en la CGT, realizado en la noche, concluyó con la intervención de la policía, mientras los manifestantes encendían fogatas en las calles.

En los días siguientes, en un ambiente de conflictos laborales y sociales en distintas provincias, los trabajadores metalúrgicos cordobeses repudiaron el anuncio descuentos salariales aplicados por las empresas con el argumento de mantener la competitividad, denominados “quitas zonales”; y el incremento de la semana laboral de 44 a 48 horas al imponer jornada completa el sábado, cuando sólo se laboraba medio turno. El día 14, una asamblea de metalúrgicos que se realizaba en el club Córdoba Sport fue atacada por la caballería; los trabajadores, con apoyo estudiantil, se defendieron con piedras e incendiaron vehículos. Esa misma noche, los sindicatos convocaron a un paro de 48 horas en Córdoba, y la CGTA llamó a otro de 24 horas el día 16 en todo el país. La Federación Universitaria de Córdoba, Franja Morada (de tendencia reformista), el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), los católicos integralistas y la Federación de Asociaciones de Estudiantes de la Universidad Católica (FAEUC) se sumaron a las protestas.

Durante el paro nacional del 16 de mayo, la policía atacó en la ciudad de Corrientes una manifestación estudiantil que repudiaba la privatización del comedor universitario, y mató a Juan José Cabral, de la Universidad del Nordeste, cuyo rector Carlos Walker acusó del

incidente a “agitadores miembros de estructuras extremistas”.³²³ En Resistencia, la policía reprimió una manifestación silenciosa; en Córdoba, el gobierno provincial clausuró el comedor universitario para impedir que se celebraran asambleas.³²⁴ En Rosario, las autoridades universitarias ordenaron suspender las clases, pero los estudiantes celebraron una asamblea en el comedor estudiantil y acordaron realizar acciones relámpago y una marcha al concluir la jornada. En la mayoría de las universidades hubo asambleas y actos relámpago.

Las protestas en Rosario continuaron el sábado 17, disueltas por cargas de caballería y bombas lacrimógenas, y desde una patrulla, la policía disparó contra la marcha y mató a la salida del comedor universitario al estudiante de Ciencias Económicas Adolfo Bello. La Federación Universitaria de Rosario convocó a un nuevo paro general, para el 20 de mayo, en coordinación con organizaciones estudiantiles de todo el país; al tiempo que conformaban con la CGTA local un Comité obrero-estudiantil.³²⁵ Las manifestaciones recibieron el apoyo de gremios, organizaciones civiles, asociaciones profesionales e incluso sectores de la Iglesia. Ante la persistencia de los enfrentamientos, el rector de la UNR ordenó el cierre de la universidad y del comedor por una semana. La vecina Universidad del Nordeste suspendió actividades por tiempo indeterminado, la del Litoral en Santa Fe y la de La Plata por unos días. Estaba en marcha el Rosariazo.

El día 17, una asamblea estudiantil plenaria en el comedor universitario en Córdoba decidió sumarse al paro, marchar y realizar asambleas por facultad. El 18, la FUA acordó

³²³ Miguel Bravo Tedín y Gonzalo Sarria, *El cordobazo, un grito de libertad*, p. 25

³²⁴ Delich, *op. cit.*, p. 48

³²⁵ Delich, *op. cit.*, p. 48 a 50, y Villar, *op. cit.*, p. 24 a 27

movilizaciones en todo el país para el 21 y para el 29 de mayo. El lunes 19, el ministro del Interior, Guillermo Borda, advirtió que “todo lo que altere la vida en las aulas será reprimido enérgicamente”, señaló que “no es posible confundir inquietudes con violencia. Es ésta la que debemos extirpar de la Universidad”,³²⁶ y acusó en cadena nacional a elementos de “extrema izquierda” por los incidentes. Durante la jornada del 20 de mayo, se realizó en Rosario una marcha silenciosa, sin que interviniera la policía. En Córdoba, estudiantes de la UNC, de la Universidad Católica y de la Tecnológica iniciaron las jornadas “de agitación y lucha” con una misa por los estudiantes muertos, y una marcha silenciosa encabezada por sacerdotes, que fue dispersada por la policía. Al anochecer, la policía detuvo por unas horas al dirigente sindical Tosco. La FUC convocó a una nueva semana de lucha del 26 al 30 de mayo, y el rector Rogelio Nores Martínez replicó prolongando el cierre de las escuelas por otra semana.

El miércoles 21, la policía mató a otro estudiante en Rosario. En Córdoba se realizaron decenas de actos relámpago, algunos de ellos dispersados por la policía, que hirió de gravedad a la estudiante Elba Rosa Canelo. El jueves 22, el gobierno nacional declaró Rosario como zona de emergencia y la puso bajo control militar, a las órdenes del general Roberto Fonseca. En los siguientes días se instalaron cortes marciales para juzgar a los civiles detenidos, por cargos punibles con la pena de muerte. Las sedes universitarias permanecían custodiadas por la policía, pero los estudiantes realizaron acciones relámpago en Ciencias Económicas, en Medicina y en el centro de la ciudad, y en la noche los estudiantes detonaron petardos y lanzaron volantes.

³²⁶ Citado por Balvé, *op. cit.*, p. 83

El 23 de mayo, delegaciones regionales de la CGT y la CGTA en todo el país suspendieron labores, y las centrales plantearon la posibilidad de un paro conjunto. En Córdoba, cotidianamente, los estudiantes realizaban asambleas y participaban en reuniones sindicales en el local de Luz y Fuerza. A los paros se sumaron los alumnos de nivel medio, que constituyeron la Federación de Estudiantes Secundarios de Córdoba. En paralelo, los trabajadores, en especial los metalúrgicos, discutían la realización de nuevas movilizaciones. Junto con las demandas gremiales y en contra de la represión, emergían consignas antidictatoriales. El viernes 23, luego de una asamblea en el Comedor Universitario, donde los estudiantes ratificaron las medidas de lucha, la policía cercó el barrio de Clínicas, donde se concentraban las residencias estudiantiles, y fue recibida a pedradas, mientras los universitarios destruían el alumbrado público. El fin de semana, el dirigente de la CGTA, Raimundo Ongaro, quien a principios del mes había sido detenido en Tucumán por presuntos nexos con la guerrilla, fue arrestado cuando se dirigía a Córdoba. El obispo cordobés Angelelli, en una misa por los estudiantes caídos, exhortó a los universitarios a “no vender sus ideales por un plato de lentejas”.

Al comenzar la última semana de mayo, el lunes 26, la FUA anunció un nuevo paro general para el jueves 29. El gobierno militar liberó a Ongaro y propuso negociar con algunos sindicatos para impedir el paro nacional. En Córdoba, la UNC fue reabierto y los estudiantes realizaron asambleas en todas las facultades, que acordaron sumarse al paro general. Las asambleas se habían vuelto cotidianas. Ante las disensiones entre federaciones y organizaciones, los estudiantes de Ingeniería promovían “un nuevo tipo de organismo estudiantil a través del cuerpo de delegados”,³²⁷ integrado por representantes de cada curso,

³²⁷ Ceballos, *op. cit.*, p. 127

junto con las asambleas generales, lo que se extendió a Arquitectura, Filosofía y otras facultades.

El día 27, el Poder Ejecutivo Nacional, en un decreto donde denunciaba un presunto “plan subversivo” en marcha, dispuso crear consejos de guerra especiales y facultó a los gobernadores a pedir la intervención de las Fuerzas Armadas, mientras las dos CGT ratificaban la realización de un paro nacional el día 30. Las cortes marciales dictaron sus primeras condenas contra civiles en Rosario.

En Córdoba, los sindicatos acordaron suspender labores desde las 11 de la mañana del 29, con abandono de los centros de trabajo y movilizaciones en la ciudad. Las asambleas estudiantiles en la Universidad Nacional, la Tecnológica y la Católica aprobaron medidas para las jornadas. Los estudiantes enviaron además una delegación a la asamblea del sindicato de Luz y Fuerza, en la que Tosco llamó a demostrar a la dictadura “la fuerza y la decisión popular de luchar para derrocarla”.³²⁸

El 29 de mayo, Día del Ejército, cuya conmemoración fue presidida por Onganía en Buenos Aires, comenzó el paro en Córdoba, un día antes que en el resto del país. Los trabajadores abandonaron las fábricas antes del mediodía y marcharon al centro de la ciudad por diferentes avenidas. El gobernador Caballero se puso en contacto con el jefe del Tercer Ejército, general Sánchez Lahoz. Camino al centro, los enfrentamientos comenzaron cuando la policía intentó detener las columnas de trabajadores, mientras estudiantes y otros grupos realizaban acciones relámpago para que la policía se dispersara. Ante las cargas policiales,

³²⁸*id.*, p. 128

los manifestantes comenzaron a levantar barricadas, quemar vehículos y bloquear calles, con apoyo de los vecinos de los barrios. Después del mediodía, se difundió la noticia de que la policía había matado de un tiro al obrero metalúrgico Máximo Mena, y en otro percance al estudiante Daniel Castellanos. Los hospitales recibían a decenas de heridos de bala. Las columnas de huelguistas combatían por toda la Cañada, donde se sitúa el sindicato de Luz y Fuerza, y el barrio de Clínicas. El general Sánchez Lahoz comenzó a emitir comunicados, y advirtió que los detenidos serían juzgados en consejos de guerra .

Hacia las tres de la tarde, la policía comenzó a replegarse. Los manifestantes incendiaron los locales de algunos negocios como Xerox, la confitería Oriental y ventas de automóviles. En las inmediaciones, un grupo de la Guardia de Infantería emprendía una represión indiscriminada, lanzando bombas lacrimógenas al interior de viviendas y apaleando a transeúntes y periodistas. Aviones militares comenzaron a sobrevolar la ciudad, y hacia las cinco empezó a moverse una columna de tropas aerotransportadas, con artillería liviana, hacia Córdoba. Los manifestantes transmitieron la consigna de no atacar a los soldados, y sostener la resistencia evitando en lo posible que hubiera muertes. En el centro de la ciudad se levantaban más barricadas. En algunos lugares se mencionó la actividad de francotiradores que tiraban al aire para amedrentar a los uniformados. Al atardecer ingresaron los soldados por la calle Santa Rosa. La resistencia propiamente estudiantil se concentró en el barrio de Clínicas. Los estudiantes destruyeron el alumbrado público, integraron grupos de resistencia de alrededor de 15 personas. Núcleos de mujeres se encargaron de proveer alimentos, y ellas y otros pobladores manufacturaban bombas molotov, mientras otras personas buscaban los mejores lugares para la defensa. Los estudiantes contaban con grupos que alertaban de la llegada de policías y soldados,

comunicaciones entre los distintos grupos, y los vecinos ofrecían refugio a quienes eran perseguidos.

Al caer la noche, un apagón dejó a oscuras la ciudad, mientras la resistencia proseguía en Clínicas, Güemes, Nueva Córdoba y otros barrios vecinos, se suscitaban nuevos ataques a estaciones policiales y dependencias gubernamentales, y se registraban tiroteos en diversas zonas. En la noche, el balance oficial era de seis muertos, 51 heridos, la mayoría por bala, y unos 300 detenidos, 22 de ellos a disposición de los Consejos de Guerra.

Los enfrentamientos continuaron el viernes 30 en Córdoba, mientras en el resto del país se cumplía el paro nacional de las dos CGT. Al comenzar la tarde, las tropas allanaron los sindicatos de Luz y Fuerza y el SMATA, y detuvieron a sus líderes Agustín Tosco, Ramón Contreras y Elpidio Torres. Mientras persistían los ataques aislados a la policía o a dependencias oficiales, los militares allanaban viviendas y edificios, en busca de francotiradores, y mataron a varios transeúntes, al confundirlos con los tiradores. El gobernador Caballero atribuyó la revuelta a la presencia de cubanos y centroamericanos. La noche del viernes, el ejército ocupaba casi toda la ciudad, aunque persistían algunos focos de resistencia, y las autoridades de la ciudad pretendían restablecer el transporte, el comercio y los servicios públicos. Los Consejos de Guerra condenaron a Tosco a ocho años y tres meses de prisión, y a Torres a cuatro años y ocho meses. Entre los centenares de detenidos, la mayoría eran sindicalistas y estudiantes, pero también figuraba el sacerdote Milán Viscovich, profesor de la Universidad Católica y quien había encabezado protestas, a quien el gobernador Caballero pidió someter a Consejo de Guerra por “incitar a la violencia”,

aunque luego fue liberado. Tras un fin de semana de nuevos allanamientos y detenciones en el barrio Clínicas, la rebelión de Córdoba había sido aplastada y la ciudad ocupada.

Aunque la rebelión terminó sin que ninguna demanda fuera satisfecha y con buena parte de los dirigentes detenidos, las organizaciones de trabajadores y estudiantes quedaron prácticamente intactas. Ceballos resalta que en esta oleada estudiantil “se registró una acción común, en la práctica, toda vez que las movilizaciones y objetivos de lucha, *eran el resultado de asambleas estudiantiles* y no simples decisiones de dirigencia”.³²⁹ En un balance de la FUA publicado por el diario *La Voz del Interior* el 2 de junio de 1969, se valoraba la actuación conjunta de estudiantes y trabajadores, y se urgía a una reorganización de esa agrupación. A diferencia de los otros movimientos examinados, la rebelión en Córdoba fue más breve e intensa, los estudiantes fueron uno de los contingentes de un conjunto de fuerzas populares más amplio, entre las cuales los sindicatos actuaron como dirigencia. En Argentina se materializaba lo que en los otros tres países era una aspiración: que la mecha de la rebelión no encendiera sólo en las universidades, y que la dirección del movimiento no recayera en la fuerza estudiantil, sino en la clase obrera. Aunque la intervención militar dejó muertos y heridos, y los principales dirigentes fueron capturados, los rebeldes se replegaron relativamente en orden, con menores daños que los estudiantes en los otros países.

2.3 La rebelión como ocupación de espacios urbanos

Los movimientos estudiantiles en 1968 y 1969 tuvieron entre sus características principales la ocupación de diversos espacios universitarios, y la realización de acciones que hacían perder a las autoridades el control de espacios urbanos. En Uruguay, los estudiantes eran

³²⁹ *id.*, p. 124, en cursivas en el original

parte del gobierno universitario, así que compartían cierta autoridad sobre los espacios escolares; en México, el movimiento se apropió de las escuelas, sin que los directivos trataran de impedirlo en un principio, aunque después esa acción se convirtiera en motivo de fricciones. En Brasil y Argentina, adueñarse de los espacios pasaba por luchar contra las autoridades escolares, de manera que esta ocupación fue por lo general parcial y fragmentada, y se concentró en los lugares de reunión cotidiana. Espacios como los comedores, cafeterías, restaurantes y dormitorios, donde los había, así como los alrededores de las escuelas y algunos lugares de concentración en plazas públicas o edificios emblemáticos, eran los centros de reunión habitual de los estudiantes, y se convirtieron en lugares de enfrentamiento.

Las ciudades latinoamericanas a mediados del siglo habían pasado por una intensa reordenación, para adaptarse a las nuevas formas de la producción industrial, el consumo y actualizar los mecanismos de administración y control político del Estado. Estos modelos dividían las zonas habitacionales en sectores diferenciados por estratos sociales, ingreso u origen, y destinaba determinadas áreas a funciones especializadas. Distintas zonas de la ciudad se consolidaban como enclaves educativos, en algunos países con la presencia de edificios educativos de larga data, como la sede central de la Universidad de la República en Montevideo, o con la construcción de nuevos espacios como las ciudades universitarias en México y en Córdoba, pero también con la edificación de decenas de planteles de enseñanza media dispersos por las ciudades. La persistencia de escuelas muy cerca de los centros políticos y administrativos de cada ciudad fue uno de los motivos de la violencia policial y de la persistencia en los enfrentamientos en zonas consideradas sensibles para el poder. La concentración y la dispersión de las escuelas en el espacio urbano amplificaba los focos de

rebeldía y dificultaba su control. En las grandes manifestaciones, ciertas avenidas y determinados lugares emblemáticos eran los recorridos y puntos de llegada de las manifestaciones. En ciertos casos, los estudiantes elegían también en esos recorridos determinados blancos para atacar, como sedes de empresas o comercios, o dependencias oficiales.

Las calles y barrios vecinos a las escuelas fueron uno de los principales escenarios de enfrentamientos. La policía intentaba controlar esas áreas y obligar a los estudiantes a permanecer dentro de sus edificios, o a dispersarse. En algunas zonas habitacionales, y en algunas áreas fabriles, los residentes o trabajadores vecinos daban respaldo y protección a los estudiantes, llegando a sumarse a los enfrentamientos contra la policía. Esos espacios estaban en disputa continua; las autoridades buscaban recurrentemente hacer evidente su presencia, salvo en las tareas de espionaje e infiltración.

En las movilizaciones masivas que se desarrollaron en los momentos de apogeo de los movimientos, por lo general las autoridades optaban por no interferir, aunque cuando se dispersaban las multitudes tomaran acciones contra los pocos contingentes que permanecieran en las calles. En esos casos, las autoridades replegaban sus contingentes policiales de avenidas y plazas, en un reconocimiento implícito de la fuerza del movimiento, pero terminada la demostración recuperaban el dominio sobre esos espacios.

Una de las prácticas que más alteraba el control de las autoridades sobre el espacio urbano eran las acciones relámpago, comunes a los cuatro movimientos, y que estaban diseñadas precisamente para alterar las actividades cotidianas: bloquear alguna calle,

interrumpir el tráfico, irrumpir en alguna esquina, un centro de trabajo, frente a los comercios, para difundir las demandas del movimiento entre la población, y al mismo tiempo eludir a la policía. En los momentos de auge de los movimientos, eran decenas las brigadas o piquetes de activistas los que participaban en estas acciones, sin que la policía pudiera impedirlo, aunque a veces detuviera a algunos participantes. Tales acciones requerían pocos recursos, aunque exigían una organización precisa; mantenían a la población al tanto del movimiento, desgastaban a las fuerzas policiales y menoscababan el control de las autoridades sobre el territorio. Cuando había detenidos, si no había incidentes violentos, por lo general salían en libertad en unas horas o días. Las autoridades brasileñas describieron algunas de estas prácticas como “tácticas que mucho se asemejan a las operaciones militares”.³³⁰ Más allá de la búsqueda de argumentos para la represión, esa expresión muestra la preocupación de las autoridades ante lo que se iba convirtiendo en una pérdida de control en los espacios donde el movimiento estudiantil operaba.

Los estudiantes hacían uso intensivo de todo tipo de espacios para informar y presentar sus demandas al público, como las pintas en los muros y en los transportes públicos. Esto y las acciones relámpago implicaban desplegarse por calles y barrios, a veces muy lejos de las escuelas, e incursionar en espacios donde la presencia estudiantil y la discusión política eran inhabituales. Los espacios abiertos dejaban de ser meros lugares de paso o centros comerciales, para volverse verdaderas plazas públicas, donde la rutina de los usuarios de esos lugares -trabajadores, comerciantes, oficinistas, amas de casa-, era rota por sujetos que los interpelaban, que llamaban a su conciencia, los invitaban a discutir, les

³³⁰ Un reporte del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), citado por la prensa, indicaba que el “esquema puesto en práctica por los estudiantes” empleaba “tácticas que mucho se asemejan a las operaciones militares”, Ribeiro, *op. cit.*, p. 68;

reclamaban su apoyo o los instaban a actuar. Las respuestas de la población eran diversas: rechazo, indiferencia, simpatía. La táctica elusiva de los mítines relámpago dio ventaja a los estudiantes durante muchas semanas, hasta que las autoridades replicaron con el patrullaje constante y la virtual militarización de las calles. Esta vigilancia también alteró la vida cotidiana urbana, y se reflejó en repudio o temor de los habitantes y usuarios de la ciudad.

También es conveniente apuntar que, así como hubo movimientos estudiantiles en más países de los que aquí analizamos, esta investigación sólo aborda algunas de las ciudades en donde se registraron movilizaciones. Los movimientos estudiantiles de 1968 se expandieron por distintos centros urbanos y en cada ciudad tuvo características propias. La UNE, la FEUU, el CNH y la FUA eran organizaciones con alcance nacional. En contraste con los movimientos estudiantiles de las capitales y las ciudades principales, muchos movimientos en las provincias son conocidos sólo localmente, o de manera muy fragmentaria. En los grandes centros políticos, las acciones estudiantiles legaron a la memoria una cantidad de espacios significativos: Cinelândia y la Iglesia de la Candelaria en Río de Janeiro, el edificio central de la Universidad de la República y la Avenida 18 de Julio en Montevideo, el Zócalo y Tlatelolco en México, el Barrio de Clínicas en Córdoba, por mencionar sólo unos cuantos. Acciones diversas ocupaban distintos escenarios, unos más característicos de los enfrentamientos y otros para las grandes manifestaciones. En los siguientes párrafos mencionaremos algunos de estos espacios.

En Brasil, tres ciudades fueron significativas para el movimiento: Río de Janeiro, que había dejado de ser la capital del país, pero que conservaba una gran importancia política y financiera, era sede de la UNE y fue allí donde comenzaron las movilizaciones estudiantiles.

Brasilia, en donde la joven Universidad, que había sido modelo en su fundación, fue blanco de una incursión militar que tuvo repercusiones políticas nacionales. Y Sao Paulo, que se consolidaba como centro industrial, en donde se desarrolló otra forma de agresión contra el movimiento estudiantil, a través de la acción de grupos de choque de la extrema derecha; en el estado de Sao Paulo fue además donde las autoridades lograron la captura de dirigentes y delegados de la UNE en su Congreso nacional. Cabe apuntar que el gobierno militar caracterizaba el triángulo Sao Paulo-Río de Janeiro- Belo Horizonte, el “corazón del país”, como el área más desarrollada de Brasil y de “subversión acentuada”, donde la “doctrina revolucionaria marxista” se esmeraba en acentuar las contradicciones sociales.³³¹

Como apuntamos antes, los proyectos de crear Ciudades Universitarias en Brasil no se habían concretado, y las facultades de la Universidad Federal de Río de Janeiro y de la Universidad de Sao Paulo estaban dispersas en el territorio urbano. En Río de Janeiro, el campus principal se ubicaba en Praia Vermelha, en el área de Botafogo, cuyo estadio fue utilizado como centro de detención y torturas en vísperas del *viernes sangriento*; hacia el centro se situaba la Praia do Flamengo, donde estaba la antigua sede de la UNE; las acciones estudiantiles y los enfrentamientos se concentraban en el centro de la ciudad. El restaurante Calabouço, en donde comenzaron los enfrentamientos, se localizaba entre la Avenida General Justo y la calle Santa Luzía. A unas calles de ahí se situaba el hospital Casa de Misericordia, en donde verificaron la muerte de Edson Luiz. Por esa vía se llegaba a la Avenida Río Branco, en las inmediaciones de la plaza de Cinelândia y la Asamblea Legislativa. Esa avenida había sido, durante los años de la dictadura, el eje de las

³³¹“Análise referente às manifestacoes estudantis decorrentes da morte do estudante Edson Luiz da Lima Souto”, 28 de mayo de 1968, p. 3 de 24, Documento del Ministerio de Aeronáutica, en Documentos revelados, Fondo Aluizio Palmar, disponible en <http://www.documentosrevelados.com.br/repressao/documento-revela-analise-da-repressao-sobre-movimento-estudiantil/>, consultado el 13 de octubre de 2013

manifestaciones estudiantiles. Hacia su extremo norte, por el cruce con la Avenida Presidente Vargas, se accedía a la Iglesia de la Candelaria. Durante las jornadas de marzo y abril por el asesinato de Edson Luiz , y en junio en el *viernes sangriento* y la *passeata* de los cien mil, habitantes y trabajadores del centro de la ciudad se sumaron a los enfrentamientos con la policía, y se contaron decenas de víctimas entre la gente del pueblo. El *viernes sangriento*, los enfrentamientos se concentraron en un triángulo formado por la Plaza Once, el Monumento a los Muertos de la Segunda Guerra Mundial, y las inmediaciones de la Iglesia de la Candelaria. Dentro de ese triángulo, en Cinelandia, el Calabouço y otros lugares de concentración y actividad estudiantil.

En el estado de Sao Paulo hubo varios escenarios del movimiento. Uno fue la propia ciudad paulista, donde la Facultad de Filosofía, en la céntrica calle María Antonia, sería uno de los focos de actividad del movimiento, ocupado por los estudiantes entre junio y octubre, cuando los enfrentamientos con el grupo paramilitar Comando de Caza de Comunistas desembocaron en la destrucción del lugar. Al occidente de la ciudad, en la localidad de Osasco, se desarrollaría otro movimiento durante los meses de la revuelta estudiantil: una huelga de obreros metalúrgicos, que además de desafiar los controles corporativos del sindicalismo bajo la dictadura, se convirtió en un polo de atracción para la solidaridad de los universitarios. En octubre, más hacia el occidente, el poblado de Ibiúna, en la zona rural del estado, debía ser escenario del congreso de la UNE, y casi un millar de estudiantes fueron detenidos.

La actividad en Brasilia fue más restringida. La ciudad era pequeña, esencialmente para usos administrativos y tenía menos de un decenio de funcionamiento; la Universidad

de Brasilia, situada al noreste de la Explanada de los Ministerios y del Palacio presidencial de Planalto, y que a principios de la década de 1960 era un modelo educativo, había sufrido varias intervenciones bajo la dictadura. Sin embargo, al ser el principal centro educativo de la ciudad, era donde estudiaban los hijos de los altos funcionarios y de muchos legisladores. De modo que la operación militar de finales de agosto contra la Universidad de Brasilia provocó protestas en esos círculos de la élite política, y el airado discurso del diputado Márcio Alves fue pretexto, primero, para pedir su desafuero, y luego, ante la negativa de los demás legisladores, para disolver el Congreso.

En Uruguay, la movilización esencialmente se produjo en Montevideo, donde se encontraban las facultades universitarias, aunque hubo acciones y ocupaciones en liceos de la provincia también. En la capital uruguaya, la dispersión de las escuelas y las diferencias entre las fuerzas políticas que dirigían los centros de estudiantes locales se expresaban en la diversidad de acciones; Bellas Artes estaba en disidencia con la dirección de la FEUU, por ejemplo, y reclamaba tener autonomía en sus acciones, que a veces eran consideradas provocadoras por otros sectores; la vecindad unificaba acciones estudiantiles y sindicales, como ocurría con los estudiantes de Medicina y Química y los trabajadores de la Fábrica Uruguaya de Alpargatas y Funsá, y Medicina y el Instituto Héctor Miranda, de nivel secundario, con trabajadores del Frigorífico Nacional en la zona del Cerro.³³² De igual modo, la vecindad del Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA) con la sede central de la Universidad permitía que muchos estudiantes de ese liceo se sumaran a las acciones de la FEUU, y la cercanía de las sedes de la aerolínea estadounidense Panamerican, clubes políticos partidarios del presidente Pacheco y el Canal 4 de la televisión los hacían blanco de

³³² Carlos Bañales y Enrique Jara, *La rebelión estudiantil*, pp. 89 y 90

ataques, en los momentos más agudos de los enfrentamientos con la policía.³³³ En cuanto a las manifestaciones, la ruta más usual era del edificio central de la Universidad hacia la Plaza Independencia, por la céntrica Avenida 18 de Julio, pero también hubo movilizaciones hacia la sede del Congreso, y la enorme manifestación en el sepelio de Líber Arce, que recorrió prácticamente todas las sedes universitarias y culminó en el cementerio del Buceo, paralizando la ciudad.

En México, aunque varias ciudades fueron escenario de movilizaciones, los acontecimientos que abordamos se concentraron en la capital. Había varias escuelas del IPN en el centro, como las vocacionales de la Plaza de la Ciudadela, y centros profesionales en zonas populares del norponiente de la ciudad: el Casco de Santo Tomás y la Unidad de Zacatenco, además de la vocacional 7 en Tlatelolco; las escuelas de la UNAM se concentraban en el sur, en la Ciudad Universitaria, y los nueve planteles de preparatoria estaban distribuidos hacia el centro, sur y poniente de la ciudad.³³⁴ La mayoría de los enfrentamientos ocurrieron en la Ciudadela, el barrio universitario vecino al Zócalo y el Casco de Santo Tomás, aunque en los momentos más agudos hubo lucha también en la zona del parque de la Bombilla, que era el acceso hacia Ciudad Universitaria, y en Tlatelolco. Por su parte, las primeras manifestaciones se realizaron desde CU por el sur o desde el Casco de Santo Tomás en el norte, pero pronto el eje de las movilizaciones fue el Paseo de la Reforma, que divide a la ciudad del oeste al centro, cuyo objetivo era el Zócalo.

La actividad de las brigadas alcanzó tal magnitud, y fue considerada clave por diversas fuerzas, que se organizaron varios centros coordinadores para planificar los lugares

³³³Varela Petito, *op. cit.*, p. 73

³³⁴Rodríguez Kuri, *op. cit.*

que visitarían: uno en la Facultad de Ciencias Políticas en la UNAM, y otro en el Casco de Santo Tomás. Además de los mercados y las oficinas, las brigadas tendían a buscar contactos en los barrios proletarios y las zonas fabriles y obreras, como las terminales ferroviarias de Buenavista y Pantaco, la Refinería de Azcapotzalco o las instalaciones de la Compañía de Luz y Fuerza. A finales de agosto, cuando el gobierno intentó realizar un “acto de desagravio” en contra de los estudiantes, los empleados y trabajadores del centro de la ciudad también colaboraron con los jóvenes, y fueron dispersados por el ejército.

Los vecinos del centro de la ciudad, de barrios cercanos al Casco de Santo Tomás como las colonias Morelos y Guerrero (Tepito), y de Tlatelolco en la vocacional 7 llevaban con frecuencia comida y compañía a los estudiantes. Los jóvenes de esos barrios se sumaban a los enfrentamientos con la policía, y en septiembre y octubre, cuando la persecución alcanzó sus niveles máximos, desde muchas viviendas se ayudó a la resistencia estudiantil, se les dio refugio y en varios casos, se sufrió también la represión, los allanamientos, detenciones y disparos.

En Argentina, las revueltas también tuvieron varios focos. Los más significativos fueron Rosario y Córdoba, pero también se registraron movilizaciones y enfrentamientos en Tucumán, Corrientes, Resistencia e incluso Buenos Aires. La primera gran revuelta, de hecho, fue el Rosariazo, a mitad de mayo. En Córdoba, como hemos apuntado, los sindicatos ejercieron de hecho la dirección. Los estudiantes, en pugna con las autoridades de la UNC, contaban con los comedores para la realización de sus asambleas, pero también con los locales sindicales, en especial la sede de Luz y Fuerza. La Universidad Católica fue otro foco de actividad. Todos esos sitios se concentraban en el centro de la ciudad. Las

manifestaciones solían bloquear avenidas principales como Vélez Sarsfield, que va de sur a norte; San Juan y Colón, que cruzan de este a oeste, y la Cañada.

El día de la rebelión, además de las manifestaciones en las calles y de los actos relámpago realizados para dividir a las fuerzas policiales, la población se sumó activamente a la resistencia. Las columnas de los trabajadores, que provenían de sus centros de trabajo, ocuparon el sur de la ciudad. En la Ciudad Universitaria, el centro y el Barrio Clínicas, se concentraba la actividad estudiantil; los vecinos de los barrios Güemes, Nueva Córdoba, Cofico, San Martín, General Paz y otros, colaboraron levantando barricadas, transmitiendo información, refugiando a los manifestantes que escapaban de la policía, y padeciendo la represión.³³⁵

Con la afectación del orden urbano, los movimientos estudiantiles cuestionaron “la superioridad de la clase gobernante en el control sobre el espacio”.³³⁶ Cada escuela tomaba los alrededores como área de influencia, pero luego las actividades se ampliaban. La respuesta del Estado era limitar el espacio en que se desarrollaba el movimiento, cercarlo y tomarlo, a fin de recuperar el control y el orden. La dispersión de las escuelas en toda la ciudad dio una pauta a los enfrentamientos. Sin embargo, las actividades de vigilancia y patrullaje contribuían a alterar la situación, al cerrar y cercar determinadas zonas, desviar el tránsito, y representaban un riesgo para quienes circularan por los espacios militarizados. El Estado, al recurrir a la fuerza militar, hizo valer su *dominio sobre el espacio*, que según indica Harvey, “constituye una fuente fundamental y omnipresente del poder social sobre la vida

³³⁵ Ver *Cartografía de las Memorias cordobesas. ¿Te acordás del Cordobazo? Ciudad, identidad y memoria, 1969-2009*

³³⁶ David Harvey, *La condición de la posmodernidad*, p. 263

cotidiana”.³³⁷ Al sofocar las revueltas e impedir la permanencia de los estudiantes en las calles, el Estado había ganado la batalla por el control del espacio urbano.

En resumen

El panorama presentado permite señalar una serie de aspectos relevantes. Sin perder de vista los contextos y los conflictos propios de cada país, es notable la semejanza de los mecanismos represivos utilizados para abordar incidentes relativamente aislados, luego para afrontar movilizaciones cada vez mayores, y finalmente, en la decisión de las respectivas autoridades de usar la fuerza militar en su aplastamiento. En la reacción de los estudiantes, también los paralelismos son notorios: las formas de resistencia que practicaron, las formas organizativas que adoptaron, el tipo y diversidad de acciones que utilizaron, así como temas presentes en sus discusiones y en sus perspectivas. Las dinámicas de cada uno de los movimientos, a partir de su estallido, resultan también similares: un incidente que detona una protesta generalizada, una respuesta represiva que aglutina en torno a los estudiantes una fuerza social mayor, la ocupación de los espacios escolares y el inicio de una disputa por los espacios públicos, una serie de enfrentamientos en los que la policía resulta incapaz de contener al movimiento y un escalamiento en las acciones de las autoridades y el movimiento, al que se pone fin mediante operaciones militares.

Una vez presentada esta panorámica y esbozada esta dinámica, en el siguiente capítulo examinaremos con mayor detalle las características de los sectores movilizados, sus demandas, sus acciones, el tipo de sectores que tendieron algún tipo de lazos con el

³³⁷ *id.*, p. 251

movimiento, así como algunos de los debates que se generaron en el interior de sus filas en torno a esos aspectos.

CAPÍTULO TERCERO

Los sujetos en movimiento y sus acciones

Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1969 se constituyeron a partir de enfrentamientos con las autoridades; la organización de sus fuerzas, sus alianzas internas, su ubicación dentro de un campo de fuerzas sociales, la elaboración de sus demandas, y la definición de sus aliados y sus adversarios, se establecieron en términos del conflicto con las autoridades y de cara al resto de la sociedad.³³⁸

Sin embargo, las fuerzas que eclosionaron no se limitaban a los ámbitos de este conflicto, sino que pusieron de relieve una serie de agravios que la sociedad había padecido, evidenciaron otras formas de violencia estatal y cuestionaron al orden social vigente en su conjunto. Impugnaron, por ejemplo, la manera en que los gobiernos asignaban los recursos de la sociedad, con el regateo de los presupuestos educativos en Uruguay; el cierre o privatización de comedores en Argentina y Brasil; y en México, al reclamar por el gasto destinado a las Olimpiadas, en detrimento de otras necesidades de la sociedad. Los movimientos impugnaban no tanto la explotación, pero sí la desigualdad y los privilegios derivados de la división del trabajo social, al considerar injustificable la pervivencia de situaciones de miseria, mientras se enriquecían los sectores privados.³³⁹ Aunque no hubiera unanimidad en las caracterizaciones de las sociedades ni sobre los proyectos de sociedad

³³⁸Zermeño, *op. cit.*, pp. 24 y 25, caracteriza esto como la definición de un principio de identidad, un principio de oposición y los términos del conflicto.

³³⁹ Barrington Moore Jr., *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, pp. 23 y 24, apunta que el ejercicio de la fuerza, la división social del trabajo y los criterios de asignación de los recursos sociales fundamentan el código moral y los principios de desigualdad aceptados y obedecidos por los integrantes de una sociedad, y que su impugnación está en la base de la desobediencia y la rebelión.

alternativos, los movimientos estudiantiles articulaban una impugnación de fondo al discurso hegemónico, al sistema político y aun a la estructura social en su conjunto.

Aunque no en ese orden, siguiendo a George Rudé, en el siguiente capítulo la propuesta es atender los *tipos de disturbios* que se produjeron en los movimientos abordados, sus *formas de acción*, el *grado de organización*, la *dirección del movimiento*, la *composición de las masas activas* en el movimiento (clases, sectores, grupos), y las *motivaciones o ideología de la agitación*, “lo que algunos sociólogos han denominado 'ideas generalizadas', que subyacen a todas las formas de comportamiento colectivo”.³⁴⁰

3.1 El enfrentamiento como punto de partida de los movimientos

Los sucesos de 1968 se desencadenaron a raíz de la represión contra manifestaciones estudiantiles que planteaban demandas muy específicas. Había una tendencia de la policía a actuar cada vez con mayor violencia, con armas de fuego y de manera indiscriminada, lo que no sólo afectaba a los manifestantes, sino a un conjunto mucho mayor de personas, y que no se desplegaba sólo en la calle, sino en el interior de locales escolares o estudiantiles. No había correspondencia entre la magnitud de esta represión con las demandas estudiantiles. En Argentina y Brasil, protestaban por los cierres de restaurantes o comedores estudiantiles, que afectaban especialmente a los estudiantes de menos recursos o provenientes de provincias; y contra las restricciones al acceso o la permanencia en la educación superior. En Uruguay, se combinaron protestas contra el incumplimiento de las obligaciones presupuestales y por el alza de pasajes a los estudiantes. En México, eran manifestaciones contra la arbitrariedad policial, así como de repudio al control oficialista. A partir de las

³⁴⁰ George Rudé, en *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, p. 12 y pp. 18 a 21

agresiones policiales, las demandas gremiales, aunque no desaparecieran, quedaron soslayadas y subordinadas a otras que impugnaban el ejercicio del poder.

Otra característica es que los primeros afectados por esta represión, y los primeros en responder, fueran los estudiantes más jóvenes, alumnos de enseñanza media, en su mayoría menores de veinte años, sin la experiencia de organización política que existía a nivel universitario, pero con otro tipo de experiencias de abuso policial en barrios y comunidades. También llama la atención que la represión a estas manifestaciones se diera en fechas con un fuerte significado político: en Brasil, los sucesos del Calabouço ocurrieron unos días antes del cuarto aniversario del golpe militar de 1964; en Uruguay en 1968, y en Argentina en 1969, durante las manifestaciones del primero de mayo, en países donde los sindicatos eran verdaderas expresiones políticas de los trabajadores; y en México, la represión se desató el 26 de julio, durante la conmemoración de la Revolución cubana, cuando faltaban menos de tres meses para las Olimpiadas. También es de señalar que en Brasil y Uruguay, uno de los móviles de la intervención policial fue que se planearan o registraran acciones de repudio frente a representaciones diplomáticas de Estados Unidos. Se antoja sugerir que la acción policial pudo estar dirigida a evitar que las protestas empañaran los festejos oficiales en Brasil y México, al mismo tiempo que a arruinar las conmemoraciones de lucha y protesta popular, a demostrar a las embajadas estadounidenses su capacidad de control, y de paso escarmentar a militantes y agitadores.

Más allá de esta suposición, lo que encontramos en estos sucesos es la intención de las autoridades de imponer una lógica de orden público por encima del ejercicio de los derechos políticos. La intervención policial, incluso antes de que los estudiantes actuaran, se

orientaría a preservar ese orden, en el que iban implícitos un ejercicio excluyente del poder, una concepción elitista de la política, valores conservadores y desdén hacia las expresiones de las masas. Esta noción de “orden”, como se expresaba en los discursos políticos, en la televisión, la radio y la prensa, suponía que la labor exclusiva de los estudiantes era estudiar, y que actuar en otros ámbitos era ya una alteración del orden. En México se aludía incluso al “principio de autoridad” como explicación que naturalizaba la acción jerárquica, autoritaria y disciplinaria del Estado. Por su parte, la experiencia de los estudiantes con la autoridad era padecer violencia, prohibiciones, restricciones, arbitrariedad y extorsiones, a lo que respondieron con desobediencia y desafío.

Así como la represión fue desproporcionada, las respuestas estudiantiles fueron también inusualmente beligerantes. Provocó indignación que la primera víctima de la acción policial fuera un menor de edad en Brasil; o que se golpeará a profesores y profesoras en México; que en Uruguay y Argentina se disparara contra manifestaciones pacíficas. En la respuesta se involucraron un conjunto muy amplio de estudiantes que hasta ese momento no tenían mayor participación política en las calles; profesores y autoridades escolares. Los jóvenes agredidos emprendieron acciones de resistencia para impedir el avance de la policía, como la colocación de barricadas y la quema de vehículos de la policía, transporte público o autos particulares, el enfrentamiento con piedras, palos y bombas incendiarias, el atrincheramiento en las instalaciones educativas, el uso de tácticas para dispersarse y reagruparse para enfrentar a la policía. Los militantes se sumaban a estas acciones, a la vez que las dotaban de un discurso político y de estructuras organizativas.

Por su parte, profesores y autoridades escolares, que en Uruguay y México incluían los niveles más altos de la rectoría, dotaron a los movimientos de recursos, respaldo, argumentos legales y canales institucionales. Aunque los funcionarios gubernamentales desdeñaran, ignoraran y también atacaran a las autoridades universitarias, tener este aliado significaba una protección y prestigio para el movimiento. Estas primeras acciones sustentaron una alianza implícita entre estos distintos sectores, que le dieron una amplitud y un alcance inéditos.

Hemos propuesto que la acción estudiantil implicaba una lucha por la utilización de los espacios públicos. La diversidad de sectores que se adhirieron a los movimientos también puede discernirse en función de qué espacios reclamaban y cómo los reivindicaban. Esos jóvenes de enseñanza media que se enfrascaban en el enfrentamiento con la policía defendían sus escuelas y los alrededores, que eran su espacio cotidiano, de una manera similar a sus calles y barrios, donde mantenían lazos comunitarios: como estudiantes en el primer caso, como pobladores en el segundo. Los militantes de las organizaciones, por su parte, reclamaban espacios para ejercer sus derechos políticos de reunión y de expresión, y además la posibilidad de ejercerlos en los hechos, sin atenerse a las restricciones de solicitar permiso. Para los sectores profesionales, más vinculados al ámbito académico, lo prioritario era la defensa de la autonomía universitaria y de la libertad de cátedra, de sus condiciones laborales y profesionales, que resultaban vulnerados con la intervención policial.

Entre estas posturas había diferencias. La reivindicación de la escuela como espacio de actividad política podía interferir con la idea de la universidad como espacio académico; la defensa de la autonomía que hacían las autoridades universitarias excluía los alrededores de

las escuelas, que eran un espacio importante para los jóvenes de enseñanza media; pero estas divergencias quedaban en segundo plano en esos instantes iniciales de confrontación con las autoridades gubernamentales. En Argentina, en donde las universidades estaban intervenidas por rectores designados por el régimen militar, y en Brasil, donde habían sido puestas bajo control del Ministerio de Educación, el uso de los planteles implicaba enfrentarse también a las autoridades internas, que eran la representación de la dictadura dentro de la universidad. En esos países existían otros centros de reunión y discusión, como era el caso del propio Calabouço en Río de Janeiro, o el comedor de la UNC, el local de Luz y Fuerza y el barrio de Clínicas en Córdoba.

La influencia de los activistas llevó la lucha a espacios más amplios, en donde hacer efectivo el derecho de reunión; y a irrumpir en lugares representativos del poder, a fin de obligar a otros sectores a pronunciarse, como lo hicieron los estudiantes brasileños al marchar con el cadáver de Edson Luiz a la Asamblea Legislativa, donde los diputados debieron expresar su repudio a la violencia policial y pedir una investigación; o la Iglesia de la Candelaria, elegida para la misa del séptimo día, donde la Iglesia católica tuvo que asumir una postura para impedir que el régimen militar, que se presentaba como defensor de los valores de la religión y la familia, apaleara a la salida del templo a los estudiantes.

El paso siguiente para consolidar el movimiento fue la realización de asambleas. Los centros de estudiantes de la FUA en Argentina, y de la FEUU y la CESU en Uruguay; la UNE en Brasil, y los grupos de militantes y activistas en México, habían sostenido este tipo de reuniones antes de que se suscitaran los movimientos; ahora convocaban a reuniones para informar y discutir la situación, buscando en principio la coordinación entre los activistas de

las distintas escuelas. Pero la necesidad de informarse sobre los acontecimientos las nutrió con multitudes de estudiantes. Las organizaciones estudiantiles asumían la tarea de difundir la información que aportaban sus redes, a través de la visita al lugar de los hechos o mediante la lectura de la prensa.

Pero las asambleas no sólo servían para tener noticias, sino para decidir qué hacer. En Uruguay, las organizaciones representativas FEUU, CESU y la asamblea de delegados de la UTU canalizaron la participación estudiantil y asumieron su dirección. En Brasil, la clandestina UNE también se puso al frente, superponiéndose o desplazando a las estructuras oficialistas de los directorios estudiantiles. En México, las asambleas fueron el espacio donde por fin, los estudiantes se desprendieron de las estructuras de control como la FNET o las sociedades de alumnos y crearon nuevos organismos representativos, que fueron los comités de lucha. En Argentina, donde las discrepancias entre “reformistas”, peronistas y otras corrientes habían atomizado a la FUA y la FUC, las asambleas fueron la alternativa, pues era la mayoría estudiantil la que decidía qué posiciones y qué propuestas la representaban, al margen de su orientación. De esta manera, en la resistencia contra las agresiones de la policía y en la discusión en asambleas sobre las acciones a tomar, se *creó* una colectividad, una comunidad estudiantil, cuya identidad estaría marcada por las características de los sectores estudiantiles que se agrupaban, las formas de organización que adoptaban, las acciones que realizaban y las demandas que estaban en gestación.

En cada lugar, los estudiantes comenzaron a dar forma a un conjunto de demandas; no se trataba sólo de que la policía dejara de hostigarlos y se retornara a la cotidianidad previa, ni que las autoridades atendieran las demandas de las protestas que habían sido

reprimidas. Cada organización estudiantil tenía un conjunto específico de demandas previo, y muchas de ellas seguirían apareciendo en sus movilizaciones. Pero con el enfrentamiento, cada asamblea planteó otro tipo de exigencias. Una esencial, presente en cada país, era el cese de la represión; investigar y castigar a los responsables gubernamentales de la violencia; y la liberación de los estudiantes detenidos. Junto con esas exigencias mínimas, y ante la persistencia de la represión, las asambleas definieron otras, que representaban las demandas comunes a las fuerzas heterogéneas que se agrupaban en los movimientos. De acuerdo con la dinámica de cada conflicto, en momentos determinados reaparecían las demandas gremiales con mayor o menor fuerza.

Así, por ejemplo, en Brasil, al comenzar las jornadas de junio, las consignas en contra de la reforma educativa promovida por el gobierno militar y la exigencia de diálogo estuvieron en el centro de las movilizaciones, mientras que al final del mes volvieron a la mesa en primer lugar las demandas contra la represión. En Uruguay, la cuestión del presupuesto estuvo siempre presente, aunque fue desplazada del centro a partir de la imposición de las Medidas Prontas de Seguridad. En Argentina era un tema prioritario el repudio al cierre o la privatización de los comedores estudiantiles, no sólo por el servicio que daban a los estudiantes de bajos recursos, sino porque esos lugares eran sitios de reunión, discusión y organización. En México, el pliego petitorio excluyó demandas que fueron formuladas en un principio por su carácter estrictamente local, como la defensa de la autonomía de la UNAM, o el rechazo a la FNET en el IPN y al porrismo. No eran exigencias que definieran el desenlace del movimiento, pero cobraban fuerza de acuerdo con las coyunturas. Además de sus demandas, los movimientos estudiantiles fijaban plazos para su cumplimiento. Ante la

desatención de las autoridades, los estudiantes se planteaban medidas de mayor contundencia, y se establecía una dinámica de escalamiento del conflicto.

Las autoridades nunca intentaron resolver las exigencias estudiantiles. No reconocían la representatividad de sus organizaciones, aunque en Uruguay la FEUU tenía existencia legal; ni admitían oficialmente sus demandas ni sus plazos, que rebasaban el marco de lo aceptable para esos regímenes. Sin embargo, de manera informal, los funcionarios de gobierno se referían constantemente a los movimientos, sus organizaciones y sus demandas en declaraciones a la televisión y la prensa, con el fin de distorsionarlas y desacreditarlas. Además de la represión, las autoridades intentaban aislar políticamente a los movimientos estudiantiles, y escindir a sus participantes. Hubo intentos de cooptar a dirigentes o sectores, o de neutralizar la lucha mediante ofertas de negociación y diálogo que rara vez se concretaban; o que de realizarse, se empleaban para fijar condiciones o transmitir amenazas, más que para proponer soluciones. Los estudiantes denunciaban esas maniobras y sobre todo, resaltaban que a la demanda de restablecer los derechos constitucionales, las autoridades respondieran restringiéndolos aún más y aplicando nuevas medidas de excepción.

Pasado el primer choque, la represión gubernamental tuvo momentos de mayor y menor intensidad. Los despliegues ostentosos de columnas policiales daban paso a otros momentos en que la policía parecía estar ausente, aunque los estudiantes se supieran infiltrados y vigilados por numerosos espías y soplones. En momentos posteriores, para combatir la intensa presencia y actividad estudiantil en las calles, las autoridades disponían de un patrullaje constante de las calles, a veces con vehículos blindados y armamento

pesado que era innecesario, pero cuyo objetivo era intimidatorio; y recurrían a las fuerzas policiales o a los grupos de choque para acosar a las escuelas y arrestar activistas y militantes. Los detenidos enfrentaban también una variedad de situaciones, pero con la agudización del conflicto, se volvió frecuente el uso de torturas y chantajes. A medida que la represión pasaba de manos de la policía a las del ejército, también cambiaba el tipo de acusaciones que enfrentaban los detenidos, y el ámbito judicial al que eran turnados. El caso más extremo fue el de la formación de Consejos de Guerra y el uso de la justicia militar contra los detenidos del Cordobazo.

En paralelo, los movimientos estudiantiles se desarrollaron dentro de los mapas de conflictos sociales que se desenvolvían en sus países, de manera que heredaban, compartían y asumían ciertas tradiciones y experiencias de lucha. En Uruguay y Argentina, los estudiantes formaban parte de bloques liderados por las centrales obreras combativas: la CNT en Uruguay, y en Córdoba por un frente de fuerzas sindicales donde Luz y Fuerza y los trabajadores metalúrgicos tenían gran peso; en torno de esos bloques gravitaban también otros gremios, sectores de las clases medias y fuerzas sociales. En Brasil y México, la historia reciente permitió a los estudiantes identificarse con otros sectores que habían pasado por conflictos similares: campesinos, trabajadores, habitantes pobres de la ciudad, incluso otros sectores de clase media: periodistas, escritores y artistas censurados; médicos, profesores y empleados cuyos movimientos habían sido perseguidos. Los mismos estudiantes tenían un repertorio de agravios acumulados: la persecución a la que habían sido sometidos en Brasil desde 1964, la Noche de los Bastones Largos y el asesinato de Santiago Pampillón en Argentina en 1966, la ocupación militar de universidades de provincia en México.

De este modo, los movimientos estudiantiles surgieron en un contexto y con una dinámica que definieron sus rasgos: el enfrentamiento con la policía, la ocupación de las escuelas, la acción estudiantil en las calles, la elaboración de demandas que guiaron los tiempos del conflicto con las autoridades, así como la definición de alianzas internas y de un lugar en el campo de las luchas sociales.

3.2 Las alianzas internas

Los movimientos de 1968-1969, en definitiva y como ocurre en todos los movimientos sociales, no agrupaban a la totalidad de los estudiantes. El uruguayo Varela Petito plantea la existencia de “tres anillos de participación estudiantil”: el primero, que sostenía la actividad cotidiana y agrupaba a los militantes y las organizaciones estudiantiles; el segundo, “el de la participación ampliada” que se producía en “coyunturas especiales”; y el tercero, “de la mayoría pasiva y desorganizada”,³⁴¹ que a pesar de esa caracterización, en gran parte reconocía a las organizaciones que dirigían el movimiento y se mantenía a la expectativa de sus decisiones, acciones y declaraciones. Los dos primeros sectores eran los que sostenían al movimiento. Un sector más estaría conformado por los estudiantes opositores al movimiento, que sólo actuaban cuando la coyuntura favorecía la división de los sectores movilizados. Algunos formaban grupos de choque, y respondían a ciertas autoridades universitarias o gubernamentales.

De igual manera, los participantes en el movimiento tenían orígenes, motivaciones y experiencias diversas. Para “identificar los rostros” de esas multitudes anónimas, sin

³⁴¹ Varela Petito, *op. cit.*, p. 80

reducirlas a un conjunto de individuos,³⁴² consideramos adecuado utilizar para nuestros casos el planteamiento de Zermeño para el 68 mexicano sobre la constitución de una alianza entre un “sector politizado de izquierda”, un “sector profesionalista” y una “gran base joven”.³⁴³ No es superfluo subrayar que los límites y la diferenciación entre ellos es resultado del análisis, y no una división que establecieran los protagonistas entre sí.³⁴⁴

Hemos subrayado que los militantes de las organizaciones estudiantiles y los grupos políticos establecieron una continuidad entre el 68 y las experiencias de lucha de los años anteriores, y contribuyeron a dar un sentido político a la situación. Eran una minoría respecto a la cantidad de estudiantes que se movilizaron, pero sumaban varios millares y actuaban como conjuntos disciplinados. En el curso de las discusiones atraían a los estudiantes interesados en la actividad política, que engrosaron sus filas. Las autoridades del gobierno trataban de aislarlos, los tildaban de subversivos y les atribuían intereses ocultos, y los diferenciaban de un hipotético conjunto de otros estudiantes con inquietudes genuinas, legítimas y sanas, con los que sí se podría negociar. Entre las organizaciones de izquierda, aunque todas tuvieran en el horizonte un cambio político y social, había diversos puntos de vista sobre el carácter de la lucha estudiantil, las tácticas, las alianzas de clase, la actividad de las masas, la necesidad e incluso la posibilidad de la revolución; para muchos estudiantes de base y para los sectores democratizantes del movimiento, estas discusiones parecían ajenas o sectarias. Los militantes consideraban un deber politizar a esa masa estudiantil;

³⁴² Rudé, *Protesta...*, p. 16

³⁴³ Zermeño, *op. cit.*, pp. 37 a 40, y Cuadro 1 en p. 120

³⁴⁴ En un texto posterior, titulado “A 40 años, ¿qué cambió, qué permanece?”, Zermeño reelabora su caracterización y habla de cuatro sectores: los “demócratas libertarios” que respondieron a la violencia policial con violencia; una “revuelta cultural” representada por los estudiantes politizados, informados de la situación internacional y con acceso a la cultura de vanguardia; una “democracia reformista”, representada por “la revuelta del Rector” contra el autoritarismo estatal, y una “democracia revolucionaria” conformada por el sector más politizado de la izquierda mexicana. En Salvador Martínez della Rocca, comp., *Voces y ecos del 68*, pp. 367 a 385

según su orientación, buscaban el respaldo o desconfiaban de las autoridades universitarias y de los sectores académicos institucionalizantes.

Pero los movimientos no agrupaban sólo a esos “militantes de siempre”. Como apunta Varela Petito, la gran mayoría de los estudiantes rebeldes se agrupaban en las coyunturas especiales, como los enfrentamientos y las movilizaciones. Lo que Zermeño describe como la “gran base joven” del movimiento también participaba en algunas actividades cotidianas: nutría las asambleas, hacía guardia en los planteles, realizaba acciones relámpago, aunque en momentos de escasa actividad, de incertidumbre, repliegue o empantanamiento, cuando la discusión predominaba sobre la acción, dejara de asistir.

El mexicano Quiroz Trejo, quien estudiaba en la Facultad de Contaduría en 1968, indica que esos jóvenes de base mostraban “algunas actitudes comunes de una generación desconfiada de los líderes, de partidos y de la política en general”, y expresaba preocupaciones como la posibilidad de que el conflicto “durara demasiado tiempo” y afectara sus estudios, así como “sus sospechas de que el movimiento fuera manipulado, o de que los dirigentes se fueran a 'vender', o que los cooptara el Estado como era costumbre”,³⁴⁵ y sus perspectivas políticas se limitaban a la resolución misma del conflicto.

Entre estos participantes, la actividad ocupaba el lugar del discurso, desdeñaban las discusiones y priorizaban la “unidad en la acción”. Su adhesión al movimiento tuvo un gran componente emotivo, y se caracterizaba por “su combatividad, su imaginación defensiva instantánea y sus potencialidades plebeyas”.³⁴⁶ Al mismo tiempo, al principio había

³⁴⁵ José Othón Quiroz Trejo, “A treinta años del 68: algunos vacíos y algunas influencias”

³⁴⁶ Zermeño, *México...*, p. 38

manifestaciones de desconcierto o ingenuidad, como relataba Raúl Seoane, dirigente de la asamblea de la Universidad del Trabajo del Uruguay, quien narra que a finales de mayo, “iniciamos la movilización con manifestaciones pacíficas y recuerdo que en la primera hasta había un 'varita' que nos dirigía por el centro de la calzada. En aquella oportunidad, cuando nos dispersaron, sólo cuatro agentes policiales pudieron llevarse a ocho compañeros detenidos, tranquilamente tomados de los brazos, sin que nadie atinara a hacer nada”.³⁴⁷

La repentina participación masiva obligaba a las organizaciones estudiantiles a adaptarse para no ser rebasadas. El militante uruguayo Jorge Errandonea, anarquista, planteaba que “la gente siempre bajará a la calle por más estructuras que no lo autoricen, y luego creará las adecuadas a las circunstancias”, y afirmaba que “literalmente la gente les pasó por arriba a las estructuras de las secretarías [de la FEUU], reflató un Consejo Federal con poder de gobierno y los aparatos debieron flexibilizarse”.³⁴⁸ Las organizaciones estudiantiles, al igual que los grupos políticos, debían pasar por la prueba de fuego de las asambleas. En algunos casos no cumplían con esa prueba, como ocurrió con la CESU, que agrupaba a unos 30 mil estudiantes de nivel medio de Montevideo, cuando pidió levantar las tomas de los liceos. El dirigente de la CESU, Esteban Valenti, criticaba a quienes mantenían las ocupaciones, a los que calificaba como “compañeros muy bien intencionados pero poco realistas, que esgrimen consignas muy respetables, pero imposibles de transformar en conquistas”.³⁴⁹ La acción de estos jóvenes también, en ocasiones, provocaba fricciones con los profesores y los directivos escolares, no siempre satisfechos con las maneras en que se

³⁴⁷ Carlos Bañales, “Qué pasa cuando los veinteañeros alzan la voz”, *Marcha*, Montevideo, 7 de junio de 1968

³⁴⁸ Jorge Errandonea en Araujo y Tejera, *op. cit.*, p. 45

³⁴⁹ Bañales, “Qué pasa...”

realizaban las ocupaciones y tomas de los planteles, pero cuya participación o aval eran importantes para los estudiantes.³⁵⁰

Al igual que los activistas políticos, estos jóvenes identificaban la violencia policial con otras formas de violencia cotidiana de la que eran víctimas y que en última instancia, eran parte de los mecanismos de control de la sociedad. Por ejemplo, la clausura de cafés y otros centros de reunión, la prohibición o la censura contra la música de rock o canciones consideradas “subversivas” por el gobierno,³⁵¹ la persecución contra los varones que usaran el pelo largo o contra las mujeres que vistieran pantalón o minifalda, y en general el escándalo ante nuevas expresiones de la sexualidad que iban surgiendo. La familia, la iglesia y los medios de comunicación planteaban un discurso conservador, censor, machista y racista, que se convertía en persecución policial, detenciones y extorsiones. Los jóvenes de este sector se identificaban en la lucha a partir de una experiencia generacional, juvenil, de los lazos construidos dentro de las comunidades en que se desenvolvían, como el barrio o la escuela, sin especial respeto por las autoridades universitarias o académicas. Cuando expresaban sus posturas políticas, tendían a expresarlas en términos de justicia e injusticia, de abuso y autoritarismo, e identificar a sus aliados como “el pueblo en general”.

En Brasil, la antigua participante María Clara Lucchetti Bingemer evoca en un testimonio el choque que representó para ella, con 18 años de edad y proveniente de una

³⁵⁰ En la revista *Marcha*, en las Cartas de los lectores, “Profesora protesta”, 1 de noviembre de 1968, y “Estudiantes de Las Piedras explican la ocupación”, 8 de noviembre de 1968, puede verse una polémica por la toma del Liceo acordada en asamblea, en la que los alumnos rechazaban críticas de una profesora sobre la supuesta desorganización de sus “contracursos”, o la “falta de orden y disciplina” que privaba en la ocupación.

³⁵¹ El régimen brasileño prohibió en octubre de 1968 la canción “Pra nao dizer que nao falei das flores”, “por considerar su letra ‘ofensiva a las Fuerzas Armadas’”, y “porque, entre otras cosas, podría convertirse en un ‘himno estudiantil revolucionario’”, Gregorio Selser, “Brasil: los militares contra una canción”, *Marcha*, Montevideo, 18 de octubre de 1968

escuela de monjas, ver a la policía montada persiguiendo a otros jóvenes y conocer que “la alimentación de los caballos de la policía era mucho mayor que el dinero que aquellos jóvenes disponían para estudiar”, significó sentir que “ya nada más podría ser como antes”.³⁵² U otro testimonio, del mexicano Felipe Jaime, alumno de una escuela privada, quien afirma que “todo el que era estudiante se identificaba con la causa [...] por el hecho de ser estudiante [...] Creo que en muchos, hubiera más la cuestión de ser jóvenes [...] Sólo por el hecho de ser jóvenes, estábamos ahí”.³⁵³

El tercer sector, que se identificaba a partir del ámbito académico, estaba compuesto por estudiantes, profesores e intelectuales, y en algunos casos por los propios funcionarios universitarios. La participación de este sector dio al movimiento un aire de respetabilidad, que atrajo con su prestigio las simpatías de personalidades, gremios y grupos de las clases medias. Enarbolaba demandas de tipo institucional, especialmente el respeto a la autonomía universitaria y a la libertad de cátedra, y cuestionaba que el propio gobierno no respetara el marco legal. El énfasis de este sector estaba en el respeto a la Constitución, a las “libertades democráticas”, los derechos y las garantías individuales, y el rechazo a los regímenes de facto, las medidas de excepción, al corporativismo y otras formas de control estatal. Su protesta contra la agresión policial se fundamentaba en la defensa de la autonomía y el respeto a las autoridades universitarias. Respaldaban las demandas de democratización de sus sociedades, apostando a un fortalecimiento de la sociedad civil, y que los movimientos ampliaran en lo posible los límites de la legalidad.

³⁵²María Clara Lucchetti Bingemer, “1968: quarenta anos depois”, en *68, a geracao...*, p. 172

³⁵³ Entrevista con Felipe Jaime, realizada por el autor, 29 de octubre de 2010

La decisión del rector mexicano Barros Sierra de declarar el luto en la UNAM y encabezar una manifestación de protesta, pero con permiso y respetando un itinerario autorizado por la policía, iría en este sentido; del mismo modo, la acción del rector uruguayo Maggiolo y del CDC de la Universidad de la República de protestar ante el presidente Pacheco Areco, acudir al hospital a visitar a los estudiantes heridos o expulsar de su planta docente a los funcionarios implicados en la represión. Por lo mismo, estos sectores reprobaban en privado las acciones que rompieran el marco institucional, como la volcadura e incendio de autos; o cuando el rector Maggiolo alentaba a los estudiantes a seguir desempeñando su “papel decisivo en afirmar la libertad”, pero los alertaba contra los “inspiradores y sostenedores de la situación de ruina [que] tratan de mezclarse en sus filas” para “ocasionar depredaciones” usadas para justificar el endurecimiento del régimen,³⁵⁴ y cuando Barros Sierra en septiembre, al llamar a reanudar actividades en la UNAM, cuestionó algunos usos que hacían los estudiantes de las instalaciones tomadas, al reprochar a “los universitarios que con arbitrariedad y obstinación hicieron uso de recintos y bienes de la Universidad para su acción política”.³⁵⁵ Las autoridades gubernamentales ejercían presiones sobre ellos para que legitimaran la represión, y al no conseguirlo, los responsabilizaban por ser incapaces o incluso cómplices de los desórdenes.

Además de esos tres sectores, la actuación de las mujeres en estos movimientos amerita una revisión específica, debido a que, aunque entre ellas hubiera participantes que se situaban en cada uno de los conjuntos anteriores, 1968 implicó un cambio significativo con

³⁵⁴ “El mensaje del rector”, Cartas de los lectores, *Marcha*, Montevideo, 18 de octubre de 1968.

³⁵⁵ El 19 de septiembre, ante la ocupación de CU por el ejército, Barros Sierra expresó: “La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra casa de estudios no merecía. De la misma manera que no merecía nunca el uso que quisieron hacer de ella algunos universitarios y grupos ajenos a nuestra institución”. Javier Barros Sierra, “Declaración del 19 de septiembre de 1968 tras la ocupación militar de CU”

movimientos precedentes y repercutiría en las luchas subsecuentes, porque en paralelo, las mujeres impugnaban los papeles tradicionales y subalternos que ocupaban no sólo en la sociedad, sino en los mismos movimientos sociales. Así que su acción tendía a combatir una serie de postulados de una sociedad conservadora que las relegaba en la familia, en las escuelas y en el propio movimiento; exigían posiciones de igualdad con sus compañeros hombres en las tareas de organización y en las movilizaciones, y no sin gran esfuerzo y disputas, en la distribución de los cargos de representación. Contra ellas, la represión policial y militar incluyó formas de agresión sexual particulares.

La incorporación femenina a las actividades del movimiento se correspondía con la entrada de las mujeres en otros ámbitos laborales y sociales, y estuvo acompañada con un rechazo al tradicional papel de atender las necesidades de los hombres, y de un cuestionamiento sobre el lugar que ocupaban las mujeres en las familias, entre los compañeros y en la pareja; si su participación era como persona por derecho propio, o como madre, hermana o pareja de otro. La participación de las mujeres en el movimiento representó una ruptura, un importante cambio dentro de las condiciones de su tiempo. Esto se expresaba en que se negaran a que su único lugar en el movimiento fuera “la cocina”, como apuntan testimonios brindados por la representante mexicana Mirthokleia González, quien indica que “los compañeros me invitaron a participar... pero para hacerles de comer [pero] yo quería participar más a fondo, más arriba de la situación”.³⁵⁶ O la brasileña Cecília Coimbra, quien evoca que en una reunión clandestina, el disfraz más lógico para ella fuera cocinar para los compañeros.³⁵⁷ También cuestionaban las relaciones de pareja, como

³⁵⁶ Gustavo González López, “El CNH reconoció así la participación de las compañeras. Adela González, maestra de ceremonias el 2 de octubre en Tlatelolco”

³⁵⁷ Cecília Coimbra, “Gênero, militância, tortura”, en *68, a geracao...*, p. 42

testimoniaban dos estudiantes uruguayas, que en los momentos de la lucha, junto con las críticas al gobierno y al autoritarismo, impugnaban el matrimonio y la moral sexual imperante, al señalar que “para nosotros, la realidad de pareja se transforma, así, en un verdadero compañerismo. No hablamos de 'novios', sino de 'compañeros’”, y que “el matrimonio es un contrato y, por lo tanto, forma parte del sistema de opresión. Yo creo en el amor libre”.³⁵⁸ A causa de esta ruptura, las mujeres que se sumaron a la lucha estudiantil enfrentaron problemas específicos, distintos a los de sus compañeros.

La presencia femenina era mayor en las escuelas de enseñanza media, y disminuía en el nivel superior, o se concentraba en carreras como el magisterio o la enfermería, cuyas egresadas contaban con hallar pronto un empleo y colaborar con el gasto familiar, lo que les daba cierto derecho a opinar y decidir en ese ámbito. Muchachas de estratos económicos más elevados, que tenían las necesidades materiales resueltas y contaban con el “permiso” familiar, acudían a facultades como Filosofía y Letras o a escuelas privadas; sus propias pares las veían con cierto desdén, como “gente que nunca ha tenido problemas económicos y estudia una carrera así como podría tomar clases de pintura o de historia del arte. Para ellas la cultura es una monada”.³⁵⁹ Muchas de ellas pusieron sus casas, sus recursos económicos y sus relaciones sociales al servicio del movimiento. En cambio, era escasa la presencia de mujeres en campos como las ingenierías o ciencias. Vargas Valdés indica que “en 1962 la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica registraba una población de quince mil estudiantes y entre todos éstos sólo estaba inscrita una mujer”.³⁶⁰

³⁵⁸ “Jóvenes: entre la violencia y la sociedad ideal”, *Marcha*, Montevideo, 13 de junio de 1969. Entrevistas con estudiantes uruguayos. La primera frase, de N., de 18 años, y la segunda, de F., de la misma edad.

³⁵⁹ Carolina Pérez Cicero, de la Facultad de Filosofía y Letras, citada por Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, pp. 95 y 96

³⁶⁰ Jesús Vargas Valdés, “Los cuarenta años del movimiento estudiantil del 68”, en *Fragua de los Tiempos No. 763*, 9 de marzo de 2008

Las mujeres participaban más en las actividades de las escuelas ocupadas, en las brigadas en el caso mexicano, que acudían por ejemplo a mercados o centros de trabajo con mano de obra femenina, como los talleres de costura de la zona de San Antonio Abad,³⁶¹ y en las movilizaciones, no tanto en los enfrentamientos, aunque la muerte de Susana Pintos en Uruguay atestigua su presencia cuando se producían este tipo de refriegas.³⁶² Algunas estudiantes estaban dispuestas a participar en la lucha callejera y, como se relataba en Uruguay, “asumieron, a veces, posiciones aun más riesgosas que las de sus camaradas varones”,³⁶³ aunque para muchos hombres, la presencia de mujeres en las brigadas y en los enfrentamientos fuera asumida como una responsabilidad extra de protegerlas y las consideraran una carga o incluso un estorbo: “las mujeres ... sirven de muy poco en la calle”, decía un estudiante uruguayo “que se oponía a que su novia lo acompañara en las movilizaciones”.³⁶⁴ Las mujeres replicaban en algunos casos, como relataba el mexicano Eduardo Valle, cuando intentó impedir que fueran “cuatro muchachas” a una brigada que se disponía a enfrentar a un grupo de porros, y ellas “indignadas, me contestaron que el Che admitía mujeres en la guerrilla, y que me fuera inmediatamente al diablo”.³⁶⁵ En ocasiones, las mujeres colaboraban con la vigilancia, como refiere la brasileña Memélia Moreira, alumna de la Universidad de Brasilia, que cuando había asamblea, utilizaba unos binoculares y unos

³⁶¹ Ver Elisa Ramírez, en *Memorial del 68*, p. 89. En Uruguay, participaron en las brigadas de solidaridad con los trabajadores de los frigoríficos

³⁶² Como señalamos en el capítulo anterior, Susana Pintos falleció cuando intentaba auxiliar a Hugo de los Santos, herido de muerte en un ataque policial. Pintos había participado “en la organización interna, y antes que nada en el diálogo con el ministro de Cultura, con el intendente, con los directores del Instituto, con la dirección de la UTU, etc”. “Cómo era Susana Pintos”, Cartas de los lectores, *Marcha*, Montevideo, 25 de octubre de 1968

³⁶³ “Jóvenes: entre...”, *op. cit.*, *Marcha*

³⁶⁴ *id.*

³⁶⁵ Citado por Poniatowska, *op. cit.*, p. 93

walkie talkies para alertar en caso de que se acercara la policía.³⁶⁶ Fuera de las universidades, cumplían labores de mensajeras, proporcionaban transporte o refugios.

La convivencia entre mujeres y hombres jóvenes sin supervisión de una autoridad adulta, en especial en las escuelas ocupadas donde se hacía guardia en las noches, era motivo de escándalo y descalificaciones para las estudiantes, tanto en el ámbito familiar como en los discursos de las autoridades o los medios, e incluso entre sus propios compañeros. “Se tenía la impresión de que las que andaban en la grilla eran las locas”, recuerda Adriana Corona.³⁶⁷ Del mismo modo, la policía aplicaba formas específicas de violencia sexual contra las mujeres que participaban en el movimiento, incluidos todo tipo de comentarios sexistas, manoseos, humillaciones y violaciones. Esto ocurrió con las estudiantes detenidas en Brasil durante el *viernes sangriento* de junio, según cita Ribeiro, quien indica que la población recibió con indignación los relatos de la prensa sobre el “sadismo y brutalidad sexual” a que las estudiantes detenidas en el estadio de Botafogo habían sido sometidas;³⁶⁸ o las vejaciones a las estudiantes en el asalto a la Universidad de Brasilia, como recuerda Melécia Moreira;³⁶⁹ o a las mexicanas capturadas en Tlatelolco, de acuerdo con testimonios como los de Mirthokeia González³⁷⁰ o Ana Ignacia Rodríguez.³⁷¹

³⁶⁶ Melécia Moreira, “Brasília, quinta-feira, 29 de agosto de 1968”, en *68, a geracao...*, *op. cit.*, p. 177

³⁶⁷ Adriana Corona, citada por Jardón, *1968...*, p. 255

³⁶⁸ Ribeiro, *op. cit.*, p. 62

³⁶⁹ Moreira apunta que como llevaba minifalda al momento de su detención, los soldados que vigilaban a los estudiantes presos le picaban los muslos con las bayonetas, *op. cit.*, p. 178

³⁷⁰ Mirthokeia González Guardado, citada por Jardón, *1968...*, pp. 246 y 247, señala que los policías que la vigilaban “dijeron que les deberían de llevar cosas buenas, no lagartijas”

³⁷¹ Ana Ignacia Rodríguez, citada por Poniatowska, *op. cit.*, p. 99, indicaba que otras detenidas en la cárcel de Lecumberri le advirtieron que no dejara que los guardianes la sacaran de su celda, “porque estos cabrones las sacan en la noche prometiéndoles que las van a dejar libres y las violan”

En los niveles más altos de dirección, la presencia de mujeres era novedosa. Los principales cargos en las organizaciones estudiantiles correspondían a hombres. “En el CNH hubo cuando mucho 10 chavas”, varias de ellas militantes, entre más de 200 integrantes, estimaba Adriana Corona, representante de la Preparatoria 6.³⁷² En Brasil, un indicio de la proporción de mujeres es la cantidad de delegadas en el trigésimo congreso de la UNE, en Ibiúna, donde la policía detuvo al menos a 152 mujeres, con edades entre los 18 y los 37 años, junto con unos 750 hombres.³⁷³ En Uruguay, Susana Pintos había sido integrante del comité de ocupación de la UTU.³⁷⁴ Había mayor presencia femenina en los comités de lucha o los centros de estudiantes. De acuerdo con la investigadora mexicana María Luisa González Marín, la participación de las mujeres debía sortear criterios machistas, pues entre los propios compañeros se consideraba que los hombres tenían más experiencia política, más conocimientos y mayor capacidad en un momento dado, sin dar oportunidad a que las compañeras desarrollaran precisamente esa experiencia y esa capacidad: “no te dan la oportunidad, porque de entrada tú estás descalificada a un lugar secundario”.³⁷⁵ La experiencia de hablar en público, fuera en asamblea o en los mítines relámpago, también podía ser intimidante.³⁷⁶

³⁷² Adriana Corona, citada por Jardón, *1968...*, p. 254: Corona había militado en la Liga Espartaco, al igual que los hermanos de Oralia García Reyes, de la Vocacional 7; Roberta Avendaño, de Derecho, “venía de la lucha magisterial”; y Marcia Gutiérrez, de Odontología, de la Democracia Cristiana. Mirthokleia González Guardado, citada por Jardón, *1968...*, p. 245, relata que militaba en el PRI. Martha Servín tenía actividad previa en la CNED y la FNET, donde se le rechazaba por comunista y se cuestionaba su moralidad, indican Jardón, *1968...*, p. 253, y Vargas Valdés, “Los antecedentes de 1967”, en “Los cuarenta años del movimiento estudiantil del 68”, *Fragua de los Tiempos No. 776*

³⁷³ Documentos Revelados, Fondo Aluizio Palmar, “As meninas de Ibiúna. 152 fotografias das estudantes presas no Congresso de Ibiúna”, publicado el 5 de abril de 2014, consultado el 1 de febrero de 2015, disponible en <http://www.documentosrevelados.com.br/repressao/as-meninas-de-ibiuna-152-fotografias-das-estudantes-presas-no-congresso-de-ibiuna/>

³⁷⁴ “Susana Pintos”, Cartas de los lectores, *Marcha*, Montevideo, 27 de septiembre de 1968

³⁷⁵ Entrevista con María Luisa González Marín, realizada por el autor, 30 de noviembre de 2010

³⁷⁶ *id*

Madres y padres imponían mayores restricciones a las mujeres que a los hombres para incorporarse al movimiento, en especial por la obligación de regresar a alguna hora a la casa, cumplir cierto horario y atender primero sus quehaceres domésticos.³⁷⁷ En el caso de las mujeres con hijos, la posibilidad de que alguien se hiciera cargo de los niños condicionaba la posibilidad de participación.³⁷⁸ Sin embargo, las familias, en especial las madres, cumplían también ciertas actividades de apoyo, como los comités de familiares de los presos políticos.³⁷⁹

3.3 La dirección: asambleas, organizaciones representativas y grupos políticos

La participación estudiantil masiva que se observaba en las calles también se expresaba en las escuelas, a través de las asambleas. Miles de estudiantes se congregaban, discutían y decidían las acciones a seguir en las calles, elegían a sus representantes y vigilaban que se apegaran a sus decisiones, asignaban tareas dentro de los planteles y establecían los acuerdos políticos a los que el movimiento y sus representantes debían apegarse. Fueron movimientos que se organizaron desde las bases con una elevada participación y compromiso, y que a su vez imponían muchas exigencias y llamaban continuamente a cuentas a sus representantes.

La influencia de la izquierda era predominante, pero por ejemplo, en el CNH de México no se excluía a militantes del PRI, el partido oficial. Y entre la izquierda, una buena parte de los representantes provenía de organizaciones disidentes o críticas de los partidos

³⁷⁷Adriana Corona, citada por Jardón, *1968...*, p. 255: "Las mujeres empezábamos a participar igual que los hombres [...] pero no era igual, porque la mayoría de las mujeres tenía que aventarse en la casa las broncas de: ¿dónde andas, con quién andas?"

³⁷⁸ Entrevista con González Marín

³⁷⁹ Marcia Gutiérrez, citada por Jardón, *1968...*, p. 241

comunistas prosoviéticos, que en América Latina en la época eran caracterizados como “reformistas, debido a que postulaban la vía pacífica, luchaban por su legalización y apostaban al parlamentarismo. Entre los disidentes de esa línea sobresalían los partidarios de la lucha armada, del modelo de la Revolución cubana y del guevarismo, así como del maoísmo, en esa época inmerso en la Revolución Cultural y promotor de la llamada “línea de masas”, aunque también había organizaciones trotskistas, cristianos de izquierda y otras fuerzas.

Más que esas diferencias doctrinarias, lo que importaba para los movimientos estudiantiles eran las posiciones tácticas que promovieran estas organizaciones, en especial en los momentos más críticos de la movilización. La postura ante la actividad en las calles o la ocupación de las escuelas, la relación con las autoridades universitarias, el diálogo con el gobierno, la posición respecto a la legalidad o la violencia en las manifestaciones, la necesidad de alianzas con determinados sectores de la sociedad, los llamados a mantener la movilización o a replegarse, el énfasis y el sentido dado a determinadas demandas, caracterizaban a las distintas corrientes presentes en el movimiento, eran indicativos de sus objetivos, y eran motivo de fuertes polémicas.

En Brasil, la organización que recibió el primer golpe era el FUEC; su reacción ante la violencia policial tuvo el respaldo de la UME y la UNE, pero no estuvo exenta de críticas. Activistas y militantes de izquierda, incluso los que participaban en la estructura oficialista de Directorios Estudiantiles, donde la actividad política estaba prohibida, se sumaron a las protestas. Todas esas fuerzas reconocieron en general como dirección a la UNE, aunque

debido a su operación clandestina, esta organización, la UME en Río y la UEE paulista actuaban con bastante autonomía entre sí.

El FUEC, uno de cuyos dirigentes era Elinor Brito, agrupaba a militantes de la izquierda radical, administraba la operación del Calabouço y organizaba actividades político-culturales, como cursos de preparación para los exámenes de admisión y el mantenimiento de una biblioteca. Su relación con el resto del movimiento estudiantil era caracterizada como “difícil”, y con frecuencia se les tildaba de “provocadores”. El estudiantado que acudía al local provenía de sectores pobres, en muchos casos originario de provincia, y cursaba el nivel medio. Tenían ya experiencia en los enfrentamientos con la policía, y postulaban que todos sus integrantes participaran en acciones de “autodefensa”.³⁸⁰

En la UME, así como en la UEE de Sao Paulo, primaba la postura conocida como “lucha específica”, que postulaba que el movimiento estudiantil debía enarbolar reivindicaciones de carácter educativo, estudiantil y en pro de una reforma universitaria “crítica”, y que en esas luchas, los estudiantes descubrirían que el gobierno militar era incapaz de resolver sus demandas. Entre sus representantes más conocidos figuraban Vladimir Palmeira y José Dirceu. En la UNE tenía hegemonía otra postura, denominada “lucha política”, que enarbolaba más bien consignas contra la dictadura y el imperialismo, y consideraba necesario que los estudiantes fueran conscientes de que su lucha implicaba un enfrentamiento con esas fuerzas. Entre sus representantes destacaba el presidente de la UNE en turno, Luís Travassos, vinculado a AP y que tenía afinidades con posturas

³⁸⁰ Ribeiro, *op. cit.*, p. 14, notas 50 y 51, y p. 15, nota 53

guevaristas y maoístas.³⁸¹ Martins señala que la “lucha política” era impulsada por Acción Popular, en sus orígenes de izquierda cristiana; y la “lucha específica” con las disidencias comunistas y la organización Política Operária (Política Obrera, Polop).³⁸² Algunas fuerzas presentes en la estructura oficial de Directorios se sumaron a las acciones, como ocurrió en Sao Paulo, donde los Directorios de casi todas las universidades convocaron a las protestas; en Belo Horizonte, donde desde el 29 de marzo, el Directorio Estudiantil de la Universidad Federal de Minas Gerais llamó a asambleas y a marchar; y en Vitória, en el estado de Espírito Santo, donde el Directorio declaró “luto oficial” por tres días y también convocó a manifestarse en las *passeatas*, aunque después se retractó.³⁸³

En las primeras marchas de abril, la UME criticaría la acción de grupos a los que señalaría como “provocadores” con “visión política estrecha”, y los acusaría de estar implicados en el incendio de una patrulla policial, ataques a la antigua sede de la UNE y al palacio de gobierno, así como de provocar enfrentamientos con la policía.³⁸⁴ El FUEC organizaba “grupos de autodefensa”, en los que todos los manifestantes iban preparados para el enfrentamiento, mientras que la UME promovía la creación de “grupos de seguridad”, encargados de proteger a los dirigentes y evitar ataques a la manifestación, a través de acciones de resistencia, más que de ofensiva. En esa jornada, los estudiantes se enfrentaron primero a la policía, y luego a tropas del ejército, que ocuparon la ciudad en plena noche, argumentando la presencia de “agitadores profesionales” entre los estudiantes, a los que acusaba de haber disparado armas de fuego contra la policía.

³⁸¹ José Manuel Quijano, “Respuesta a la penetración imperialista en la Universidad”, *Marcha*, Montevideo, 28 de marzo de 1969.

³⁸² Martins, *op. cit.*, pp. 181 y 182

³⁸³ Documentos revelados, Documento de la Aeronáutica, p. 16 sobre Sao Paulo, p. 9 sobre Minas Gerais, y p. 14 sobre Vitória

³⁸⁴ Ribeiro, *op. cit.*, pp. 27 y 28

Los debates entre estas corrientes se reanudó en junio, con motivo del diálogo ofrecido por el Ministerio de Educación. Los partidarios de la “lucha política” planteaban que el diálogo era una tentativa de la dictadura por “recomponer su máscara de 'redemocratización', que arrancamos principalmente a través de las manifestaciones de abril y mayo”, y calificaban “cualquier conciliación con la dictadura como una traición a las luchas desarrolladas por el movimiento estudiantil”.³⁸⁵ Por su parte, la UME apoyaba acudir y “desenmascarar el diálogo acudiendo al diálogo”, hacer del diálogo una “confrontación de poder”, y advertía que rechazar la oferta aislaría al movimiento.³⁸⁶ El FUEC, por su parte, aceptaba al diálogo si era “conducido públicamente, con participación efectiva de las masas”.³⁸⁷ En caso de acudir, se condicionaba el diálogo a la legalización de la UNE y la UME, castigo a los asesinos de Edson Luis, revisión de la política educativa, aprovechamiento de todos los “excedentes”, divulgación de los acuerdos MEC-USAID, y la libertad a todos los estudiantes presos.³⁸⁸

En el Uruguay, también las movilizaciones encontraron su cauce en las organizaciones representativas, que contaban con reconocimiento institucional: la FEUU en la Universidad de la República; la CESU en las escuelas de nivel medio, y se conformó una asamblea de delegados en la UTU,³⁸⁹ basados en centros de estudiantes por plantel. Como señala Landinelli, el movimiento no modificó la existencia de estas organizaciones, pero la situación impuso a la FEUU la creación de órganos especiales, que fueron los comités de movilización,

³⁸⁵ *id.*, p. 56

³⁸⁶ *id.*, p. 57

³⁸⁷ *id.*, p. 58

³⁸⁸ *id.*, p. 58

³⁸⁹ Bañales, “Qué pasa...”, *op. cit.*

y para establecer las directrices del movimiento, a convocar a la Convención, que era su máximo organismo de dirección. Un militante de la FEUU sostenía que “a partir de julio, y hasta después del bloqueo de los locales universitarios, el Comité de Movilización Federal, el Consejo Federal y los comités de movilización de cada centro, estudiaron a diario las medidas a llevar a cabo, las instrumentalizaron e incluso eligieron a los responsables de cada tarea”.³⁹⁰

La FEUU estaba integrada por 32 miembros: dos delegados de cada uno de sus 16 centros, y su comité de movilización, por siete integrantes, de los cuales Bañales identifica a tres provenientes del PCU, tres de la “línea radical”, y uno de la izquierda cristiana del MAPU.³⁹¹ Landinelli menciona que en los centros de estudiantes estaban presentes el Comité Universitario, formado por comunistas e independientes; socialistas, anarquistas, el MAPU, así como diversos activistas congregados en la corriente llamada “intergrupacional”, que según Varela Petito, congregaba a los anarquistas, los Grupos de Acción Unificadora (GAU) y los socialistas; los anarquistas tenían influencia en Bellas Artes, del MLN Tupamaros en Agronomía, y el grupo radical Área Tres en Arquitectura; el PC tendría la dirección de cuatro de los 16 centros de la FEUU, pero contaba con presencia en todos. También tenían presencia los GAU, de la izquierda cristiana y con activismo en sindicatos.³⁹² Las diferencias tácticas entre estos grupos se expresaban, según Varela Petito, en los debates del comité de movilización y en el Consejo Federal de la FEUU; en torno a las formas de movilización, y

³⁹⁰“La rebelión estudiantil”, Cartas de los lectores, *Marcha*, Montevideo, 7 de febrero de 1969. En la carta, firmada por “Uno de a pie”, quien se describe como “un implicado en los sucesos que dichos periodistas intentan demostrar”, se responde o se hacen precisiones a la publicación del libro de Bañales y Jara.

³⁹¹ Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 75 y 76. Según el autor de la carta “La rebelión estudiantil” antes citada, en el secretariado de la FEUU participaban 3 integrantes del MAPU, 2 independientes y 4 comunistas; y en el Comité de Movilización, 2 del MAPU, 2 independientes y 3 comunistas. Labrousse señala que de los siete integrantes del comité de movilización de la FEUU, “tres de ellos pertenecían a las Juventudes comunistas, los otros a movimientos más radicalizados”.

³⁹² Varela Petito, *op. cit.*, p. 124

sobre la centralización de las decisiones; por ejemplo, Bellas Artes proponía mayor libertad de acción a cada escuela.

En la enseñanza media, antes de las protestas de mayo de 1968, los estudiantes de liceos e institutos estaban agrupados en la CESU. Cada plantel contaba con una asociación, basada en una asamblea general; la izquierda había desplazado en los años anteriores a 1968 a las organizaciones de derecha y a los partidos tradicionales. Las fuerzas hegemónicas eran la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), que agrupaba a diversas corrientes de izquierda críticas del PC.³⁹³ En mayo, cuando la dirección de la CESU dispuso desocupar los liceos con la promesa del ayuntamiento de Montevideo de que se mantendría el subsidio al boleto estudiantil, provocó fricciones con los grupos que pedían mantener la medida, como en el Instituto Batlle y Ordóñez, y muchos planteles delinearon prácticamente agendas propias,³⁹⁴ lo que deterioró la unidad interna. Al igual que en la FEUU existía la “intergrupacional”, en la CESU había una “intergremial”.³⁹⁵ A diferencia de la FEUU, donde la dirección cuestionaba las tácticas de volcar e incendiar autos, así como apedrear sedes de empresas, partidos políticos y de la televisión, por considerarlas una provocación, en el CESU el FER cobijaba esas acciones, con la consigna de “Golpe por golpe, medida por medida, el pueblo le responde a la oligarquía”.³⁹⁶ Valenti, promotor de levantar las tomas, admitía que la demanda del transporte no tenía “perspectivas de solución inmediata”, y proponía aguardar las resoluciones de la FEUU.³⁹⁷

³⁹³ *id.*, pp. 23 a 47

³⁹⁴ Bañales y Jara, *op. cit.*, p. 75

³⁹⁵ Varela Petito, p. 143

³⁹⁶ *id.*, p. 73

³⁹⁷ Bañales, “Qué pasa...”

A su vez, en la UTU, donde estudiaban unos 34 mil estudiantes en 73 cursos, se formó una asamblea con dos delegados por cada centro, pero con reuniones abiertas y sin dirección permanente, a fin de evitar que se convirtiera en un aparato sin respaldo. Algunos representantes de esta asamblea admitían que el procedimiento demoraba la toma de decisiones, “pero las que se adoptan cuentan con mayor respaldo”, y subrayaban que la actuación de los delegados era “permanentemente juzgada”.³⁹⁸

El 14 de junio, al día siguiente de que el gobierno de Pacheco Areco impusiera las Medidas Prontas de Seguridad, la Convención de la FEUU, reunida de emergencia, acordó mantener su plataforma de lucha contra el aumento del boleto, la entrega del presupuesto adeudado a todas las instituciones de enseñanza y la lucha contra las MPS, con el lineamiento de “defender las libertades ejerciéndolas”, mantener la movilización y la agitación callejera “de enfrentamiento directo y combatividad, de exitosa aplicación en la etapa anterior”; extender la acción estudiantil de agitación y propaganda a toda la ciudad mediante acciones relámpago, y denunciar a los “sectores golpistas” del gobierno, a los que responsabilizaban de la “conculcación de libertades” que suponían las Medidas Prontas de Seguridad.³⁹⁹ A finales de julio, una nueva reunión de la Convención revisó este plan de lucha, para evitar el desgaste del movimiento.⁴⁰⁰ En noviembre, tras la ocupación militar de las escuelas, la Convención consideró que el movimiento estaba en repliegue y que la época de las grandes movilizaciones había concluido.

³⁹⁸ *id*

³⁹⁹ Landinelli, *La movilización...*, p. 39

⁴⁰⁰ *id*, p. 44

Al igual que los debates en la CESU sobre la desocupación de liceos e institutos, en las convenciones de la FEUU se confrontaban posiciones diversas en torno a las formas de lucha y la pertinencia de las movilizaciones. Sobre la reunión de junio, por ejemplo, estudiantes de medicina resaltaban la aparición de “nuevos métodos” en el combate callejero que permitían hacer frente al “perfeccionamiento de los métodos represivos”, pero a la vez cuestionaban que hubiera corrientes que, según ellos, prolongaban las discusiones y planteaban “extensas plataformas” que relegaban la movilización.⁴⁰¹ Entre los estudiantes que se reconocían como la “izquierda radical”, se planteaba que para “crear conciencia [...] la lucha callejera, es el procedimiento más inmediato”, más que “por los procedimientos clásicos de declaraciones, congresos, etc.”.⁴⁰²

A pesar de la oposición al PC, Vania Markarian resalta el hecho de que los estudiantes muertos en los enfrentamientos de 1968: Líber Arce, Hugo de los Santos y Susana Pintos, eran militantes comunistas, y que además, los dos últimos “se afiliaron a la UJC un mes antes de morir: no son los cuadros de la Juventud Comunista los que están en la calle, porque el crecimiento es por miles”.⁴⁰³

En México, la organización del movimiento estudiantil supuso, en primer lugar, romper con el control del oficialismo, un trabajo que las organizaciones de izquierda habían emprendido en las distintas instituciones. También habían intentado crear una organización nacional representativa, sin mucho éxito. En 1963 se formó la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) “con el carácter de un frente estudiantil amplio, pero

⁴⁰¹ Citado por Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 85 y 86

⁴⁰² *id.*, pp. 83 y 84

⁴⁰³ “Cielito del 68”, entrevista con Vania Markarian, en *La Diaria*, Montevideo, 12 de abril de 2012

provisional”, y que terminó siendo el brazo estudiantil del Partido Comunista Mexicano (PCM).⁴⁰⁴ Varios dirigentes del CNH pasaron por las filas de la CNED, entre ellos Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara y Marcelino Perelló, aunque los dos primeros ya no militaban en el PCM en 1968;⁴⁰⁵ o participaron en actividades organizadas por la Central, como la llamada “Marcha de la libertad” de febrero de 1968, para reclamar la liberación de los presos políticos, como Guevara Niebla, Álvarez Garín, Perelló, Ángel Verdugo, Marta Servín, Pablo Gómez, Eduardo Valle, David Vega y Arturo Zama Escalante.⁴⁰⁶

En la UNAM, a partir de las luchas contra el rector Ignacio Chávez entre 1963 y 1966, se había quebrado el control corporativo ejercido por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y luego por la Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (FUSA). A principios de 1968, la extrema derecha, representada por el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), perdió a su vez el control de las sociedades de alumnos de Medicina, Química, Ciencias e Ingeniería.⁴⁰⁷ En el IPN, la FNET mostraba una política muy similar a la del PRI: declaraciones y adhesiones a posturas progresistas en materia internacional, como la defensa de la Revolución cubana; un discurso en favor de los derechos sociales pero dentro de la ley; la defensa de las acciones de las autoridades gubernamentales y politécnicas; el otorgamiento o negociación de algunas concesiones que no resultaran muy onerosas para las autoridades; y un estricto control represivo entre los estudiantes. En 1967, la izquierda en el Politécnico había empujado a la FNET a sumarse a una huelga en solidaridad con la Escuela de Agricultura Hermanos

⁴⁰⁴ *id*

⁴⁰⁵ Gilberto Guevara Niebla, “Barros Sierra, la Universidad y la Educación Superior”, en Silvia González Marín, *op. cit.*, pp. 15 a 28

⁴⁰⁶ “Una vida del Politécnico. Entrevista con David Vega”, en Bellinghausen, pp. 43 a 47

⁴⁰⁷ Intervención de Joel Ortega Juárez, “El Movimiento”, en Silvia González Marín, *op. cit.*, p. 37

Escobar, de Ciudad Juárez, en la que también participó la Escuela de Agronomía de Chapingo. En esta acción participaron Álvarez Garín y Verdugo en el IPN,⁴⁰⁸ y Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca en Chapingo.⁴⁰⁹ Este conocimiento mutuo previo facilitó el acercamiento y la coordinación de acciones entre el IPN, la UNAM y Chapingo cuando comenzó el movimiento en julio de 1968, y en las escuelas con mayor participación política se celebraron asambleas, como en Economía y Ciencias Biológicas del IPN, así como Ciencias Políticas, Ciencias, Filosofía y Economía de la UNAM. En la primera semana del conflicto de 1968, se establecieron Comités Coordinadores de Huelga, el de la UNAM en Ciudad Universitaria y el del IPN en el Casco de Santo Tomás, a la vez que se realizaban reuniones y manifestaciones conjuntas, con presencia de los compañeros de las otras instituciones.

El 8 de agosto se anunció la fundación del CNH como el organismo representativo de las escuelas en huelga. Cada una estaba representada por dos o tres delegados, elegidos en asamblea en cada uno de los 59 planteles que se sumaron a la huelga desde el principio, a los que luego se sumarían otros. En cada plantel funcionaba una asamblea y un Comité de Lucha, que organizaban las tareas para sostener la huelga. A esto se sumaban las brigadas, para enlazar al movimiento con la población en general. Aunque las brigadas comenzaron integrándose por iniciativa de activistas y militantes de grupos políticos, pronto se subordinaron a los lineamientos de las asambleas, Comités de Lucha y el CNH. Las brigadas debatían y presentaban sus propuestas, e interpretaban las directivas en un rango bastante amplio, pero se mantenían dentro de los lineamientos fijados por los organismos de dirección.

⁴⁰⁸ *id*

⁴⁰⁹ Entrevista con Martínez della Rocca, en "Historia de la Facultad de Ciencias VII", p. 51

En sus primeras semanas de existencia, el CNH explicitó que su funcionamiento se basaba en las asambleas plenarios en cada escuela “con soberanía y poder político de decisión”, y establecía comisiones de relaciones con provincia, brigadas, propaganda, finanzas, información y asuntos jurídicos.⁴¹⁰ Álvarez Garín puntualizaba que “el Consejo era representativo y las brigadas eran de iniciativa particular, de militancia prácticamente”.⁴¹¹ Raúl Jardón señalaba a su vez que las brigadas, “formadas por decenas y centenas de estudiantes de cada escuela”, asumieron las tareas de propaganda, pero también las guardias nocturnas en las escuelas, y “el abastecimiento y funcionamiento de las cafeterías tomadas”.⁴¹² Para organizar el trabajo de los centenares de brigadas que salían a las calles, en la segunda quincena de agosto se integraron varios centros coordinadores, que organizaban, por ejemplo, el trabajo con la Escuela Nacional de Artes Plásticas, que las abastecía con “miles de grabados, mantas, pancartas y pegas de diverso tipo”,⁴¹³ o con la imprenta universitaria, tomada por las brigadas de Ciencias Políticas, donde la Gaceta de la UNAM fue convertida en la *Gaceta. Boletín informativo del Comité Coordinador de Huelga de la UNAM*.⁴¹⁴

En paralelo, los profesores más comprometidos con los estudiantes se agruparon a principios de agosto en la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas, que aclaró que su intención no era suplantar al CNH como

⁴¹⁰ Citado por Jardón, 1968..., p. 42

⁴¹¹ Raúl Álvarez Garín, en *Memorial...*, p. 92

⁴¹² Jardón, 1968..., p. 47

⁴¹³ Álvarez Garín, *La estela...*

⁴¹⁴ Ejemplares de varios números de esta *Gaceta* se encuentran en AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Cajas 57, Expediente 310, y Caja 58B, Expediente 315

dirección del movimiento.⁴¹⁵ La Coalición funcionó entre el 5 de agosto y los últimos días de septiembre, cuando fue ocupada CU y algunos de los profesores más activos fueron blanco de ataques, atentados y detenciones. Después del 19 de septiembre, a raíz de la ocupación de Ciudad Universitaria y del Casco de Santo Tomás, el CNH quedó imposibilitado de reunirse, por lo cual se activó un “comité central” conformado previamente para actuar y hacer declaraciones a nombre del movimiento en situaciones de emergencia, aunque también otros grupos de representantes se reunían y debatían, lo que fragmentó la actividad de la organización, que sólo pudo reunirse a principios de octubre, tras el retiro de los militares de CU, aunque la matanza y las detenciones masivas del 2 de octubre volvieron a interrumpir su funcionamiento. Con nuevos delegados y en otra situación, el CNH volvió a sesionar a finales de octubre.

Al igual que en Brasil y Uruguay, entre los integrantes del CNH había representantes de escuelas que militaban en diversas organizaciones. Entre los centenares de delegados, había algunos del PCM, la Juventud Comunista o la CNED; de otras organizaciones de izquierda, varias de ellas escindidas o disidentes del PCM, como el Movimiento Estudiantil Revolucionario (MER), el Movimiento Marxista Leninista Mexicano, el Partido Obrero Revolucionario (trotskista), el Grupo Miguel Hernández, la Unión Nacional de Estudiantes Revolucionarios, la Liga Comunista Espartaco, la Federación Estudiantil Revolucionaria, el Grupo Morelos o el Grupo Regis Debray.⁴¹⁶ También estaban presentes, en especial en

⁴¹⁵ Ramírez, *op. cit.*, Vol. 1, p. 65

⁴¹⁶ Publicaciones y documentos de estas organizaciones se localizan en el AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expedientes 312, 313 y 314. El espartaquismo se identificaba con la Revolución china, que había roto con el modelo soviético. Los trotskistas cuestionaban el desarrollo de la Unión Soviética desde la década de 1930, tras el ascenso de Stalin al poder. El “foquismo” seguía los planteamientos de la lucha armada, a partir de “focos” guerrilleros en el campo, preconizados por Ernesto Guevara a partir de la experiencia de la Revolución cubana.

Derecho, “el priísmo [...] tanto de las autoridades como de los compañeros que formaban las organizaciones de la facultad”, señala Ana Ignacia Rodríguez;⁴¹⁷ otros estudiantes se identificaban con la masonería⁴¹⁸ o la Democracia Cristiana.⁴¹⁹ Entre las fuerzas universitarias, la alianza con el rector Barros Sierra era motivo de discusión. En el conjunto del CNH, la izquierda impulsó en más de una ocasión la movilización hacia los barrios obreros, y ante la represión del 28 de agosto, llegó a plantear la convocatoria a un paro obrero. En septiembre y noviembre, la continuidad misma de la huelga fue motivo de discusión. Ninguna de estas corrientes tuvo hegemonía en el CNH, aunque después del 2 de octubre, los llamados del PCM a suspender la huelga⁴²⁰ provocaron fuertes debates, con acusaciones incluso de traición, y varios miembros del CNH que militaban en la Juventud Comunista abandonaron el partido, como Florencio López Osuna y Eduardo Valle Espinoza.⁴²¹

En Argentina, aunque en 1969 persistían la FUA y en Córdoba la FUC, las organizaciones estudiantiles estaban fragmentadas y carecían de reconocimientos unánimes, dada la profunda división entre peronistas y no peronistas, pero hubo intentos por rearticular la FUC, y las asambleas de cada escuela y facultad funcionaban como foro donde actuaban las distintas corrientes y tendencias. Como apuntamos antes, existían divisiones con las fuerzas que se identificaban con el peronismo, con el “reformismo” democrático liberal, con el “integralismo” católico o con la izquierda revolucionaria. Después de 1966, con la Noche de

⁴¹⁷ Ana Ignacia Rodríguez, en *Memorial...*, p. 38

⁴¹⁸ Sócrates Amado Campos Lemus, en *Memorial...*, p. 38

⁴¹⁹ Marcia Gutiérrez, en *Memorial...*, p. 38

⁴²⁰ Citado por Edmundo Jardón Arzate, *De la Ciudadela a Tlatelolco. México: el islote intocado*, p. 238 y 239

⁴²¹ *A los estudiantes/ Al pueblo de México*, volante que reproduce la carta de renuncia de Florencio López Osuna y de Eduardo Valle Espinoza, miembros del CNH en Lecumberri, s.f., AHUNAM, Fondo Esther Montero, Caja 1, Expediente 8, Documento 359

los Bastones Largos y los sucesos que llevaron al asesinato de Santiago Pampillón en Córdoba, hubo fuertes críticas de que la Junta Ejecutiva de la FUA en Buenos Aires sobreestimaba “la incidencia estudiantil dentro del proceso político que se operaba en dicho momento”.⁴²² La dirección de la FUA quedó en manos de la FAUDI, en la que militaban comunistas revolucionarios e izquierda independiente. Emilse Pons apunta que en la década de 1960, la estructura de delegados por curso, centros de estudiantes por Facultad y Federaciones locales que conformaban la FUA, tendía a ser reemplazada porque los estudiantes preferían acudir directamente a los centros sin pasar por sus delegados de curso, pues aun bajo la clandestinidad, era allí donde las distintas tendencias impulsaban sus posiciones.⁴²³ En marzo de 1967, el plan de acción de la FUA llamaba a luchar por la vigencia de la autonomía y el cogobierno en las universidades, el cese de sanciones a los alumnos y los profesores, la reposición de los académicos renunciando a raíz de la Noche de los Bastones Largos; contra las limitaciones al ingreso y la permanencia de los estudiantes, contra el cobro de aranceles, y por la “solidaridad y coordinación estudiantil-obrero-popular”.⁴²⁴

En Córdoba, según Ceballos, había actividad de la Corriente de Izquierda Universitaria (CIU), del peronismo revolucionario en el Frente Estudiantil Nacional (FEN), el FIP, la Franja Morada y el MNR. Hasta 1966, la FUC había sido dirigida por Abraham Kozak, marxista independiente, quien junto con las corrientes de izquierda, criticaba a los “reformistas” sus “instancias burocráticas” y abogaba por la “democracia directa de masas”.⁴²⁵ Pons indica que en noviembre de 1966, al final de la huelga en la UNC, se produjo una ruptura de los

⁴²² Ceballos, *op. cit.*, pp. 119 y 120

⁴²³ Pons, *op. cit.*

⁴²⁴ Ceballos, *op. cit.*, p. 117

⁴²⁵ *id.*, p. 123

“reformistas” con el peronismo y el integralismo, pues los primeros eran partidarios de cesar la huelga en Medicina, Odontología e Ingeniería, al considerar que la medida se había estancado y deteriorado, y llamaban a buscar otras tácticas de lucha; ante ello, las otras dos corrientes se abstuvieron de seguir participando en los centros de estudiantes. La ruptura se hizo manifiesta en junio de 1968, durante el cincuentenario del Movimiento de Reforma. El integralismo, algunos representantes de la FUC, el FEN y otros grupos se deslindaron del paro conmemorativo convocado por la FUA, a la que calificaron de “una mera tendencia dentro del movimiento estudiantil, pese a que pretenda arrogarse la representación del estudiantado argentino”.⁴²⁶ La FUA y sus representantes afines en la FUC replicaron que al no sumarse a la acción, los integralistas hacían el juego al régimen militar.⁴²⁷

Los integralistas terminaron separándose de la FUC y crearon la Federación de Agrupaciones Universitarias Integralistas de Córdoba. En abril de 1969, el Centro de Estudiantes de Ingeniería advertía en un documento que “ninguna resolución, ninguna opinión, será hoy representativa del sentir de la gran mayoría de los estudiantes si éstos no han participado en su elaboración”, y proponía renovar los Centros de Estudiantes como foros donde “*todos* los estudiantes pueden participar democráticamente y todas las tendencias podrán proponer al estudiantado sus programas, pero éstos serán aceptados o no según la real voluntad de la mayoría de los estudiantes, expresada a través de la Asamblea General, elecciones de Comisión Directiva del Centro, etc”.⁴²⁸ Los integralistas también tenían adeptos en la Agrupación de Estudios Sociales (AES) de la Universidad

⁴²⁶ *La Voz del Interior*, Córdoba, 12 de junio de 1968, citado por Pons

⁴²⁷ *id.*

⁴²⁸ Ceballos, *op. cit.*, p. 128

Católica de Córdoba, que sería hegemónica en 1969 en la Federación de Asociaciones Estudiantiles de esa institución.⁴²⁹

Delich apunta que para 1969 proliferaban “los grupos y sub-grupos, las pequeñas células que se encuentran entre sí en los momentos de reivindicaciones parciales universitarias, en los momentos de enfrentamiento con el poder. El resto del tiempo mantienen una existencia subterránea y reducida”.⁴³⁰ Pons apunta que este tipo de activistas solía estar “menos preocupado por la organización que por la acción movilizadora, centrada en reivindicaciones políticas, antes que gremiales”. Hay simultáneamente un “giro del apoliticismo al politicismo”, con una praxis “no circunscripta específicamente al ámbito de la universidad sino también a un contexto político social determinado”.⁴³¹

Al comenzar las protestas de mayo de 1969, el eje de la actividad estudiantil se desplazó de las organizaciones representativas a las asambleas generales, en donde, al margen de la participación o no en la FUC o en el integralismo, los estudiantes asumían las tareas y acuerdos. Delich apunta que las consignas lanzadas por la FUA tenían poco eco en la UNC, y que, salvo en la Universidad Católica, en donde los estudiantes “se alinearon detrás de sus dirigentes”, en las demás escuelas se observó un “carácter masivo de la participación estudiantil y su falta de organización”.⁴³² La observación de Delich puede ser válida si se refiere a la falta de una organización representativa única, pero en cambio son las asambleas las que le dan estructura. En la cronología hemos apuntado la realización cotidiana de asambleas en el comedor de la UNC. En Ingeniería “se produjo un movimiento

⁴²⁹ Pons, *op. cit.*

⁴³⁰ Delich, *op. cit.*, p. 99

⁴³¹ Pons, *op. cit.*

⁴³² Delich, *op. cit.*, p. 101

masivo de lucha que eclosionó en sucesivas asambleas”, en las que se “gestó la formación de un nuevo tipo de organismo estudiantil a través del cuerpo de delegados”, conformada por dos representantes de cada curso, que se reunían dos o tres veces por mes. La experiencia fue retomada luego por Arquitectura, Filosofía y otras facultades. “Ese Cuerpo de Delegados consideraba los temas previamente tratados en las asambleas de curso”.⁴³³ En 1969, “se registró una acción común, en la práctica, toda vez que las movilizaciones y objetivos de lucha, *eran el resultado de asambleas estudiantiles* y no simples decisiones de dirigencia”.⁴³⁴ Al culminar las jornadas del Cordobazo, la FUA resaltaba en un documento la importancia de la actuación estudiantil junto a los trabajadores y la propia reorganización del movimiento estudiantil.⁴³⁵

Lo principal, en todos los casos, es esta prevalencia de las asambleas como los órganos que debatían, tomaban decisiones y enviaban sus resoluciones a los organismos de dirección de los movimientos, a través de sus delegados, quienes además eran rotatorios y removibles en cualquier momento. Las organizaciones políticas, para conseguir que sus posiciones ganaran influencia, debían convencer a los integrantes de las asambleas, en donde las discusiones podían ser muy ríspidas. Una vez adoptada por la asamblea, la resolución pasaba a una nueva discusión en el organismo representativo, de donde emanaban las directrices principales para el movimiento. Este sistema de democracia directa reducía notablemente las posibilidades de cooptación de las autoridades. Como apunta Taibo en el caso mexicano, ese tipo de dirección era “fácilmente infiltrable, pero imposible de abrir,

⁴³³ Ceballos, *op. cit.*, p. 127 a 129

⁴³⁴ *id.*, p. 124, subrayado en el original

⁴³⁵ *La Voz del Interior*, 2 de junio de 1969, citado por Pons

amedrentar, corromper, o aislar de las bases en un proceso negociador. Si no podían controlar, sólo quedaba aislar y reprimir”.⁴³⁶

3.4 Tomar las escuelas, tomar las calles

En las primeras acciones defensivas ante la policía, los militantes de la izquierda introdujeron su repertorio de experiencias, orientadas a denunciar la actuación del Estado ante otros sectores sociales, lo que significaba *ampliar* los espacios de la confrontación a los terrenos de la opinión pública, unas veces con énfasis en los sectores medios, y otras en las clases trabajadoras. Estas actividades agrupaban a gran cantidad de jóvenes sin militancia previa, que aportaban creatividad y ocurrencias, y resultaban atractivas para sectores con escasa participación pública, a la vez que tenía fuerte repercusión en ellos, como relata la mexicana Elisa Ramírez sobre el contacto de las universitarias que iban de brigada a los talleres de costura de San Antonio Abad, donde la mayoría del personal también eran mujeres,⁴³⁷ o con la relación en Uruguay entre estudiantes y obreros muy jóvenes, no sólo en términos de demandas sociales, sino también en sus expectativas generacionales⁴³⁸. El sector institucionalizante también participó en algunas acciones en las calles, aunque privilegiaba sus propios mecanismos, como las reuniones de los organismos universitarios, que cotidianamente tomaban posición en contra de la represión y promovían posibilidades de negociación para atender el conflicto. Cada uno de estos sectores activaba sus contactos y redes sociales.

⁴³⁶ Taibo, *op. cit.*, pp. 48 y 49

⁴³⁷ Elisa Ramírez, *Memorial...*, p. 89.

⁴³⁸ Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 90 y 91

El tipo de acciones del movimiento se modificaba según las condiciones de la confrontación. Cuando los movimientos comenzaban, predominaban los enfrentamientos. Con el repliegue de la policía, los movimientos entraban en momentos de rápida acumulación de fuerzas, y las acciones mostraban con su efervescencia este crecimiento. En un momento determinado, los estudiantes fueron capaces de emprender grandes movilizaciones, ante las cuales las mismas autoridades tenían que permitir la ocupación de calles y plazas. Pero a continuación, los gobiernos emprendieron acciones de acoso y hostigamiento, ocupaciones de escuelas y detenciones, para desgastar al movimiento, privarlo de espacios y desorganizarlo. Esto cerraba la posibilidad de nuevas manifestaciones, las acciones de propaganda se volvían riesgosas, y se producían nuevos enfrentamientos. Los gobiernos preparaban las escaladas militares que culminaron en nuevas represiones y que pusieron fin a las rebeliones estudiantiles.

Al comenzar el ciclo de las rebeliones, una parte de la actividad estudiantil se realizaba en el interior de los planteles, convertidos en centro de organización y punto de partida del resto de acciones. El movimiento estudiantil mantenía reuniones y asambleas cotidianamente; para preparar sus acciones externas, requería de tiempo y espacios, y además para ello tomaba equipos y materiales originalmente destinados a la labor escolar. En algunos casos, esto era permitido o al menos tolerado por las autoridades educativas, que de esta manera se involucraban con el movimiento, aunque estas apropiaciones fueran también motivo de fricciones y desacuerdos, pues significaba ceder o al menos compartir su control con una autoridad paralela, de facto.

La ocupación de los espacios escolares podía corresponder a una contingencia y formar parte de una acción defensiva, cuando los manifestantes buscaban refugio para escapar de la policía, como ocurría con frecuencia en el edificio central de la Universidad de la República y el vecino instituto IAVA en Montevideo, y sucedió en las preparatorias del centro de la Ciudad de México en julio, lo que interrumpía las actividades cotidianas. En otras ocasiones, se decidía con anticipación realizar paros de labores de uno o varios días, frecuentes en las universidades argentinas o brasileñas; o se acordaban tomas o huelgas por tiempo indeterminado, hasta obtener solución a las demandas, como la ocupación de los liceos en Montevideo en mayo, durante la lucha por el “boleto popular”, así como la huelga estudiantil en México, o la toma de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sao Paulo.

De igual modo, la apropiación podía afectar a todo el plantel, o sólo determinados espacios de reunión, o lugares en donde se realizaban preparativos para otras acciones en el exterior, como imprimir volantes, o pintar carteles y mantas, en el caso de los auditorios, salones de actos e incluso gimnasios de diversos planteles,⁴³⁹ los comedores universitarios, así como las explanadas o algunos cubículos, bodegas o almacenes de las escuelas. A veces también se ocupaban las líneas telefónicas, a través de las cuales se mantenían comunicadas las distintas escuelas entre sí y con el exterior, y en especial para reportar eventualidades.⁴⁴⁰ Algunos eran espacios normalmente usados por los estudiantes, pero

⁴³⁹ Varela Petito, *op. cit.*, p. 24, 28, y 98-99 narra sucesivas ocupaciones del patio, el vestíbulo y el gimnasio del IAVA; el subsuelo, con ventanas a la calle, sirvió para escapar del lugar “con ocasión de los cercos policiales”. Markarian, p. 53, cita a un estudiante de un plantel de enseñanza media sobre la toma del salón de actos, “que era utilizado hasta ese momento para que los viejos pelucones se reunieran”.

⁴⁴⁰ González de Alba menciona que se mantuvo comunicación telefónica constante entre CU y las preparatorias del centro la noche del 29 al 30 de julio de 1968, lo que permitió a los activistas reunidos en Filosofía conocer los movimientos de la policía y el ejército hasta el momento del asalto, *Los días...*, p. 31. En los días previos a la toma de CU el 18 de septiembre, también recibieron numerosas alertas telefónicas sobre los constantes desplazamientos de tropas, pp. 125 y 126. En Brasil, citamos antes un testimonio sobre el uso de *walkie-talkies*, ver Melécia Moreira, “Brasília, quinta-feira, 29 de agosto de 1968”, en *68, a geracao...*, p. 177

otros no. La ocupación de las escuelas y la apropiación de todos los recursos supuso una experiencia organizativa y una responsabilidad que se asumían colectivamente y de la cual se respondía ante comités y asambleas estudiantiles.⁴⁴¹

En Argentina y Brasil, la toma de instalaciones era temporal y limitada. En Uruguay los plazos y las formas de adueñarse de las escuelas eran más amplios, aunque en la medida en que los estudiantes eran parte del cogobierno, era innecesario desplazar o enfrentarse con las autoridades para tener acceso a determinados recursos materiales. La ocupación de las escuelas, con todos sus espacios y recursos, alcanzó su mayor plenitud en México, con la declaración de las huelgas estudiantiles a finales de julio y principios de agosto, que incluyó la ocupación de todos los espacios. Esta medida perduró hasta la segunda mitad de septiembre, cuando el ejército ocupó los principales centros escolares; después de la salida de los militares, la huelga continuó hasta diciembre, pero ya sin el control absoluto del movimiento sobre los planteles. En algunas escuelas, los estudiantes habían desarrollado experiencias de este tipo en los años anteriores, que compartieron con sus compañeros de otros planteles.⁴⁴² De este modo, las asambleas se apoderaron prácticamente de todos los espacios dentro del territorio escolar: aulas, cafeterías,⁴⁴³ oficinas administrativas, imprentas,

⁴⁴¹ Sobre la responsabilidad de los estudiantes en los espacios ocupados, el mexicano Enrique Ávila apuntaba en entrevista que en la Normal Superior “hubo alguna borrachera por ahí, en algún 15 de septiembre, y cosas así, que después se convirtió en un verdadero punto de discusión en todas las asambleas. Cosas de jóvenes, cosas de jóvenes que ahora no lo ves [tan grave] a la distancia, y te da risa, pero en ese momento sí era muy, muy grave esa situación”. Entrevista con Enrique Ávila, realizada por el autor, 1 de octubre de 2010

⁴⁴² La Facultad de Química de la UNAM, sin tradición de lucha, se sumó a la huelga con apoyo de activistas de otras escuelas. “Se empezó a generar un proceso de aprendizaje sobre la marcha, se aprendía de todos, de otros comités de lucha, de brigadas conjuntas entre dos o más facultades”. Santiago Flores, “Mi fiesta impoluta”, en Martínez della Rocca, pp. 169 y 170. Luis Gómez, estudiante de prevocacional en 1968, cuenta que a su plantel, cuyos alumnos eran niños desde los 11 años, acudieron brigadas de vocacionales y escuelas superiores del Politécnico para “ayudarnos a organizarnos para participar en el movimiento”, Luis Gómez, citado por Jardón, 1968..., p. 270

⁴⁴³ Por acuerdo de la asamblea de Filosofía, la cafetería “a partir del 30 de julio de 1968, se expropia a la iniciativa privada [...] para constituir una cooperativa estudiantil”, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/321/44. El 12 de agosto ocurría lo mismo en Arquitectura, “siguiendo el ejemplo del comité de Filosofía y Letras”, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/322/13 a 17. En febrero de 1969, los

laboratorios, medios de transporte y todos los equipos, que fueron puestos al servicio del movimiento. Vale la pena acotar que para los estudiantes, esto implicaba poner las escuelas al servicio *del pueblo*, en la medida en que concebían su movimiento como una expresión de las demandas populares. Los planteles tomados no sólo eran centro de actividad estudiantil, sino también sirvieron como espacio para determinados actos abiertos a la población: asambleas, reuniones con padres, festivales dominicales, etc.⁴⁴⁴

En la Ciudad Universitaria mexicana, González de Alba relata que en el octavo piso de la Torre de Humanidades de la UNAM estaba “instalado el mimeógrafo, el sonido de 'Radio Humanidades' y la cafetera eléctrica”, y “en el salón más grande había otro mimeógrafo y mesas para cortar los volantes [...] Otro cubículo lo usaba [José] Revueltas para escribir los manifiestos de la Asamblea de Intelectuales y Artistas”.⁴⁴⁵ Una brigada de Ciencias Políticas tomó la imprenta universitaria, y la Gaceta de la UNAM fue convertida en la *Gaceta. Boletín informativo del Comité Coordinador de Huelga de la UNAM*.⁴⁴⁶ Otra brigada de la Facultad de Ciencias intentó tomar las instalaciones de Radio Universidad para difundir el movimiento, pero en este caso, la rectoría lo evitó, a cambio de proponer a Carlos Monsiváis “que hiciera como productor el programa del movimiento estudiantil del Consejo Nacional de Huelga” en la emisora, el cual “más o menos funcionó ese programa hasta la toma de CU”.⁴⁴⁷ En la Escuela Nacional de Artes Plásticas, se tomaron los materiales y equipos para abastecer a

comités de lucha informaban que las autoridades los habían obligado a devolver las cafeterías en Ciencias, Filosofía y Arquitectura, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/321/65

⁴⁴⁴ En México, una serie de volantes indica que un grupo de taxistas buscó contacto y asesoría legal del Comité de Lucha de la Facultad de Derecho, y se reunía en aulas y auditorios de este plantel. *Compañero taxista*, volante firmado como Consejo Nacional de Huelga, invitando a una asamblea para el jueves 5 [de septiembre] en la Facultad de Derecho, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 316, Documento 41

⁴⁴⁵ González de Alba, *Los días...*, p. 36

⁴⁴⁶ Ejemplares de varios números de esta *Gaceta* se encuentran en AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Cajas 57, Expediente 310, y Caja 58B, Expediente 315.

⁴⁴⁷ Carlos Monsiváis, en *Memorial...*, p. 82

las brigadas de las diversas escuelas con “miles de grabados, mantas, pancartas y pegas de diverso tipo”.⁴⁴⁸ Los estudiantes del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) también tomaron las cámaras y película que se usaba para los cursos regulares para registrar el movimiento, material con el que se elaboró el filme *El grito*.⁴⁴⁹

En el IPN, donde los autobuses que se usaban para actividades deportivas, viajes de prácticas y eventos cívicos habían sido encerrados por las autoridades fuera de las instalaciones escolares, el estudiante de ingeniería Jorge Poo Hurtado organizó una brigada que “se encargó de investigar el lugar donde se encontraban guardados”, y “uno de aquellos primeros días de la huelga, los camiones amanecieron muy bien acomodados en los patios de la Unidad Profesional Zacatenco y más tarde en una reunión del Comité Coordinador del Politécnico se definió como se iban a repartir entre las diversas escuelas”.⁴⁵⁰ De igual modo, fueron tomadas las imprentas del Politécnico, donde, según relata Álvarez Garín, “llegábamos a tirar un millón de ejemplares o más de un volante [...] trabajaban permanentemente setenta compañeros en dos o tres turnos”,⁴⁵¹ y en los sótanos de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas se instalaron sus propios laboratorios fotográficos.⁴⁵² El normalista Enrique Ávila resalta que “casi no había facultad o escuela donde no hubiera cuatro o cinco mimeógrafos”, y precisa que cada brigada pedía cooperación al público, “se llenaban los botes, y eso era para comprar papel, para comprar tinta, para comprar mimeógrafos, que eran caros”.⁴⁵³

⁴⁴⁸ Álvarez Garín, *La estela...*

⁴⁴⁹ Jorge Ayala Blanco, en *La búsqueda del cine mexicano*, relata que debido a que en el CUEC había sólo medio centenar de alumnos, que “apenas alcanzarían para integrar unas cuantas brigadas de información”, se concluyó “que su más adecuada forma de participación en el Movimiento era también la más consecuente y lógica para ellos: a través del cine”

⁴⁵⁰ Vargas Valdés, “La manifestación del 5 de agosto en el IPN”, *Fragua de los Tiempos*

⁴⁵¹ “La dispersión. Entrevista con Raúl Álvarez Garín”, en Bellinghausen, *op. cit.*, pp. 155 a 158

⁴⁵² Jesús Vargas Valdés, “1968, Cuarenta años después”, en “Los cuarenta años del movimiento estudiantil del 68”, *Fragua de los Tiempos No. 772*

⁴⁵³ Entrevista con Enrique Ávila, citada

En las escuelas mexicanas, muros, techos y suelos eran lugar para pintar consignas y lemas. En Uruguay, los muros exteriores de las facultades eran utilizados para colgar enormes mantas y carteles, lo cual produjo la indignación de las autoridades militares cuando se colocaron carteles satirizando el uso del ejército para reprimir a los sindicatos; en algunos casos, cuando los estudiantes lo hacían sin permiso de la autoridad escolar, también había fricciones internas.⁴⁵⁴ La apropiación de los lugares incluyó en México el cambio de nombre de algunos auditorios, como el “Justo Sierra” de la Facultad de Filosofía, que por acuerdo de asamblea fue nombrado “Che Guevara”. Del mismo modo, se bautizaba a los sanitarios con los nombres del presidente Díaz Ordaz o de los jefes policiales.⁴⁵⁵ Existen fotografías de aulas bautizadas con brocha y pintura como *Ho Chi Min*, *Lenin* o *Rubén Jaramillo*.⁴⁵⁶ Para evidenciar la negativa de las autoridades a discutir con el movimiento, el 23 de agosto el CNH convocó a un mitin en Ciudad Universitaria para un diálogo con diputados.⁴⁵⁷ Los legisladores del PRI no acudieron, pero sí Jesús González Schmall y Diego Fernández de Cevallos, del opositor Partido Acción Nacional (PAN),⁴⁵⁸ pues ir a CU representaba para los parlamentarios ir al terreno del adversario y exponerse a ser cuestionados y evidenciados.

⁴⁵⁴ París de Oddone, *La Universidad...*, p. 116

⁴⁵⁵ “...el nombre del auditorio Justo Sierra se había sustituido por el de Che Guevara por acuerdo de asamblea [...] en esa asamblea había como ochocientos alumnos”, relataba González de Alba sobre el rebautizo del auditorio de Filosofía al ser interrogado tras su detención, *Los días...*, p. 197. Una foto titulada “Toma del Casco de Santo Tomás por el ejército y detenidos. Septiembre de 1968”, en AHUNAM, Fondo Manuel Gutiérrez, Sección Gobernación, Estudiantes, Sobre 54, MGP2677, muestra a dos agentes vestidos de civil a la entrada de un baño en el Casco de Santo Tomás, bautizado “Aula Gusano Díaz Ordaz”.

⁴⁵⁶ Virginia Marisol Escobedo Aguirre, “Influencia y representaciones de la Revolución Cubana en el Movimiento Estudiantil de 1968 en México, Una mirada retrospectiva”, Tesis de Licenciatura, pp. 139 a 141

⁴⁵⁷ González de Alba, *Los días...*, p. 82

⁴⁵⁸ Alberto del Castillo, *Memoria y representación. La fotografía y el movimiento estudiantil de 1968 en México*, p. 24

La toma prolongada de una escuela suponía organizarse para mantener una presencia mínima de estudiantes en el plantel. Las asambleas se organizaban para sostener guardias y realizar actividades para agrupar la mayor cantidad posible de estudiantes. Además de ser el centro de reunión de las brigadas y piquetes que salían a las calles, y de ser el centro productor de propaganda, se buscaba la asistencia de otros estudiantes, más interesados en las tareas académicas o menos proclives a salir a las calles, para mantener cohesionada una base social relevante. Una opción en este sentido fue la apertura de debates, seminarios⁴⁵⁹ y “contracursos”, que eran espacios para discutir temas usualmente ausentes de las aulas. En algunos casos, se abordaban problemáticas sociales generales; en otros, se discutía la propia transformación de la universidad. “Uno de los objetos de los contracursos [es] analizar, discutir y polemizar sobre todos aquellos puntos que el régimen no quiere que sean considerados. En historia, por ejemplo, analizamos el surgimiento de los sindicatos, los acontecimientos del primer de mayo que dieron origen a la elección de esa fecha como día de los trabajadores, etc.”, relataba un profesor de nivel secundario en Uruguay.⁴⁶⁰

En Uruguay los primeros en realizar estas actividades fueron los estudiantes de liceo, con respaldo de profesores simpatizantes y bajo coordinación de los comités de movilización; y que luego se extendieron a la UTU y la Universidad de la República. Esta iniciativa político-académica atendía la necesidad de mantener ocupadas las instalaciones, agrupar a los estudiantes, sellar la alianza con los profesores y alentar el debate político, que incluía una

⁴⁵⁹ Héctor Barrena relata a Jardón, 1968..., pp. 257 y 258, que en Arquitectura hubo un seminario de “revolución académica”, donde “se planteó que los temas para aprender arquitectura debían ser temas reales y no ficticios”, lo que se reflejó en la década siguiente “el proceso de vinculación a la realidad” del proyecto del autogobierno

⁴⁶⁰ Citado en “La protesta estudiantil”, *Marcha*, Montevideo, 14 de junio de 1968

crítica y una alternativa al sistema de educación vigente.⁴⁶¹ Los estudiantes que realizaban actividades académicas fuera de los planteles educativos extendían estos debates a otros lugares, como los alumnos de Medicina que tomaban clases en clínicas y hospitales.⁴⁶²

En Brasil, a partir del golpe de Estado de 1964, el gobierno militar había expulsado al personal académico, administrativo y los estudiantes identificados con la izquierda, y había instalado autoridades afines en las universidades, así como oficinas de vigilancia. Con ello, la relación entre el movimiento estudiantil y los directivos de las universidades era distinta que en Uruguay o México, pero aun así, los estudiantes desafiaban las prohibiciones y utilizaban auditorios, explanadas y salones para realizar sus actividades; y contaron con cierto respaldo académico, e incluso institucional, en algunos planteles. De este modo, por ejemplo, el Consejo Universitario de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ) decidió en agosto mantener las instalaciones abiertas durante las vacaciones, y la Facultad de Filosofía de la USP fue ocupada, lo que permitió a los estudiantes mantener su actividad en un momento en que la represión arreciaba y había un repliegue de las calles hacia las escuelas.⁴⁶³ Además de la represión policial, los estudiantes enfrentaron en junio de 1968 una disposición gubernamental que condicionaba el derecho de los estudiantes a aprobar el curso a un porcentaje de asistencias, que objetivamente era una sanción a quienes participaran en paros de labores y faltaran a clases por acudir a otras actividades.⁴⁶⁴

⁴⁶¹ “El Ejecutivo contra la Secundaria”, *Marcha*, Montevideo, 14 de junio de 1968

⁴⁶² En México, los estudiantes habían participado en el movimiento de protesta de los médicos por mejores condiciones laborales, y se conformaron asambleas en el Hospital General o el Centro Médico. En Uruguay, el vicerrector Hermógenes Álvarez, decano de Medicina, relataba el apoyo de los docentes a las demandas universitarias y la realización de contracursos en clínicas y hospitales. AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 8 de julio de 1968, Acta N° 32, fojas 874 a 880

⁴⁶³ Ribeiro, *op. cit.*, pp. 90 a 100

⁴⁶⁴ *id*

En las calles, los estudiantes brasileños habían desarrollado desde 1965 mecanismos para movilizarse minimizando los riesgos de enfrentarse con la policía, como marchar en sentido contrario al del tránsito por la Avenida Río Branco, en Río de Janeiro, lo que detenía a los automovilistas e impedía que se movilizaran las patrullas, de manera que “apenas doscientos o trescientos estudiantes, marchando contra el tránsito, eran capaces de provocar aquel desorden”; también se habían organizado en pequeños grupos de cinco estudiantes, compartimentados, con un responsable que era quien mantenía contacto con el resto de grupos y “era quien sabía exactamente el lugar de salida de la manifestación”.⁴⁶⁵

En Argentina, donde las universidades estaban intervenidas por el régimen militar desde 1966, los comedores estudiantiles sin embargo fueron un espacio importante de reunión y organización, y cuando las autoridades emprendieron una serie de cierres y privatizaciones de este servicio, se produjo un importante movimiento de resistencia. El comedor universitario de Córdoba atendía a miles de estudiantes, y “se había constituido en un multitudinario foro democrático, donde hablaba el que quería y decía lo que pensaba”. A principios de 1968, el rector Nores Martínez duplicó el costo del abono mensual, “tratando así de reducir la afluencia de estudiantes”, lo que produjo protestas que obligaron a moderar, aunque no a cancelar, el aumento.⁴⁶⁶

En 1969, además de los comedores y auditorios, los estudiantes argentinos tenían otros sitios de reunión: los barrios con mayor población estudiantil, como Alberdi, donde según Ferrero vivían alrededor de seis mil estudiantes de diversas universidades y escuelas

⁴⁶⁵ Testimonio de Fernando Nagle Gabeira, en Caso, *op. cit.*, pp. 48 a 51

⁴⁶⁶ Roberto A. Ferrero, *Historia crítica del Movimiento Estudiantil de Córdoba*, Tomo III (1955-1973), pp. 181 y 182

de Córdoba,⁴⁶⁷ o los locales sindicales, como el de Luz y Fuerza, cuyo líder Agustín Tosco “siempre había procurado la alianza con el estudiantado como una medida de orden estratégico”, y se permitió “generosamente que su edificio sindical fuera utilizado por los estudiantes con cualquier fin, desde cursos de preparación del examen de ingreso hasta reuniones políticas clandestinas”.⁴⁶⁸ Con respaldo de organizaciones populares y sindicales, los estudiantes afrontaron el cierre o privatización de los comedores mediante la instalación de comedores estudiantiles paralelos y “ollas” populares. El principal espacio estudiantil durante el Cordobazo fue el Barrio Alberdi, conocido como Clínicas por el hospital universitario. Carlos Orzaocoa, participante en el Cordobazo, relataba que en esa zona “vivía el grueso del movimiento estudiantil. Porque Córdoba, la característica de Córdoba, es la de que, especialmente en ese tiempo, todos los jóvenes de las provincias del norte, del oeste, venían a estudiar a Córdoba. Córdoba era como la universidad del interior del país [...] incluso para estudiantes que provenían de Bolivia, del Perú, de Paraguay, la Universidad de Córdoba era naturalmente receptiva para esos jóvenes que venían a estudiar acá a Córdoba, y que se alojaban en pensiones estudiantiles. Las pensiones estudiantiles estaban especialmente focalizadas en Alberdi, en los alrededores del Clínicas, donde ahí vivían los estudiantes en pensiones que eran baratas, con muy buena relación con la población local, que era una población de clase media baja, y que asistían al comedor estudiantil”.⁴⁶⁹ De acuerdo con Ferrero, después del golpe de 1966, en Clínicas y otros barrios, se formó “un agrupamiento surgido de la auto-organización estudiantil”, con un criterio territorial, que reunía a los universitarios “de una calle, de una manzana o de un barrio”, denominada Interbarrios,⁴⁷⁰ donde los estudiantes proclamaron en los muros “con aerosol verde la célebre

⁴⁶⁷ *id.*, p. 171

⁴⁶⁸ James P. Brennan, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, p. 189 y 190

⁴⁶⁹ Entrevista con Carlos Orzaocoa, citada

⁴⁷⁰ Ferrero, *op. cit.*, p. 167

consigna del Cordobazo: 'Barrio Clínicas, territorio libre de América'".⁴⁷¹ La población colaboró durante los dos días con los estudiantes durante la ocupación estudiantil del Clínicas, que se mantuvo como "el último bastión de la revuelta popular".⁴⁷²

Los estudiantes cordobeses desarrollaron además otro repertorio de acciones a partir de 1966: huelgas de hambre, faltas colectivas a clase, huelgas universitarias generales, actos relámpagos y el dictado de clases "alternativas" en espacios extrauniversitarios,⁴⁷³ similares a los seminarios y contracursos. En esta misma dinámica, los sectores más institucionalizantes del movimiento en Brasil y Argentina, es decir los directorios estudiantiles y la FUA, asumieron la multiplicidad de instancias organizativas y se sometieron a la que, por la vía de los hechos, constituía el verdadero órgano dirigente: las asambleas.

Al mismo tiempo que aceptaban o toleraban la ocupación de las instalaciones -lo que, insistimos, significaba ceder una parte significativa de su poder a las asambleas-, las autoridades universitarias y los sectores institucionalizantes del movimiento cotidianamente daban a conocer una posición oficial sobre los acontecimientos del movimiento. Órganos como el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República en Uruguay, o el Consejo Universitario de la UNAM en México, se pronunciaban en momentos clave, al igual que las diversas organizaciones de profesores en los distintos países durante todo el conflicto. Con las limitaciones que le imponía su propia posición, este sector promovió actividades en las calles, cuyo sentido era ejercer los derechos políticos que les eran negados, estirando al máximo el espacio que les daba la legalidad vigente. Esto dio lugar a

⁴⁷¹ *id.*, p. 195

⁴⁷² *id.*, p. 196

⁴⁷³ Emilse Pons, *op. cit.*

una amplia trama de acciones, no siempre congruentes entre sí, pero todas ellas emprendidas como parte del movimiento. La autonomía, de ser un ámbito de neutralidad para el libre desarrollo del pensamiento y las labores académicas, se convertía en condición para el ejercicio de libertades políticas. En 1968, los estudiantes ampliaron su noción de autonomía -y cogobierno en el caso uruguayo- a sus últimas consecuencias, al hacerse cargo de sus instituciones y ponerlas al servicio de la lucha. En ese sentido podría hablarse de las universidades como “territorios liberados”, apropiados por el sector más radicalizado de la clase media, que buscaba una alianza con otros sectores y otras clases en su enfrentamiento contra la ola de autoritarismo contrarrevolucionario que se iba imponiendo.

Con la participación estudiantil directa en el CDC, acaso este organismo director de la Universidad de la República sea el ejemplo de mayor involucramiento del sector institucionalizante en el movimiento. Los representantes estudiantiles, que eran integrantes de la FEUU, presentaban a las sesiones del CDC sus planes de lucha, buscando la participación de ese organismo, o cuando menos su aval o el conocimiento, a las acciones estudiantiles. El CDC también se involucró con la formación de un frente de organizaciones sociales que se opuso a las medidas de excepción adoptadas por el gobierno de Pacheco Areco, formado por la Universidad, la FEUU, la CESU y la CNT, que convocó a una manifestación el 12 de junio de 1968, prohibida por las autoridades, en vísperas de que el gobierno impusiera las Medidas Prontas de Seguridad. Al comenzar julio, el CDC propuso en cada facultad “la creación de comités universitarios que trabajen con la colaboración del personal docente, de la masa profesional y del sector estudiantil, a fin de defender la autonomía universitaria y las libertades públicas”.⁴⁷⁴ La Universidad se sumó al Movimiento

⁴⁷⁴ AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 1 de julio de 1968, Acta N° 29, fojas 864 a 866

Nacional de Defensa de las Libertades (MNDL), que realizó un encuentro el 27 de julio, para rechazar las políticas gubernamentales.⁴⁷⁵ En México, el rector tuvo algunas iniciativas de apoyo al movimiento, como la manifestación del 1 de agosto, y el Consejo Universitario también con la declaración del día 17 del mismo mes en respaldo de las demandas del CNH. En septiembre se evidenciaron diferencias cuando el rector Barros Sierra pidió retornar a la normalidad académica y algunas autoridades impulsaron el levantamiento de la huelga, pero el frente se recompuso ante el asalto militar a CU y la ofensiva gubernamental contra el rector. Después de Tlatelolco, esta alianza desapareció, y entre octubre y noviembre, la insistencia de las autoridades universitarias fue el retorno a clases.

Las ocupaciones de los espacios universitarios no eran un fin para el movimiento, sino el mecanismo que les permitía desplegarse hacia el exterior. Mientras que en los enfrentamientos lo importante era la capacidad para combatir, en las acciones de propaganda el lugar principal lo tenían la palabra, hablada o impresa, pero también las imágenes, la música y la escenificación. En esas acciones, más que la reacción del adversario, lo que el movimiento estudiantil requería era un apoyo o alguna respuesta de los espectadores, a quienes las brigadas y piquetes invitaban a expresarse también, a colaborar con dinero o víveres para las escuelas ocupadas u otras formas de solidaridad, o bien, a asistir a las escuelas y a las manifestaciones y acompañar las tomas y ocupaciones.

Los estudiantes que tenían facilidad de palabra eran los oradores predilectos para los mítines y acciones relámpago. La brigada o el piquete seleccionaba alguna esquina, un parque u otro lugar público con mucha concurrencia; una parte de los estudiantes realizaba

⁴⁷⁵ Landinelli, *La movilización...*, p. 35, y Demasi, *op. cit.*, p. 64

acciones para distraer a la policía, mientras otros exponían brevemente las demandas del movimiento, gritaba alguna consigna, y algunos repartían volantes con rapidez, para luego dispersarse y evitar la represión. En las fases de menor represión, los estudiantes detenidos eran por lo general liberados al cabo de unas horas, y los menores de edad entregados a sus familiares. El CNH declaraba: “nuestras brigadas se desplazan por la ciudad sin peligros graves, y si bien es cierto que nos apresan, también es cierto que normalmente nos sueltan”. En Uruguay, “los detenidos eran generalmente liberados en cuestión de horas y los menores entregados a sus padres”.⁴⁷⁶ A veces dos o más estudiantes, en especial mujeres, escenificaban una discusión sobre el movimiento en lugares públicos, como los puestos de venta de periódicos o en la “cola” de algún comercio. Alguna participante repetía los argumentos de las autoridades contra el movimiento, y su acompañante replicaba explicando las razones y las demandas estudiantiles, con el objetivo de que la gente presente interviniera en la discusión y se difundieran sus exigencias.⁴⁷⁷

Otras brigadas hacían “pintas”, pegaban propaganda o colgaban mantas con leyendas e imágenes en muros, autobuses u otros sitios públicos.⁴⁷⁸ En México, en algunas manifestaciones, estudiantes de Veterinaria soltaron perros con mantas en las que se leían mensajes contra la policía y las autoridades, o alumnos de otras escuelas soltaban globos aerostáticos que al llegar a cierta altitud, dejaban caer volantes.⁴⁷⁹

⁴⁷⁶ El caso de México, citado por Jardón, 1968..., p. 55. El de Uruguay, en Markarian, *op. cit.*, p. 38

⁴⁷⁷ Las actrices Margarita Isabel y Selma Beraud relatan la acción de brigadas que escenificaban discusiones. Isabel, citada por Poniatowska, *op. cit.*, pp. 29 y 30, y Beraud, en Heidrun Holsfeind, *México 68*, p. 93

⁴⁷⁸ En entrevista, María Luisa González Marín relataba: “nos distribuíamos en los coches para hacer pintas, para repartir volantes o dejarlos en ciertos lugares para que fueran repartidos [...] Y claro, te agarraban, porque tenías que hacerlo en las avenidas de mucho tránsito [...] ahí nos organizábamos, unos *echaban aguas*, y nosotros por acá. Y había mujeres y hombres [...] Antes de los enfrentamientos más fuertes, [los policías] no eran tan violentos, podías dar alguna lana y ya no te detenían”.

⁴⁷⁹ Las imágenes de los perros, ver fotogramas publicados en Oscar Menéndez, *Memoria del 68. Fotografías y fotogramas*, pp. 20 y 21. Sobre los globos aerostáticos, González de Alba, *Los días...*, p. 117

Otras formas de ocupar los espacios públicos con carácter pacífico, pero masivamente, era la instalación de “sentadas” o plantones, tomas de puentes y cierres de avenidas, todas ellas demostraciones “más o menos novedosas”, para juntar dinero o “para interrumpir el tráfico en los alrededores de sus centros de estudio”.⁴⁸⁰ Una manera más elaborada era la realización de actos en escuelas, parques o mediante el cierre de alguna calle, como conciertos, representaciones o exposiciones, organizadas por el movimiento, que podían aludir directamente a las demandas,⁴⁸¹ o ser el marco para presentar sus exigencias, distribuir propaganda y recaudar fondos. En la capital mexicana, se realizaban festivales dominicales, y en CU, Zacatenco y Santo Tomás se llevó a cabo la ceremonia del 15 de septiembre, con motivo del día de la independencia.⁴⁸² Asimismo, hubo actividades teatrales y conciertos en la Academia de San Carlos y en el Conservatorio Nacional de Música, en Polanco,⁴⁸³ y se invitaba a la Casa del Lago, una dependencia de difusión cultural de la UNAM, “a todos los artistas, intelectuales, profesionistas, estudiantes, que deseen desarrollar actividades a favor de la difusión del movimiento”.⁴⁸⁴

Los estudiantes no desdeñaban acudir a despachos y oficinas gubernamentales, donde irrumpían en tumulto para presentar determinadas exigencias. Fue el caso de los estudiantes brasileños en el inicio de su movimiento, con el cuerpo de su compañero Edson

⁴⁸⁰ Markarian, *op. cit.*, p. 37

⁴⁸¹ *id.*, p. 53, sobre los festivales musicales callejeros en Montevideo

⁴⁸² Sobre los festejos del día de la independencia en México, ver González de Alba, *Los días...*, pp. 121 y 122

⁴⁸³ Ver el anuncio de la presentación del *Teatro de Protesta*, el viernes 16 de agosto de 1968 en la ENAP, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 59, Expediente 322, Documento 32, y el aviso del *Festival cultural en el Conservatorio*, invitación para el 24 de agosto de 1968 en Masarik 528, AHUNAM, Fondo Esther Montero, Caja 1, Expediente 3, Documento 114

⁴⁸⁴ *Al pueblo de México*, Comité Nacional de Huelga, Centro de Teatro Clásico de la Casa del Lago, México DF a 20 de Agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 59, Expediente 322, Documento 83

Luís, en la Asamblea Legislativa de Río de Janeiro. O de los estudiantes secundarios de Montevideo con la exigencia del “boleto estudiantil” y del “boleto popular”, así como de la UTU para reclamar el presupuesto que no había sido entregado, demandas que no sólo enarbolaron en las calles, sino también en los despachos ministeriales.⁴⁸⁵ La cinta mexicana *El grito* muestra asimismo la presencia de estudiantes en una delegación de policía para acompañar a un grupo de mujeres en sus reclamos ante las autoridades.

En su búsqueda de alianzas, los estudiantes daban especial énfasis a los contactos con sectores de la población trabajadora, a veces en los barrios y viviendas, o en los mercados, pero sobre todo en los centros de trabajo. En los casos en que existía una relación entre organismos representativos, había un contacto a nivel de dirigencias, como sucedía en Uruguay entre la FEUU y la CNT, o en Argentina entre las federaciones y organizaciones estudiantiles y los sindicatos. Pero en paralelo, se establecían vínculos a nivel de base, a veces sin consultar a los liderazgos, como sucedía en Uruguay entre estudiantes de escuelas como Bellas Artes y los cañeros, o algunas facultades con los trabajadores de la carne. En Brasil y México, los controles corporativos del gobierno sobre los sindicatos hacían que las direcciones gremiales fueran hostiles a cualquier acercamiento de las brigadas estudiantiles, pero los movimientos buscaron intensamente, mediante el envío de brigadas, el reparto de propaganda y la realización de mítines relámpago, entablar esos nexos a través de las bases, o con las corrientes disidentes. Sobre los avances y las perspectivas de estas acciones abundaremos en un apartado posterior.

⁴⁸⁵ “Un jerarca de rango ministerial recibe en su despacho a doce personas y les firma un documento asumiendo un compromiso en nombre del Presidente de la República. Otro despacho ministerial es escenario de las promesas que su ocupante transmite a una delegación, sobre el otorgamiento de recursos adeudados. Ambas comitivas están integradas por jóvenes que apenas sobrepasan, en algunos casos, los veinte años”, refiere Bañales, “Qué pasa...”

Otras acciones de enorme impacto fueron las grandes marchas que caracterizaron a 1968. En Uruguay en junio, y en México el primero de agosto, como ya señalamos, las propias autoridades universitarias asumieron la convocatoria a las marchas, apegándose a las normas fijadas por los gobiernos respectivos, lo que fue motivo de críticas, pero al mismo tiempo fue una expresión de compromiso con las demandas estudiantiles y sus reclamos a los regímenes. En México, la demora de las autoridades a autorizar la marcha del primero de agosto dejaba en la incertidumbre si el rector iría o no, lo que provocaba tensiones con los estudiantes politécnicos⁴⁸⁶ y los grupos de izquierda, que reclamaban marchar hasta el Zócalo.⁴⁸⁷ En Uruguay, los representantes estudiantiles protestaban en el CDC por las limitaciones policiales al horario y recorrido de su marcha, al estimar que se les vedaba el “derecho absoluto y legítimo de manifestar”, y ante la decisión del rector Maggiolo y de los representantes académicos de atenerse a esos límites, la FEUU se reservaba el derecho a marchar por su cuenta, si el rectorado de la Universidad decidía no movilizarse.⁴⁸⁸

Pero la mayoría de las manifestaciones fueron acuerdo de los estudiantes, y en la medida en que los movimientos consolidaron su organización interna, se dispusieron a incumplir deliberada y explícitamente las limitaciones policiales a su derecho constitucional. Mediante la movilización de decenas y centenas de miles de personas en las calles, acompañadas por otros miles de espectadores, los estudiantes desplegaban su fuerza, mostraban su capacidad de organización, su disciplina, su convocatoria, la adhesión que

⁴⁸⁶ Los politécnicos advertían: “si los universitarios lo necesitan [al rector] para salir a la calle, nosotros no”, González de Alba, *Los días...*, pp. 53 y 54

⁴⁸⁷ Volante del Comité de Lucha de la Escuela Nacional de Economía, para la marcha del 1 de agosto, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 59, Expediente 322, Documento 33.

⁴⁸⁸ AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 10 de junio de 1968, Acta N° 24, fojas 701 a 703, y AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 5 de julio de 1968, Acta N° 31, fojas 868 a 873.

tenían.⁴⁸⁹ Después de algún nuevo incidente represivo, o ante la renovación de las medidas autoritarias gubernamentales, la capacidad de movilizarse devolvía la confianza a los estudiantes.⁴⁹⁰ También eran ocasión para demostrar el estado de ánimo imperante, fuera de beligerancia contra las autoridades, de solemnidad por el apoyo social obtenido, de euforia por la fuerza desplegada, en ocasiones iracundo y en otras festivo.⁴⁹¹ Las manifestaciones requerían planificación, se discutía el recorrido y el sentido de las consignas,⁴⁹² incluso las imágenes que debían enarbolarse,⁴⁹³ y cada escuela se organizaba para contar con comisiones de orden, evitar infiltraciones, garantizar la seguridad de los participantes y saber cómo actuar en caso de que la policía irrumpiera en la demostración.

Las manifestaciones alteraban la vida de la ciudad, interrumpían las actividades cotidianas y eran ocasión para que la población se expresara junto con los estudiantes. Sin llegar al ataque físico, durante las manifestaciones los estudiantes descargaban su indignación gritando o pintando consignas e insultos contra instituciones gubernamentales, diarios y televisoras, partidos políticos. Las embajadas y consulados estadounidenses eran

⁴⁸⁹ González de Alba apunta, al comentar la decisión del CNH en septiembre de volver a manifestarse tras el repunte de la represión el 28 de agosto, de las amenazas vertidas por el presidente en su informe, de las fricciones con las autoridades universitarias y de los debates internos: “La clave es siempre la movilización; contra ella se estrellan los problemas diarios que de otra manera paralizan la actividad”, *Los días...*, p. 115

⁴⁹⁰ González de Alba: tras varias semanas de represión y amenazas, la Manifestación del Silencio del 13 de septiembre “había levantado y reestructurado al Movimiento porque no hacía falta sino una sola cosa: devolver la confianza en nuestras propias fuerzas y encontrar un sentido, un propósito, a las tareas concretas, al trabajo común. Todo esto se logró con la manifestación silenciosa”, *Los días...*, p. 120

⁴⁹¹ Varela Petito, *op. cit.*, pp. 143 y 144, describe una manifestación en Montevideo “en un clima relajado, casi de fiesta, se plegaba una gran banderola llevada en alto durante la marcha y entre consignas y risas”

⁴⁹² En México, antes de que se acordara realizar la Manifestación del Silencio del 13 de septiembre, que concluyó en el Zócalo, un bloque de escuelas promovía una marcha por los barrios obreros del norte de la Ciudad, y muchas otras consideraban absurdo marchar en silencio. Ver González de Alba, *Los días...*, p. 115, y Taibo II, *op. cit.*, pp. 74 a 77

⁴⁹³ Ante la omnipresencia de imágenes del *Che*, una corriente en el CNH mexicano impulsó, y ganó, que se portaran también carteles con los rostros de personajes de la historia nacional, indica Guevara Niebla en *La libertad...*, p. 214. En las marchas se utilizaban retratos de los sindicalistas presos Demetrio Vallejo y Valentín Campa, pero tras esa resolución se llevaron algunos de personalidades que chocaban a los jóvenes, como Venustiano Carranza, o incluso Zapata y Villa, pues “ya se lo apropió el PRI”, decía Claudia Cortés González, citada por Poniatowska, *op. cit.*, p. 40

también un lugar para expresar repudio, como ocurrió en el sepelio de Edson Luís en Río de Janeiro, donde los activistas del Calabouço quemaron una bandera de Estados Unidos frente a la embajada de ese país.⁴⁹⁴

Ante las grandes marchas, los regímenes eran incapaces de impedir que las grandes masas ocuparan los lugares que hasta entonces estaban reservados a los actos gubernamentales: el Zócalo de la Ciudad de México o la Cinelandia en Río de Janeiro, por ejemplo. Las autoridades preferían evitar en esos casos la confrontación, y retiraban la vigilancia visible de las calles. En Brasil, por ejemplo, durante las protestas de junio de 1968 en Sao Paulo, “el gobernador Abreu Sodré prometió a los estudiantes retirar la policía y el ejército de las calles previstas para una manifestación masiva, a condición de que ellos a su vez se comprometieran a ser guardianes de sí mismos, no hubo un solo vidrio roto, ni un solo herido, ni un solo muerto”,⁴⁹⁵ y durante la *passeata dos cem mil*, “el gobierno federal ordenó un repliegue táctico, retirando de las calles al aparato militar y permitiendo la manifestación”.⁴⁹⁶ La ausencia de incidentes era subrayada por los estudiantes con lemas como “La policía es la que provoca la violencia” (“*a polícia é que gera a violência*”), en Brasil, o “Una manifestación sin policías es una manifestación pacífica”, en México.⁴⁹⁷ Los actos más recordados en ese sentido, aunque no los únicos, fueron en Brasil las *Passeatas* de marzo y abril por la muerte de Edson Luís, la de los *Cem Mil* a finales de junio, y una semana después la de los *Cinquenta mil*, en Río de Janeiro; las marchas del 1 y el 27 de agosto, y la

⁴⁹⁴ Ribeiro, *op. cit.*, p. 26

⁴⁹⁵ Gregorio Selser, Selser, “La 'mano blanca'...”

⁴⁹⁶ Martins, *op. cit.*, p. 178

⁴⁹⁷ González de Alba apunta que tras las marchas, las autoridades apagaban el alumbrado público: “siempre nos encontramos las calles a oscuras [...] Por ninguna parte se encontraba un policía, ni siquiera un agente de tránsito [...] De todas las bocacalles salía gente con banderas, muchachos y muchachas que guardaban mantas y carteles; camiones atestados de estudiantes que regresaban a sus escuelas”, *Los días...*, pp. 61 y 62

del Silencio del 13 de septiembre en la capital mexicana; las manifestaciones del 6 de junio y el sepelio de Líber Arce en agosto, en Montevideo; y las marchas del 29 de mayo en Córdoba, que al intentar el gobierno detenerlas provocó la intensa rebelión del Cordobazo.

La capacidad de movilizarse era un termómetro de la correlación de fuerzas ante el gobierno, y cuando se volvió imposible manifestarse en grandes contingentes, fue un indicio de que las autoridades habían logrado contener las rebeliones estudiantiles. Los gobiernos lo consiguieron mediante la ocupación o cierre de las escuelas, así como la ocupación de los espacios urbanos. En la Ciudad Universitaria de la capital mexicana y en la Universidad de Brasilia, las ocupaciones y asaltos militares se produjeron por sorpresa, de manera que no hubo manera de organizar resistencia alguna. En cambio, en el Casco de Santo Tomás, también en México, y en la Facultad de Filosofía de Sao Paulo, hubo una intensa defensa estudiantil, que en ambos casos terminó tras varios días de resistencia con resultados sangrientos y gran destrucción de los planteles tomados. En Uruguay, autoridades y estudiantes protestaron por el cierre de las escuelas en septiembre, pero no hubo intentos por impedirlo.⁴⁹⁸ En Argentina, la acción principal se desarrolló en las calles y no en las universidades. Estas acciones gubernamentales no significaron aún el final de las protestas ni de la rebelión, pero representaron la reanudación de los enfrentamientos en las calles. Las condiciones eran distintas, en la medida en que los estudiantes habían desarrollado mecanismos para combatir en las calles, y a la vez, las autoridades comenzaron a desplegar

⁴⁹⁸ El CDC de la Universidad, el Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria y el Consejo Directivo de la Universidad del Trabajo repudiaron la intervención militar en los planteles uruguayos. El rector Maggiolo sostuvo que la situación de conflicto “no es de la responsabilidad de la Universidad”, y que **“la violencia estudiantil y la obrera es la reacción contra la violencia desatada por el Gobierno”**. “Las autoridades universitarias, no le reconocen al Poder Ejecutivo autoridad para suspender cursos[...] por la fuerza de las armas, se impide, desde el exterior de los locales, penetrar en los mismos a los estudiantes”. “Un reportaje de Associated Press. Maggiolo: 'La violencia proviene del gobierno'”, Boletín informativo de la Gaceta de la Universidad, Edición especial, Octubre de 1968, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, subrayado en el original.

tropas militares, a utilizar regularmente armas de fuego, y que el objetivo gubernamental ahora era poner fin a las protestas por la fuerza, sin reparar en costos.

El retorno y la agudización de la represión no sólo afectaron la posibilidad de manifestarse, sino que tendían a impedir también las acciones y mítines relámpago. El riesgo de detención, en condiciones en que los estudiantes arrestados enfrentaban ahora acusaciones penales, y la posibilidad de enfrentamientos con la policía, ahora pertrechada con armas de fuego, hizo que se redujeran los contingentes dispuestos a salir a las calles. La ocupación militar de las escuelas cancelaba la participación de miles de estudiantes, que habitualmente acudían a los planteles; obligaba a los activistas a atomizarse y buscar otros centros de reunión, y representaba un atropello también para las autoridades universitarias, todo lo cual debilitaba la alianza de sectores movilizados. En esto también influía la falta de nuevas perspectivas para el movimiento. A diferencia de los primeros enfrentamientos, que ocurrían en un momento de acumulación de fuerzas, esta nueva oleada se presentó cuando las autoridades universitarias abandonaban el frente y buscaban restablecer la normalidad en las escuelas. Aun compartiendo la rabia y sintiendo el compromiso, una proporción significativa de estudiantes se había retirado de las calles y respaldaba el retorno a clases. Quienes persistían eran los grupos más comprometidos con una militancia, o activistas desarrollados en los meses anteriores, organizados y disciplinados al calor del propio movimiento, como el caso que cita Varela Petito en Uruguay con el FER, que planteaba que “si no había movilización o asamblea, la discusión seguía en todos los espacios posibles... Se estaba ahí para pensar, hablar, actuar, valorar el momento y no perder la oportunidad de salir a la calle. Aunque el aspecto teórico y discursivo no era desdeñado, lo principal era la

acción con sentido de choque”.⁴⁹⁹ Algunos de ellos persistieron en mantener acciones dentro de las escuelas, y otros optaron por buscar caminos de lucha al exterior, junto con esos sectores populares, barriales y obreros con los que se habían establecido contactos al calor del movimiento.

Ni siquiera la matanza de Tlatelolco en México, ni la aprehensión masiva de los delegados al Congreso de la UNE en Brasil, ni la resolución de la FEUU de cesar las manifestaciones masivas en las calles, ni la represión militar y los juicios militares tras el Cordobazo, detuvieron las acciones de militantes y activistas. Pero estas movilizaciones ya no formaban parte propiamente de las grandes rebeliones que les dieron vida. Las alianzas internas se habían disuelto, los espacios tomados por el movimiento habían sido recuperados por las autoridades, y ya no existían perspectivas de obtener solución a las demandas de los movimientos.

3.5 Apuntes sobre la violencia durante el movimiento estudiantil

La violencia entre autoridades y estudiantes estuvo presente desde el inicio hasta el final de las rebeliones de 1968, pero las maneras de ejercerla se transformaron conforme ambas partes fueron experimentando el conflicto. En este apartado, el interés es puntualizar y delimitar algunas características de esta relación de enfrentamiento entre las autoridades gubernamentales y estos movimientos: el desarrollo inicial de la violencia policial y la resistencia estudiantil, y los cambios que se produjeron con la intervención militar; la postura de distintos sectores y organizaciones del movimiento respecto a esta violencia; y cómo este

⁴⁹⁹ Varela Petito, *op. cit.*, p. 100

uso de la violencia se enmarcó en un contexto más amplio, en el cual la lucha armada era una alternativa de organización y acción para determinadas organizaciones políticas.

Los regímenes de estos cuatro países, cuya legitimidad era cuestionada, tenían su origen, así fuera remoto, en actos de fuerza. En Uruguay, databa del golpe “bueno” de Alfredo Baldomir tras el breve periodo dictatorial de Terra en Uruguay; en México, de la revolución de 1910 y la Constitución de 1917. En ambos casos, tales actos sirvieron para refundar Estados con ciertos contenidos sociales que reconocían derechos a obreros y campesinos, pero que al cabo de los años se habían transformado y su prioridad había cambiado por la contención de esos derechos. En Brasil y Argentina se habían instalado regímenes militares cuyo objetivo era eliminar el protagonismo que habían desarrollado los trabajadores en las décadas anteriores, pero que en sus discursos se reivindicaban como “revoluciones”, es decir, como actos fundacionales de un nuevo orden. Resulta paradójico que estos regímenes autoritarios identificaran a sus opositores, por ello, como “contrarrevolucionarios”, y que, en especial en México, se menospreciaran las demandas de cambio, que se suponían satisfechas con la Revolución hecha gobierno.

En estos cuatro países, como en toda la región latinoamericana, las vías de consenso antes utilizadas estaban cada vez más constreñidas. Las autoridades solían desconocer o rechazar las demandas, negar o aplazar la atención a los demandantes, amedrentarlos y tomar represalias o reprimirlos. Este trato, característico ante los trabajadores rurales y urbanos, se había vuelto también usual con sectores de las clases medias como los estudiantes, a los que se trataba de subordinar. No se puede considerar que la violencia durante el conflicto estudiantil fuera una anomalía, “como si sucediese fuera de la política

normal, o incluso *contra* la política normal”, como apunta Charles Tilly:⁵⁰⁰ por el contrario, se había hecho habitual que las autoridades abordaran las demandas sociales como un problema de orden o de seguridad, sin conseguir siempre frenarlas. Algunos movimientos sociales recurrían a acciones al margen de la legalidad, aunque sin renunciar necesariamente a ella, para reafirmar sus reclamos. Tilly acota que los movimientos sociales que utilizan la violencia por lo general lo hacen después de que han planteado sus demandas de manera pacífica o por vías legales sin obtener resultados.⁵⁰¹

Aunque las autoridades de cada país hayan intentado justificar su proceder en contra de los estudiantes, hemos planteado antes que los hechos que desencadenaron las protestas de 1968 y 1969 fueron agresiones policiales, y que la respuesta estudiantil fue la resistencia. Un estudiante uruguayo expresaba: “Hay una permanente violencia del régimen contra el pueblo. El jueves [6 de junio] esa violencia se evidenció de una manera más directa, brutalmente, contra los estudiantes. Éstos respondieron a esa violencia”.⁵⁰² En este acto, se buscaba preservar la seguridad de los agredidos, evitar provocaciones, socorrer a los heridos, liberar a los detenidos y denunciar los casos de muerte, lo cual en muchos casos tuvo la simpatía, la protección y el acompañamiento de diversos sectores de la población. El uso de la violencia en el movimiento estudiantil fue puntual y defensivo, constituía sólo una entre la amplia variedad de acciones estudiantiles que expusimos en el apartado anterior, y se realizaba en paralelo con actividades orientadas a forzar a las autoridades al diálogo o a la resolución de sus demandas, no implicaba renunciar a la gran amplitud de acciones

⁵⁰⁰ Charles Tilly apunta que la violencia colectiva “surge de la *interacción* de grupos organizados que llevan a cabo acciones colectivas sostenidas. En general, la violencia aparece cuando un grupo resiste las demandas hechas por otro”, y en esta interacción, suelen ser los agentes estatales quienes, mediante la represión, ejercen la mayor violencia. Charles Tilly, ed., *El siglo rebelde, 1830-1930*, pp. 280 y 281, cursivas en el original

⁵⁰¹ *id.*, pp. 324 a 329

⁵⁰² “La protesta estudiantil”, *Marcha*

pacíficas del movimiento, ni desistir del diálogo o cancelar los medios institucionales o legales en la búsqueda de solución a sus demandas. Otro estudiante uruguayo acotaba: “no debemos criticar la violencia-respuesta. Pero personalmente creo que hay que ser cuidadosos con ciertas acciones”, y un tercero apuntaba: “no ha habido violencia indiscriminada en respuesta a la violencia reaccionaria”.⁵⁰³

Esta resistencia agrupaba sobre todo a jóvenes de base junto con activistas de ciertos grupos políticos. En general, al iniciar las refriegas callejeras, algunos jóvenes aplicaban sus conocimientos de las peleas callejeras en los barrios,⁵⁰⁴ mientras que determinados grupos de izquierda desarrollaban tácticas para afrontar a la policía que habían usado en años anteriores, aunque en ambos casos la prioridad era eludirla y escapar, más que enfrentársele.⁵⁰⁵ Estas prácticas fueron socializadas con otros jóvenes al calor de los enfrentamientos, y se fueron modificando para adaptarlas a las nuevas situaciones, con una mayor cantidad de participantes y de recursos, hasta alcanzar la capacidad de frenar y repeler a la policía, lo que detuvo el primer embate represivo. Y como resultado de esta primera resistencia, los estudiantes preservaron sus escuelas, espacios y formas de organización, lo que les permitió pasar a una etapa de acumulación de fuerzas, organización y formulación de sus demandas.

⁵⁰³ *id.*

⁵⁰⁴ Glockner señala que este sería el origen del grupo formado por Poo en el Politécnico en la capital mexicana. Raúl Jardón también menciona la experiencia aportada por jóvenes de las pandillas e incluso los porros.

⁵⁰⁵ Palmeira y Gabeira citan tácticas en el caso de Brasil; Taibo II refiere en México acciones para distraer a la policía durante las manifestaciones en los años anteriores a 1968, la FEUU se había enfrentado con la policía en 1967 en Montevideo, y los estudiantes de Córdoba tenían práctica en las frecuentes acciones en el Barrio Clínicas a partir de 1966 y el asesinato de Santiago Pampillón.

Para la resistencia, los estudiantes utilizaron piedras, palos, tubos, hondas y aprendieron a fabricar bombas molotov;⁵⁰⁶ elaboraron mecanismos para defenderse de los gases lacrimógenos; cortaban calles, levantaban barricadas -muchas veces improvisadas-,⁵⁰⁷ encendían hogueras y fogatas, apedreaban o incendiaban patrullas, autobuses, tranvías o vehículos particulares, y hostigaban a las columnas de la policía, que por lo general avanzaba en bloque compacto, para obligarlas a dividirse, y defender el paso de los manifestantes.⁵⁰⁸ Para frenar el avance de las patrullas, de las motocicletas o de la policía montada, a veces los manifestantes utilizaban canicas y “miguelitos”, artefactos hechos con clavos torcidos para reventar llantas. En Uruguay, Bañales y Jara afirman que los estudiantes esparcían pimienta contra los caballos de la policía montada.⁵⁰⁹ Cuando la policía utilizaba gases lacrimógenos para dispersarlos, los estudiantes intentaban devolver las bombas a las filas policiales o alejarlas de sus propios contingentes, y se preparaban con pañuelos y vinagre, amoníaco o jugo de limón para neutralizar los efectos tóxicos, o cualquier otra prenda para cubrir boca y nariz.⁵¹⁰ En caso de enfrentamientos directos, los jóvenes usaban piedras y palos para defenderse, aunque “en general los estudiantes rehuyeron la lucha cuerpo a cuerpo con los agentes, que aun a igualdad de posibilidades entre los bandos, daba a la policía la oportunidad de capturar manifestantes”, aunque se trabaran en peleas para “ayudar a compañeros lesionados, en trance de ser detenidos, o simplemente aislados abruptamente”, según un relato correspondiente a Uruguay.⁵¹¹ Se fueron desarrollando

⁵⁰⁶Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 97 y 98

⁵⁰⁷Las barricadas del Cordobazo “no eran obras de ‘ingeniería militar’ realizadas con parsimonia. Eran construidas en medio del combate. Solían comenzar con un cajón de basura que alguien pateaba al centro de la calle en una corrida”, relata Aníbal Córdoba, *op. cit.*

⁵⁰⁸ Los estudiantes uruguayos formaban “grupos laterales encargados de hostigar a los agentes mediante el lanzamiento de piedras”, Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 97 y 98

⁵⁰⁹ *id.*, pp. 97 y 98

⁵¹⁰ *id.*, pp. 97 y 98. En Córdoba, los estudiantes descubrieron que “las hogueras disipan la acción de los gases lacrimógenos”, Ferrero, *op. cit.*, p. 193

⁵¹¹ Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 97 y 98

medios para defenderse, dispersarse, esconderse y contraatacar o retirarse. Sus refugios eran las escuelas, las calles vecinas, y muchas veces, las viviendas donde los vecinos les ofrecían protección, como relata María Luisa González Marín, sobre los enfrentamientos de septiembre en el Casco de Santo Tomás y Tlatelolco en México, “la gente ya sabía que la cosa estaba muy difícil [...] una de las brigadas de muchachos, me parece que eran del Poli, adolescentes y algunas gentes de la Universidad, llegaron ahí, perseguidos, trataron de esconderse, perseguidos por granaderos. Entonces, las gentes de Tlatelolco los acogieron”.⁵¹² Markarian estima que “la extensión de las prácticas violentas y la proliferación de instancias de enfrentamiento con la policía” influyó en la modificación de “las estructuras, mecanismos de participación y balances internos de las organizaciones que impulsaron los aspectos más radicales de las movilizaciones, que ya tenían experiencias y lenguajes políticos disponibles para articular las protestas”.⁵¹³

Durante los enfrentamientos en un lugar determinado, algunos grupos lanzaban ataques a medios de transporte: patrullas de la policía, autobuses, trolebuses y autos particulares, para interrumpir el tránsito y así obstaculizar el paso de las fuerzas de seguridad. En otras ocasiones, cuando los enfrentamientos se producían durante una marcha, algunos grupos lanzaban piedras contra edificios, aunque otros sectores de los movimientos los censuraran, y en ocasiones los calificaran como provocadores o “políticamente atrasados”. En Brasil, grupos como el FUEC impulsaban este tipo de acciones; en Uruguay, el FER, que reivindicaba ataques contra las sedes de empresas estadounidenses como Panamerican, sedes del gobernante Partido Colorado, o televisoras y diarios de derecha, “si bien no siempre había consenso en torno a la realización de este tipo

⁵¹² Entrevista con María Luisa González Marín, citada.

⁵¹³ Markarian, *op. cit.*, p. 9

de atentados, generalmente de piedras contra vidrieras”;⁵¹⁴ en México, algunas brigadas, como la formada por Jorge Poo en el IPN, actuaban como grupo de choque. En los tres países se reportaron también ataques a comercios, pero a pesar de las acusaciones policiales, nunca fueron ataques generalizados ni sistemáticos, ni se acompañaban de saqueos. En las jornadas del Cordobazo, en cambio, los ataques a determinados blancos fueron masivos, y afectaron al Casino de suboficiales de Aeronáutica, empresas como Xerox y concesionarias de automóviles como Citroën, a la Confitería la Oriental, donde los relatos apuntan que la gente repartió la comida de lujo, pero evitó que se consumieran los licores; así como oficinas del gobierno, y sedes de la policía.⁵¹⁵ Los blancos en los cuatro países eran lugares específicos y atacarlos tenía un sentido político: expresar el repudio a lo que se consideraba símbolos de la opresión económica y política, o del poder excluyente de las élites, como la Confitería Oriental de Córdoba, cuyo dueño fue descrito durante los enfrentamientos como “un oligarca, un estanciero que explota a nuestros hermanos del campo, y con esa plata puso las dos confiterías más grandes de Córdoba”.⁵¹⁶

Entre algunos sectores inmersos en la dinámica de los enfrentamientos, había cierta actitud ejemplar y heroica al colocarse al frente durante las refriegas, a pesar del riesgo de ser detenido, resultar herido o incluso morir. Estar en primera fila era un lugar privilegiado, y si ocurría lo peor, se asumía que valía la pena para abrir el camino a las masas que se rebelaban, para defender o proteger a los compañeros, lo que daba un sentido al sacrificio

⁵¹⁴ Varela Petito, *op. cit.*, p. 73, menciona blancos como la sede de Pan American, clubes políticos de la lista 15 (colorados afines al presidente Pacheco) o el Canal 4 “que tuvo que acabar blindando su fachada”

⁵¹⁵ Durante el Cordobazo, Ferrero identifica la presencia estudiantil en la resistencia a la policía montada en la Plaza de la Paz, en la columna de Luz y Fuerza que avanzaba por la Cañada hacia Vélez Sarsfield, en la Plaza Colón, en la ocupación del Palacio de Justicia y la explanada del Palacio Municipal; en los ataques a Xerox, Citroën, el casino de suboficiales y la Confitería La Oriental; y cita a Carlos Scrimini, quien estimaba que “el movimiento estudiantil aportó por lo menos diez mil estudiantes” de los 30 a 35 mil participantes del 29 de mayo, *op. cit.*, pp. 195 y 196

⁵¹⁶ Citado por Villar, *op. cit.*, p. 75

personal. Se entendía que la naturaleza represiva del gobierno quedaba en evidencia de esta manera. Un estudiante uruguayo citado por Bañales y Jara sostenía: “cada manifestación, cada enfrentamiento más violento, sirve para iluminar más el sistema que nos oprime, eleva el número de los que comprenden que deben enfrentarse a él totalmente y las razones por las que deben hacerlo. Esa es la razón por la que nosotros reclamamos más lucha callejera y cada vez de mayores proporciones. Una actitud de este tipo genera, en primer lugar, aumento de los mecanismos represivos, es decir, que acentúa la opresión del régimen sobre todos y cada uno de los comprendidos en él. El sistema se muestra cada vez más desembozadamente como lo que es y crece el número de los que comprenden que nada tienen que ver con él y, por lo tanto, deben luchar para destruirlo y forjar, en su lugar, uno que realmente esté identificado con ellos”.⁵¹⁷

Era además la oportunidad de responder, por fin, a la larga lista de agravios que las autoridades habían infligido a diversos sectores sociales y que se asumían como propios.⁵¹⁸ Esta disposición a la lucha, a recibir daños corporales de los adversarios, rebasaba la cuestión de decidir si esta violencia era legítima o válida, para pasar al terreno de la *práctica*, en un contexto en que una exigencia política era acompañar las palabras con hechos, ser consecuente con el discurso y predicar con el ejemplo.

Había otra manera de colocarse al frente, protectora, que asumían sectores aliados al movimiento, y elementos del sector más institucionalizante. Fotografías de la *Passeata* de los

⁵¹⁷ Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 82 y 83

⁵¹⁸ “Pero no había empezado ahí [en julio de 1968] el odio que los insultos ponían al descubierto: en los últimos años la tropa había entrado en las universidades de Michoacán, Puebla, Sonora, Tabasco; habíamos visto aplastar por el ejército demandas estudiantiles y populares, muchas de ellas mínimas, en Sinaloa, Durango Nuevo León. Ningún estado de la República se había salvado: donde no eran estudiantes, los agredidos eran campesinos desalojados de tierras, obreros, líderes sindicales”, González de Alba, *Los días...*, p. 59

Cien Mil de junio en Río de Janeiro muestran un contingente de prestigiados artistas, desplegados al frente;⁵¹⁹ existe el caso de los sacerdotes que en Brasil y Argentina acompañaban a los manifestantes, a fin de amortiguar la violencia policial: en el primer caso, en abril, tras la misa del séptimo día de la muerte de Edson Luís, un grupo de sacerdotes encabezados por el arzobispo coadjutor de Río, José de Castro Pinto, acompañaron a los estudiantes para evitar las cargas de la policía montada a la salida de la Iglesia de la Candelaria de Río.⁵²⁰ En el caso de Argentina, en Córdoba se destacaba el activismo del sacerdote Milán Viscovich, profesor de Ciencias Económicas en la UCC, quien el lunes 19 de mayo de 1969 encabezó con otros sacerdotes jesuitas una marcha de protesta, detenida por la policía.⁵²¹ González de Alba recuerda que en México, en la marcha del 13 de septiembre, grupos de profesores “pidieron encabezar los contingentes de sus respectivas escuelas pues, explicaban, seguramente los soldados no dispararían a maestros”.⁵²²

Tratándose de un movimiento abierto y público, otras tácticas de las autoridades durante el movimiento fueron infiltrar agentes encubiertos entre los estudiantes,⁵²³ o pagar a pandilleros y lúmpenes para atacar a la población y provocar destrozos que fueran atribuidos a las protestas del movimiento, o reclutar porros y grupos paramilitares para atacar a las escuelas y simular que se trataba de conflictos internos del movimiento. Las autoridades y la prensa solían atribuir cualquier acto de vandalismo a los estudiantes, y por su parte, el movimiento sistemáticamente se deslindaba de tales acciones, que la opinión pública

⁵¹⁹ Imágenes de Evandro Teixeira en *1968 Destinos 2008: Passeata dos 100 mil*

⁵²⁰ Carlos Núñez, “Brasil: por qué luchan los estudiantes”, *Marcha*

⁵²¹ Arnaldo Cristiani, “Iglesia y 'Cordobazo'”, *Marcha*, Montevideo, 6 de junio de 1969.

⁵²² González de Alba, *Los días...*, p. 118

⁵²³ Frecuentemente los infiltrados eran detectados por los propios estudiantes: “14 agentes secretos del gobierno descubiertos anteayer en CU”, anunciaba *El Leguleyo N°10*, publicación de los estudiantes de Derecho, septiembre 5 de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/323/20

repudiaba, adjudicándolas a los provocadores.⁵²⁴ En Uruguay, un representante estudiantil en el CDU atribuía incidentes de quemas de autos a “personas que desconocemos, que no están bajo la disciplina de los organizadores del acto que se realizaba frente a la Universidad”, por ejemplo. La FEUU se deslindó de los saqueos y ataques a comercios y viviendas que ocurrieron en Montevideo después del sepelio de Líber Arce, y expresó la convicción de que entre sus autores “se encuentran elementos policiales... cuyo fin es desencadenar sucesos que lleven al desprestigio de la movilización estudiantil”.⁵²⁵ Otra acusación constante era la presencia de armas o explosivos entre los estudiantes, empleada para justificar detenciones, allanamientos, ocupaciones y finalmente, los ataques armados y la muerte de manifestantes. En Uruguay, la policía afirmaba en junio que se les había disparado desde la Facultad de Medicina. En Brasil, se acusaba a los estudiantes de utilizar técnicas de guerrilla urbana. En México, se acusó al CNH de conformar “columnas de seguridad” que habían disparado al ejército en Tlatelolco. Y en Argentina, se disparó contra transeúntes, a quienes luego se presentaba como francotiradores. Existen testimonios de algunos estudiantes que, en lo individual, decidían portar armas,⁵²⁶ o casos puntuales de resistencia armada. Otros relatos dan cuenta de los frecuentes montajes de provocadores que inducían a los estudiantes a armarse, a fin de provocar su detención,⁵²⁷ o como la insistencia de Ajax Segura, representante de una normal ante el CNH mexicano, de que los delegados estudiantiles se armaran, a pesar del unánime y generalizado rechazo, y su posterior identificación como agente infiltrado y su involucramiento en varias detenciones. En

⁵²⁴ El CNH alertaba sobre la presencia de “provocadores de desórdenes y que andan disfrazados de estudiantes”, en su volante *Obrero, campesino, albañil y pueblo de México*, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, expediente 513, documento 13, subrayado en el original

⁵²⁵ Sobre la quema de autos, AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 7 de junio de 1968, Acta N° 23, fojas 659 a 668, y sobre los incidentes tras el sepelio de Líber Arce, *Ante los sucesos de la noche del jueves*, volante de la FEUU, Fondo FEUU, AGU, Universidad de la República, Montevideo

⁵²⁶ Glockner menciona a Pablo Alvarado y Carlos Martín del Campo, *op. cit.*, p. 260 a 262, 293 y 294

⁵²⁷ En México, Taibo II relata la detención del “comité de prepa 1 y el de la prepa 2, en una reunión en un café de chinos donde les iban a dar pistolas”, *op. cit.*, p. 82 y 83

Brasil, varios atentados ocurridos durante las jornadas de movilización estudiantil eran adjudicados al movimiento, aunque luego los reivindicara la guerrilla, o se les atribuyeran a grupos paramilitares interesados en justificar la imposición del estado de sitio y la militarización de las ciudades.⁵²⁸ Tras los allanamientos de algunas escuelas en México y Uruguay, las respectivas policías presentaban materiales decomisados en las escuelas como “arsenales”, como supuesta prueba contra los estudiantes.

Esta voluntad de resistir, el uso de medios de defensa contra las fuerzas policiales, la selección de blancos de ataque y el trato a los agentes capturados en 1968 y 1969 son características por las cuales proponemos calificar estos momentos de los movimientos como *rebeliones*. Para contrarrestar esas tácticas, la policía introdujo medios como los carros para lanzar agua y los perros entrenados,⁵²⁹ y luego el uso de escopetas y revólveres, lo que dejó muertos y heridos entre los estudiantes. Las armas de fuego modificaron las condiciones del enfrentamiento a favor de los cuerpos policiales. La transformación de estas condiciones hizo que en unos meses, como apunta la antigua representante Marcia Gutiérrez, las preocupaciones de los estudiantes se transformaran y percibieran la magnitud de lo que estaba en juego: “en un principio pensábamos que podíamos perder el año [escolar], después la carrera y la vida”.⁵³⁰

Durante las rebeliones, también hubo decesos entre los agentes del gobierno. Se pueden contar un policía militar que pereció en Río de Janeiro, a quien le cayó una máquina

⁵²⁸ Selser, “La ‘mano blanca’...”

⁵²⁹ El uruguayo Varela Petito, *op. cit.*, p. 74, indica que en Montevideo, los carros lanza agua, conocidos como “guanacos”, eran poco utilizados, y que los canes “causaban mucho miedo”, pero “no debían ser muy eficaces, y se dijo que alguno inclusive fue muerto por los manifestantes”

⁵³⁰ Marcia Gutiérrez, “Me dejó mucho dolor y afecto”, entrevista, en Mario Ortega Olivares, *Octubre Dos. Historias del movimiento estudiantil*, p. 102

de escribir lanzada desde un edificio durante el *viernes sangriento*; y dos soldados muertos por bala el 2 de octubre de 1968 en México, pero se trató de circunstancias excepcionales, en momentos de abierto ataque militar. En Uruguay, por ejemplo, Varela Petito sostiene que “jamás se reportaron, en forma probada, policías heridos de bala”, aunque “indudablemente hubo policías heridos por piedra o garrote, algunas veces de gravedad, según los informes”,. Markarian, afirma que los estudiantes uruguayos “solían rechazar [...] especialmente el uso de armas y la voluntad de lastimar a las personas”.⁵³¹ En las ocasiones en que los estudiantes detectaban y retenían a policías infiltrados en las escuelas, o los capturaban durante las refriegas, procuraban canjearlos por manifestantes detenidos, o los entregaban a la prensa para denunciar las tácticas policiales.⁵³² En cambio, entre la policía y los militares no había reparo en dejar muertos: hubo tres en Uruguay, en dos incidentes entre agosto y septiembre; unas tres decenas en Brasil, desde marzo y abril en el Calabouço y las manifestaciones que le siguieron, en el *viernes sangriento* de junio, y en el asalto a Filosofía en Sao Paulo en octubre, entre otros incidentes; unas ocho decenas en México, desde julio en los asaltos en las prepas y vocacionales, en la toma del Casco de Santo Tomás en septiembre, en Tlatelolco en octubre, y diversos incidentes contra las brigadas; y un número indeterminado durante la represión policial a las marchas de obreros y estudiantes en Córdoba, y con la posterior ocupación militar;⁵³³ a ello hay que sumar centenares de heridos y miles de detenidos, muchos de ellos sometidos a tortura, lo que confirma lo constatado por autores como Rudé o Tilly: que ante las rebeliones populares, la violencia de las autoridades deja la mayor cantidad de víctimas. Rudé apunta que durante las revueltas populares, por lo

⁵³¹ Varela Petito, *op. cit.*, p. 75, y Markarian, *op. cit.*, p. 57

⁵³² Incidentes así ocurrieron, por ejemplo, en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, o en el barrio Clínicas durante el Cordobazo en Argentina.

⁵³³ Eduardo Valle enlista 85 muertos a partir “de documentos oficiales (actas de defunción y otra documentación de soporte)”, nueve de ellos antes del 2 de octubre, *El año de la rebelión por la democracia*, p. 95 a 98

general, al hacer un “balance de violencia y represión”, son “más bien las autoridades que la multitud quienes se destacaron por sus atentados contra la vida de las personas”.⁵³⁴

Algunos aspectos de la resistencia y los medios de defensa eran debatidos en asambleas y comités estudiantiles, en función de los aprendizajes hechos sobre la marcha en el mismo enfrentamiento; aunque en muchos casos, hubiera discrepancias entre aquellos sectores más empeñados en el combate, y los que insistían en orientar la lucha hacia la movilización de masas y las alianzas con otros sectores sociales organizados.

En Brasil, Ribeiro apunta que en mayo, la UNE tuvo un intenso debate interno, respecto a si los estudiantes debían prepararse masivamente para la autodefensa en las manifestaciones, como planteaba el FUEC, o si debían contar con grupos de seguridad, como proponía la dirección de la UME. Dirigentes como Jean Marc consideraban con escepticismo la posibilidad de hacer frente de este modo a la policía, al señalar que “por mejor equipados que estén, los pequeños grupos no pueden defender a la masa en las calles”.⁵³⁵ Ribeiro apunta que las disidencias comunistas postulaban la necesidad de una “violencia revolucionaria”, realizada por grupos de vanguardia, con acciones con carácter “ejemplarizante” contra blancos específicos, mientras que la AP se pronunciaba por una violencia de masas, defensiva y limitada a garantizar la seguridad de las manifestaciones contra la violencia de la policía.⁵³⁶

⁵³⁴ Ver cita de Tilly en la nota 474. George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, p. 265

⁵³⁵ Citado por Ribeiro, *op. cit.*, p. 28: “por mejor equipados que estén, pequeños grupos no pueden defender a la masa en la calle”

⁵³⁶ Jean Marc, citado por Ribeiro, *op. cit.*, p. 65

En Uruguay, Markarian apunta que también en el mes de mayo, “los niveles de violencia desplegados [...] no se apartaban demasiado de lo acostumbrado en ocasiones similares de años anteriores”, pero en unas semanas, se produjo una escalada, con la multiplicación de actos “con frecuentes barricadas y quemas de neumáticos y, según algunos observadores, el uso de bombas incendiarias de fabricación casera”, y la intervención de la Guardia Metropolitana y los ataques con armas de fuego contra los estudiantes, a partir del 6 de junio.⁵³⁷ Al mismo tiempo, el espacio de la confrontación se amplió, de las escuelas y sus alrededores al centro de la ciudad, aunque los enfrentamientos más violentos se concentraban en un área de 20 manzanas, en torno al IAVA y el edificio central de la Universidad. La aplicación de las Medidas Prontas de Seguridad no pudo contener la rebelión, y en agosto se produjo una nueva escalada, como respuesta a los allanamientos de planteles escolares, y en septiembre, cuando la policía empezó a utilizar escopetas, lo que condujo a la muerte de Susana Pintos y de Hugo de los Santos.⁵³⁸ Bañales cita un testimonio, según el cual “diversos grupos [estudiantiles] han estudiado con detención los métodos empleados por las fuerzas policiales”, y que hubo “un informe elaborado por compañeros de Medicina, sobre productos utilizables para superar los efectos de los gases lacrimógenos. Estos, por otra parte, constituyen el arma más efectiva que ha empleado hasta ahora la policía”.⁵³⁹

En Argentina, los estudiantes, fragmentados en distintas tendencias, impulsaban diversas tácticas desde 1966, incluidos algunos núcleos que simpatizaban con la lucha armada, como el Comando de Resistencia Santiago Pampillón (CRSP), que tomaba el

⁵³⁷ Markarian, *op. cit.*, p. 38 a 40

⁵³⁸ *id.*, p. 45 y 46

⁵³⁹ Bañales y Jara, *op. cit.*, p. 99

nombre del estudiante y obrero asesinado en septiembre de 1966 en Córdoba.⁵⁴⁰ A raíz del Rosariazo, a mediados de mayo de 1969, en Córdoba, las organizaciones universitarias y los sindicatos afinaban sus medidas defensivas. En el sindicato de Luz y Fuerza, Agustín Tosco relataba que para el paro del 29 y 30 de mayo de 1969, “a nivel de lucha callejera había grupos organizados. Grupos por lo general de cinco [...] la presencia del Ejército dificultó nuestra tarea y la gente siguió moviéndose por su cuenta [...] Lo principal era hacer una gran concentración. Luego de la concentración era necesario mantenerse en la ciudad y lógicamente eso se logró ampliamente. Se ocupó la ciudad hasta que apareció el Ejército y era muy difícil en la situación de esos días poder enfrentarlo”. Su compañero Felipe Alberti indicaba que los sindicatos “nos dividimos en zonas toda la ciudad de Córdoba [...] tal gremio le va a tocar esta zona, tal gremio esta otra y así, todo dividido [...] íbamos a lograr dispersar el aparato represivo”.⁵⁴¹ Para ello, contaban con las experiencias de la resistencia clandestina, que incluía atentados con explosivos caseros.⁵⁴² En el bastión estudiantil, el Barrio Clínicas, se produjeron acciones desde el 23 de mayo, a raíz de un acto relámpago que derivó en enfrentamientos. Ya el 29 y 30 de mayo, sin embargo, según Ferrero, la participación de los miles de estudiantes en las acciones del Cordobazo rebasaban a las directrices de sus organizaciones, y refiere que entre los detenidos hubo dirigentes y militantes de diversas tendencias: comunistas, integralistas, de la izquierda radical, varios de ellos sometidos a los Consejos de Guerra.⁵⁴³

⁵⁴⁰ El CRSP, que “tomaría una orientación de simpatías guevaristas en 1968”, integró a una oncenena de grupos que existían en el Barrio Clínicas; junto con otra agrupación denominada CUCO, eran consideradas “las organizaciones ‘pesadas’ del movimiento estudiantil”, indica Ferrero, *op. cit.*, pp. 172 y 173

⁵⁴¹ Citado por Bravo Tedín y Sarria, *op. cit.*, pp. 51 a 53.

⁵⁴² Ferrero se refiere al estallido de un artefacto en un baño de la UNC, durante el primer aniversario de la muerte de Pampillón, por ejemplo

⁵⁴³ Ferrero cita a Pascual Bianconi, dirigente de Medicina de la UNC: “¿Qué iban a obedecer [...] si nadie estaba encuadrado en nada? Todos participaban espontáneamente”, y menciona que Víctor Hugo Saíz, de AUN, y Luis Rubio, del Integralismo, fueron juzgados por los Consejos de Guerra “lo mismo que Tosco y Elpidio Torres”, *op. cit.*, pp. 196 y 197

En México, ante la justificación estatal de la matanza de Tlatelolco por la presunta presencia de columnas de estudiantes armados, los testimonios estudiantiles durante muchos años soslayaron la cuestión de la resistencia y las acciones defensivas, y resaltaron en cambio las acciones de carácter cívico y pacífico. Pero es importante considerar testimonios como los de Raúl Jardón, quien valoró la presencia de porros durante la primera resistencia en julio de 1968, y resaltar que hasta la mitad de agosto, los porros lucharon junto al movimiento, o al menos se hicieron a un lado;⁵⁴⁴ y que su retorno como instrumento de las autoridades ocurrió después de la represión del 28 de agosto, con la formación, por ejemplo, de un “Bloque de Preparatorias” que “enarbolaba las mismas demandas que el CNH”, pero “sin la intromisión de rojos, comunistas y otros apátridas que sólo deseaban perjudicar al país”, y los comités de lucha de las preparatorias 1, 2 y 3, acusaban específicamente al director general de Preparatorias, Vicente Méndez Rostro, de enviar el 17 de septiembre grupos de porros a atacar las asambleas y romper la huelga.⁵⁴⁵

Durante el movimiento se adoptaron medidas para evitar detenciones, como restringir la asistencia de los integrantes de los Comités de Lucha y del CNH a manifestaciones y actos de masas,⁵⁴⁶ así como para prevenir infiltraciones y provocaciones, en especial en los

⁵⁴⁴ En agosto, el Cuerpo Directivo de la Porra Oficial del IPN denunciaba “ciertas maniobras por parte de algunos dirigentes de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) los cuales tratan de presionar directamente a los integrantes del Cuerpo Directivo de dicho organismo para utilizarlos en contra del estudiantado”, Porra Oficial IPN, sin fecha, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 320, Documento 45

⁵⁴⁵ González de Alba, *Los días...*, p. 66 y 67, y *A LOS ESTUDIANTES DE LAS PREPARATORIAS*, volante del Consejo Nacional de Huelga, s.f., AHUNAM, Fondo Esther Montero, Caja 1, Expediente 7, Documento 328

⁵⁴⁶ González de Alba menciona disposiciones adoptadas por el Comité de Lucha de Filosofía “en previsión de que se efectuaran detenciones masivas”, *Los días...*, p. 56. Los representantes del CNH tampoco debían estar en la tribuna del mitin de Tlatelolco el 2 de octubre, pues estaba “terminantemente prohibido que quienes no sean oradores suban al tercer piso”, pero fueron muchos los que desobedecieron y fueron detenidos ahí, *id.*, pp. 177 y 180

momentos de violencia; y en las primeras movilizaciones al Zócalo en agosto, la instrucción a los manifestantes era que, en caso de represión, se dispersaran en brigadas y realizaran mítines relámpago por toda la ciudad. Sobre el uso de la violencia en las filas estudiantiles, hemos apuntado el caso de la infiltración de Ajax Segura, identificado después como agente de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), cuya propuesta de que los representantes estudiantiles fueran armados recibió el rechazo unánime en el CNH;⁵⁴⁷ así como la iniciativa de Jorge Poo de formar una brigada de choque. En algunas facultades de la UNAM, entre las brigadas, se planteaba la formación de “comités de acción y autodefensa”, y en particular en Filosofía y Letras, se preguntaba a los brigadistas sobre la disponibilidad de vehículos, su capacidad para hablar en mítines, operar mimeógrafos, y “cuántos elementos podrían cumplir la función de cuerpo de choque”.⁵⁴⁸ El movimiento, además, recibió cartas de apoyo de Genaro Vázquez, y de presos políticos como Víctor Rico Galán, acusado de promover la formación de una guerrilla.

El despliegue ofensivo del Ejército significó un vuelco definitivo a la situación; aunque aún hubo continuos intentos por mantenerse en las calles, el riesgo era mucho mayor, así que los movimientos se replegaron a las escuelas. Cuando los planteles fueron objeto de asalto militar, hubo casos en que los estudiantes fueron tomados por sorpresa, como en la Universidad de Brasilia en agosto o en CU en la capital mexicana en septiembre, pero en otros casos hubo resistencia, incluso armada, ante las fuerzas policiales y militares, y contra

⁵⁴⁷ Margarita Suzán, de Ciencias Políticas, relata: “la primera vez que alguien mencionó: *indispensable que andemos en la calle armados* [...] yo escuché un ¡NO! generalizado en todo el auditorio”, *Memorial...*, p. 78, cursivas en el original. González de Alba cita: “en el CNH las posiciones raras apestaban a leguas, como cuando el mismo Ajax se soltó diciendo que había que crear una organización militar. Cualquiera fulano de ese tipo se hacía sospechoso de inmediato”, *Los días...*, p. 18

⁵⁴⁸ *La formación y funcionamiento de brigadas políticas estudiantiles de secundaria, preparatoria, UNAM e IPN*, Comité de Lucha de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/323, docs. 65 y 66. En el caso de Filosofía, AHUNAM, Fondo Esther Montero, 1/8/378

los grupos paramilitares que comenzaban a actuar abiertamente. El cerco y asalto al Casco de Santo Tomás en la Ciudad de México, entre el 22 y el 24 de septiembre de 1968, fue la mayor acción de este tipo en 1968 en México, decidida a pesar de que el Comité Coordinador del IPN proponía retirarse y dejar que el ejército ocupara las instalaciones para evitar detenciones. Las mujeres también rechazaron la disposición de que sólo se quedaran los varones para resistir. El ataque militar dejó una cantidad desconocida de muertos y heridos; en la defensa, los estudiantes contaron con apoyo de la población de los barrios vecinos, en las zonas de Tepito y de Tlatelolco, y de los trabajadores de la cercana estación ferroviaria de Pantaco.⁵⁴⁹

En Brasil, hubo un combate contra el Comando de Caza de Comunistas en la Facultad de Filosofía de Sao Paulo, el 2 y 3 de octubre del mismo año. El primer día de la llamada *Guerra de la rúa María Antónia* se combatió con piedras y bombas de amoníaco, a día siguiente se utilizaron bombas incendiarias y armas de fuego. José Dirceu señalaba que fue la primera ocasión en que hubo autodefensa con armas de fuego. La Guardia Civil ocupó la escuela McKenzie, pero se unió a la agresión contra Filosofía. Como el incidente culminó un día después de la matanza de Tlatelolco en México, el jefe de la DOPS paulista, Ítalo Ferrigno, diría al diario *Jornal do Brasil*: “eso no fue nada, en comparación con México. Allí murieron 25”.⁵⁵⁰

⁵⁴⁹ Ortega Olivares, Glockner y Vargas Valdés mencionan la participación de una brigada de choque formada por Jorge Poo, estudiante de ingeniería mecánica y eléctrica. Vargas Valdés afirma que según Poo, en la defensa de las escuelas politécnicas del Casco y de Tlatelolco en septiembre, se había pasado de la lucha a pedradas al “enfrentamiento a tiros”, y que se vivía “un ambiente insurreccional”. Ver Glockner, *op. cit.*, p. 298, y Vargas Valdés, Jesús Vargas Valdés, “1969, el Politécnico en pie de lucha”, en *Fragua de los Tiempos No. 789*

⁵⁵⁰ Citado por Ribeiro, *op. cit.*, p. 119

Asimismo, durante el Cordobazo, el 29 y 30 de mayo de 1969, actuaron francotiradores, aunque su identidad no es clara. “Salvo la acción de dos grupos derechistas (uno de Tacuara y un Comando Civil) prácticamente no existieron. A no ser que se considere francotiradores a los jóvenes que disparaban al aire con armas 22 en el interior de los patios”, indicaba Aníbal Córdoba. Por su parte, Villar, sin precisar quién tiraba y quién ordenaba, indica que había “órdenes en el sentido de no disparar contra los soldados ni usar contra ellos las bombas 'molotov' en forma directa”. En su relato, Roque Alarcón afirma a su vez que los trabajadores “SE HABÍAN PREPARADO” para el paro del 29 de mayo, proveyéndose “de elementos contundentes para enfrentar y defenderse de la policía, que estaban convencidos, iba a actuar”.⁵⁵¹ En todos estos casos, sólo algunos estudiantes o activistas poseían armas cortas, y las utilizaron para defender y cubrir la retirada de una mayoría desarmada ante la acción de tropas y fuerzas paramilitares. En Argentina, existen testimonios específicos de que los francotiradores tenían la instrucción de no tirar contra el cuerpo y de evitar en lo posible que hubiera muertos.⁵⁵² Es decir, incluso en estos momentos de mayor intensidad en las respuestas violentas de los estudiantes, de rebelión franca ante las autoridades, se mantuvo su carácter esencialmente defensivo.

Estos sucesos ocurrían en una América Latina en la que existían organizaciones armadas en lucha contra los respectivos gobiernos, y en que diversos movimientos sociales adoptaban formas violentas de lucha, especialmente en el campo, y en que existía un fuerte debate sobre los proyectos políticos influidos por la Revolución cubana, impulsados por grupos y organizaciones que postulaban la lucha armada como vía para un cambio

⁵⁵¹ Aníbal Córdoba, *El Cordobazo. Apuntes de un combatiente*, p. 14. Villar, *op. cit.*, pp. 82 a 86. Roque Alarcón, *Cordobazo, 1969-29 de mayo-1989*, p. 85, mayúsculas en el original.

⁵⁵² “Francotiradores dispuestos a matar nos hubieran liquidado media tropa”, indicaba un oficial, según cita Villar, *op. cit.*, p. 85. Ver nota anterior

revolucionario, y que cuestionaban la viabilidad de las luchas parlamentarias, electorales o gremiales.⁵⁵³ Estas discusiones formaban parte del debate en los diversos movimientos sociales, en particular el estudiantil. Asimismo, en las discusiones y perspectivas de algunas organizaciones de izquierda se consideraba que las rebeliones estudiantiles anticipaban una situación prerrevolucionaria, que podía abrir el paso a la insubordinación de otros sectores sociales. En Uruguay, por ejemplo, un documento de los Tupamaros caracterizaba al movimiento estudiantil como “punta de lanza”, y en pleno repliegue estudiantil, lamentaba que “las acciones callejeras han desaparecido casi por completo de escena”.⁵⁵⁴ Pero no podemos afirmar que las rebeliones estudiantiles tuvieran contactos orgánicos con organizaciones armadas, ni que estos movimientos en su conjunto se plantearan involucrarse con formas de lucha armada. El mexicano González de Alba indicaba: “contamos con un millón de manifestantes, pero de ahí no sacaremos muchos guerrilleros. Y aunque lo hiciéramos, en pocos días acabarían con nosotros”. En Brasil, el dirigente Luís Travassos advertía después de la *Guerra de la rúa María Antonia*: “querer llevar armas en una marcha, querer hacer la guerra ahora, es idealismo e infantilismo. Vean a México, por ejemplo, donde los estudiantes están siendo ametrallados”, refiriéndose a Tlatelolco. El también brasileño Palmeira, en entrevista, apuntaba: “No nos cabe duda de que el Brasil tendrá que transitar por ese camino para cambiar el sistema. Eso no significa que el momento de iniciar esa lucha sea ya, ni que los estudiantes nos adjudiquemos un papel dirigente en ese proceso [...]

⁵⁵³ Es el caso de las luchas campesinas en Chihuahua y Guerrero, en México, con las guerrillas de Arturo Gámiz, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas; la vinculación del MLN Tupamaros con los cañeros en Uruguay; los proyectos de guerrilla en Tucumán, Argentina; y los planes de instalar una guerrilla en Araguaia, en el sur de Pará, en Brasil.

⁵⁵⁴ Labrousse, *op. cit.*, pp. 111 y 112

deberá ser encabezada por la clase trabajadora; cuando ella esté en condiciones de desarrollar la lucha armada y decida iniciarla”.⁵⁵⁵

Aunque hubiera personas ligadas a esas experiencias, la propia clandestinidad que exigían las actividades armadas desaconsejaba la participación en actividades abiertas como el movimiento estudiantil. En cambio, una vez derrotadas las rebeliones estudiantiles por la fuerza militar, sí hubo una cantidad significativa de militantes de estos movimientos que se sumaron a las organizaciones armadas, tras haber experimentado la violencia, el enfrentamiento y la represión armada, al considerar que eran la única o la mejor opción en un panorama de creciente autoritarismo y militarización, que hacía sumamente peligrosa la lucha política de masas, y “cerraban las vías” para un cambio democrático o pacífico.

El tema de la legitimidad o la viabilidad de la violencia y la lucha armada marcaba líneas divisorias entre distintas tendencias. La cuestión de la revolución, la lucha armada y el socialismo estaban presentes en la cultura política de la época, y de los grupos de activistas y militantes se extendieron a otros sectores del movimiento estudiantil. Estaban en auge en particular las discusiones sobre la lucha guerrillera y las teorías del foco revolucionario que surgieron con la Revolución cubana, se actualizaron con la experiencia y muerte del *Che* Guevara en Bolivia, y se popularizaron con obras como la de Régis Debray.⁵⁵⁶ En los cuatro países citados en la investigación estaban en curso experiencias de lucha guerrillera, como hemos mencionado, y entre los sectores con mayor discusión política, eran motivo de interés

⁵⁵⁵ González de Alba, *Los días...*, p. 39 y 40. Travassos, citado por Ribeiro, *op. cit.*, p. 127. Palmeira, en entrevista, en Carlos Núñez, “Brasil: por qué luchan los estudiantes”, *Marcha*, Montevideo, 26 de julio de 1968

⁵⁵⁶ La muerte del *Che* en Bolivia “no fue considerada como un desastre sino como un elemento más en una serie de luchas que habían de desembocar en la liberación del Subcontinente y que su ejemplo había de abrir conciencias y caminos y atraer a más combatientes”, indica De la Llosa, *op. cit.*, p. 111

y discusión: entre los estudiantes uruguayos se discutía la legitimidad de las acciones de los Tupamaros, a quienes se caracterizaba como una “organización revolucionaria”, en algún caso calificada como “la única que puede conducirnos a la verdadera liberación”.⁵⁵⁷ En México, los comités de algunas escuelas, como la Facultad de Derecho, difundían información sobre las guerrillas en Chihuahua y Guerrero.⁵⁵⁸ En Argentina, se debatía sobre la columna guerrillera desmontada por el gobierno en la localidad de Taco Ralo, y en Brasil algunos grupos como VPR comenzaban a realizar acciones como asaltos de bancos.

Estos debates sobre la lucha armada y la guerrilla, la experiencia cubana, la información sobre la guerra de Vietnam, el arribo de cintas como *La batalla de Argel* sobre la guerra de liberación en Argelia,⁵⁵⁹ las referencias a la Revolución rusa, la Revolución china y a la Guerra Civil española entre distintas tendencias de la izquierda, permearon el discurso sobre la legitimidad de la violencia en el movimiento estudiantil. También impregnaban la manera en que los estudiantes asimilaban la experiencia de su propia lucha, que incluía la muerte de sus compañeros víctimas de la represión. Al igual que la solidaridad con Vietnam, o la sensación de tener un deber por cumplir ante la muerte del *Che*, la caída de los compañeros significaba un compromiso,⁵⁶⁰ que exigía dar un sentido a esas muertes,

⁵⁵⁷ Varela Petito, *op. cit.*, p. 85, y “Jóvenes: entre la violencia y la sociedad ideal”, *Marcha*, 13 de junio de 1969.

⁵⁵⁸ Volante firmado por Comité de Lucha Estudiantil en AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 319, Documento 31; “Carta de Jenaro Vázquez Rojas”, reproducida por el Comité de Lucha de la Facultad de Derecho, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/323/4

⁵⁵⁹ La cinta, programada para el festival de cine anual de la revista *Marcha*, fue prohibida en 1968. “Sobre la prohibición de ‘La batalla de Argelia’”, *Marcha*, Montevideo, 27 de diciembre de 1968

⁵⁶⁰ En septiembre, alumnos de las vocacionales mexicanas instaban a sus pares de las preparatorias a mantener la huelga, ante el llamado del rector a normalizar actividades, y les reclamaban cumplir “una doble obligación, la de continuar luchando y arrebatarse de las manos de su Rector la bandera de la lucha... sus conciencias de estudiantes y como mexicanos explotados, les exigen una participación más activa!”, *Comunicado N°.9, A la juventud universitaria*, Comité de Huelga de la Vocacional 5 del IPN, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 58/320/40

mantenerse en la lucha y hacer cumplir los objetivos del movimiento. Desistir de la lucha implicaba traicionar a los compañeros caídos.⁵⁶¹

Sin embargo, como ya se apuntó, la afluencia de estudiantes hacia los movimientos armados fue posterior a estos movimientos, y fue una entre varias opciones para continuar en la lucha. Hubo estudiantes que se volcaron a la militancia en las mismas escuelas, con consignas de mantener y reforzar los comités y las asambleas; otra fue esa tendencia a favor de la lucha armada. Asimismo, hubo vertientes que postulaban vincularse con el movimiento obrero, con los barrios, con el trabajo de las comunidades cristianas, u otras opciones, relacionadas con los sectores con los cuales el movimiento había tendido puentes.

3.6 Las alianzas externas

El conflicto entre los estudiantes y las autoridades gubernamentales no se desarrollaba en el vacío, sino en un campo donde había fuerzas sociales favorables u hostiles a la lucha. Algunas de ellas tomaron la iniciativa de acercarse o expresar su apoyo al movimiento, mientras los estudiantes se movilizaban para aproximarse a otras. El movimiento esperaba que esos grupos sociales asumieran sus demandas, o bien que cada sector enarbolara sus propias exigencias, concibiendo la lucha como parte de un enfrentamiento social más amplio, como expresaba un volante en México al formular: “No buscamos que el obrero apoye nuestro movimiento independientemente de su situación, sino que basándose en él, enriquezca las condiciones para lanzarse a la lucha junto a otros sectores populares,

⁵⁶¹ “¡Compañero! ¿Qué no sientes helársete la médula en todos tus huesos, por las vidas truncadas en lo mejor de su existencia?”, *¡A TÍ Y A TODOS!*, volante s.f., posterior al 2 de octubre de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 316, Documento 96. Otro volante apuntaba que claudicar de la lucha “querría decir que hemos olvidado a todos nuestros hermanos muertos el 2 de octubre en Tlatelolco”, *¡NO CLAUDICAREMOS!*, Consejo Nacional de Huelga, AHUNAM, Fondo Esther Montero, 1/8/402B

planteando sus propias demandas y peticiones para coordinar el movimiento y unificarlo después”.⁵⁶² Para algunos grupos estudiantiles, su movimiento era parte de la lucha de clases;⁵⁶³ otros lo planteaban en términos de una lucha del pueblo contra sus opresores,⁵⁶⁴ o como un enfrentamiento de pobres contra ricos,⁵⁶⁵ y una variedad de caracterizaciones más, diferentes aunque no necesariamente contrapuestas.

Cada integrante del movimiento contaba con su propia red de relaciones sociales: familia, amistades, gente del barrio, colegas y compañeros de trabajo, y toda la diversidad de contactos que puede tener una persona. El sector de militantes y activistas tenía redes de relaciones en sus organizaciones y partidos, a veces a nivel internacional; las agrupaciones estudiantiles tenían vínculos con otras asociaciones, en ocasiones en provincia e incluso en otros países. Académicos y autoridades escolares mantenían nexos con otras universidades, círculos académicos e incluso con algunos sectores políticos, legislativos y cercanos al propio Poder Ejecutivo.⁵⁶⁶ Al igual que ocurrió con la apropiación de espacios, bienes y

⁵⁶² *AL OBRERO*, Comité de Lucha de la Preparatoria 6, invitación a la marcha del 27 de agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/321/13

⁵⁶³ Organizaciones políticas de izquierda caracterizaban al movimiento como parte de la lucha de clases. En un volante de comienzos del movimiento mexicano, se instaba a los trabajadores a unirse y “que la burguesía criminal sienta el peso y la fuerza del proletariado”, *A todo el pueblo de México*, Comité de Lucha Estudiantil, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 58/319/5. El Comité de Lucha de la Facultad de Arquitectura sostenía en un documento: “estamos en UNA LUCHA DE CLASES”, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/322/1, en mayúsculas en el original.

⁵⁶⁴ “La lucha que los estudiantes hemos emprendido en defensa de nuestros derechos democráticos, es parte de la lucha general del pueblo Mexicano por su liberación”, *Invitación al pueblo de México*, Comité de Lucha ENMVZ [Veterinaria], Agosto 1968, previo a la marcha del día 27, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/322/60. Es característico de los volantes y documentos de los estudiantes mexicanos sus llamados al “pueblo en general”.

⁵⁶⁵ “La actitud tomada por las autoridades en éstos últimos días en contra de las manifestaciones pacíficas de los estudiantes están obligando a estos últimos a utilizar otros métodos de lucha que necesariamente llevan consigo a un enfrentamiento de grupos (Ricos y Pobres) en una forma violenta”, *Compañeros*, volante del Comité de Lucha. Chapingo, Méx., Agosto 1 de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/324/3

⁵⁶⁶ El PC mexicano, por ejemplo, subrayaba la importancia de acercarse a “todas las fuerzas democráticas”, que incluían al expresidente Lázaro Cárdenas, o el obispo de Cuernavaca Méndez Arceo, González de Alba, *Los días...*, p. 71. Guevara Niebla apunta que, “de quererlo, el gobierno” hubiera podido entablar un diálogo con los estudiantes, pues había maestros distinguidos de la UNAM, como Enrique González Casanova e Ifigenia Martínez, que “eran al mismo tiempo altos funcionarios del gobierno de Díaz Ordaz, *La libertad...*, p. 213

equipos de los planteles, cada participante ponía al servicio del movimiento la riqueza y diversidad de sus relaciones sociales. Estas redes se activaban cuando sus integrantes tomaban partido ante el movimiento. Aunque no se consiguiera sumarlas a la lucha, todas esas fuerzas sociales indudablemente significaron una amplia solidaridad, que se tradujo en acciones concretas de respaldo, ayuda y protección. Dado que las experiencias de estas redes eran diversas, el conocimiento recíproco enriqueció el acervo social para luchas posteriores en nuevos contextos, fueran sindicales, vecinales o culturales, por ejemplo. José María Calderón apunta que en los años siguientes a 1968, “los modelos de organización más eficaces del movimiento se extenderán y desarrollarán a nivel obrero: las 'salidas a la calle', los 'mítines relámpago', las 'brigadas políticas', la crítica a la representación delegada, la reivindicación de la asamblea general como instancia privilegiada de recomposición y de decisión políticas, son ya patrimonio de otras instancias sociales e institucionales”.⁵⁶⁷

Las redes sociales de los estudiantes, basadas en la cotidianidad, se convertían en redes para el movimiento cuando se introducía la discusión política, lo que provocaba a menudo fricciones, discusiones, incomprensiones y temores; si el vínculo sobrevivía esta prueba, los estudiantes adquirían un auditorio para las demandas del movimiento, y un acompañamiento que podía proveerlos de alimento, refugio, protección y sumarse a las movilizaciones en las calles.

En el ámbito familiar, llevar la discusión política al hogar vulneraba la separación entre vida pública y privada.⁵⁶⁸ La familia, que en el discurso de los jóvenes de 1968 era vista como

⁵⁶⁷ José María Calderón, “Movimientos populares en la historia de México y América Latina: El movimiento estudiantil de 1968”, en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, pp 125 a 137, p. 130

⁵⁶⁸ Philippe Aries, “Para una historia de la vida privada”, en Philippe Aries y George Duby, coord., *Historia de la vida privada*, Vol. 3, plantea que en la sociedad moderna, “el trabajo, el ocio, el estar en casa, en familia, son

una institución autoritaria y represiva que era necesario transformar y aun reemplazar, se caracteriza por ser un primer espacio de socialización, por brindar protección y seguridad a sus integrantes, y por fijar normas de conducta. Un estudiante uruguayo planteaba a *Marcha*: “La sociedad del futuro no tiene que basarse en la institución familiar. Las relaciones deben ser libres”.⁵⁶⁹ “Jóvenes: entre la violencia...”. El médico mexicano Guillermo Rentería Serrano asentaba en entrevista: “nuestros padres, en mi casa, eran personas autoritarias, y no podías cuestionarlas, así era la educación de esa época. Muchos de nosotros, o muchos de los que estuvieron ahí, entraron a ese movimiento quizás porque estaban hartos del autoritarismo de los padres y de la sociedad en general”.⁵⁷⁰ En su aspecto generacional, el concepto de juventud a partir del siglo XX supone “la exigencia de autonomías o el sentido de rebelión que ayuda a construir la personalidad, de modo simultáneo en la oposición al mundo adulto”, matizada por la clase social o el género, según apunta Giovanni Levi.⁵⁷¹ Esto, a su vez, se corresponde con la mirada hacia los jóvenes como un peligro latente: Barbara Potthast y Sandra Carreras apuntan que en la América Latina del siglo XX, el Estado comenzó a intervenir cuando la conducta de los jóvenes rebasaba límites que, socialmente, debía imponer la familia; “mientras que los niños han sido considerados generalmente un objeto inocente digno de protección, los jóvenes, en cambio, suelen ser vistos como un problema social”.⁵⁷²

[...] actividades absolutamente separadas”, p. 8. Una característica de 1968 fue la politización y el cuestionamiento de todas esas esferas de la vida que estaban escindidas

⁵⁶⁹ *Marcha*, “Jóvenes: entre la violencia...”

⁵⁷⁰ Entrevista con Guillermo Rentería Serrano, realizada por el autor, 15 de octubre de 2010

⁵⁷¹ Giovanni Levi, “Introducción”, en Levi y Jean Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes*, vol. 1, p. 14

⁵⁷² Barbara Potthast y Sandra Carreras, eds., *Entre la familia, la sociedad y el estado: niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)*, pp. 16 y 17

La participación en el movimiento de los jóvenes, y en particular de las jóvenes, era motivo frecuente de tensiones, prohibiciones y rompimientos en la familia, pero también podía dar lugar a apoyos irrestrictos, en la medida en que la lucha se considerara justa y se apreciara el apoyo de profesores y autoridades escolares. Según diversos testimonios, los varones eran más proclives a discutir y romper con la familia, mientras que las mujeres buscaban involucrar a sus allegados. Natalia Esquivel expresa que las jóvenes a menudo “llevaban el movimiento a sus casas”, con propaganda o invitando a sus padres a las movilizaciones.⁵⁷³ Las familias funcionaban la mayoría de las veces como un resguardo para las y los estudiantes,⁵⁷⁴ debido a lo cual, autoridades y medios de comunicación les reprochaban por los actos de sus hijos, y la represión llegó también a vulnerarlas. Las familias en sentido extenso, es decir los parientes que vivían en otros domicilios, eran un segundo nivel en esta red, que se ampliaba con amigos y conocidos dispuestos a tomar riesgos en su apoyo a los estudiantes.⁵⁷⁵ Para la gente de provincia que vivía en pensiones, casas de huéspedes o residencias estudiantiles, los vecinos y la gente del barrio, en particular si tenían edades parecidas, eran otro núcleo que les daba respaldo y cierta protección.⁵⁷⁶

⁵⁷³ “Las mujeres empezábamos a participar igual que los hombres, digamos que mitad y mitad, pero no era igual, porque la mayoría de las mujeres tenía que aventarse en la casa las broncas de: ¿dónde andas, con quién andas?”, relata Adriana Corona, citada por Jardón, 1968..., p. 255

⁵⁷⁴ Deborah Cohen y Lessie Jo Frazier, “México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las “mujeres” en las calles”

⁵⁷⁵ González de Alba relata que, durante los momentos de mayor represión, miembros del CNH, de los Comités de Lucha y de las brigadas recibían ofertas de refugio: “las personas que dieron asilo momentáneo a estudiantes fueron varios miles, a pesar de saber el riesgo que corrían pues no era lo mismo asistir a una manifestación y regresar tranquilamente, a ocultar un dirigente y exponerse a que la policía allanara la casa y fueran detenidos todos los ocupantes”, *Los días...*, p. 152

⁵⁷⁶ Cabe mencionar el respaldo de la población de Tlatelolco a los estudiantes de la Vocacional 7 en México, y en el Barrio de Clínicas a los estudiantes cordobeses en Argentina.

La escuela aportaba otras relaciones a los estudiantes: compañeros y profesores, egresados de las mismas universidades,⁵⁷⁷ el personal administrativo del plantel. Los estudiantes que realizaban prácticas profesionales o que laboraba establecían nexos en esos sitios de trabajo, y en ocasiones con la población a la que se atendía: Enrique Ávila, representante en el CNH, relata que los alumnos de la Escuela Normal Superior de México, que eran maestros de primaria o secundaria, salía de las asambleas con volantes que repartían a los padres de familia de sus planteles. Por su parte, los estudiantes de Medicina solicitaban el apoyo de “los compañeros de los Hospitales para obtener la unión y cooperación entre ellos y los Alumnos de la Facultad”. Asimismo, la cinta mexicana *El grito* muestra una brigada de la Facultad de Derecho que asisten con un grupo de mujeres golpeadas por la policía ante el Ministerio Público, y brigadas médicas en un consultorio donde se lee "servicio médico popular-estudiantil".⁵⁷⁸ Los habitantes de las zonas vecinas, empleados y trabajadores de los centros laborales cercanos a los planteles, también tenían alguna relación con los estudiantes de las facultades de Medicina y Química en Montevideo con las fábricas Alpargatas y Funsa, o los liceos y escuelas del Cerro vecinos al Frigorífico Nacional.⁵⁷⁹

⁵⁷⁷ En Argentina, Pons relata que se conformaron organizaciones de apoyo a los estudiantes, como la Junta Provisoria de Graduados Universitarios, y la agrupación Madres Universitarias.

⁵⁷⁸ Entrevista con Enrique Ávila, citada. El llamado de los estudiantes de Medicina, en *MANIFIESTO*, Comisión Interina de Gob. Estudiantil, 30 de Julio de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/321/101.

⁵⁷⁹ Bañales y Jara, p. 91. En México, Luis Gómez relata que los alumnos de la Prevocacional 2 recibían de los obreros de la vecina fábrica de chocolates Sanborns “barritas de chocolate, bolsas de dulces, siempre muy solidarios con nosotros”, Luis Gómez, citado por Jardón, 1968..., p. 271; y Gastón Martínez, de la Preparatoria 8, menciona el apoyo que daban “las azafatas de Aeroméxico, Aeronaves de México en aquel entonces”, que “nos preparaban la comida, nos llevaron cobijas y no nos abandonaron a lo largo de todo el movimiento en solidaridad y apoyo; esto era con sus salarios, y no eran dos o tres azafatas, eran decenas de azafatas y capitanes”, Gastón Martínez, en Jardón, 1968..., p. 273

El apoyo de la población tenía un carácter inorgánico, inmediato, “de emergencia”, cuando se producía para defender, acompañar y proteger a los estudiantes en casos de represión. Tal fue el caso en la reacción que hubo entre la población de Río de Janeiro durante la *Sexta feira sangrenta* ante las noticias del apaleamiento a los estudiantes, o ante la represión de finales de julio en la Ciudadela y sus alrededores en la Ciudad de México, y en septiembre en Tlatelolco, y la reacción en Córdoba en mayo de 1969 ante la noticia de la muerte del manifestante Mena. Era una respuesta contingente, circunstancial, de trabajadores y gente del pueblo que, desde sus casas o centros de trabajo, o transitando por las calles, atestiguaban la acción policial y decidían intervenir, a veces con riesgo de su propia vida. De acuerdo con Ribeiro, la intervención de transeúntes y ciudadanos en defensa de los estudiantes durante el *viernes sangriento* dejó varias decenas de muertos entre la población, y como hemos apuntado, tales acontecimientos puntuales en ocasiones eran interpretadas como una adhesión al movimiento, y no sólo como una reacción específica.

Otras formas de solidaridad con el movimiento eran la difusión del movimiento; y la formación de grupos de apoyo. El uruguayo Hugo Cores apuntaba que las autoridades y los medios de prensa procuraban condenar al movimiento porque “alteraba el orden”, e imponer la lógica represiva “partiendo de la base que desde el gobierno el conjunto de la represión se ejercía precisamente en nombre de la defensa del interés general”.⁵⁸⁰ La propaganda y las acciones del movimiento en las calles buscaba desmontar esta idea, y ante la ausencia de medios comparables de difusión, utilizaban sus redes sociales y creaban otras, a veces a partir de contactos preexistentes, al acudir a fábricas, talleres, oficinas, plazas públicas, mercados y otros lugares públicos. En esos lugares, la gente receptiva establecía puentes

⁵⁸⁰ Cores, “Aproximación...”, p. 59

dando respaldo económico, acudiendo a las escuelas, recibiendo a los estudiantes en sus espacios, asistiendo como espectadores a las manifestaciones. Otros, al conocer de las demandas y actividades del movimiento, expresaban su simpatía o buscaban establecer el contacto con los estudiantes, y aquí podemos citar a intelectuales, periodistas, sacerdotes vinculados con las luchas populares, sectores políticos disidentes.

¿Qué significaba la solidaridad entre estudiantes y otros sectores de la población en las rebeliones de 1968? Aleida García Aguirre, en un estudio sobre los normalistas rurales de Chihuahua y su vinculación con las luchas agrarias y la experiencia guerrillera de 1965 en Ciudad Madera, expresa que la solidaridad entre esos sectores no se limitaba a la simpatía, ni se basaba solamente en los orígenes de clase comunes, sino que involucraba la forma en que los sujetos sociales reconocían, problematizaban y desafiaban su “lugar en el mundo”, de manera que la solidaridad devenía en una “forma de conciencia de clase”.⁵⁸¹ Entre los estudiantes en 1968, existía la certeza de que su acceso a la educación superior era un privilegio dentro de sociedades profundamente desiguales, y que ese acceso era pagado socialmente por los trabajadores.⁵⁸² Ello implicaba una deuda simbólica, una obligación, que los estudiantes tenían con “el pueblo”, cuya representación concreta dependía de “la

⁵⁸¹ Aleida García Aguirre, *La revolución que llegaría*, plantea la participación de los normalistas en esas luchas a partir del concepto de solidaridad, entendida como una “forma de conciencia de clase”, basada en los planteamientos de Ranahit Guha. Esa solidaridad se despliega a partir de la experiencia, señalada por Thompson como “la huella que deja el ser social en la conciencia social”, y del “acervo colectivo de estrategias políticas y culturales” que cada colectivo tiene, como señala Tilly. García Aguirre subraya la importancia de las experiencias de vida, la formación profesional y la “conciencia de un lugar en el mundo”, que incluyen aspectos de género, intereses y objetivos en la vida, para entender el involucramiento de quienes participaron en esas luchas.

⁵⁸² Solari apuntaba que la FEUU reivindicaba mantener condiciones de estudio accesibles a los alumnos de escasos recursos, *Estudiantes... Alumnos de Chapingo*, en México, señalaban: “nosotros los estudiantes, sabemos que la educación que recibimos nos prepara para servir a los poderosos, por tal motivo, nos pronunciamos en contra de este sistema de enseñanza, que debería tener una aplicación social. Decidimos esto, pues sabemos perfectamente que en último caso, es el pueblo quien nos paga la educación”. *Al pueblo de México*, COMITÉ DE LUCHA, Chapingo, Méx., Agosto 1 de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 59, Expediente 324, Documento 3

concepción del mundo” de cada uno de los sectores que componían la alianza interna del movimiento estudiantil.

Esto no se observa solamente en el discurso, sino principalmente en las prácticas: a quién se dirigía la propaganda, a dónde acudían las brigadas o piquetes, dónde se instalaban los puntos de contacto de los estudiantes con otros sectores, a quién se invitaba a los planteles tomados, y qué sectores firmaban los manifiestos de apoyo al movimiento, acudían a las manifestaciones, aportaban recursos, recibían y daban refugio a los estudiantes.⁵⁸³

Pasar de la simpatía a la solidaridad entre los estudiantes y esos otros sectores era un proceso, que suponía una identificación recíproca, un reconocimiento de que el trato que recibían de parte de las autoridades era similar, de que sufrían el mismo tipo de exclusiones y restricciones, con énfasis en distintos aspectos de esta opresión: la brutalidad policiaca, la represión, la falta de libertades de expresión, de asociación y de manifestación; la censura, el control sobre la prensa; las limitaciones en los derechos sociales y en los recursos que se les asignaban; y en el ámbito de la familia y la pareja, el conservadurismo y el moralismo imperantes.

La solidaridad, llevaría implícita una noción entre los estudiantes de que, a pesar de ocupar una posición relativamente privilegiada respecto a las clases trabajadoras, compartían con éstas un “lugar en el mundo” impuesta por las relaciones sociales: esto es, un papel subalterno en la sociedad. Los estudiantes, al hacer un recuento de los agravios

⁵⁸³ “Llegábamos en brigada a un mercado a botear, nos daban canastas de víveres. Los carniceros nos daban piezas completas”, relata Fernando Hernández Zárate, de Economía del IPN, “Las batallas en el Politécnico”, *op. cit.*, p. 88

anteriores o presentes que las autoridades habían infligido a otros sectores, de las clases medias y trabajadoras, comprendían que al recibir el mismo trato, también a ellos se pretendía someterlos y subordinarlos. Se percibía incluso un cambio de actitud de las élites hacia las clases medias. El mexicano Roberto Escudero afirmaba que las clases medias, “roto el pacto con la oligarquía, han sido desalojadas de sus posiciones de poder”;⁵⁸⁴ en una conferencia, Roberto Perdía apuntaba que en Argentina, después de 1966, la dictadura no sólo proscribió al peronismo, sino que al cancelar a otros partidos, “corren la línea, a partir de ese momento esos vastos sectores medios también pasan a ser enemigos del gobierno”.⁵⁸⁵ El brasileño Palmeira apuntaba que la dictadura en su país, que había ascendido con apoyo de las clases medias, había perdido ese respaldo por la cancelación de vías parlamentarias y legales, y que con el movimiento estudiantil, esas capas medias “comenzaron a adquirir confianza y a participar en forma creciente en la lucha”.⁵⁸⁶ En Uruguay, acotan Sala y Landinelli, las capas medias asalariadas estaban en conflicto con el Estado, y tenían su propia representación gremial y sindical, muy afectadas por las MPS, en particular por la militarización de los empleados bancarios.⁵⁸⁷

Aunque no siempre se expresara así, precisamente por la posición de relativo privilegio de los estudiantes, tendería a concebirse una solidaridad como relación horizontal con otros sectores. Esta identificación y la necesidad de hablar con la gente de otros sectores requerían un proceso. Un estudiante uruguayo anotaba que entre los universitarios “pesan dos tipos de complejos: el de superioridad que nos 'hace-fruncir-la-nariz' ante la idea

⁵⁸⁴Roberto Escudero, “El movimiento estudiantil: pasado y presente”

⁵⁸⁵Roberto Perdía, Presentación del libro *Montoneros* en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, 4 de abril de 2014

⁵⁸⁶ Palmeira en Caso, *op. cit.*, p. 37

⁵⁸⁷ Sala y Landinelli, *op. cit.*, p. 283

de ir a hablar con personas menos ilustradas, presumiblemente; y uno derivado de aquél, que nos impide encontrar el lenguaje apropiado para dialogar con los trabajadores. No se trata de hallar un idioma más tosco, porque el nuestro sea más pulido; el problema es dar con la real escala de valores que maneja el obrero, identificarse con él para poder dialogar. No es el problema de quien va a hablarle a un inferior, sino del que debe dialogar con alguien diferente y aún, al parecer, no ha encontrado el idioma común”. A su vez, los trabajadores recibían a los estudiantes con recelo: “aquellos con conciencia de clase y sentimiento proletario, nos califican de burgueses. Los menos concientizados, nos dicen hijos de papá, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo”, lamentaba otro estudiante.⁵⁸⁸ Un joven dirigente textil describía tres reacciones más amplias entre los sindicalistas hacia los estudiantes: “un sector, francamente joven, manifestaba su coincidencia con los estudiantes y expresaba su deseo de coordinar la militancia con ellos; un segundo grupo expresaba su desacuerdo con los métodos de lucha de los estudiantes, discrepaba con el incendio de autos, con las pedreas y, en general, con todo tipo de enfrentamiento con la policía”, y un tercero “que, si bien se sentían lejanos de los estudiantes, se declaraban fatigados con la reiteración de los métodos de lucha del movimiento sindical y con la creciente esterilidad de los paros, mítines pacíficos y demás [...] Todo este proceso fue operándose al margen de los respectivos organismos de dirección, los contactos se hicieron entre las bases”⁵⁸⁹

En el caso de Córdoba, Elvira Barillato y Francisca Beatriz La Greca señalan distintas posturas: Delich apuntaba que en 1969, “los estudiantes no pueden establecer una relación paternalista hacia los obreros, ni pretender representarlos ante el conjunto de la sociedad. No solamente porque los sindicatos son fuertes, sino porque en el sistema de relaciones

⁵⁸⁸ Bañales y Jara, *op. cit.*, p. 88 y 89

⁵⁸⁹ *id.*, pp. 91 y 92

políticas en el que se desarrolla su acción han asumido de hecho la representatividad de los sectores populares, incluyendo los estudiantes”. Moreno apuntaba que el Cordobazo sería “la confluencia de dos grandes vertientes [...] con sus respectivas expresiones, en el caso de la gran industria los sindicatos industriales, en el caso de la universidad de masas, las organizaciones estudiantiles”. Beba y Beatriz Balvé, en cambio, consideraban al Cordobazo como una expresión centralmente obrera. Barillato y Greca apuntan que en Córdoba, la acción colectiva se transformó en movimiento social “por una nueva dirigencia que supo aprovechar la oportunidad política al construir redes con el estudiantado”.⁵⁹⁰

La toma de conciencia del lugar que se les asignaba en el mundo incluyó la crítica a las escuelas, concebidas como “voluminosos centros de producción de fuerza de trabajo más o menos calificada” para un sistema productivo cada vez más estratificado, de manera que el estudiantado “adquiere conciencia de su nuevo papel y comienza a luchar en y contra el sistema que le impone una condición subalterna como asalariado real o potencial”.⁵⁹¹ Esta crítica daría sentido a dos planteamientos dentro de las escuelas: por una parte, exigir una nueva enseñanza vinculada a los intereses de la sociedad, y más específicamente a los de los trabajadores; y por otra, la lucha contra las políticas excluyentes y limitacionistas, y en pro de una universidad abierta y con las condiciones necesarias para atender a los hijos de los

⁵⁹⁰ Elvira Barillato y Francisca Beatriz La Greca, “El Cordobazo: un movimiento social. Memoria, recreación y representación”

⁵⁹¹ Calderón, *op. cit.*, p. 126. En un documento de análisis, el Comité de Lucha de Arquitectura indicaba que con la educación vigente, “Se preparan estudiantes que sólo saben su profesión, técnicos que encajan como engranajes con una máquina. La libertad de cátedra y todos esos conceptos que definen la 'autonomía' han desembocado en la formación de un estudiante preso, sujeto a condiciones que él no controla, de profesionales que no resuelven las necesidades que se requieren, y de profesores que no educan en la realidad”, *Reestructuración Académica en los centros de educación superior*, Comité de Lucha de la Escuela Nacional de Arquitectura, UNAM, Agosto-Septiembre de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/322/25-29. La FEUU, la UNE y varias organizaciones argentinas tenían debates y análisis sobre la función social de la universidad, en contraposición contra lo que concebían como planes elitistas y excluyentes de las autoridades gubernamentales, ver FEUU y UIE, *Documentos*, y UNE, “Intervención de la delegación de UNEB de Brasil”, en el mismo texto.

trabajadores, con nuevas relaciones entre profesores y alumnos.⁵⁹² Fuera de las escuelas, esta conciencia del lugar subalterno asignado llevaba a los estudiantes a vincularse con otros sectores y grupos sociales en la misma condición, a fin de presentar una lucha común.

En Uruguay, la lucha estudiantil se desarrolló mientras los trabajadores estaban empeñados en una intensa movilización, y entre ambos se estableció una relación de acompañamiento y solidaridad recíproca. En Argentina, la revuelta estudiantil estuvo inmersa en una rebelión social más general, y los estudiantes se concebían como uno de los contingentes de la movilización. En Brasil y México, las rebeliones de los estudiantes tuvieron un gran impacto, pero se desarrollaron sin que se produjeran otros movimientos similares; los estudiantes concebían que sus acciones debían ser una avanzada, una fuerza capaz de desatar el descontento social,⁵⁹³ incluso como voceros, representantes y aun intermediarios de otras fuerzas populares ante las instancias gubernamentales. En México, el movimiento conformó brigadas jurídicas, que acompañaban y daban asesoría a locatarias del mercado o a taxistas para organizarse y presentar quejas ante las autoridades; brigadas médicas, y otros medios para acercarse a la población, atenderla o acompañarla ante las autoridades.

Pero, como apunta García Aguirre, las posibilidades de mediar “están limitadas por la relación establecida con el poder o el contrapoder: no puede ser intermediario entre dos concepciones de mundo aquel que no es reconocido por ambas partes en conflicto”.⁵⁹⁴ Dado

⁵⁹² “Con la transformación de la sociedad vendrá, también, la transformación de la enseñanza y entonces ésta podrá cumplir su verdadero objetivo: una relación profesor-alumno que permita que ambos creen juntos”, apuntaba un joven uruguayo en entrevista con *Marcha*, “Jóvenes: entre la violencia...”

⁵⁹³ “...el papel de los estudiantes de DAR a otros sectores sociales su concepción del mundo (¡pero, en acciones concretas!), servir de catalizadores, detonadores de situaciones sociales [...] En suma, 'ser un megáfono', como dijera Daniel Cohn-Bendit”, *Ideario del Movimiento 23 de julio*, Consejo Nacional de Huelga, Escuela Nacional de Arquitectura, UNAM, 19 de agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/322/20 a 23

⁵⁹⁴ García Aguirre, *op. cit.*, p. 168

que los estudiantes mismos estaban en conflicto con el Estado, aunque en casos puntuales pudieran erigirse como intermediarios de ciertos sectores ante determinados niveles del aparato administrativo, en su lucha requerían a su vez de mediaciones ante un poder que se negaba a reconocer sus demandas y sus organizaciones. Las autoridades e instituciones universitarias, o los sectores de la Iglesia que les eran afines, intentaron esta mediación, pero pronto notaron que las autoridades también las consideraban parte del conflicto. Dado que las vías parlamentarias y jurídicas estaban copadas por el mismo autoritarismo, o directamente cerradas, esta amplia red de solidaridades y posibilidades de mediación se topaban con un muro ante las autoridades gubernamentales.

A partir de esta conciencia del lugar en el mundo y de la intención de modificarlo, los diversos sectores del movimiento orientaban sus búsquedas de contacto con otros sectores sociales de maneras específicas, hacia determinados objetivos, en función de determinados fines. Calderón apunta dos vertientes dentro de lo que denomina la “opción política revolucionaria” del movimiento: una, de carácter democrática-antiautoritaria, y la otra proletario-clasista.⁵⁹⁵ La primera ponía el énfasis en la impugnación al sistema de dominación política, y consideraba que la tarea del movimiento era una transformación superestructural vasta, democratizadora. La segunda asumía como objetivo detonar un movimiento “cuya guía estará a cargo del sujeto histórico por excelencia: la 'clase obrera'”, y en esa labor, la democratización de la sociedad era necesaria para construir “las bases y el espacio necesarios para que la clase obrera se libere de la opresión” del corporativismo, para emprender “una transformación estructural del sistema capitalista”.⁵⁹⁶ En el primer caso, el énfasis de la propaganda y de la acción estudiantil era abrirse espacios entre la sociedad

⁵⁹⁵ Calderón, *op. cit.*, p. 127

⁵⁹⁶ *id*

civil; en el segundo, vincularse con sectores de la clase obrera: González de Alba cita que en una reunión con estudiantes alemanes del SDS, Roberto Escudero evaluaba que “si la conmoción que hemos producido trae como consecuencia libertad en los sindicatos, con ese solo triunfo se acabó el sistema político mexicano que ahora conocemos. Le quitamos de un golpe su principal puntal”, pero admitía que hasta el momento, la principal fuerza que se había pronunciado a su favor era “principalmente, de la clase media, de los padres de familia, los maestros, los empleados. No hemos podido romper el control gubernamental en fábricas y sindicatos. Los mecanismos de control y de represión inmediata han sido perfeccionados por años. La dependencia respecto al gobierno es completa. Hay pocas excepciones”.⁵⁹⁷

En los cuatro países, la relación era fluida con grupos determinados de las clases medias: sectores intelectuales y artísticos, algunas agrupaciones profesionales, sacerdotes vinculados con la emergente Teología de la Liberación y la opción por los pobres, que en Argentina se agrupaba en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, entre otros.⁵⁹⁸ La relación con la numerosa clase obrera, fuera organizada de manera independiente, o encuadrada en grandes sindicatos corporativos, representaba una prioridad, pero los estudiantes no siempre encontraban una forma adecuada de establecer contacto con los trabajadores, de construir una verdadera solidaridad como experiencia compartida. Con frecuencia, alteraban o chocaban con la dinámica laboral y sindical, a veces sin saberlo, y en ocasiones, su propaganda y sus llamados a los trabajadores adoptaban un tono pedagógico

⁵⁹⁷ González de Alba, *Los días...*, p. 38 y p. 40

⁵⁹⁸ En mayo de 1968 se constituyó en Córdoba el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, Ana Longoni y Mariano Mestman, *Del Di Tella a "Tucumán Arde". Vanguardia artística y política en el 68 argentino*, p. 36. *Marcha* apuntaba la solidaridad de “ los sacerdotes del Tercer Mundo” con los estudiantes argentinos, Arnaldo Cristiani, “Iglesia...”, así como de gremios de abogados, la Asociación Argentina de Actores y otros sectores, “Argentina. Ejemplos de lo que el Ministro Borda llama 'extremistas'”, *Marcha*, 30 de mayo de 1969, junto con comerciantes, la Federación Médica, etc., Gregorio Selser, “Argentina: la matanza de estudiantes”, *Marcha*, 23 de mayo de 1969.

o de adoctrinamiento. El dirigente obrero brasileño José Ibrahim, de la fábrica metalúrgica Osasco, que recibió apoyo estudiantil durante una huelga en julio de 1968, indicaba que “la mayor parte de los estudiantes entendía de libros, de teorías [...] Intentaban pasarles a los obreros las teorías, los libros, los modelos, las ideas de la Revolución Cubana, Rusa, las ideas de la guerrilla, etc. Intentaban imprimir a la clase obrera un ritmo, una dinámica artificial [...] También ahí estaba presente la división del trabajo: estudiante es intelectual, sabe estudiar, sabe leer, sabe planear; obrero es práctico, es trabajador manual, sabe hacer, construir cosas, pero no sabe pensar. Los estudiantes reproducían esta división”.⁵⁹⁹ Esta afirmación contrasta con la del líder estudiantil Palmeira, quien al difundir la huelga de Osasco entre las fábricas de Río, aseguraba que “no pretendíamos con ello dar una dirección ideológica o una orientación política a la clase obrera, no, simplemente nos limitábamos a leer los manifiestos de los compañeros obreros de Osasco a los trabajadores de Río de Janeiro. Con eso solamente señalábamos la contradicción entre la vanguardia obrera revolucionaria de Osasco y la situación de conciliación de los dirigentes sindicales metalúrgicos de la Guanabara”.⁶⁰⁰ Las posibilidades de desarrollar esos contactos quedaron trunca en Brasil y México por la represión que se desató contra estudiantes y obreros; en Argentina y Uruguay se vivieron momentos difíciles, pero subsistieron los lazos.

Una razón es que en Argentina y Uruguay había nexos orgánicos previos entre las organizaciones estudiantiles y los movimientos sindicales, con la característica de que ni la CNT ni el sindicalismo combativo argentino se limitaban a la lucha laboral, sino que actuaban como verdaderas “expresiones políticas” de los trabajadores, con “capacidad para convocar

⁵⁹⁹ Citado por Luiz Carlos Galetti, *As comissoes nas fábricas e a greve de ocupacao em Osasco, SP, 1968*, Disertación para maestría en Ciencia Política, p. 93

⁶⁰⁰ Palmeira en Caso, *op. cit.*, pp. 37 y 38

a sectores que anteriormente no se habían organizado a la par de la clase obrera, encontrando en esta posición a la gran mayoría del movimiento estudiantil del momento, importantes sectores de la Iglesia contestataria y artistas”, como apunta Guillermo Sagen.⁶⁰¹ Mientras en Brasil y México los controles corporativos limitaron la relación entre estudiantes y obreros a centros de trabajo determinados, en ocasiones en la clandestinidad, desafiando a autoridades gubernamentales, a la patronal, a la burocracia sindical y la propia reticencia y temores de los trabajadores. En México, entre los estudiantes había discrepancias entre quienes planteaban privilegiar el contacto con las capas medias y las demandas democráticas, y quienes buscaban el contacto con la clase obrera para plantear demandas clasistas.⁶⁰² En Brasil, Palmeira señalaba que, contando con el respaldo de sectores medios, como las madres de familia, profesores, artistas, periodistas, abogados y sacerdotes, era posible extender el movimiento hacia la clase obrera.⁶⁰³

La central sindical uruguaya CNT estaba empeñada en la lucha contra las Medidas Prontas de Seguridad, la congelación de salarios y la militarización de los trabajadores. Las relaciones con los estudiantes no sólo se producían a nivel de las direcciones, sino también de “las bases”, directamente entre obreros de una fábrica y alumnos de una escuela, coordinadas a nivel de zona.⁶⁰⁴ Del mismo modo, las organizaciones estudiantiles argentinas

⁶⁰¹ Guillermo Sagen Gil, *La CGT de los Argentinos en Rosario (1968-1969)*

⁶⁰² Zermeño, *México...*, p. 169 indica que los sectores radicales vieron en las brigadas un medio para articular una alianza con la clase obrera, sin lograrlo. Guevara Niebla cuestionaba en el CNH estas incursiones entre la clase obrera y pedía concentrarse en las clases medias, al sostener que el mayor impacto del movimiento estaba entre “los empleados del sector público, los pequeños comerciantes, las colonias clasemedieras y los grupos profesionales”. Guevara Niebla, *La libertad...*, p. 143, y p. 171.

⁶⁰³ Palmeira, en entrevista con *Marcha*, apuntaba que el movimiento “puede tener influencia en algunos sectores de la clase media”, y apuntaba: “Hay que recordar que la clase media fue el soporte de la reacción en 1964; se trata hoy de terminar de aislarla del gobierno”. En este sentido, la Comisión Popular que acudió a dialogar con el presidente militar Costa e Silva contó con la participación del intelectual Hélio Pelegrino, el sacerdote Joao Batista, la madre de familia Irene Papi, y estudiantes de la UME

⁶⁰⁴ Un participante en el movimiento uruguayo mencionaba en una carta a la revista *Marcha* la coordinación entre acciones de la FEUU y las Mesa Zonal de la CNT. También había obreros y estudiantes que cuestionaban a las direcciones de la FEUU y de la CNT, y que realizaban acciones conjuntas al margen de sus dirigentes,

tenían estrechos lazos con diversas fuerzas sindicales en Córdoba, particularmente con la CGTA, los sindicatos de las empresas automovilísticas y sobre todo, con el sindicato de Luz y Fuerza, y con su dirigente Agustín Tosco.⁶⁰⁵ En Argentina es donde quizás se produjo la alianza más profunda. El Cordobazo tuvo la característica, como hemos apuntado antes, de que la dirección no estuvo en manos estudiantiles, sino obreras; y que, como preconizaban los estudiantes en los otros países, no se trataba del apoyo de unos a otros, ni de acciones paralelas, sino de una acción conjunta. En ello fue fundamental tanto el papel de Tosco, como la figura de Santiago Pampillón. Carlos Orzaococa resalta que el de Córdoba “era un proletariado joven, entre 23 y 30 años, era un proletariado virgen políticamente, que hacía sus primeras experiencias de trabajo industrial. Muchos de ellos tenían la doble identidad, como Santiago Pampillón. Eran obreros, que se habían incorporado a la fábrica, pero también eran estudiantes”. Agrega que “muchos de ellos se incorporaron a la Facultad de Ingeniería, de la Universidad Tecnológica y de la Universidad Nacional. De modo que eso permitía la, el encuentro entre estudiantes y obreros. Porque muchos de los obreros eran también estudiantes. Yo recuerdo haber tenido muchos amigos que eran también obreros de la fábrica, y que esta situación nos, bueno, nos acercaba, nos permitía hablar, discutir de política, ver las perspectivas, y todo eso fue haciendo que este proletariado joven y altamente concentrado, se politizara. Y se politizara en la idea del clasismo, del socialismo, y confluyera con los movimientos estudiantiles”.⁶⁰⁶ Otros autores subrayan también esta figura de los

como ocurrió entre la Facultad de Medicina y obreros de Alpargatas, Bañales y Jara, *op. cit.*, pp. 87 a 89.

⁶⁰⁵ Ferrero, *op. cit.*, p. 190 a 193, y p. 203, cita relaciones específicas entre grupos estudiantiles y sindicales: “Los integralistas están en contacto con el SMATA de Elpidio Torres y los comunistas que animan el MUR, con Agustín Tosco y su gente en el Sindicato de Luz y Fuerza, donde no faltan militantes del PC”, y apunta que Tosco tenía contacto también en la Universidad Católica, a la que fue invitado el 25 de mayo. Agrega que antes del Cordobazo, el FAUDI, que dirigía el Consejo Nacional de Centros de la FUA, “se dedicaba a polemizar con la CGT-A”

⁶⁰⁶ Entrevista con Carlos Orzaococa, citada.

estudiantes-trabajadores,⁶⁰⁷ así como el papel hegemónico de los sindicatos en la oposición a la dictadura, bajo el cual se agrupaban los propios estudiantes.

En vísperas del Cordobazo, las asambleas estudiantiles que sesionaban en la Ciudad Universitaria de la UNC enviaban sus delegados a la reunión obrera que se desarrollaba en el sindicato de Luz y Fuerza, donde Tosco “señaló en su discurso que el paro del día siguiente, 29 de mayo, a iniciarse a las 10 horas con abandono de fábricas y empresas, debía mostrar a la dictadura la fuerza y la decisión popular de luchar para derrocarla”.⁶⁰⁸ Pablo Bonavena plantea que desde 1966, a raíz del asesinato de Pampillón, las luchas de obreros y estudiantes enriquecieron mutuamente sus experiencias, prácticas y conocimientos, y “comienzan a perder su carácter corporativo y a tornarse más 'universales'. Objetivamente se constituye una fuerza”, que “no es igual a la sumatoria de sus componentes (obreros más estudiantes), sino que adquiere rasgos originales”, y asegura que “sobre el final de esta etapa [del Cordobazo] comienza a producirse una ruptura epistemológico-política tanto en algunas fracciones del proletariado como en vastos sectores estudiantiles”, la cual se expresa en críticas a las formas anteriores de lucha y sus alineamientos, y una toma de conciencia del carácter de estas luchas.⁶⁰⁹

En Brasil y México, los sindicatos eran en cambio un medio de control estatal sobre la clase obrera, y acercarse a los trabajadores requería “perforar” el corporativismo vigente,⁶¹⁰ el

⁶⁰⁷ María Laura Freyre, en *La participación del movimiento estudiantil en el Cordobazo*, citando a Delich, César Arese y Julio César Moreno, apunta la importancia de estos jóvenes en la articulación de las relaciones entre ambos sectores, como “vasos comunicantes”, p. 9

⁶⁰⁸ Ceballos, , *op. cit.*, p. 128

⁶⁰⁹ Bonavena, *op. cit.*, pp. 77 y 78,

⁶¹⁰ En Brasil, la UNE apuntaba en 1965 que “la dictadura exige certificado de ideología para presentarse como candidatos en sus respectivos gremios sindicales, estos certificados son expedidos por la policía. Cualquier tentativa de organización es violentamente reprimida. El derecho de huelga, prácticamente no existe, por ejemplo, existe una ley que exige que 2/3 de la totalidad de la rama de trabajo apruebe la posibilidad de huelga,

denominado “peleguismo” en Brasil, y el “charrismo” en México. En Brasil, los sindicatos estaban regidos por un código que sólo permitía organizarse por planta y por industria, que facultaba al Estado a supervisar sus elecciones y finanzas, y restringía el derecho a huelga; algunos sindicatos estaban intervenidos, y gran parte de los dirigentes estaban presos desde 1964.⁶¹¹ A pesar de ello, se produjeron movimientos entre trabajadores metalúrgicos en Minas Gerais y en Sao Paulo, a los que los estudiantes acudieron. En abril hubo una huelga con ocupación en la empresa Belgo Mineira, en la cual participaron unos 16 mil obreros durante diez días en la ciudad industrial de Contagem, en Minas;⁶¹² en Osasco, desde 1967 comenzó una lucha contra los techos salariales impuestos por la dictadura, que fue desplazando a los “pelegos”, que culminó en julio de 1968 con una huelga y ocupación de la planta de Cobrasma, con participación de unos tres mil obreros, que combinaba acciones legales y clandestinas, aunque sin lograr la huelga general que se pretendía.⁶¹³

En México, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), era uno de los sectores del partido oficial, y su líder Fidel Velázquez, ante las frecuentes incursiones estudiantiles en las fábricas y centros de trabajo, ofreció poner sus grupos de choque al servicio del gobierno priista “para lanzarlas, ‘en el momento oportuno’ contra los estudiantes particularmente”, y se formaron “brigadas de ‘vigilancia’, en realidad de espionaje, que desempeñaban el papel de descubrir a todo trabajador o grupo de trabajadores que se ocupara de los planteamientos por las reivindicaciones democráticas hechas por el

y esto lo imposibilita” “Intervención de la delegación de UNEB de Brasil”, en FEUU y UIE, *Documentos...*

⁶¹¹ Skidmore y Smith. Sin embargo, en 1967, el gobierno de Costa e Silva había ofrecido una apertura para el sindicalismo, igual que para los estudiantes, Galetti, *op. cit.*, p.54. El autor apunta que las huelgas de Belo Horizonte y Osasco significaban superar las limitaciones del sindicalismo de la época populista de Goulart, en nuevas condiciones de lucha, con la formación de “algunos embriones de organización autónoma por la base de la clase obrera (las comisiones)”, con las cuales los estudiantes tenían interés en contactar, p. 59.

⁶¹² Galetti, *op. cit.*, p. 68

⁶¹³ *id.*, p. 68 a 70

movimiento”.⁶¹⁴ Los sindicatos independientes también habían sido intervenidos en 1959 y muchos dirigentes estaban presos. Las corrientes de izquierda estudiantil en México que estaban agrupadas en el Comité Coordinador de Brigadas, la cual tenía su sede en Ciencias Políticas, impulsaron la asistencia masiva a fábricas y talleres. Taibo II relata, por ejemplo, la asistencia de una “brigada monstruo”, formada por 30 estudiantes, a la planta de General Motors, a la que ingresaron “y recorrimos los patios cantando, entramos a los talleres a hacer mítines relámpago, repartimos propaganda hasta en la oficina del gerente”.⁶¹⁵ Otros lugares privilegiados para la acción de las brigadas eran la Refinería de Azcapotzalco, la Compañía de Luz y Fuerza, en donde los electricistas discutían “la posibilidad de brindar un apoyo político explícito”;⁶¹⁶ y las estaciones ferroviarias. Una considerable proporción de volantes que se imprimían en muchas escuelas y facultades se dirigían a los trabajadores, y en muchos casos específicamente a obreros de determinados centros de trabajo.⁶¹⁷ De manera recíproca, en distintos sindicatos hubo corrientes disidentes que expresaban su apoyo a los estudiantes, instando a los trabajadores a sumarse al movimiento: por ejemplo, el Movimiento Obrero Revolucionario 58-59 entre los ferrocarrileros;⁶¹⁸ trabajadores de la sección 35 del Sindicato Petrolero, de la Refinería de Azcapotzalco, que denunciaban la militarización de las instalaciones;⁶¹⁹ el Comité Coordinador Magisterial de Comités de Lucha

⁶¹⁴ Jardón Arzate, *op. cit.*, p. 199

⁶¹⁵ Taibo II, *op. cit.*, p. 58 y 59

⁶¹⁶ Guevara Niebla, *La libertad...*, pp. 246 a 248

⁶¹⁷ Ver, por ejemplo, volantes del Comité Nacional de Lucha Estudiantil, invitando a la “Manifestación Estudiantil Popular de protesta”, agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 315, Documento 3; *A todos los obreros petroleros del país*, Volante del Comité Coordinador de Huelga, agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 315, Documento 8; *Compañero trabajador*, volante del Comité de Lucha Estudiantil, s.f., AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 319, Documento 53; o “El movimiento huelguístico en la Pepsi Cola”, en *Gaceta. Boletín informativo del Comité Coordinador de Huelga de la UNAM*, 13 de agosto de 1968, p. 2, consultado en AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58B, Expediente 315, Documento 15

⁶¹⁸ *Carta abierta al Consejo Nacional de Huelga*, Agosto de 1968, AHUNAM, Fondo Esther Montero, 1/1/8, y *A todo el gremio ferrocarrilero*, 26 de Agosto de 1968, 1/1/29

⁶¹⁹ *A LOS TRABAJADORES*, Carta abierta, Trabajadores Petroleros de la Sección 35 del STPRM, Agosto 30 de 1968, reproducida por el Comité de Lucha de la ENE, AHUNAM, Fondo Esther Montero, 1/2/51

del DF, que en noviembre de 1968 impulsaron un paro mediante el cual esperaban reactivar el movimiento;⁶²⁰ entre electricistas.⁶²¹ Corrientes democráticas del sindicato de telefonistas.⁶²² Entre los médicos, golpeados por la represión a su movimiento laboral en 1965, se evaluaba la posibilidad de reorganizarse.⁶²³ Sin embargo, todos estos contactos fueron insuficientes cuando los estudiantes pretendieron responder al informe presidencial del 1 de septiembre con un paro obrero.

Un caso particular fue el de Topilejo, una comunidad campesina cercana a la Ciudad de México, que en septiembre, luego de la volcadura de un autobús de pasajeros, y ante la negativa de autoridades y empresarios del transporte a pagar las indemnizaciones, recurrió a los estudiantes universitarios, los cuales de inmediato respondieron con el envío de brigadas y un autobús de la UNAM para dar servicio;⁶²⁴ luego los estudiantes solicitaron que se les enviara un mimeógrafo para editar un periódico; había problemas con el sacerdote, que “todos los días lanza sermones en contra de los comunistas ateos”. Aunque se trató de una experiencia excepcional, tuvo gran impacto en la UNAM, donde las brigadas la consideraban

⁶²⁰ *Levantemos a los trabajadores*, Comité Coordinador Magisterial de Comités de Lucha del DF, Septiembre 5 de 1968, AHUNAM, Fondo Esther Montero, 1/2/70; *Ceder un poco es capitular mucho*, volante del Comité Coordinador de los Comités de Lucha del Magisterio, llamando a la marcha del 27 de agosto de 1968, AHUNAM, Fondo Esther Montero, Caja 1, Expediente 3, Documento 116, y entrevista con Enrique Ávila

⁶²¹ *A la clase obrera de México*, Comité Obrero Electricista, previo al informe presidencial del 1 de septiembre de 1968, AHUNAM, Fondo Esther Montero, 1/3/149

⁶²² *Despierta telefonista!*, volante firmado por la corriente PCP 7, llamando a los telefonistas a apoyar al movimiento estudiantil y a crear Comités de Lucha, s.f., AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 60, Expediente 327, Documento 23

⁶²³ *A LOS MÉDICOS RESIDENTES E INTERNOS*, volante de invitación a la marcha del 27 de agosto de 1968, s.f., AHUNAM, Fondo Esther Montero, Caja 1, Expediente 3, Documento 113

⁶²⁴ “...los campesinos acudieron a la Ciudad Universitaria en solicitud de ayuda y pronto un gran número de brigadas apareció en Topilejo. Uno de los primeros actos realizados por las brigadas en el poblado fue una asamblea de todos los habitantes. Ahí se estipuló el monto de las indemnizaciones y los medios a que se recurriría para lograr el pago correspondiente. La Presidencia Municipal se convirtió en centro de operaciones de las brigadas y grupo de estudiantes permaneció definitivamente en Topilejo. Los campesinos les proporcionaron una casa y alimentos”, Gonzalez de Alba, *Los días...*, pp. 123 y 124

una muestra de la potencialidad de la alianza estudiantil-popular, y un anticipo de otras posibles vinculaciones, lo que se tradujo en la consigna: “Crear uno, dos, tres Topilejos”.⁶²⁵

3.7 Rebelión y cultura

Uno de los sectores que más claramente acompañó a los estudiantes en las rebeliones estuvo constituido por intelectuales y, en especial, artistas, lo que dejó huella en la producción de medios de propaganda y de información que utilizaban recursos de la plástica o la cinematografía, aun sin haber sido pensados como “obras de arte”, pero que quedaron como una expresión de las estéticas de las rebeliones estudiantiles.⁶²⁶ Mencionamos antes la posición de los estudiantes como intelectuales, ahora se trata de la presencia de intelectuales al lado de la rebelión, lo que, apunta Claudia Gilman, “implica tanto una posición en relación con la cultura como una posición en relación con el poder [...] los intelectuales son el objeto de una delegación de hecho, global y tácita, para producir representaciones del mundo social”, las cuales “constituyen una dimensión fundamental de la lucha política”.⁶²⁷

Para miles de estudiantes, las escuelas y las universidades representaban un primer contacto con una vasta actividad cultural, a la que de otra manera no tendrían acceso,

⁶²⁵ Tal consigna evocaba la del *Che* Guevara, que en la lucha antiimperialista, llamaba a crear “Uno, dos, tres Vietnam”. Estudiantes de Medicina, en un volante dirigido a los campesinos, calificaban la experiencia de Topilejo como “un lazo más de unión revolucionaria”, como “vanguardia de la lucha por la restitución de tus derechos, porque tengamos una verdadera democracia, libertad”, y subrayaba el compromiso: “NO TE ABANDONAREMOS”. *Topilejo: un lazo más de unión revolucionaria*, volante del Consejo Nacional de Huelga, Facultad de Medicina, con fecha anotada a lápiz: sep. 1968. AHUNAM Fondo Esther Montero, 1/8/371, con mayúsculas y subrayado en el original.

⁶²⁶ El Grupo Mira diferenciaba entre la gráfica como medio para informar o para hacer propaganda política durante el movimiento, y la gráfica con temática política alusiva a 1968 que se hizo después, al apuntar que “parten de intenciones diferentes, se ofrecen a distintos públicos, utilizan otras técnicas y otros recursos, es decir, existe una diferencia en cuanto a la producción, circulación y consumo del producto”, Grupo Mira, “Arte-luchas populares (1968-1978)”, en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, pp 513 a 527, p. 522

⁶²⁷ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, pp. 15 y 16, en referencia a Pierre Bourdieu

además de lo estrictamente relacionado con su formación profesional. No sólo tenían acceso a la producción de cultura como espectadores, sino que podían incorporarse a ella como creadores. Junto con el crecimiento de sus matrículas, las escuelas superiores de la década de 1960 realizaban una abundante actividad de difusión y extensión cultural, y ponían a disposición de los estudiantes libros, conciertos, teatro, cine, exposiciones y otras expresiones, muchas veces con mayor libertad que en el resto de la sociedad. La institucionalización y profesionalización de la actividad cultural llevó a la creación de centros de formación y foros, muchas veces vinculados a las instituciones educativas, aunque también había otros circuitos con patrocinio estatal o mecenazgos privados, que financiaban galerías, museos, teatros, salas de concierto e instalaciones similares.

Mientras iban recrudeciéndose las formas de censura y represión en toda la sociedad, y las condiciones para la creación se hacían difíciles, una parte del sector intelectual, en paralelo con otros grupos sociales, desafiaba estas condiciones, elevando el tono de denuncia y confrontación con las autoridades, y cuestionando a las propias instituciones culturales. La intensa politización de la sociedad se experimentaba también en los círculos intelectuales, bajo la figura del intelectual comprometido, basado en la postura de Jean Paul Sartre, Franz Fanon y en la Revolución cubana.⁶²⁸ Bajo ese mismo influjo, los intelectuales latinoamericanos criticaban el aislamiento entre los ámbitos culturales de cada país, buscaban contactos con sus colegas del exterior y planteaban construir una perspectiva regional. Literatos y cineastas realizaron este tipo de citas regionales, en donde se impulsaron posturas políticas y estéticas contrapuestas a los modelos europeos y

⁶²⁸ Gilman se refiere a la influencia de Sartre y su postura de intelectual comprometido, potenciada a partir de su visita a Cuba, así como el caso de Bertrand Russell, y postula que “el compromiso implicaba una alternativa a la afiliación partidaria concreta, mantenía su carácter universalista y permitía conservar la definición del intelectual como la posición desde la que era posible articular un pensamiento crítico”, *op. cit.*, pp. 72 y 73

estadounidenses considerados imperialistas o colonialistas.⁶²⁹ Hay que añadir que se trataba de una época de intensa experimentación estética, de formación de vanguardias, de debates sobre materiales, soportes, técnicas y métodos para la creación, así como la relación entre creadores, obras y espectadores, como se observaba en las artes plásticas y las artes escénicas.

Creadores vinculados con el Nuevo Cine Latinoamericano o el llamado *boom* literario, con la canción de protesta y la música popular y folclórica; el “teatro del oprimido” en Brasil y otras creaciones similares; o las vanguardias en la plástica, tuvieron contacto con la rebelión estudiantil. En todas estas experiencias, se planteaba tanto una búsqueda de nuevas formas creativas, como la necesidad de un compromiso social y político que se expresara directamente en las obras. Mucha de esta producción cultural, y las discusiones en la prensa y las revistas circulaban entre los estudiantes y contribuían a su formación intelectual y a su politización: era el caso de la revista uruguaya *Marcha* o la mexicana *Siempre!*, a la que habría que sumar la revista cordobesa *Jerónimo*, que dedicaba páginas al análisis político y a la información cultural en la época del Cordobazo.

Era tiempo también de censura y control, que combinaba el conservadurismo católico con la persecución a la disidencia política, que en Argentina es caracterizada como

⁶²⁹ En el caso de los literatos, Gilman refiere una serie de encuentros regionales (Primer Congreso Latinoamericano de Escritores en Arica, 1966, y el Segundo en México, 1967; el XIII Congreso Interamericano de Literatura en Caracas, 1967; y varios encuentros en La Habana), vinculados por una parte con actividades de solidaridad con la Revolución cubana, y por otra con la formación de una red en la que participaban editores y los suplementos culturales de revistas como la cubana *Casa de las Américas*, la uruguaya *Marcha*, la mexicana *Siempre!*, o la argentina *Primera plana*, ver el capítulo “Historias de familia”, *op. cit.*, pp. 97 a 142. Por su parte, Mestman cita los festivales de cine de Viña del Mar de 1967, el de Mérida (Venezuela) de 1968, y nuevamente en Viña del Mar en 1969, en los que se gesta el movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano, en donde se presenta un cine testimonial, rupturista y al mismo tiempo constructor de íconos, como la imagen del *Che*. Mariano Mestman, “Notas sobre las rupturas del 68 en el cine de América Latina (y algunas consideraciones en torno a las fuentes)”

“resultado del encuentro de un marcado tradicionalismo clerical con la Doctrina de la Seguridad Nacional”, que colocaba a científicos y artistas entre sus “blancos habituales”.⁶³⁰ En Argentina y Brasil era frecuente la prohibición de publicaciones y libros, considerados subversivos o inmorales,⁶³¹ y la clausura o la sanción a editoriales, teatros y radioemisoras, e incluso instituciones que contaban con patrocinio privado.⁶³² En Uruguay, al amparo de las Medidas Prontas de Seguridad, las autoridades clausuraron varias publicaciones a finales de 1967, por haber expresado su adhesión a las tesis de la lucha armada en la OLAS, y en 1968 suspendió repetidamente la publicación de *Marcha* y prohibió la exhibición de la película *La batalla de Argel*, incluida en el programa del Festival de Cine de la revista.⁶³³ Aunque sin prohibición expresa, en México se decomisaban revistas y publicaciones,⁶³⁴ o bien, se les asfixiaba mediante el monopolio del papel periódico y el retiro de publicidad oficial.

Debido a la riqueza de contactos y la diversidad de maneras que las rebeliones estudiantiles y sus aliados hicieron uso de estos recursos, nos limitaremos aquí a apuntar tres “casos”: la vinculación entre las rebeliones estudiantiles y el cine, el uso de la gráfica en Argentina y México, y las vicisitudes de la canción *Caminando* de Geraldo Vandré en Brasil.

⁶³⁰ Longoni y Mestman, *Del Di Tella...*, p. 37

⁶³¹ La revista chilena *Punto Final* citaba una lista de libros vetados en Argentina en enero de 1968: los textos de la editorial Ruedo Ibérico, de los antifranquistas españoles; *Escritos Económicos* de Marx, *El materialismo dialéctico* de Konstantinov, *Estética* de Lukacs, “y hasta el picaresco ‘Diccionario de las mujeres’”. Revista *Punto Final* N° 46, Santiago, 16 de enero de 1968, p. 17

⁶³² Longoni y Mestman mencionan el caso del Instituto Di Tella de Argentina, que tenía “un modelo institucional basado en la filantropía más que en el mecenazgo”, bajo una gestión profesional de la cultura, que con frecuencia tuvo conflictos con las autoridades por el tipo de actividades que presentaba”, *op. cit.*, p. 43

⁶³³ “Sobre la prohibición de ‘La batalla de Argelia’”. Significativamente, *Marcha* indicaba que después de prohibirla, “una selecta platea integrada por personal del ejército, la marina y la aviación asistió a la proyección del film prohibido”.

⁶³⁴ Fotografía del decomiso de material “subversivo”: publicaciones chinas y soviéticas. “Fotos de las publicaciones de Propaganda comunista”, 1967, AHUNAM, Fondo Manuel Gutiérrez, Sección Gobernación, Sobre 31, Procuraduría, MGP1602

La formación de cineastas se había profesionalizado con la creación de centros como el Instituto Cinematográfico de la Universidad de la República (ICUR) en Uruguay, en 1950; la Escuela de Cine del Instituto de Cinematografía de la Universidad del Litoral en Santa Fe, Argentina, en 1956; o el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) de la UNAM, fundado en 1963. La UME brasileña tenía un Grupo de Estudios Cinematográficos. Festivales y cineclubes, muchos de ellos universitarios, permitían conocer la producción cinematográfica local e internacional, experimental y no comercial, y en especial del llamado Nuevo Cine Latinoamericano.

La confluencia de esta actividad con las revueltas estudiantiles dejó producciones como la cinta *El grito*, elaborada por alumnos del CUEC, y distintos materiales dirigidos por el cineasta Oscar Menéndez;⁶³⁵ los filmes *Me gustan los estudiantes* y *Líber Arce, liberarse*, del uruguayo Mario Handler;⁶³⁶ *Ya es tiempo de violencia*, de Enrique Juárez, o *Argentina, Mayo de 1969, Los caminos de la liberación*, del Grupo Realizadores de Mayo, en Argentina. Sin haber editado ni producido el material, en la Cinemateca de Brasil se encuentran unos 20 minutos filmados por Glauber Rocha, durante la *Passeata dos Cem Mil*.⁶³⁷ Handler apuntaba

⁶³⁵ El trabajo de Menéndez permitió elaborar el primer documental del movimiento, “*Únete pueblo*, que era una relación hasta el 27 de agosto. Ahí paramos la filmación, le pusimos *Hasta la victoria siempre* y se pasó en toda la Universidad”, Óscar Menéndez, en *Memorial...*, p. 88

⁶³⁶ En entrevista, Handler relataba que él trabajaba haciendo cine científico para la Universidad; había sido afiliado a la FEUU, “permanentemente militando [...] se fundó el periódico de la FEUU, que se llamaba Jornada, y me nombraron en seguida jefe de fotógrafos. Después se fundó la Gaceta de la Universidad, me nombraron jefe de fotógrafos. Y trabajé mucho en eso. Pero cuando yo la hice [la película *Me gustan los estudiantes*], yo ya no... tenía 10 años que yo ya no estudiaba ingeniería. Y lo hice por cariño, por eso puse '*Me gustan los estudiantes*'. Ya no militaba, pero mantenía relaciones”. Agrega que era reconocido por los estudiantes como parte del movimiento: “cuando llega *Me gustan los estudiantes*, que se ve claramente que a menudo yo estoy atrás de la policía, eso fue un riesgo que ha sido muy apreciado. Tengo un exalumno mío que ha estudiado eso, le pedí que lo escriba, de cómo, el problema del punto de vista. Formalmente en el cine, el problema del punto de vista. Pero el punto de vista físico, porque... dónde me ubico... si me ubico con los estudiantes, me apalea la policía; si me ubico con los policías, disimulando, me caen las piedras de los estudiantes. Entonces, la gente entendió eso, eso fue entendido”. Entrevista con Mario Handler realizada por el autor, 12 de abril de 2014, Montevideo

⁶³⁷ La cinta de 22 minutos, sin montaje ni sonido, fue recuperada por la Cinemateca Brasileira, la cual le puso título y créditos “según indicación expresa de Glauber Rocha en carta del 02.12.1980”. La cinta muestra un mitin

en entrevista que en el Festival de Cine Latinoamericano realizado en la ciudad venezolana de Mérida en 1968, hubo tres películas sobre los movimientos estudiantiles que estaban en marcha: la suya, *Me gustan los estudiantes*; *Asalto*, del colombiano Carlos Álvarez, y *La universidad vota en contra*, del venezolano Jesús Enrique Guédez.⁶³⁸

Handler, quien se formó como cineasta en Europa y laboraba en la Universidad de la República, comenzó haciendo cine científico, pero luego se volcó al cine político y fue fundador de la Cinemateca del Tercer Mundo, organizada a partir del Festival de Cine de la revista *Marcha*. En entrevista, defendía una actitud confrontativa en la relación con los medios y las autoridades,⁶³⁹ y relataba los riesgos de ser camarógrafo del movimiento, como ocurrió al momento de filmar las movilizaciones estudiantiles de abril de 1967 contra la OEA en Montevideo; al alejarse por error de su acompañante, el también cineasta Hugo Ulive, “yo corrí demasiado [...] El resultado es que me equivoqué, y me agarró un policía y me reventó mi preciosa cámara, que estuve bastantes años sin poder reponerla, fue muy triste”.⁶⁴⁰ La cinta se terminó con recursos precarios, y el mismo Handler indica que no tenía mucha confianza en que provocara interés, pero expresaba con orgullo cómo cuando se exhibió “en

en el edificio de Cinelandia, escenas de la marcha por Río y a su llegada al Tribunal Militar. Ficha de la Cinemateca Brasileira de la cinta 1968 de Glauber Rocha, disponible en <http://www.cinemateca.gov.br/cgi-bin/wxis.exe/iah/?IsisScript=iah/iah.xis&base=FILMOGRAFIA&lang=p&nextAction=lnk&exprSearch=ID=030816&format=detailed.pft#1>, consultado el 15 de marzo de 2014

⁶³⁸ Entrevista con Mario Handler, citada

⁶³⁹ “En todas las presentaciones televisivas y en las entrevistas, y todo, decidí que la única manera era un poco violentar, porque la televisión no nos daba espacio. No le daba espacio tampoco a Viglietti, que era muy famoso, Daniel Viglietti, un cantante importante [...] Ni a [el dúo] los Olimareños, ni a otros, no había espacio. Entonces digo, cuando me van a mostrar una película mía... bueno, en todos los canales provoqué incidentes graves, en el sentido que, que alguno, por ejemplo, en el canal oficial, pasaron *Elecciones* [una cinta de 1967], y de repente se corta. Me dicen: 'ah, un coronel la cortó' [...] Mis colegas no estaban muy de acuerdo con mi actitud. Pero yo decía que era la única manera de encontrar espacios”. Entrevista con Mario Handler, citada

⁶⁴⁰ *id*

la sala, el público se movilizó muchísimo y salió a la Plaza Cagancha, salió a romper los bancos”.⁶⁴¹

En México, como ya apuntamos previamente, *El grito* fue hecha por estudiantes del CUEC, que participaban en la huelga, y fue realizada con cámaras y película que se usaba para los cursos regulares. Por su carácter de huelguistas, los camarógrafos no eran ajenos al movimiento, pero, según señalaba Federico Weingarsthofer, “en algunas asambleas no nos dejaban filmar porque tenían desconfianza, había mucho este mito de que había esquirols y espías”, una situación que resolvía el representante del CUEC, Leobardo López Aretche, a quien “todos le tenían toda la confianza [pues] Leobardo era hippie”.⁶⁴² A diferencia de la cinta de Handler, *El grito* no incluye imágenes directas de la violencia, que reconstruye con fotos fijas, pero en cambio presenta imágenes filmadas con una cámara oculta de la Ciudad Universitaria ocupada por el ejército, acompañadas en el audio por la lectura de un comunicado del CNH que advierte que la toma de CU, dirigida a descabezar el movimiento, será infructuosa, así como de los destrozos que dejó el ejército: carteles, propaganda y mimeógrafos destrozados por el piso.

Las cintas argentinas tienen un grado mayor de elaboración, y el aspecto testimonial y de denuncia está subordinado a un discurso más didáctico, apuntando al Cordobazo como un momento de articulación de una lucha nacional y de clases. Resulta interesante la participación de cineastas vinculados entonces a la publicidad comercial, como por ejemplo Eliseo Subiela, quien señalaba en una entrevista televisiva que elaboró el segmento titulado

⁶⁴¹Handler agregaba que el incidente “fue reseñado en *La Nación* de Buenos Aires, que publicó: 'Una película provoca acción directa'. Esa película explotó, y ocurrió el fenómeno que lo ha vivido mucha gente, muchos autores, yo lo viví: la película se le escapa de las manos”. Entrevista con Mario Handler, citada

⁶⁴² Federico Weingarsthofer, en *Memorial...*, p. 88

“Didáctico sobre las armas del pueblo”, con instrucciones para la fabricación y uso de una bomba molotov, con técnicas publicitarias.⁶⁴³

Estas cintas, en general, estaban pensadas para ser proyectadas y debatidas por un público del que se esperaba un compromiso. En México, los espacios de proyección eran las propias escuelas; en Uruguay, los cines que participaban en los festivales de *Marcha*; en Argentina se presentaban en la clandestinidad, en espacios poco habituales como barrios, centros de trabajo, etcétera. La cinta *Mayo de 1969...*, concluye con la exposición de varias propuestas organizativas, a fin de que fueran discutidas entre los espectadores. Las cintas se concebían como un material que, además del registro de los hechos, sirviera para organizar la acción, la actividad cinematográfica se pensaba como parte de un conjunto de acciones con sentido político, en la lucha por la transformación social.

En el campo de la plástica, resaltamos dos experiencias: la producción de propaganda gráfica en México, así como la exposición argentina *Tucumán Arde*, varios meses anterior al Cordobazo, pero en la que se conjuntaron una serie de elementos propios de las rebeliones estudiantiles. Como ya apuntamos, y de manera análoga a lo sucedido en el CUEC, los estudiantes de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM y de la Escuela de Artes Plásticas de Bellas Artes, también conocidas como la Academia de San Carlos y la Esmeralda, respectivamente, asumieron como tarea para el movimiento la utilización de sus recursos para difundir la lucha; para ello, evaluaron cuáles eran los materiales y los recursos

⁶⁴³ “Yo era publicitario... el episodio mío tiene las características de un didáctico comercial... fue tratado como una receta de cocina”, relataba el cineasta Subiela, quien recordaba que en Córdoba, su corto “producía... desconcierto, risas, y rompía un poco la solemnidad de las proyecciones clandestinas”. Eliseo Subiela entrevistado en el programa *La joven guardia*, de Televisión Pública Argentina, consultado en el video *Argentina Mayo de 1969 Los caminos de la Liberación*, Youtube, <http://www.youtube.com/watch?v=NRLQXzUwYr4>

más adecuados, con posibilidades de experimentación, para “una gráfica digamos de urgencia”, con técnicas como el linóleo y la xilografía.⁶⁴⁴

En México, durante el periodo revolucionario, habían surgido expresiones como el muralismo y la gráfica popular. Como reacción a su institucionalización, a partir de la década de 1950 hubo diversos intentos de renovación, unos que buscaban “formas 'universales' expresadas a partir de la subjetividad del artista”, mientras que otros apostaban por “un acercamiento al compromiso social en su producción plástica, y una tendencia al trabajo colectivo”.⁶⁴⁵ La gráfica experimentaba en general un auge y se ponía en contacto con producciones internacionales gracias a la intensa actividad, patrocinada por el Estado, con motivo de las Olimpiadas, que fueron antecedidas por la llamada Olimpiada Cultural.⁶⁴⁶

Al eclosionar el movimiento, los estudiantes se enfrascaron en la producción de propaganda gráfica financiada mediante el boteo, que se contrapusiera a las imágenes oficiales vinculadas a la Olimpiada, y con técnicas como el linóleo, por sus “resultados inmediatos en la difusión debido a lo sencillo de su factura y el bajo costo de producción”, a lo que luego, con la prolongación de la lucha, se sumaron el offset y la serigrafía, así como formatos de “'pega' en rollos de papel engomado, o el volante ilustrado, hasta carteles de pequeñas dimensiones”.⁶⁴⁷ Se buscaba manejar un lenguaje popular, con tratamiento

⁶⁴⁴ Víctor Muñoz, en *Memorial...*, p. 87

⁶⁴⁵ En oposición a los circuitos comerciales, esta corriente postulaba al artista “como creador de formas y no como productor de mercancías, identificado más con los problemas ideológicos y menos con la producción social de los objetos”, Grupo Mira, *op. cit.*, p. 514 y 515

⁶⁴⁶ “En 1968, el ambiente plástico se encontraba en efervescencia (recordar la Exposición Solar, el Circuito Olímpico y las exposiciones que se presentaban como parte de la 'Olimpiada Cultural'), la 'Escuela Mexicana de Pintura' desplazada como 'corriente oficial' y golpeada por los sectores 'vanguardistas' aún permanecía oculta en las dos escuelas de arte más importantes: Escuela de Artes Plásticas (San Carlos) y Escuela de Pintura y Escultura (La Esmeralda) [...] la situación de las artes plásticas era de búsqueda de nuevas formas de expresión, de experimentación técnica y desarrollo de métodos de trabajo”, Grupo Mira, *op. cit.*, p. 516

⁶⁴⁷ *id.*, pp. 516 y 517

figurativo y expresionista de la forma, recuperando experiencias como las del Taller de Gráfica Popular, o de historietas como *Los Agachados*.⁶⁴⁸ Después de la matanza del 2 de octubre, la producción gráfica continuó, aunque ya sin carácter masivo, para denunciar la represión, y dio pie a diversas tendencias vinculadas a las luchas populares, que se expresaron en la gráfica de la década siguiente.

En Argentina, artistas plásticos de Buenos Aires y Rosario se ligaron en 1968 a la CGTA, la cual contaba con comisiones y subcomisiones para mantener el contacto con los intelectuales.⁶⁴⁹ Como otros sectores intelectuales de la época, este grupo consideraba necesario el compromiso político, la fusión entre “pensamiento y comportamiento”, y la violencia “que salva y libera, la fuerza de los oprimidos insurgiendo contra los opresores, único camino de transformación social o política”.⁶⁵⁰ Igualmente críticos del arte como objeto o como mercancía, de mantener las obras en las galerías, de recibir patrocinio empresarial o estatal, estos creadores debatían temas como la prioridad de la experimentación formal, o sobre el contenido político de la obra; sobre el arte como forma de transmitir mensajes políticos, o como confluencia creativa de una situación formal; sobre la validez del arte de vanguardia, o su eficacia en términos políticos. Con estas preocupaciones, en noviembre de 1968 el grupo Rosario montó la exposición Tucumán Arde, en la sede de la CGTA en esa ciudad.

La provincia de Tucumán estaba sacudida por el cierre de ingenios azucareros. La problemática fue incluida en el plan de lucha de la CGTA, que la consideraba un asunto

⁶⁴⁸ *id*, pp. 518 y 519

⁶⁴⁹ Longoni y Mestman, *op. cit.*, p. 36

⁶⁵⁰ *id*, p. 39

nacional, y no provincial. La exposición se planeó con objetivos contrainformacionales y “sobreinformativos”, es decir, para saturar al público con informes que a su vez contrarrestaran las versiones oficiales, superándolas en “cantidad y calidad”, y contraponiendo “veracidad a falsedad”.⁶⁵¹ El proceso incluyó visitas de campo a Tucumán para documentar la situación. Se planeaba, además de la exposición, publicar el material y abrir una discusión pública sobre el tema. En esta tarea colaboraron muchas personas, muchas de ellas en el anonimato, artistas y no artistas; y se entablaron contactos con la CGTA local, los centros de estudiantes y el sindicato azucarero FOTIA. La muestra, antecedida por una campaña publicitaria que combinaba pintas, volantes, carteles, obleas, leyendas y mensajes en cineclubes con la palabra Tucumán, y luego “Tucumán arde”,⁶⁵² fue montada en un lugar inusual para una exposición de vanguardia: el local de la CGTA en Rosario; y de tal manera que se ocupara el edificio completo, con todos sus espacios, de modo que “el público deja de estar *frente a la obra* para situarse *en la obra, penetrándola, moviéndose dentro de ella*”.⁶⁵³ La muestra se trasladó a Buenos Aires para ser inaugurada el 25 de noviembre, pero fue clausurada al día siguiente de su apertura, lo que interrumpió el plan de publicación y discusión de los materiales recopilados.⁶⁵⁴ Aunque la experiencia precedió al Cordobazo, en ella están presentes diversos elementos comunes a las luchas en la Argentina de la época: la vinculación de sectores intelectuales con el sindicalismo independiente, el compromiso social, la voluntad de ruptura, la acción en espacios inusuales.

⁶⁵¹ *id*, p. 182

⁶⁵² Longoni y Mestman resaltan ese uso de “técnicas y prácticas tomadas de la acción política, el campo de las relaciones públicas, los desarrollos artísticos experimentales y los criterios básicos de la labor publicitaria”, *op. cit.*, pp. 1969 y 197

⁶⁵³ *id*, p. 201, en cursivas en el original

⁶⁵⁴ Además del texto de Longoni y Mestman, sobre la inauguración de la muestra en Buenos Aires, ver el artículo “Tucumán Arde”, en el *Semanario CGT* N°31

En cuanto a Brasil, apuntaremos la censura militar ante la emblemática canción *Caminando*, de Geraldo Vandré (*Caminhando o Pra nao dizer que nao falei das flores*). Vandré era un cantante popular con una trayectoria previa a 1968, detenido transitoriamente en 1964 y no muy apreciado por los sectores más radicales de la izquierda. Vandré se presentó el 29 de septiembre de 1968 en el Tercer Festival Internacional de la Canción, promovido por TV Globo y el gobierno del estado de Guanabara. De acuerdo con algunos testimonios, los militares habían advertido a los organizadores del concurso que no aceptarían “músicas que hagan propaganda a la guerrilla”.⁶⁵⁵

La canción de Vandré, que ya era conocida, quedó en segundo lugar. La obra ganadora fue *Sabiá*, de Chico Buarque y Antônio Carlos Jobim. Ante la decisión, considerada una forma de censura, gran parte del público reunido en el estado Maracanazinho, calculado en unas 30 mil personas, abucheó a los ganadores. El propio Vandré salió en su defensa con la frase: “la vida no se resume en festivales”. Al momento en que Vandré cantó, fue coreado por el público, y muchos televidentes subieron el volumen y abrieron sus ventanas. Según algunas versiones, la canción fue escrita luego de la *Passeata* de los Cien Mil. Vandré sostendría después del festival que no le interesaba ganar, sino presentar su canción, y que “la posición del hombre tiene que ser clara, políticamente, en función de su trabajo”. El periodista y escritor Millôr Fernandes calificaría la canción como “el himno nacional perfecto:

⁶⁵⁵ La canción, que se consideraba un elogio a la movilización estudiantil y una crítica a los militares, decía en su estribillo: “ven, vamos ahora, que esperar no es saber; quien sabe actúa a la hora, no espera el acontecer”; en la tercera estrofa apuntaba: “hay soldados armados, amados o no, casi todos perdidos, de armas en la mano; en los cuarteles les enseñan una antigua lección, de morir por la patria y vivir sin razón”; y la cuarta indicaba: “en las escuelas, en las calles, campos y construcciones, somos todos soldados, armados o no; caminando y cantando, y siguiendo la canción, somos todos iguales, brazos dados o no”.

nació en medio de la lucha, fue creciendo de abajo hacia arriba, cantado cada vez más espontánea y emocionalmente, por mayor número de personas. Es nuestra Marsellesa”.⁶⁵⁶

Además de la canción de Vandr e y la de Buarque y Jobim, Caetano Veloso present o fuera de competencia su canción *  proibido proibir*, que tomaba su título de una de las más célebres consignas del Mayo francés. El diario *Jornal do Brasil* apuntaba en un editorial que los incidentes habían obedecido a que “un sector militante del público insiste en encarar la manifestación artística como acto político de significado ideológico”. Unos días después, las autoridades prohibieron la canción de Vandr e, a pedido del secretario de Seguridad, general Luis de Franca Oliveira, por considerarla “ofensiva a las Fuerzas Armadas” y “atentatoria a la soberanía del país”, y agregaba: “que eso sirva de advertencia a los organizadores de los festivales, para que no acepten composiciones de esta naturaleza, ejemplos de declarada subversión”.⁶⁵⁷ Veloso tendría que abandonar Brasil y trasladarse a Londres, y la obra *Roda viva* de Chico Buarque sería blanco de agresiones del Comando de Caza de Comunistas durante su estreno en Sao Paulo el 18 de julio, y en Río Grande, y terminó censurada por orden militar.⁶⁵⁸

Además de estos casos, hemos mencionado la participación de artistas o estudiantes de teatro, que utilizaban técnicas escénicas para propagandizar el movimiento, o realizaban actos en las funciones teatrales;⁶⁵⁹ otros cantantes y m sicos se presentaban en los actos del

⁶⁵⁶ Jorge Fernando dos Santos, *Vandr e. O homem que disse nao*, cita en p. 27

⁶⁵⁷ Gregorio Selser, “Brasil: los militares contra una canción”, *Marcha*, Montevideo, 18 de octubre de 1968

⁶⁵⁸ Groppo, *op. cit.*, p. 378

⁶⁵⁹ Sobre la escenificación de discusiones, ver los testimonios de las mexicanas Margarita Isabel y Selma Beraud: Isabel citada por Poniatowska, *op. cit.*, pp. 29 y 30, y Selma Beraud, en Holsfeind, p. 93. En Argentina, los afiliados en la Asociación Argentina de Actores leían al iniciar sus actuaciones un comunicado: ‘Este 25 de Mayo oscurece su brillo por la inmolación de jóvenes argentinos perpetrada en los últimos días por las llamadas fuerzas del orden. Los intérpretes nacionales, agrupados en la Asociación Argentina de Actores, guardarán un minuto de silencio en sus lugares de trabajo, en repudio de aquellos hechos que enlutan al país, y recordarán

movimiento, al igual que Vandré en Brasil, como  scar Chávez en México, o Daniel Viglietti en Uruguay. El CNH llegó a hacer en México una convocatoria abierta a la Casa del Lago, un centro de difusión cultural universitario, para todos los artistas interesados en participar en actividades del movimiento.⁶⁶⁰

Como hemos apuntado, una característica de esta actividad cultural comprometida era la alusión constante a América Latina⁶⁶¹ y al Mayo de París. Los estudiantes encontraban en los demás países de la región, y en la rebelión en Francia, la noción de una lucha común, aunque sin perder de vista las peculiaridades de cada región, como señalaremos en el siguiente apartado.

3.8 Ser parte de un mundo en movimiento

Los movimientos estudiantiles de América Latina, como apuntamos, expresaban una notable influencia de la Revolución Cubana, la lucha guerrillera y la figura del *Che* Guevara, así como de la solidaridad con Vietnam. En este apartado, queremos apuntar algunos indicios de cómo los estudiantes latinoamericanos recibieron las noticias de las revueltas que se desarrollaban en otros países.

de este modo, en la máxima fecha de nuestra nacionalidad, que la libertad no puede ser cercenada por la brutalidad de quienes circunstancialmente detentan el poder", citado en "Argentina. Ejemplos...", *Marcha*

⁶⁶⁰ "Se invita a la Casa del Lago a todos los artistas, intelectuales, profesionistas, estudiantes, que deseen desarrollar actividades en favor de la difusión del movimiento", *Al pueblo de México*, Comité Nacional de Huelga, Centro de Teatro Clásico, Casa del Lago, 20 de Agosto de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/322/83

⁶⁶¹ "...la entidad *América Latina* es, en términos de homogeneidad cultural, más un horizonte problemático que un dato de la realidad", aunque en la década de 1960 se configurara "una idea (o la necesidad de una idea) de América Latina", que se insertaba "además, dentro de una solidaridad tercermundista", y en la idea de los "condenados de la tierra" que formulaba Franz Fanon, apunta Gilman, p. 27

Recordemos que la revuelta en Brasil comenzó a finales de marzo, y que el movimiento uruguayo se inició el primero de mayo. Es decir, que los movimientos latinoamericanos no surgieron como eco o reflejo del Mayo francés, como luego arguyeron algunas autoridades. Sin embargo, lo cierto es que a raíz del movimiento en Francia, hubo una conciencia de la mundialización de las rebeliones estudiantiles, y a partir de mayo, se concibió que los sucesos en cada país estaban “dentro de la órbita de los grandes movimientos europeos y americanos”.⁶⁶²

Al igual que en América Latina, las rebeliones estudiantiles estaban en marcha en Europa antes del estallido de mayo en París. En 1967 ya habían comenzado las ocupaciones de escuelas en Italia, y en marzo se produjo un auge a partir de los enfrentamientos con la policía en Roma. El 11 de abril se produjo el atentado contra el dirigente estudiantil alemán Rudi Dutschke, y los subsecuentes ataques contra el edificio del grupo periodístico de derecha *Springer*. España era también escenario de acciones y manifestaciones. Mientras esto ocurría en Europa, en Estados Unidos las luchas de los afroamericanos se agudizaron tras el asesinato en abril de Martin Luther King.⁶⁶³

Es cierto sin embargo que el mayor impacto internacional lo tuvieron los sucesos en Francia, que comenzaron con la ocupación policial de planteles escolares y la resistencia de los estudiantes el 3 de mayo. Una semana después, se había proclamado la huelga general estudiantil, y luego se sumaron diversos sindicatos a las luchas, con huelgas “salvajes” -es

⁶⁶² Andrés Garrigó, *La rebeldía universitaria*. El autor, periodista universitario que estuvo en distintos lugares de Europa y Estados Unidos en 1968, apuntaba sobre España: “Hace apenas un par de años, afirmar que lo que ocurría en España era un fenómeno mundial provocaba la hilaridad de muchos estudiantes”, p. 15.

⁶⁶³ Para una revisión de las rebeliones de 1968 en Europa, ver Manuel Garí, Jaime Pastor y Miguel Romero, eds., 1968. *El mundo pudo cambiar de base*

decir, sin emplazamiento previo-, ocupaciones, secuestro de directivos, sin esperar instrucciones ni orientaciones de las centrales sindicales CGT y CFDT, y con la formación de comités y comisiones internas. Se estima que en las huelgas participaron unos seis millones de trabajadores, especialmente en las industrias automovilísticas, la metalurgia, la textil y la química. Mientras se producían incidentes con la policía para desalojar algunas fábricas ocupadas, y el 24 de mayo era incendiada la Bolsa de París, el gobierno y las centrales sindicales firmaban los llamados acuerdos de Grenelle, para levantar las huelgas a cambio de aumentos salariales, y las autoridades convocaban a un referéndum y a elecciones legislativas anticipadas. La magnitud de la rebelión fue tal, que durante algunos días hizo pensar en la posibilidad de una revolución y la caída del gobierno de Charles de Gaulle. La izquierda estudiantil responsabilizó al Partido Comunista Francés y a la CGT, bajo hegemonía comunista, de haber reducido el potencial de las huelgas a simples demandas económicas y a una salida parlamentaria.⁶⁶⁴ Al mismo tiempo, De Gaulle logró la movilización masiva de sectores altos y medios, en contraposición a estudiantes y obreros. Junto con ello, en las universidades se planteaba la necesidad de transformaciones urgentes, entre las que destacaban la autonomía, y la auto- o la cogestión.⁶⁶⁵

⁶⁶⁴ El exdirigente Daniel Bensaïd apuntaba que en Francia, “existen múltiples elementos que tienden a demostrar que la cuestión del poder se planteó realmente en la semana del 24 al 30 de mayo, pero no se habían dado las condiciones para resolverla”, “1968: Finales y consecuencias”, en Garí, *op. cit.*, p. 24. La comunista italiana Rossana Rossanda consideraba que la renuencia de los sindicatos mostraría que “la clase obrera no es 'pura disponibilidad revolucionaria'; es 'una disponibilidad revolucionaria' inserta en la historia, en estructuras y organizaciones políticas y sindicales cuyas perspectivas estratégicas informan todo levantamiento social. La teoría del [movimiento estudiantil como] detonador halla su límite en la distancia que separa el enfrentamiento inmediato de una estrategia definida y orgánicamente predispuesta a la toma del poder”, en “Los estudiantes como sujeto político”, en Ariet García, *op. cit.*, pp. 341 a 351

⁶⁶⁵ Jacques Kergoat, “Bajo los adoquines... la huelga”, en Garí, *op. cit.*, pp. 57 a 103, y Daniel Bensaïd, “Un debate sobre Mayo del 68 en las páginas de *L'Humanité*”, 5 de abril de 2008, entrevista de Marion Esquerre con Daniel Bensaïd y Pierre Zarka

La cobertura inicial de la prensa y la televisión de las revueltas en Francia expresaba, por una parte, el aspecto generacional de la lucha, como un movimiento de la juventud, y por otro, cierta sorpresa de que existiera tan profundo descontento en una sociedad desarrollada e industrializada. Se le consideró una reacción contra la sociedad de consumo, contra el predominio de la tecnología, la alienación de los individuos ante la uniformidad de la vida de las clases medias, o se subrayaban los aspectos contraculturales de las “pintas” y la gráfica que inundaron sus muros. Ante estas representaciones, muchos estudiantes latinoamericanos subrayaban las diferencias de sus demandas y motivaciones, que en nuestro subcontinente parecían tener un contenido más social y político. Los estudiantes integralistas católicos argentinos, por ejemplo, rechazaron la “fácil asimilación [del movimiento estudiantil argentino] al Mayo francés y su persecución de un 'poder estudiantil' o 'poder joven’”.⁶⁶⁶ En México, el CNH apuntaba: “Un gran malestar cunde por el mundo [...] en todo caso los problemas que plantean los movimientos juveniles tienen su raíz en males inherentes a nuestra sociedad y no pueden ser considerados como problemas estrictamente juveniles o estudiantiles”.⁶⁶⁷ El luego tupamaro Ricardo Viscardi señalaba que en Uruguay, los aspectos de la rebelión de mayo en París que se apartaban de lo explícitamente político dificultaba el análisis a los activistas: “si bien en éste aparecían puntos coincidentes con el [movimiento] uruguayo, como la aspiración a realizar una revolución leninista pura... otros aspectos del mismo que apuntaban a la crítica de la vida cotidiana alienada en las sociedades de alto consumo, generaban incompreensión... La alienación en todo caso era percibida 'objetivamente' en el empobrecimiento, la carestía, la restricción del consumo, el

⁶⁶⁶Ferrero, *op. cit.*, pp. 198 a 200

⁶⁶⁷ *Manifiesto a los estudiantes del mundo*, Comité Central del Consejo Nacional de Huelga, 1 de octubre de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 58/316/85-91

estancamiento productivo, la amenaza del desempleo y -por si faltara más- el autoritarismo gubernamental”⁶⁶⁸

Sin embargo, hubo estudiantes y periodistas de ambos continentes que se esforzaron por ir más allá de estas versiones, y en algunos casos se logró contrastar que, efectivamente, había diferencias debido a los contextos particulares, pero también grandes coincidencias.⁶⁶⁹ Gracias a esos esfuerzos, por ejemplo, mientras que a principios de mayo se interpretaran los acontecimientos en Francia como una reacción ante una “sociedad de la abundancia” que no existía en América Latina, al final de ese mes se enfatizaba el acercamiento entre estudiantes y obreros, así como las críticas al papel del PC y la CGT.⁶⁷⁰ Los sucesos de Francia también sirvieron para cuestionar al régimen de De Gaulle, que ante ciertos sectores políticos latinoamericanos encarnaba una postura nacionalista, distinta o incluso opuesta al agresivo imperialismo estadounidense.⁶⁷¹

El cineasta uruguayo Handler apuntaba que al comenzar el movimiento en Montevideo ese mismo mes, “no teníamos la menor idea de qué estaba ocurriendo al mismo tiempo en París, hasta nos adelantamos [unos días]. Y vino un amigo nuestro que estaba en París, nos contó: está muy convulso, no hay comunicaciones, así que no se sabía” lo que ocurría, hasta

⁶⁶⁸ Ricardo Viscardi, en Araujo y Tejera, *op. cit.*, p. 112

⁶⁶⁹ En México se publicaron las crónicas de Carlos Fuentes sobre las revueltas estudiantiles de París en el suplemento *México en la Cultura*, y en Argentina, el grupo Pasado y Presente le dedicó el número 6 de sus “Cuadernos”, titulado “Francia 1968: ¿una revolución fallida?”, con artículos de Ernest Mandel, André Gorz y otros autores. “Se discute muchísimo el artículo de André Gorz. Nosotros estábamos atentísimos a aquello, emocionados y motivadísimos”, recordaría uno de aquellos militantes”, cita Ferrero, *op. cit.*, p. 184

⁶⁷⁰ De la Llosa, *op. cit.*, p. 116

⁶⁷¹ “Pero, dentro de una estrategia mundial, ¿no es posible pensar que la política de de Gaulle frente a EE.UU. favorece al Tercer Mundo? ¿Las contradicciones entre el imperialismo francés y el norteamericano no pueden ser bien aprovechadas? [...]¿Las contradicciones interimperialistas nos favorecen o no?”, preguntaba un periodista uruguayo de *Marcha* a estudiantes en un reportaje, a lo que los estudiantes replicaban: “Es con Vietnam y con Cuba que se combate al imperialismo. No apoyando a aliados en circunstancial contradicción”. “La protesta estudiantil”

que aparecieron las primeras informaciones en diarios y revistas. Los estudiantes de nivel medio que ocupaban sus planteles y montaban barricadas en Montevideo, al mismo tiempo que sus compañeros en Francia, rechazaban en una entrevista que su lucha fuera “una copia fiel” de Francia, resaltaban que “los franceses se inspiran en Che Guevara, y no sé si usted sabe que el Che es latinoamericano”, y apuntaban: “el pensamiento del Che y de la revolución cubana se vio plenamente confirmado [...] con los sucesos de Francia. Dos concepciones se pusieron en juego. Una, la unidad conversada, parlamentarista, que tiene una historia de muchos años en todo el mundo sin un solo resultado positivo. Otra: la unidad en la lucha de que nos habló el Che, la unidad revolucionaria que pusieron en práctica los estudiantes franceses”.⁶⁷² Otros subrayaban que los acontecimientos de Francia “sirvieron para poder comprender lo que son ciertos partidos políticos [...] Porque mientras los estudiantes y los obreros luchaban contra el régimen, ciertos dirigentes que se dicen revolucionarios dialogaban, lanzaban proclamas pacificadoras y pedían tranquilidad hasta las elecciones”.⁶⁷³

Otra uruguaya, la académica Blanca París de Oddone, quien estaba en la capital francesa en mayo de 1968, igualmente apuntaba los toques latinoamericanos de la revuelta, con afiches del *Che* en las paredes del Quartier Latin o en los patios de la Sorbona, pero también las diferencias entre los contextos universitarios, al indicar que en Uruguay y Argentina “hacía diez años que habían consagrado en sus 'nuevas' leyes orgánicas los principios de cogobierno, autonomía y extensión que ellos reclamaban en París”. Para los estudiantes franceses era difícil entender que en América del Sur se defendiera la

⁶⁷² “La protesta estudiantil”, *Marcha*. Los estudiantes fueron entrevistados a finales de mayo

⁶⁷³ *id*

institucionalidad vigente, que ellos pretendían destruir.⁶⁷⁴ Una tercera diferencia, que señalaban los integrantes del CDU de la Universidad en Uruguay, al cabo de los meses, era la magnitud de la acción represiva en Francia respecto a la cantidad de víctimas que había dejado en América Latina.⁶⁷⁵

Podemos considerar una diferencia primordial entre los movimientos europeos occidentales y los latinoamericanos a partir de los ejes en sus críticas a las sociedades respectivas. En Europa occidental, el acento estaba en la lucha contra la institucionalidad burguesa, expresada en leyes, parlamentarismo y sistema de partidos, y en la propia institucionalidad universitaria, al considerar que en última instancia, lo que consagraban era el derecho a la propiedad;⁶⁷⁶ en contra de la asimilación de los partidos comunistas y de los sindicatos a esa institucionalidad, al considerar que los reducía definitivamente al reformismo y los escindía del campo de la revolución;⁶⁷⁷ y la crítica a la alienación no sólo en el trabajo fabril, sino expresada también en ese sistema político. Y como alternativa, se planteaba la acción directa, la autogestión. En América Latina, se trataba de reivindicar los derechos ciudadanos de expresión, asociación y manifestación, consagrados en las constituciones y

⁶⁷⁴ París de Oddone, *La Universidad...*, p. 114, nota 305. La académica apuntaba que “las universidades rioplatenses defendían en ese momento sus conquistas y sus leyes orgánicas y acompañaban la resistencia activa de muchos sectores populares y de los sindicatos a la desarticulación del régimen democrático”.

⁶⁷⁵ El representante estudiantil uruguayo Luis Carriquiry apuntaba: “Conversando con otros Consejeros recordábamos que recientemente en Francia hubo una movilización infinitamente más importante que ésta de aquí, movilización que llegó a conmover a toda Francia y sin embargo en varios días de inmensas manifestaciones estudiantiles no hubo heridos de arma de fuego”, AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 7 de junio de 1968, Acta N° 23, fojas 659 a 668. Bensaïd enumera una decena de muertos en el Mayo francés, pero sostiene que “la violencia estuvo relativamente bien controlada y autolimitada por ambos bandos”, en Garí, *op.cit.*, p. 24

⁶⁷⁶ Rossanda, *op. cit.*, p. 341, indica que “el rechazo de los estudiantes apunta esencialmente a la imagen 'neutra' del estado y las superestructuras y en sus polémicas, la crítica leninista de la naturaleza del estado [...] reaparece sin cesar”

⁶⁷⁷ Rossanda, quien defendía la posición del PC italiano, reconocía que para la izquierda estudiantil, “las organizaciones de la clase obrera aparecen, si no totalmente 'socialdemocratizadas', por lo menos prisioneras de un mecanismo que borra, que remite o aleja el objetivo revolucionario, vista la infinidad de mediaciones”, *op. cit.*, p. 345

continuamente violados mediante estados de excepción; de defender los regímenes de autonomía y cogobierno en las universidades; y de luchar en primer lugar contra el imperialismo y sus aliados internos, oponiéndose a las fuerzas que de alguna manera subordinaran esa lucha al sostenimiento del *statu quo*, como consideraban que ocurría con los partidos comunistas. Todo ello no implicaba conformarse con una reforma política, sino que se asumía como las condiciones necesarias para posibilitar la organización autónoma de las clases subalternas, que así estarían en situación de dar una lucha más radical. Estas diferencias se observaban en una entrevista entre dirigentes del CNH mexicano y una delegación del SDS alemán (Federación Socialista de Estudiantes Alemanes), relatada por González de Alba. Los alemanes apuntaban: “Se nota una gran diferencia entre las demandas formuladas por los estudiantes mexicanos y las que se han enarbolado en otros países. Nosotros no alcanzamos a explicarnos la defensa de la Constitución que hacen ustedes. En Alemania no queremos defender nuestra actual Constitución, sino acabar con ella; lo mismo pasa en Francia o en Italia; los estudiantes impugnan a sus regímenes y a las leyes que los sostienen”. Los mexicanos aclaraban que no se trataba de una posición reformista -“insistir en la actualidad en la necesidad de pasar por la revolución burguesa en el camino a la socialista es la forma más primitiva de disfrazar el oportunismo”-, y planteaban que si se cumplieran los derechos constitucionales, la clase obrera estaría en condiciones de romper con el control oficial, de manera que “si tuviéramos paralizada la producción nacional, como sucedió en Francia durante mayo, ya Díaz Ordaz hubiera tomado su Ipiranga-, interrumpió Osorio [...] Aquí no hay CGT que salve a la burguesía del desastre y el PC es casi inexistente” .⁶⁷⁸

⁶⁷⁸ González de Alba, *Los días...*, p. 36 a 41

Un segundo suceso internacional que sacudió a los movimientos estudiantiles latinoamericanos fue la invasión de Checoslovaquia por tropas del Pacto de Varsovia, encabezadas por la Unión Soviética, que puso fin a la Primavera de Praga. La apreciación y valoración de este suceso se realizó “de manera diferente” a la revuelta parisina, como apuntaría el estudiante comunista uruguayo Esteban Valenti. Visto desde la actualidad, podemos caracterizar que el Mayo de París mostró la capacidad del capitalismo para superar un momento crítico, mientras que la invasión de Checoslovaquia mostró la incapacidad de renovación del “socialismo real”. A pesar de ello y de las críticas a la decisión soviética, la mayor parte de la izquierda avaló la acción. En ello pesó la situación que imponía la Guerra Fría: la consideración de que en esa correlación de fuerzas, menoscabar a la Unión Soviética fortalecía a los Estados Unidos, y el respaldo que le dio una figura de gran prestigio para América Latina, como Fidel Castro, quien señaló que la Unión Soviética había violado el derecho internacional y sentado un precedente en las relaciones con los demás partidos comunistas, “presididas por el grado de incondicionalidad, satelismo y lacayismo”, pero justificó la invasión al sostener que la situación en Checoslovaquia se dirigía hacia la “contrarrevolución”.⁶⁷⁹

Sin embargo, eso no impidió la discusión, aunque quizás sin la profundidad que el caso ameritaba para la izquierda internacional, debido a que en esos días finales de agosto, los estudiantes latinoamericanos estaban enfrascados en algunas de las jornadas más difíciles de sus movimientos, bajo una nueva oleada represiva. La FEUU uruguayana, que durante decenios había evitado un alineamiento en el marco de la Guerra Fría, emitió una

⁶⁷⁹ Esteban Valenti, quien era comunista, apunta que la invasión de Checoslovaquia “nos obligó -por nuestra intransigente y total adhesión a la URSS- a defender algo tan odioso como los tanques entrando en Praga, pero en general demostró que el telón de fondo de cualquier obra, de cualquier drama que se interpretara en el planeta era y seguiría siendo la guerra fría”, Araujo y Tejera, *op. cit.*, p. 27.

resolución en la que condenó la intervención, pero se adhirió a los planteamientos del bloque socialista que alertaban de una presunta restauración capitalista en Checoslovaquia.⁶⁸⁰ Desde otra posición crítica hacia la ocupación, en México, el Comité de Lucha de Filosofía y Letras reprodujo declaraciones de los trotskistas franceses de la Juventud Comunista Revolucionaria, criticando la invasión soviética.⁶⁸¹

¿Y cómo se posicionaban los estudiantes latinoamericanos frente a las luchas de sus compañeros de la misma región? Resulta sorprendente las pocas alusiones recíprocas entre movimientos contemporáneos y vecinos, aunque es verdad que la comunicación era escasa. Las clases medias capitalinas miraban más hacia las grandes metrópolis que hacia los países vecinos, y para los sectores de izquierda, la primera referencia latinoamericana era Cuba.⁶⁸²

Curiosamente, aunque privara la idea de una América Latina explotada, políticamente inestable y atrasada, en cada país parecía haber la idea de ser una excepción: Uruguay como “la Suiza de América”, democrática, en un subcontinente de dictaduras; México, con su revolución que la hacía la patria de una justicia social ausente en los países del sur; Brasil, como la gran potencia sudamericana, que se diferenciaba por su magnitud y su idioma de los

⁶⁸⁰ La resolución, en 1968. *La insurgencia estudiantil*, pp. 143 a 145. Landinelli apunta que era la primera resolución en la historia de la FEUU “en la cual adhiere expresamente a los intereses de la comunidad socialista [...] Eso quizá se explica por la posición de los cubanos. En ese momento, el mensaje de Fidel Castro fue un mensaje esencial, explicando y apoyando la intervención. Y el movimiento estudiantil era muy sensible a Cuba y a la posición de Fidel”, Araujo y Tejera, *op. cit.*, p. 51

⁶⁸¹ *Alain Krivine y otros dirigentes de la Juventud Comunista Revolucionaria de Francia declaran sobre la invasión soviética a Checoslovaquia*, Comité de Lucha de Filosofía y Letras, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/321/53

⁶⁸² Handler apunta que desde Uruguay, “ni siquiera nos conocíamos en América Latina, bastante poco en Sudamérica y mucho menos hacia el Caribe, eso hay que tomarlo en cuenta [...] Pero la relación latinoamericana se abrió en el 59, con la revolución cubana [...] Lo que quiero decir es que estábamos bastante aislados, era raro que alguien hubiera decidido aquí ir a Bolivia, porque la ambición del intelectual o del burgués era, normalmente, llegar a París”. Entrevista con Mario Handler, citada

demás países sudamericanos; y Argentina, donde se había construido el mito de un país de inmigrantes en un territorio desierto, sin problemas sociales derivados de la colonización o el mestizaje como los otros países latinoamericanos. Revistas y diarios de orientación independiente aportaban algo para superar esta visión estrecha y estereotipada. Los sectores mejor informados tenían acceso a noticias sobre la situación social y la lucha armada en la región, y se tuvieron reportes puntuales de los incidentes estudiantiles.⁶⁸³ Sin embargo, la verdadera conmoción ocurrió hacia el final de los movimientos, cuando las universidades del democrático Uruguay y del México revolucionario fueron ocupadas militarmente. Expresiones de solidaridad con las universidades ocupadas y de condena a la represión habían ocurrido en 1964 en Brasil y en 1966 en Argentina, pero se trataba de contextos de golpes militares, muy distintos a los regímenes de los países citados. El impacto fue mayor aun después de la matanza de Tlatelolco, en vísperas de las Olimpiadas; para muchos latinoamericanos, ese acontecimiento supuso el final de la idea del México revolucionario, que sólo se superaría en la década siguiente, cuando el país se abrió como refugio para los revolucionarios sudamericanos perseguidos en sus propios países. El propio CNH mexicano resaltaba, al hacer un recuento sobre la violencia gubernamental en su contra, al apuntar: “esto es lo que está pasando en México, que cada vez se aproxima más a una dictadura de la América del Sur”.⁶⁸⁴ La Unión de Federaciones Universitarias de Chile caracterizaba a los gobiernos de México y Uruguay como “reaccionarios”, y a la represión como “una demostración más del carácter retardatario, antidemocrático y represivo que

⁶⁸³ En junio de 1968, un documento de la Planilla Blanca para la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Ciencias de la UNAM, señalaba la relevancia de 1968 por el “resurgimiento a nivel mundial de la lucha por la reforma universitaria: Francia, España, Brasil, Italia”, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 59/323/91 y 92. Ya en pleno movimiento, el mexicano Álvarez Garín, citado por González de Alba, afirmaba sobre la marcha del 5 de agosto en la Ciudad de México: “¿Sabías que en Venezuela lo reseñaron diciendo que 150 mil estudiantes mexicanos se habían levantado en armas? Así estaba la gente”, *Los días...*, p. 57.

⁶⁸⁴ *Pueblo de México*, volante del Consejo Nacional de Huelga, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 58/316/26

adquiere la política de las clases dominantes, en los momentos que los pueblos y los jóvenes universitarios de América Latina luchan por sus derechos, por cambios progresistas en la sociedad y por un avance de las posiciones revolucionarias”; y advertía que “no son la represión ni la muerte de sus compañeros lo que puede detener o disminuir la combatividad de los estudiantes en Uruguay, México o cualquier lugar de América Latina. La lucha de los estudiantes junto a los obreros y campesinos es hasta el fin: hasta el advenimiento de la revolución y el triunfo definitivo de las clases populares”.⁶⁸⁵

La matanza de Tlatelolco motivó en la universidad uruguaya la adopción de una declaración de condena.⁶⁸⁶ Medios como la revista uruguaya *Marcha* o la chilena *Punto Final* dedicaron espacios a revisar la situación. La masacre reveló al resto de América Latina que la revolución había “muerto”, o había “sido traicionada”, como apuntaba *Marcha*; y que las Olimpiadas, de ser un escaparate o una vitrina, se habían convertido en una “pantalla” para ocultar las miserias e injusticias que subsistían en México. El investigador colombiano Álvaro de la Llosa acotaba que Tlatelolco demostró que “México ya no es un caso aparte, la violencia represiva desvela los límites de la democracia al interior del sistema mexicano. Si el Estado de un país democrático se vuelve represivo, entonces ¿qué se ha de esperar en países en los que la institución militar controla cada día más la vida política?”, y consideraba que los Juegos Olímpicos, pensados como ejemplo y vitrina del régimen, como legitimación de una política que había dado la espalda al cardenismo y miraba hacia Estados Unidos, de una “revolución institucionalizada cuyas reformas y desarrollo eran llevadas a cabo desde

⁶⁸⁵“Solidaridad internacional con los estudiantes uruguayos”, carta de la Unión de Federaciones Universitarias de Chile, Sección de cartas de los lectores, *Marcha*

⁶⁸⁶ En Uruguay, el consejero estudiantil Sprechmann solicitaba “que se ponga en práctica la resolución 'Varios 4664' referente a medidas de solidaridad con la Universidad Autónoma de México”, que se condenaran “los atropellos policiales contra la autonomía de la Universidad Autónoma de México, que costaron la vida de numerosos compañeros estudiantes”. AGU, Actas del CDU, Acta del 11 de noviembre de 1968, foja 1519

arriba”, y que debían consagrar a 1968 como “el año del reconocimiento internacional de la región”, en realidad, a raíz de Tlatelolco, “resquebrajaban el mito oficial según el cual el desarrollo alcanzado por México se debía expresamente a la fórmula autoritaria que, impuesta por el PRI, había asegurado medio siglo de estabilidad favorable al crecimiento empresarial”.⁶⁸⁷

Tras la matanza y ante la decisión del CNH de suspender sus acciones durante los juegos, el movimiento estudiantil mexicano pareció desvanecerse. Muchos participantes deploraban que a 10 días de la masacre, miles de televidentes admiraran la ceremonia de inauguración de las Olimpiadas en el Estadio de Ciudad Universitaria “como si nada hubiera pasado”. En cambio, las Olimpiadas sirvieron como escenario para las demandas de otros pueblos, cuando dos corredores negros estadounidenses alzaron el puño durante la ceremonia de premiación.⁶⁸⁸ También el movimiento negro expresó su solidaridad con los estudiantes mexicanos.⁶⁸⁹

La represión en México y Uruguay, a los ojos de otros observadores latinoamericanos, reafirmaría entonces las certezas de que la transformación social requería otras vías revolucionarias, y a los ojos de la experiencia cubana, esa vía no podría ser más que la lucha armada. La experiencia chilena de 1970 pondría un matiz a esta consideración, aunque ese matiz volviera a disolverse en 1973.

⁶⁸⁷ De la Llosa, *op. cit.*, p. 116 y 117

⁶⁸⁸ “En tierras distantes, los negros de Estados Unidos y los pueblos del Tercer Mundo luchan por lo mismo y combaten contra el mismo adversario”. “Golpear afuera y golpear adentro es la consigna común”, *Marcha*, Montevideo, 25 de octubre de 1968

⁶⁸⁹ Ver *Carta de APOYO NEGRO AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL MEXICANO*, Washington, Octubre de 1968, firmado por James Forman, director del Comité de Asuntos Internacionales del SNCC, Student Non-Violent Coordinating Committee, reproducido por el CNH, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, 58/316/93

Una estudiante uruguaya de 18 años en 1969 apuntaba al respecto: “Una lucha en esas condiciones no puede ser pacífica, incluso cuando a veces, tengamos conciencia de que nos estamos regalando”. Otra compañera indicaba: “La sociedad ideal debe ser como una nueva Cuba”. Una tercera agregaba que el modelo de sociedad era “ante todo, una sociedad sin clases sociales [...como] Cuba o la Unión Soviética, al principio, por los años 20”.⁶⁹⁰

En Europa, el desenlace del 68 en París mostró los límites de las instituciones burguesas, destinadas en última instancia a la preservación de la propiedad privada, y la alienación a la que estaba sometida la población trabajadora, tanto en la producción como en la vida política; la izquierda parlamentaria, que tenía la hegemonía en los sindicatos, no se planteó el problema del poder, y la izquierda radical que sí lo hacía, carecía de la posibilidad de mostrarse como una alternativa. En Praga, el final del 68 mostró los límites del modelo del socialismo real; que la toma del poder por el partido de los trabajadores y la expropiación de los medios de producción no habían resuelto, ni se lo planteaban tampoco, el problema de la enajenación en la producción ni en la representación política, centralizadas por el Estado y por el partido, sin una participación directa de los trabajadores. Y en América Latina, demostró la incapacidad de esas sociedades capitalistas de la periferia para soportar una verdadera democracia burguesa, y respetar una auténtica legalidad burguesa. En todos estos lugares, los estudiantes y sus aliados fueron capaces de desquiciar la cotidianidad urbana y de organizarse como sector dentro de sus espacios, pero sin tiempo ni otras condiciones para constituir un verdadero poder o una alternativa para el resto de la sociedad,

⁶⁹⁰ “Jóvenes: entre la violencia...”. *Marcha*

ni contaron con capacidad para poder cuestionar el orden establecido o plantear un poder paralelo ni en las fábricas ni en los barrios, aunque ambas problemáticas se esbozaran en París y un año después en Córdoba.

Sin embargo, mientras en Francia los estudiantes denunciaban los límites de la institucionalidad burguesa, en América Latina sus colegas demostraban las potencialidades de esos derechos políticos y ciudadanos consagrados por la Revolución francesa; y no se trataba de exigirlos en abstracto, sino con nombres y apellidos: elecciones libres en Argentina significaba legalizar al peronismo; libertad de asociación en México implicaba la libertad de Campa, Vallejo y los demás líderes sindicales y campesinos detenidos, y acabar con el corporativismo; libertad en Brasil significaba el fin de la dictadura y “el pueblo al poder”, fin de la censura significaba escuchar a Geraldo Vandré; restablecimiento de la Constitución en Uruguay significaba poder hacer huelga general sin ir a dar a un cuartel. Se trató de experiencias en la cuales se hizo efectivo aquello de que los derechos no se mendigan, se ejercen. Y que el ejercicio pleno de las libertades políticas tenía una potencialidad transformadora, capaz de subvertir a estas sociedades.

En resumen

Como queda apuntado, las rebeliones estudiantiles de 1968 tuvieron un amplio potencial de alterar a las sociedades latinoamericanas. El lugar de los estudiantes dentro de las clases medias ilustradas y con participación política, como parte de los jóvenes en su sociedad, como un sector que incorporaba a las mujeres en condiciones de mayor igualdad que en el resto de la sociedad, significó que sus protestas sacudieran ámbitos muy diversos. Las condiciones de enfrentamiento que llevaron al conflicto, las características de organización

mediante formas de democracia directa, la legitimidad concedida por importantes sectores a las propuestas de acción violenta, todo ello favoreció el despliegue de los movimientos y dificultó los intentos de las autoridades por aislarlos y agotarlos.

Una vez desplegado en este capítulo los principales aspectos que pudimos discernir en la investigación sobre los 68 latinoamericanos, en el siguiente capítulo nos resta esbozar algunos rasgos de las respuestas gubernamentales a la movilización estudiantil.

CAPÍTULO CUARTO

Los movimientos estudiantiles como problema para el Estado

Al examinar las rebeliones estudiantiles de 1968 y 1969 como conflictos, tras abordar las formas de organización y de acción de los estudiantes, esbozaremos ahora brevemente algunos aspectos de las respuestas gubernamentales. Como hemos señalado, en los años previos a 1968, los gobiernos latinoamericanos habían sometido a las universidades a políticas de aislamiento, y a las organizaciones estudiantiles opositoras a una hostilidad constante. Al rebasar cierto punto, estallaron las respuestas estudiantiles.

Las autoridades intentaron contener las revueltas por medio de la represión policial, en algunos casos con elementos militares. Ante la formación de alianzas de fuerzas sociales en torno a los movimientos y la participación cada vez mayor en las movilizaciones, las autoridades abordaron las situaciones como problemas de seguridad nacional, tratando a los estudiantes como enemigos. Por una parte, adoptaron medidas para aislar políticamente a los estudiantes, difundiendo en los medios de comunicación esa imagen que los vinculaba con la subversión. Con esta base, emprendieron una persecución, presentada como restauración del orden, con respaldo al menos en los sectores más conservadores de la sociedad.

Asimismo, emprendieron acciones para evitar la salida de los estudiantes en las calles y para mantenerlos en las escuelas. Esto incluyó la prohibición o el impedimento de que se siguieran realizando manifestaciones en las calles; el patrullaje constante de las ciudades, incluso con armamento pesado; el allanamiento y ocupación de escuelas; el uso de fuerzas

paramilitares para atacar escuelas y hostigar a los estudiantes; la detención, en algunos casos como secuestro, y la tortura de activistas y dirigentes aprehendidos. El punto culminante de estas operaciones fue la acción militar directa contra estudiantes y civiles, y la ocupación de sus espacios. Esa escalada y tal desenlace fueron medidas planificadas, cuya implementación tomaba tiempo; es decir, no se trató de acciones precipitadas. En los siguientes apartados examinaremos cómo se produjo este proceso.

4.1 Una caracterización de los cuatro Estados latinoamericanos en 1968

Uno de los aspectos que llama la atención de la acción de las autoridades en 1968 es que gobiernos de orígenes muy distintos, y que tenían también lógicas y objetivos diversos, apelaran inequívocamente al mismo tipo de medidas de represión, sin plantearse con seriedad alguna salida política a las rebeliones estudiantiles. Resulta relevante preguntarse qué significaba en cada uno de estos regímenes *restablecer el orden*, lo cual supone indagar qué orden representaba cada uno de esos Estados.

Los cambios de las sociedades latinoamericanas había estado acompañada por una transformación de los Estados. El final de los populismos en las décadas anteriores había dado lugar a otro tipo de Estado, en donde el uso de la fuerza cobraba mayor importancia que el consenso, ante el avance de las luchas sociales y de las organizaciones políticas opositoras. Marini apunta que en los años 60, “en países latinoamericanos de mayor desarrollo relativo, como Brasil y Argentina”, y en un mayor plazo “en los demás, como México, Venezuela, Colombia e incluso en países más atrasados, como por ejemplo El Salvador y otros centroamericanos”, se produjeron cambios económicos, con “el desprendimiento progresivo de una capa burguesa, constituida por el gran capital nacional y

extranjero”, que en busca de un control más directo sobre los aparatos de toma de decisiones, entraba en conflicto “con las demás capas burguesas, así como con la pequeña burguesía y con las amplias masas trabajadoras”, cuyas formas “varían según la configuración de la lucha de clases y del régimen político en cada país”. Estos conflictos implicarían “romper los antiguos esquemas de alianzas de clases en que la burguesía basó hasta los años sesenta su sistema de dominación en América Latina”.⁶⁹¹ Uno de los aspectos de estos conflictos entre sectores de la burguesía y de las clases medias se expresaría en la defensa de la democracia parlamentaria y los derechos constitucionales, y en el “pasaje de la protesta social a la oposición política”, así como entre “el momento de la represión y la transición al momento del aniquilamiento como política implementada desde instancias del poder armado estatal”.⁶⁹²

Bajo la nueva situación, la constitución de lo que Marini denomina “Estados de contrainsurgencia”⁶⁹³, daba especial protagonismo a los militares y los cuerpos de seguridad. Los golpes de Estado en Brasil y en Argentina ya habían mostrado el alcance de este protagonismo. Los militares en esos países se habían arrogado el papel de garantes de un orden que no reconocía la primacía del gobierno constitucional, al que en principio le debían lealtad. Tampoco se sujetaban a la Constitución y sus instituciones, sino que respondían, en última instancia, a la defensa de un orden que trascendía el marco legal, defendían el *statu quo* de la sociedad de clases y el orden jerárquico vigente. Los mecanismos parlamentarios y electorales, en ambos casos, interferían con los propósitos de las clases dominantes y del ejército. El gobierno de Goulart en Brasil se había mostrado incapaz de controlar a las clases

⁶⁹¹Marini, *El reformismo...*, p. 235 y 236

⁶⁹² Balvé, *El 69...*, pp. 87 y 88

⁶⁹³ Marini, “El Estado...”

trabajadoras, y por el contrario, les permitía desarrollar “manifestaciones claras de un programa subversivo”;⁶⁹⁴ en Argentina, los gobiernos de la UCR, al permitir la participación electoral del peronismo, también abrían la puerta a prácticas que salían del control de las clases dominantes.

En cada caso, el bloque social que se instaló tenía sus propias especificidades. En Brasil, el golpe de 1964 apuntaló a los sectores de la burguesía asociados con los oligopolios internacionales, con lo cual, los proyectos de desarrollo independiente quedaban sustituidos por una redefinición de la dependencia estructural.⁶⁹⁵ Al mismo tiempo, el gobierno militar tenía entre sus objetivos reafirmar la primacía del país como potencia regional, asumiendo a la vez el papel de guardián contra el comunismo en el área sudamericana. En su primera etapa, de 1964 a 1968, la dictadura brasileña mantuvo en funcionamiento un sistema de partidos y un parlamento con límites muy estrictos; esos vestigios de democracia parlamentaria fueron abolidos después de la ola de luchas sociales de 1968.

En Argentina, el golpe de Onganía fortaleció a los sectores industriales y financieros ligados con el capital externo, junto con una alianza con los sectores terratenientes, y con un franco alineamiento con las políticas de Estados Unidos. Se constituyó “un bloque social dominante” compuesto por un “conjunto de actores -empresas y bancos extranjeros, burgueses industriales locales y viejos sectores patricios hibridados con ellos, iglesia católica y Sociedad Rural”, que se oponían a “tres *males* centrales”: el populismo, el marxismo y el pluripartidismo.⁶⁹⁶ El régimen argentino suprimió desde sus inicios el sistema de partidos y los

⁶⁹⁴ Groppo, *op. cit.*, p. 220

⁶⁹⁵ Octavio Ianni, *O colapso do populismo*, citado por Groppo

⁶⁹⁶ Tchach, *op. cit.*, pp. 213 y 214

órganos parlamentarios, que pretendía sustituir con un régimen corporativista basado en organismos consultivos con participación multisectorial, que podríamos considerar émulo del fascismo o del franquismo español con su sistema de “sindicatos verticales”.

En Uruguay, después de 1958, se conformó un bloque liderado por el sector financiero, “concentrado y extranjerizado”, y una burguesía industrial y comercial, anente a las condiciones de dependencia impuestas por la situación internacional, la primacía del sector financiero sobre el productivo, la subestimación del mercado interno, una redistribución del ingreso en favor del capital, y la reducción del gasto público. En materia de seguridad, “creció la influencia de los sectores de derecha y de extrema derecha”, así como la presencia de asesores estadounidenses en las Fuerzas Armadas, la policía y los servicios de inteligencia.⁶⁹⁷ La presidencia de Pacheco, como hemos apuntado, dio prioridad al gobierno por decreto que a la actividad del Congreso, al que recurrió sólo cuando contaba con mayorías necesarias, pero al que ignoró cuando se impugnaban sus políticas.

En México, el papel de garantizar el orden y defender el *statu quo* lo ejercía con bastante éxito el partido oficial, que como anotamos antes, se sustentaba aún con bastante eficacia en su capacidad de control sobre obreros y campesinos, de manera que fue innecesario dar a los militares el mismo protagonismo que en los otros países. No obstante, las clases dominantes, que se habían fortalecido con el proceso desarrollista, también pugnaban por un control más directo del aparato del Estado. La fortaleza en México de lo que Marini denomina “burguesía burocrática” y de lo que Zermeño califica como “populismo estructural” habría impedido en este país que el sector financiero y el capital vinculado al

⁶⁹⁷ Cores, *El 68...*, cap. 2

sector externo tuvieran la misma injerencia que en los demás países. Zermeño plantea que “el diazordacismo fue así un intento verdaderamente osado por llevar adelante el modelo de desarrollo capitalista tardío combinando de la manera más insólita los elementos Estado fuerte, fidelidad de las masas populares y Estado al servicio de los intereses capitalistas”, de manera que, sin romper con el modelo del régimen, “el Estado populista deviene Estado de clase sin verse inmediatamente abandonado por la fidelidad de las masas”.⁶⁹⁸ Después de las revueltas de finales de los 60, mientras en los otros países reforzaban las dictaduras, en México el Estado tuvo la capacidad de renovarse y reabsorber a algunos de los sectores descontentos, aislando y utilizando la represión sólo contra los más radicales, sin cambios de fondo en el régimen político.

En cada uno de estos países, se presentaban conflictos y desacuerdos también en las filas de los respectivos regímenes en 1968, lo que se traducía en aparentes vacilaciones o virajes en las medidas adoptadas ante el movimiento estudiantil. En Brasil, al principio de 1968, el presidente Costa e Silva era partidario de cierta apertura, de mantener en funcionamiento al Congreso y en condición legal a determinados partidos (la oposición tolerada MDB y la oficialista ARENA), aunque persiguió al Frente Amplio, que incluía a sectores de la derecha. Costa e Silva también se mostraba a favor de evitar en lo posible nuevas medidas de excepción. Otro grupo, caracterizado como la “línea dura”, impulsaba un nuevo Acto Institucional, la imposición del estado de sitio y la concentración del poder en los órganos militares, en especial del Consejo de Seguridad Nacional, y su postura cobró fuerza ante el movimiento estudiantil. Al margen quedaban los gobernadores electos en Río de Janeiro, Negro de Lima (MDB), y en Sao Paulo, Abreu Sodré (ARENA), que no

⁶⁹⁸ Zermeño, *México...*, pp. 90 y 91

pertenecían a la élite militar, la cual en muchos casos ignoró o contravino sus disposiciones, y a quienes los militares responsabilizaban de dejar crecer el conflicto. La Policía Militar, que estaba bajo el mando directo del Ejército, desatendió los pedidos del gobernador de Guanabara de atenuar las represiones de marzo y abril en Río de Janeiro, por ejemplo.

El responsable directo de instrumentar la represión era el jefe de la Casa Militar y presidente del Consejo de Seguridad Nacional, coronel Jayme Portella, junto con el ministro del Ejército, Lyra Tavares. El encargado de avalar esta política era el ministro de Justicia Gama e Silva. Martins apunta que los núcleos de la “línea dura” estaban en el mando del Primer Ejército, con jurisdicción sobre Guanabara, y los ministerios de Justicia, de Marina y de la Aeronáutica, esta última fuerza involucrada en el diseño de planes de ocupación de Río de Janeiro y para el uso de fuerzas de élite para asesinar líderes estudiantiles durante los meses de mayor agudeza de los conflictos en las calles. Martins sostiene que la línea dura “procuraba crear situaciones de hecho, en general acciones represivas destinadas a producir grandes repercusiones contrarias, que obligasen al gobierno a endurecer cada vez más su política”, así como “‘hechos políticos’ que favorecieran la continuación de la militarización. A partir de julio y agosto, esa táctica dio frutos, al involucrar al Estado en su conjunto en la aplicación de medidas cada vez más restrictivas. Por lo demás, estas acciones eran acordes con la Doctrina de Seguridad Nacional brasileña, elaborada por la Escuela Superior de Guerra, “burlescamente apodada 'La Sorbonne' por el pueblo”, según apunta Selser.⁶⁹⁹

Conforme avanzaba el movimiento estudiantil, el régimen militar se tropezó con una inesperada resistencia de los parlamentarios. Los diputados avalaron en agosto las

⁶⁹⁹ Martins, *op. cit.*, p. 174 a 176, y Selser, “Brasil: la dictadura delirante”, *Marcha*, Montevideo, 20 de diciembre de 1968

decisiones del Consejo de Seguridad Nacional, al negarse a aprobar una amnistía para los estudiantes detenidos. Pero a finales de ese mismo mes protestaron contra la incursión del Ejército en la Universidad de Brasilia, en la cual dos legisladores fueron detenidos y golpeados. El diputado Márcio Moreira Alves condenó la acción militar en la tribuna el 2 de septiembre, y unos días después, el ministro Lyra Tavares pidió en una nota reservada al presidente Costa e Silva quitar el fuero y juzgar al legislador.⁷⁰⁰ En diciembre, la negativa del Congreso a permitir el proceso contra Moreira Alves sería una de las razones invocadas para emitir el Acto Institucional N°5, que entre otras medidas, disolvió al parlamento y proscribió a los partidos.

En Uruguay, al ocupar la presidencia tras la muerte de Gestido, Pacheco Areco se apoyó más en el aparato presidencial y en las Medidas Prontas de Seguridad para afrontar a los movimientos sociales, al tiempo que eludía el control parlamentario, fortalecido por la reforma constitucional de 1966 que había restablecido el presidencialismo.⁷⁰¹ En marzo de 1968, el gobierno ya había sido interpelado por iniciativa de los diputados Amílcar Vasconcellos, del gobernante Partido Colorado, y Wilson Ferreira Aldunate, del Partido Nacional. En respuesta, el gobierno conformó en mayo el denominado “gabinete empresarial”, más ligado a los intereses privados que a los partidos, el cual profundizó las medidas de contención salarial y la represión contra la oposición.⁷⁰² Pacheco Areco contaba sin embargo con cierto apoyo legislativo. Las fracciones del oficialismo impidieron que el

⁷⁰⁰ El Ejército, en el “allanamiento en procura de cinco estudiantes cuya prisión preventiva había sido dispuesta, baleó gravemente a siete alumnos y envió al hospital a no menos de doscientos más, incluyendo el apaleamiento de dos diputados que habían intentado impedir la Operación Minhocao, apelativo bélico con que fue conocida después”. La protesta de Moreira Alves y la negativa del Congreso a quitarle el fuero precipitaron la clausura de la Cámara. Selser acota: “En la Cámara, el diputado oficialista Clovis Stenzel lo había advertido el 12 [de diciembre]: 'La Cámara ha tenido valentía, pero ahora deberá aceptar las consecuencias, porque esas consecuencias son inevitables'” Selser, “Brasil: la dictadura delirante”

⁷⁰¹ Sala y Landinelli, *op. cit.*, p. 287 y 288

⁷⁰² Paris de Oddone, *La Universidad de la República...*, p. 107, y p. 113

Congreso debatiera la legalidad de las MPS el 2 de julio. El apoyo parlamentario a Pacheco lo constituían las fracciones Unión Colorada y Batllista, y Unidad y Reforma, de los colorados, y el sector herrerista-ruralista del Partido Nacional, que en conjunto “frenaron varias medidas del Poder Legislativo que iban en contra de las del Ejecutivo”, y que atribuían la conflictividad social “no a la crisis económica, sino al desorden promovido por grupos minoritarios organizados”. La oposición estaba encabezada por los grupos de Vasconcellos y de Zelmar Michelini entre los colorados, y la corriente de Ferreyra entre los Nacionales, así como el comunista Enrique Rodríguez, del Frente de Izquierda de Liberación (Fidel), y la Democracia Cristiana.⁷⁰³ Michelini incluso pidió la renuncia del Ministro del Interior.⁷⁰⁴ En septiembre, cuando el Parlamento planteó discutir el uso policial de armas de fuego y propuso interpelar al ministro del Interior, el presidente Pacheco amenazó con disolver al legislativo.⁷⁰⁵ Sin embargo, tanto el bloque legislativo del oficialismo como la Presidencia impidieron que los legisladores intervinieran para poner fin a la escalada que estaba en marcha.

En cuanto a las autoridades urbanas y policiales, el intendente de la ciudad de Montevideo era el general Carlos Bartolomé Herrera, del Partido Colorado, quien se encargó de afrontar la primera oleada de protestas. A la semana de los primeros incidentes, el 8 de mayo, quedaron al frente del Ministerio del Interior, Eduardo Jiménez de Aréchaga; y en el Ministerio de Cultura, Federico García Capurro. Ambos funcionarios fueron los artífices de la presión y la represión gubernamentales sobre la Universidad. En primera fila en la acción

⁷⁰³ Ana Laura de Giorgi, “¿Sólo con mi pueblo? Sobre la supuesta debilidad del respaldo político parlamentario del presidente Pacheco (1967-1972)”, pp. 15 a 24

⁷⁰⁴ Markarian, *op. cit.*, p. 62

⁷⁰⁵ Héctor Rodríguez, “1968: el año de la congelación”. *Marcha*, Montevideo, 27 de diciembre de 1968, hace un recuento de sucesos sindicales paralelos al movimiento estudiantil

contra los estudiantes estaba el jefe de la Policía de Montevideo, el coronel Alberto Aguirre Gestido. Markarian apunta que en 1968, los dos momentos en que se registraron escaladas en la represión fueron con la toma de posesión de Jiménez de Aréchaga y el coronel Aguirre Gestido,⁷⁰⁶ y hacia septiembre, cuando los policías de las seccionales locales fueron reemplazados por la Guardia Metropolitana en las acciones contra el movimiento.⁷⁰⁷

En México, la presidencia estaba en manos de Gustavo Díaz Ordaz, quien había sido secretario de Gobernación durante el sexenio anterior, caracterizado por la represión contra los movimientos sociales, por su anticomunismo y su conservadurismo, y que siguió acompañado por los jefes de policía de la capital, general Luis Cueto y coronel Raúl Mendiola. José Luis Piñeyro apunta que, a diferencia de los otros países, “el anticomunismo no permeó al conjunto de la sociedad civil mexicana, pero sí a la sociedad política, principalmente a las fuerzas militares y policiacas del Estado, las cuales veían como enemigos a quienes pusieran en cuestionamiento los beneficios de la eterna revolución mexicana, y en general del mundo libre”.⁷⁰⁸ Desde finales de julio, luego de la intervención del ejército en las preparatorias, se presentaron ante la prensa los funcionarios involucrados en la represión: el regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal; Cueto y Mendiola; el secretario de Gobernación, Luis Echeverría; y el de la Defensa, Marcelino García Barragán. Durante todo el movimiento, se especuló sobre disputas entre los integrantes del gabinete en la lucha para suceder a Díaz Ordaz en 1970, y que esta competencia habría provocado

⁷⁰⁶ Markarian, *op. cit.*, p. 60

⁷⁰⁷ *id.* Bañales, *op. cit.*, p. 100 y 101, indica que a los ojos de algunos estudiantes, los policías de las comisarías de la Dirección de Seguridad actuaban distinto que los agentes de la Metropolitana, a quienes se “mantiene en un régimen casi carcelario, saturándolos de un anticomunismo elemental. Esta gente sale a la calle al límite de motivaciones homicidas; basta ver con qué fruición apalean a quien se pone a su alcance, sin discriminar edad, sexo o actitud”; o que la policía de Investigaciones, con “mayor educación, son más astutos y menos elementales”, y que además de señalarlos en las calles, se infiltraban en las reuniones estudiantiles

⁷⁰⁸ José Luis Piñeyro, “Las Fuerzas Armadas y la guerrilla rural en México. Pasado y presente”, pp. 69 a 89; p. 73

acusaciones mutuas de promover el movimiento, aportarle recursos o patrocinar a los estudiantes. El Congreso, con aplastante mayoría del PRI, siempre avaló las medidas del Ejecutivo, junto con sus aliados, el Partido Popular Socialista y el Auténtico de la Revolución Mexicana. La dirección del PPS, partido de presunto origen marxista y algunos de cuyos militantes estaban presos por su relación con organizaciones armadas, atribuyó el conflicto a “enemigos de la Revolución Mexicana que se autonomban de extrema izquierda y los de la derecha”, así como a la intervención estadounidense. Sólo algunos miembros del conservador Partido Acción Nacional (PAN) se acercaron al movimiento, al concurrir al diálogo emplazado por los estudiantes en Ciudad Universitaria con los diputados, aunque también ese partido al movimiento, al considerar que era azuzado por agitadores, y se pronunciaba en contra de la presunta alternativa entre “la dictadura y la anarquía”.⁷⁰⁹

En Argentina, la provincia de Córdoba tenía como gobernador interventor a Carlos Caballero, abogado y académico de la Universidad Católica de Córdoba, cercano al ministro del Interior Guillermo Borda, y cuyo equipo provenía de la oligarquía local y empresarios, vinculados a la Iglesia y al ejército.⁷¹⁰ De acuerdo con el líder sindical Tosco, el gobernador se había distinguido por sus iniciativas para poner en práctica el modelo corporativista que impulsaba el régimen de Onganía, mediante la creación de consejos asesores.⁷¹¹ Sin embargo, también entre los militares había discrepancias. Durante las jornadas del Cordobazo, el mando militar demoró en atender al gobernador Caballero, quien pedía la intervención militar desde poco después del mediodía, cuando los manifestantes hicieron

⁷⁰⁹ “Declaración del Partido Popular Socialista sobre el conflicto estudiantil”, en Ramírez, *op. cit.*, Vol. 2, p. 169 a 171, y “Llamamiento de Acción Nacional al pueblo y al gobierno de México”, *id.*, p. 178 a 180

⁷¹⁰ Tcach, *op. cit.*, pp. 225 y 226

⁷¹¹ Agustín Tosco, *Carta sobre el Cordobazo*. Tcach menciona que los consejos asesores estaban formados por empresarios, comerciantes, gremios y asociaciones culturales, los cuales deberían sustituir al sistema parlamentario y a los partidos en este modelo corporativista, de inspiración católica.

retroceder a la policía. Hubo versiones de que un grupo de militares, encabezados por Alejandro Lanusse, deseaban aprovechar las revueltas para socavar el gobierno de Onganía. Desde Buenos Aires, el ministro del Interior Borda coordinaba la represión. En el terreno, el jefe del III Cuerpo del Ejército, responsable de Córdoba, era el general Elidoro Sánchez Lahoz, quien desatendió las primeras llamadas de Caballero. El encargado directo de la ocupación de la ciudad fue el general Jorge Raúl Carcagno, de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada.⁷¹² Al mismo tiempo, el gobierno recurrió a la justicia militar para procesar a los rebeldes.

Cabe recalcar que la represión no se ejercía de manera arbitraria, sino según una lógica, y que estaba sistematizada por varios instrumentos que le daban visos de legalidad, aunque en muchos casos fueran en realidad anticonstitucionales. Desde 1960, bajo la influencia de Estados Unidos, las doctrinas militares en América Latina, basadas en hipótesis de defensa ante una agresión externa, fueron incorporando dos postulados, presentados en el marco de la Alianza para el Progreso: la hipótesis del conflicto interno contra la “subversión”, el “enemigo ideológico, el infiltrado comunista y la agitación guerrillera”, así como la noción del desarrollo y la infraestructura como elementos de la seguridad interna.⁷¹³ La Escuela Superior de Guerra brasileña, a partir de las concepciones de la contrainsurgencia francesa y estadounidense, contaba con un manual en donde hacía una caracterización de “guerra insurreccional”, “guerra revolucionaria”, “subversión”, “acción psicológica” y “guerra psicológica”, en el marco de la Guerra Fría, como prioridades en la acción militar, al considerar que “la guerra revolucionaria es [...] la forma moderna de guerra

⁷¹² Carlos Monestés, 1969-1999 *El Cordobazo. Un general desarmado*

⁷¹³ Guillermo Martín Caviasca, “La actuación del General Jorge Carcagno en la X Conferencia de Ejércitos Americanos en Caracas”

que, en la actual coyuntura, está siendo impuesta a los países del bloque occidental”.⁷¹⁴ Después de fracasar los intentos por controlar los movimientos estudiantiles por medios policiales, y ante la extensión de las protestas a otros sectores, estos movimientos fueron vistos a la luz de estas doctrinas, como casos de subversión.

Las regulaciones para la represión empleadas en 1968 en Brasil se apoyaban en los Actos Institucionales, que sustituían a la Constitución y que de acuerdo con la coyuntura iban restringiendo cada vez más derechos políticos; y las leyes de Seguridad Nacional, cuya instrumentación dentro de las universidades correspondía a las comisiones de investigación policial militar o IPM. Al terminar el año, el 13 de diciembre de 1968, el AI-5 confirió poderes casi absolutos al Ejecutivo, al poner en receso al Congreso, a las asambleas legislativas y concejos municipales; lo facultó a intervenir en estados y municipios; suspender derechos políticos de cualquier ciudadano, con el apoyo del Consejo de Seguridad Nacional, y destituir funcionarios públicos electos federales, estatales y municipales, y le permitió suspender las garantías de hábeas corpus, y decretar y prorrogar el estado de sitio.⁷¹⁵

El gobierno argentino se regulaba mediante el Acta de la Revolución Argentina, que daba “el poder político y militar de la República” a la Junta Revolucionaria formada por los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, y disolvía al Congreso e intervenía al Poder Judicial.⁷¹⁶ También regía por decreto, y la represión se aplicaba de acuerdo con el plan Conintes (Conmoción Interna del Estado), que se basaba en una gradación que preveía primero la actuación de las tropas policiales, luego las de Seguridad, y de ser insuficientes,

⁷¹⁴ *Conceituação de Guerra Insurreccional*, p. 17, Documentos Revelados, Fondo Aluizio Palmar

⁷¹⁵ Cátia Faría, *op. cit.*

⁷¹⁶ Caraballo, *op. cit.*, p. 115

se recurría a las Fuerzas Armadas.⁷¹⁷ En su aplicación en Córdoba, el ejército emitió una serie de bandos y comunicados, en los que se impuso el toque de queda y se advertía que se abriría fuego contra las personas o vehículos que lo infringieran; se notificaba la creación de Consejos de Guerra y de las infracciones que serían de su competencia.⁷¹⁸

Las Medidas Prontas de Seguridad (MPS) en Uruguay estaban previstas en el artículo 168, inciso 17, de la Constitución para “casos graves e imprevistos de ataque exterior o conmoción interior”.⁷¹⁹ Sin embargo, las MPS impuestas el 13 de junio de 1968, además de restringir una serie de derechos políticos, fueron utilizadas para congelar precios y salarios, y suspender las negociaciones salariales y contractuales en marcha, lo que la oposición consideró inconstitucional. El gobierno sustituyó los Consejos de Salarios establecidos en 1946 por una Comisión de Precios e Ingresos (COPRIN).⁷²⁰ Bajo este régimen de excepción, fueron militarizados los empleados del Banco Central y del Banco de la República,⁷²¹ obreros de UTE, OSE y ANCAP,⁷²² y 51 militantes sindicales fueron trasladados a cuarteles.⁷²³ En septiembre, en los mismos días de la clausura de la Universidad, el gobierno dispuso la militarización del transporte, con instrucción militar y trabajos forzados a trabajadores de UTE, sumarios a portuarios, la clausura de la sede de la CNT en Montevideo, y las de Bancarios en todo el país.⁷²⁴

⁷¹⁷ Monestés, *op. cit.*, p. 48

⁷¹⁸ *id.*, pp. 59 y 60

⁷¹⁹ Labrousse, *op. cit.*, p. 95

⁷²⁰ Sala y Landinelli, *op. cit.*, pp. 290 y 291

⁷²¹ Labrousse, *op. cit.*, p. 107

⁷²² *id.*

⁷²³ *id.*

⁷²⁴ Rodríguez, “1968: el año de la congelación”

En México, los instrumentos legales para la represión eran los artículos 145 y 145 bis del Código Penal. Ese artículo, que tipificaba el delito de “disolución social”, había sido creado para limitar las actividades nazis durante la Segunda Guerra Mundial, pero era usado para penalizar a la oposición política. Rivas Ontiveros precisa que esa norma ya había sido utilizada en contra de los estudiantes, y que los dirigentes de la huelga de 1956 en el Politécnico “fueron algunos de los primeros mexicanos a los que se les aplicó el delito de disolución social”.⁷²⁵ González de Alba acota que la demanda de derogar el artículo 145 del Código Penal se incluyó “porque este artículo había sido el instrumento jurídico para mantener encarcelados a los ferrocarrileros”.⁷²⁶ Más tarde, el presidente Díaz Ordaz se amparó en el Artículo 89 de la Constitución, que lo facultaba a “Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente o sea del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación”.⁷²⁷ Por su parte, la Secretaría de la Defensa Nacional contaba con su Plan DN-II, concebido para afrontar a un enemigo interno “armado o no armado que cuestione las instituciones del Estado y el sistema socioeconómico dominante” para desarrollar sus acciones.⁷²⁸

Sin ser parte directamente del aparato gubernamental, la televisión y la prensa hegemónicas abonaban los planteamientos de las autoridades, aunque en cada país hubo algunos medios con cierta independencia, que en los momentos de mayor movilización y

⁷²⁵ Rivas Ontiveros, *op. cit.*, p. 116

⁷²⁶ González de Alba, *Los días...*,

⁷²⁷ Díaz Ordaz, *op. cit.*, p. 264

⁷²⁸ Piñeyro apunta que el Plan de Defensa Nacional II tiene un “aspecto preventivo de la mayoría de las acciones militares contra la subversión armada o en general contra los diversos disturbios civiles”, que se habría aplicado para evitar que “el movimiento estudiantil popular de 1968 irradiara al conjunto del cuerpo social mexicano, o al menos en centros urbanos estratégicos como la ciudad capital, Monterrey y Guadalajara”, *op. cit.*, pp. 74 y 75. El plan “requiere de una especie de minifuerza de despliegue rápido con capacidad de movilización de tropas selectas, diverso armamento ligero, y transporte aéreo y terrestre que pueda saturar de forma contundente un teatro de operaciones específico”, *id.*, p. 75

simpatía entre la población hacia el movimiento, daban espacio a la difusión de los movimientos y voz a algunos de sus aliados o portavoces: Ribeiro y Martins citan el diario *Correio da Manhã* como un medio que difundía declaraciones de los estudiantes; en contraposición, la revista *Visão* era vocera del punto de vista del gobierno. En Uruguay, los puntos de vista gubernamentales estaban expuestos por diarios como *El País* y otras publicaciones a las que se denominaba “la prensa grande”; por su parte, había diarios como *El Popular*, o la revista *Marcha*, que representaban un punto de vista de la intelectualidad de izquierda; muchas de sus ediciones fueron prohibidas por la censura en 1968. En México, la principal información del movimiento estudiantil fue cubierta por la edición vespertina del diario *Excélsior*, bajo reciente dirección de Julio Scherer, denominado *Últimas Noticias*, y *El Día*, que publicaba regularmente los desplegados y manifiestos del CNH y de respaldo al movimiento. En Córdoba, además de las ediciones de los diarios nacionales como *Clarín* y *La Nación*, el arzobispado local publicaba el diario *Presencia*, y se editaban los periódicos *La Voz del Interior* y *Córdoba*. Todos ellos dedicaron espacios importantes a la rebelión, aunque no simpatizaran con ella. Y se difundía la revista de análisis *Jerónimo*, que dio espacio a textos de reflexión después del Cordobazo.⁷²⁹

4.2 El movimiento estudiantil como problema de orden público

Los conflictos entre estudiantes y autoridades policiales o urbanas eran frecuentes antes de 1968, y solían ser tratados como cuestiones de orden. Se trataba, por lo general, de retirar a los estudiantes de las calles, o impedirles salir a ellas, para lo cual se invocaban alteraciones al orden público, ofensas o agresiones a la propiedad, a alguna entidad en particular o a la

⁷²⁹ Ribeiro y Martins citan los casos de los diarios brasileños. Las publicaciones mexicanas, en Ramírez, *op. cit.* En Argentina, el texto de Delich fue publicado originalmente en la revista *Jerónimo*.

población, o la falta de permiso para manifestarse. El estallido de los movimientos tuvo su origen en acciones de este tipo.

El argumento para la incursión de la policía brasileña en el Calabouço fue, por ejemplo, impedir la manifestación hacia la embajada estadounidense, donde se planeaba quemar una bandera de ese país. Del mismo modo en Uruguay, donde la quema de un muñeco de una rata gigante y el lanzamiento de pirotecnia, también frente a la embajada, fue considerado un disturbio. En México, la agresión partió del aviso de la FNET, la propia organizadora de la marcha, de que una columna de estudiantes había abandonado la ruta autorizada para dirigirse al Zócalo.⁷³⁰ Finalmente, en Córdoba, los primeros incidentes obedecieron también al desacato de las órdenes policiales de no manifestarse en lugares públicos. En todos los casos, las autoridades policiales arguyeron que se trataba de restablecer el orden, y argumentaron que el uso de la fuerza estuvo justificado al haber sido atacados por los estudiantes. Ante las protestas que se sucedieron, en general, las autoridades prometieron investigar posibles “excesos” de los agentes involucrados. En los casos en que se presentaron resultados de las indagatorias, las sanciones fueron mínimas. Una vez en marcha los movimientos, los enfrentamientos agudos alternaban con momentos de relativa permisividad de las autoridades ante acciones en las calles, mítines relámpago y manifestaciones.

El trato represivo a los estudiantes pasaba por distintas instancias, comenzando por las autoridades urbanas y las policías locales, antes que intervinieran las autoridades

⁷³⁰ La FNET arguyó que los incidentes fueron provocados por “grupos extremistas que se dedicaron a sabotear” la manifestación politécnica del 26 de julio, que “azuzaron a un grupo de compañeros para trasladarse a una manifestación que organizada por agitadores profesionales, los condujeron a un enfrentamiento con la policía”, Manifiesto de la FNET, en Ramírez, *op. cit.*, Vol. 2, p. 13 y 14

nacionales y las fuerzas armadas. En un primer momento, los detenidos durante los disturbios eran liberados al poco tiempo. En México, incluso en estos casos funcionaba el mecanismo de la “mordida”. Cuando se trataba de menores de edad, se les entregaba a los padres, con una reprimenda. En los momentos de auge de la represión, en cambio, se detenía indiscriminadamente a la gente que pasara cerca del lugar de los incidentes. Así, la policía uruguaya advertía a la población que se alejara “‘de inmediato’ de los focos de agitación ‘para evitar ser detenida’”.⁷³¹ Sólo en los casos de los presuntos autores intelectuales, líderes o instigadores, las autoridades buscaban el aval de los poderes judiciales -o les daban consigna- para procesarlos. En esos casos, los arrestados eran fichados, y sometidos a diversas formas de maltrato, vejámenes y tortura. En ciertos momentos, algunos legisladores plantearon la necesidad de que intervinieran los parlamentos, sin poder concretar alguna acción que modificara o detuviera las políticas del Ejecutivo. En algunos casos, surgieron conflictos y contradicciones entre esos distintos niveles y órganos de gobierno, pero terminó por prevalecer la solución de fuerza dispuesta desde el mando más centralizado.

En Brasil, el gobierno comenzó con la actuación de la Policía Civil, la Policía Militar y el Departamento de Orden Político y Social (DOPS), las dos últimas bajo mando del Ejército, pero cuyas competencias estaban dentro del orden público. El gobernador Negrao de Lima pidió una investigación interna y el repliegue de la policía militar, sin que el Ministerio de Justicia ni el de Seguridad lo atendieran. Ante las realización de manifestaciones en todo el país en la última semana de marzo y la primera de abril, el presidente del Consejo de Seguridad Nacional, general Jayme Portella, ordenó impedir las protestas en las calles. Las

⁷³¹ Markarian, *op. cit.*, p. 60

acciones incluyeron la vigilancia policial, pero como los estudiantes de todas maneras salieron a la calle, el CSN movilizó tropas federales del Ejército, la Marina y la Aeronáutica.⁷³² En paralelo, las autoridades abrieron una investigación interna para determinar la responsabilidad en la muerte de Edson Luís, que en mayo identificó a 33 elementos de la Policía Militar implicados en los sucesos, y sólo algunos recibieron penas mínimas.

Como apuntamos, ante el movimiento estudiantil, en el gobierno había una tendencia que planteaba mantenerse dentro de los estrechos márgenes legales, con el uso de las fuerzas policiales convencionales, y otra que planteaba endurecer la represión con “formas extremas de combate”, incluido el uso de comandos paramilitares que recurrían al terrorismo.⁷³³ Esta escalada comenzaba dentro de las propias universidades, donde una ley de 1967 prohibía las huelgas estudiantiles, y castigaba con la pérdida del año lectivo a quienes se involucraran en estas paralizaciones. En enero de 1968, antes del movimiento estudiantil, el gobierno militar había reglamentado las tareas del Consejo de Seguridad Nacional, y había creado una comisión encargada de las cuestiones universitarias y estudiantiles, bajo control del coronel Meira Matos.⁷³⁴ En mayo de 1968, ya en pleno movimiento, se penalizaba a los menores de edad que se involucraran en acciones contra la “seguridad nacional”. Durante estos meses, la acción represiva se mantuvo dentro del ámbito policial, con una escalada a mediados de junio, con el *viernes sangriento*, en la cual, a pesar de los enfrentamientos que dejaron varias decenas de muertos, el Ejército se abstuvo de intervenir y el gobierno de declarar el estado de sitio, al considerar que la Policía Militar mantenía el dominio de la situación. Ese mismo mes, esta táctica se combinó con la oferta de

⁷³² Ribeiro, *op. cit.*, 27 a 29

⁷³³ Groppo, *op. cit.*, p. 373 y 374

⁷³⁴ Ribeiro, *op. cit.*, p. 9

diálogo con el Ministerio de Educación y luego con la presidencia, que examinaremos más adelante, en el marco de las mayores movilizaciones de masas del año.

Luego de las intensas jornadas de junio, en los primeros días de julio, el “ala dura” militar se impuso. Tras acusar a agitadores comunistas profesionales de promover la violencia en las manifestaciones y de tener un “plan secreto” para promover la toma del poder,⁷³⁵ la represión pasó a manos militares, con la prohibición de las manifestaciones o *passeatas*, la amenaza del estado de sitio si continuaban las protestas estudiantiles y las instrucciones del Alto Comando del Ejército para tomar medidas a fin de garantizar que se mantuviera el orden en todo el territorio y para “cohibir el estado contrarrevolucionario” en marcha.⁷³⁶ Al tiempo que la vigilancia y la represión pasaron a manos del Ejército, grupos paramilitares desarrollaron una serie de atentados, y se reforzaron los grupos de choque de la extrema derecha estudiantil, como el CCC. Aunque tanto la Policía Militar como las tropas de infantería y la Aeronáutica respondían al mismo comando, la represión, “que inicialmente eran bombas de gas, macanas y, de vez en cuando, algún tiro de revólver... se transformó en un tiroteo cerrado. Las últimas manifestaciones en Río de Janeiro [...] fueron disueltas a ráfagas de ametralladoras”.⁷³⁷

En Uruguay, el gobierno fue aplicando sus medidas represivas a la par a estudiantes y trabajadores. En julio de 1967 se había refrendado un decreto que autorizaba la fuerza policial y militar para desocupar fábricas ocupadas por los obreros, y como se ha apuntado, desde octubre de ese año el gobierno de Gestido había recurrido a las Medidas Prontas de

⁷³⁵ *id.*, 79

⁷³⁶ Groppo, *op. cit.*, p. 373

⁷³⁷ *id.*, p. 375

Seguridad, en el marco de las cuales se había reprimido a sindicatos y censurado a la prensa. A la muerte de Gestido y con el ascenso de Pacheco Areco, en diciembre volvieron a aplicarse las MPS, para proscribir a varios partidos políticos y medios de prensa, acusados de promover la lucha armada. A partir del primero de mayo de 1968, la policía comenzó a actuar regularmente contra las manifestaciones estudiantiles y sindicales, bloqueos de calles e instalación de barricadas, con uso de bombas lacrimógenas para despejar las vialidades y desocupar los centros de trabajo tomados, y que por lo general terminaban con decenas de detenidos. Con la represión del 6 de junio, en donde la policía utilizó armas de fuego y que dejó varios estudiantes hospitalizados, las autoridades abrieron investigaciones que terminaron con la apertura de proceso a tres agentes por “lesiones graves”, sin que ello significara el cese de la represión. Además, en paralelo, las autoridades también abrieron proceso a cinco estudiantes, acusados por la quema de automóviles.⁷³⁸

El 12 de junio, Pacheco Areco tuvo reuniones con militares. Al día siguiente impuso otra vez las Medidas Prontas de Seguridad, para prohibir huelgas y manifestaciones, y realizó nuevos cambios en el gabinete, lo que marcó el inicio de un proceso de militarización en la represión. Si bien en las calles fue la policía la que mantuvo las tareas de control, el Ejército comenzó a intervenir en los conflictos sindicales, mediante el arresto de trabajadores del sector público en huelga, que eran encerrados en cuarteles e instalaciones castrenses: el 24 de junio esto comenzó con el personal de los bancos estatales BROU y BCU, y días después prosiguió con los de la empresa de electricidad UTE, ferrocarriles, la banca privada, telecomunicaciones y obras sanitarias; en las mismas fechas, la policía intentó detener a dirigentes estudiantiles que habían acudido al Palacio Legislativo, e incrementó las acciones

⁷³⁸ Demasi, *op. cit.*, p. 52 a 58

policiales contra las marchas estudiantiles y el acoso contra las facultades de la Universidad. Se trataba de una ofensiva contra la clase trabajadora y sus aliados estudiantiles, que sin embargo no puso fin a los conflictos.⁷³⁹

La siguiente escalada vino el 9 de agosto, con el allanamiento de varias facultades y de la sede central de la Universidad, con el pretexto de buscar al funcionario Pereyra Reverbel, secuestrado por los Tupamaros, y el pedido de la presidencia al Senado de destituir al Consejo Directivo Central de la Universidad, junto con la censura previa a las comunicaciones de la Universidad; la agresión ascendió hasta el ataque del 12 de agosto, que dejó herido de muerte al estudiante Líber Arce.⁷⁴⁰ Tampoco esta nueva oleada detuvo las movilizaciones estudiantiles y sindicales. Ante ello, el 2 de septiembre el presidente Pacheco Areco lanzó en un mensaje en cadena nacional una advertencia sobre el uso “sin vacilaciones” de “toda la fuerza y los recursos del poder constitucional” contra el movimiento. Unos días después, visitaría los cuarteles de la Guardia Metropolitana y la Guardia Republicana, que el 20 de septiembre intervendrían en un nuevo cerco a la sede central de la Universidad, en el que morirían Hugo de los Santos y Susana Pintos. Dos días después, el gobierno daría un nuevo paso hacia la militarización, al suspender por un mes las actividades escolares, y poner los planteles bajo custodia del Ejército, una operación que fue encomendada al general Líber Arce, caracterizado como legalista, y quien por cuestiones disciplinarias sería pasado a retiro en noviembre. Un día después, dimitiría el jefe policial Aguirre Gestido.⁷⁴¹ En diciembre, renunciaría a su cargo el ministro del Interior Jiménez de Aréchaga; y en enero, el gobierno levantaría las MPS. Pero para entonces, el movimiento

⁷³⁹ *id.*, p. 58 a 62

⁷⁴⁰ *id.*, p. 66

⁷⁴¹ *id.*, pp. 68 a 75

estudiantil se había replegado, sin que eso significara el fin de los conflictos, que se habían profundizado con la utilización del Ejército, en una escalada del autoritarismo uruguayo.

En México, hemos citado en el capítulo 2 que existía un ambiente de endurecimiento policial contra la acción del porrismo. La incursión de los granaderos en las vocacionales de la Ciudadela en julio, que dio origen a las protestas en el Politécnico, tuvieron como justificación la acción contra estas pandillas. La represión del 26 de julio, que se amplió contra la manifestación de la izquierda por el aniversario de la Revolución cubana, unió otro aspecto de la política gubernamental: el anticomunismo. Junto con la acción de la policía, la Dirección Federal de Seguridad (DFS) procedió a detener presuntos “agitadores” en la sede del PCM. Ante la resistencia de los estudiantes de las preparatorias de la UNAM, cercadas en el centro de la ciudad, se produjo la primera intervención militar con el ataque a la Preparatoria de San Ildefonso y la ocupación de media docena de planteles. La explicación oficial es que se había frenado un plan de agitación y subversión en el que estaba implicado el PCM. Según el entonces secretario de la Defensa Nacional, general Marcelino García Barragán, en documentos personales dados a conocer en 1999, el titular de Gobernación, Luis Echeverría, le pidió movilizar las tropas porque la policía era “impotente para someter a los estudiantes que alteraban el orden en la Ciudad amenazando con asaltar las armerías del primer cuadro y mucho menos iban a controlar los que, según él me informó, venían procedentes en número aproximado de 10,000 de las ciudades de Puebla y Tlaxcala, encontrándose éstos en San Cristóbal Ecatepec y que, además, en la Ciudadela se encontraban de 5,000 a 10,000; en Tlatelolco de 6,000 a 8,000 y en la Preparatoria de Coapa de 2,000 a 3,000, todos ellos estudiantes”.⁷⁴²

⁷⁴² Julio Scherer García y Carlos Monsivais, *Parte de Guerra, Tlatelolco 1968. Documentos del general Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*, p. 40

Luego de esta intervención militar, comenzó una segunda fase: se produjo un repliegue del ejército, se mantuvo la vigilancia policial, se intentó dar una salida oficialista al movimiento mediante una negociación promovida por el gobierno capitalino entre la dirección del IPN con el organismo corporativo FNET, sin reconocimiento alguno del movimiento, como se abordará en el apartado siguiente; y luego, mediante una oferta de diálogo de la Secretaría de Gobernación al CNH, que no prosperó. Esta fase terminó con la marcha del 27 de agosto y la instalación de un campamento en el Zócalo, brutalmente desalojado nuevamente con la fuerza militar. La represión volvió a acentuarse, y el primero de septiembre, el informe presidencial significó una advertencia de que el gobierno recurriría a todo el aparato represivo contra el movimiento. Durante septiembre, la represión hizo uso de grupos paramilitares en ataques contra los planteles, de la policía contra manifestaciones y brigadas, y del ejército para la ocupación de centros escolares, al tiempo que recurría a las presiones políticas contra la rectoría de la UNAM. La acción militar culminaría con la matanza de Tlatelolco.⁷⁴³

En Argentina, las policías locales fueron las primeras involucradas en la represión, que se sucedía en varias ciudades, desde Tucumán hasta La Plata. En mayo de 1969, ante el asesinato del estudiante Cabral en Corrientes, los estudiantes apuntarían que “el papel de la policía no se ajusta al cumplimiento de sus deberes -evitar desmanes- sino que hoy mata a estudiantes indefensos”.⁷⁴⁴ En los días siguientes, en la vecina Rosario, tras la muerte del estudiante Bello y durante las jornadas del Rosariazo, se movilizaron diversos cuerpos como la Guardia de Infantería y la Guardia de Caballería, el Comando Radioeléctrico y la

⁷⁴³ Zermeño, *México...*, pp. 11 a 20, y 122 a 134

⁷⁴⁴ Citado por Balvé, *op. cit.*, p. 66

Compañía de Gases. El jefe de policía Raúl Mones Ruiz acusó a los estudiantes de atacar a la policía, de recibir refuerzos de otras ciudades del país y de preparar “actos de violencia para perturbar la tranquilidad de la ciudad”.⁷⁴⁵ La policía rodeaba las sedes universitarias e intentaba impedir o disolver cualquier concentración en plazas y calles. El ministro del Interior, Guillermo Borda, responsabilizó de la violencia a “la extrema izquierda y algunos políticos [...] no ha faltado tampoco algún dirigente sindical”.⁷⁴⁶ Al ser rebasada la acción de la policía, intervino la Gendarmería, reforzada por la Policía Federal, y ante la ocupación de la ciudad por la población, finalmente actuaron los militares.⁷⁴⁷ El Segundo Cuerpo del Ejército se hizo cargo del gobierno de la ciudad, decretó 15 bandos relacionados con el orden, constituyó Consejos de Guerra para juzgar casos de robo, incendio, atentados contra medios de comunicación y de transporte, así como ataques contra personal militar o de seguridad, e implantó la pena de muerte, con el aval de Lanusse y la aparente renuencia de Onganía.⁷⁴⁸

De acuerdo con Balvé, a diferencia del Rosariazo, el 29 de mayo de 1969, durante el Cordobazo, la policía no pretendía impedir el paso de las columnas de manifestantes hacia el centro de la ciudad, sino resguardar un conjunto de edificios y lugares estratégicos; por ello, durante el avance de los contingentes sólo se produjeron escaramuzas, y los primeros enfrentamientos ocurrieron en pleno centro de la ciudad, donde la policía utilizó gases lacrimógenos y armas de fuego, antes de replegarse ante la intensidad del contraataque de trabajadores y estudiantes, entre el mediodía y las cinco de la tarde, cuando el Ejército anunció su intervención. Esa noche y la jornada siguiente, los enfrentamientos tuvieron otro

⁷⁴⁵ *id.*, p. 67

⁷⁴⁶ *id.*, p. 83

⁷⁴⁷ *id.*, p. 96

⁷⁴⁸ *id.*, p. 108

carácter, que examinaremos adelante, mientras los rebeldes defendían diversas posiciones estratégicas, como el Barrio de Clínicas, y los militares iban ocupando la ciudad.⁷⁴⁹

En las lógicas de la represión de los diferentes gobiernos, podemos apuntar que la acción policial se alternaba con medidas políticas y de propaganda, mediante las cuales las autoridades pretendían descalificar a los movimientos, quebrar las alianzas internas y alejar a los sectores que tendían a solidarizarse con ellos. Pero al mismo tiempo, las autoridades afinaban las tácticas militares que emplearían en la siguiente fase de los conflictos.

4.2 El diálogo como contención

La estrategia de las autoridades ante los movimientos incluyó intentos de encauzar las protestas mediante sus habituales mecanismos de cooptación y negociación con algunos representantes o sectores participantes. Autoridades locales recibían o convocaban a algunos representantes de los estudiantes, de preferencia de sectores adheridos o cercanos al oficialismo o al corporativismo en cada país, a quienes les proponían formar comisiones, estudiar las demandas, etcétera, con el fin de desactivar las movilizaciones en las calles y mantener a los demandantes a la espera de una solución que se tramitaría y demoraría en los canales burocráticos.

En paralelo, y mientras se ofrecía abrir pláticas, se utilizaba la prensa y la televisión para descalificar al movimiento, a fin de quitarle legitimidad. De acuerdo con autores como Taibo, Varela Petito o Balvé, los movimientos del 68 y 69 latinoamericanos lograron minar la credibilidad de los respectivos regímenes, si no ante la sociedad en su conjunto, sí ante “un

⁷⁴⁹ *id.*, pp. 173 a 177

grupo de intelectuales entre los que hasta el momento se sentía relativamente seguro: embajadores, profesores universitarios, periodistas, artistas”, incluidos en el concepto de “opinión pública”. Ante ello, las autoridades impulsaban las versiones oficiales en la prensa y otros medios, en los que usaban “métodos de guerra” y lo que la CIA definía como propaganda “gris”, “atribuida a las personas u organizaciones’ que no se relacionan directamente con el gobierno”, o “negra”, “que es ‘anónima, o se atribuye a una fuente que no existe”⁷⁵⁰, para señalar como responsables de la violencia a presuntos agitadores comunistas y subversivos. Se acusaba a los estudiantes de promover enfrentamientos, de utilizar demandas legítimas para provocar disturbios, de dejarse arrastrar por agitadores a acciones violentas. Los objetivos de esta “anarquía” irían desde impedir el progreso de la nación, estorbar la realización de sucesos como las Olimpiadas en México, hasta buscar el derrocamiento del gobierno; todo esto se englobaba en el término de subversión. Estos presuntos planes, de acuerdo con las versiones oficiales, eran promovidos por enemigos del país, generalmente desde el extranjero, y muy especialmente por los gobiernos de países comunistas. Cuando era demasiado numeroso el contingente de inconformes, y contaba con apoyo de sectores importantes, se le reconocía alguna legitimidad a las demandas, pero no a las formas, y se trataba de aislar a los sectores más radicales. Se pretendía dividir a los estudiantes entre los que se preocupaban sinceramente por problemas existentes, de quienes aprovechaban el descontento para provocar el caos.

Los casos en que se produjo alguna gestión fueron pocos, porque los estudiantes rechazaban desmovilizarse para concentrarse los canales oficiales, no aceptaban posponer ni reducir sus exigencias, y las ofertas de diálogo pronto quedaban desenmascaradas. Fue el

⁷⁵⁰ Pablo Tasso, “La historiografía oficial de 1968”, pp. 53 y 55, y citando al agente de la CIA Phillip Agee, p. 64

caso del llamado del intendente de Montevideo a los estudiantes que reclamaban el boleto estudiantil en mayo, o la entrevista del presidente Pacheco Areco con el rector Maggiolo, en Uruguay; o las ofertas de diálogo del Ministerio de Educación a los estudiantes brasileños en junio, y la reunión del presidente Costa e Silva con la comisión popular a finales de ese mismo mes; así como la oferta del regente de la ciudad de México a los estudiantes del IPN en agosto, y la oferta de la Secretaría de Gobernación para abrir el diálogo.

En esos casos, o se trataba de simular un diálogo con organizaciones que no eran representativas, como pretendió hacer el regente de la capital mexicana al negociar con la FNET; o se incumplían los compromisos, como hizo el intendente de Montevideo al retractarse de su promesa de reducir el costo del boleto estudiantil; o se proponía el encuentro pero no se concretaba, como ocurrió en México con la oferta de Gobernación al CNH; e incluso, la presunta oferta de diálogo era ocasión de mayor represión, como ocurrió cuando el Ministerio de Educación en Brasil convocó a los estudiantes para que los recibiera a golpes la policía, lo que desencadenó la violencia en las jornadas de junio en Río de Janeiro. Cuando se concretaba alguna conversación, solían ser motivo de amenazas encubiertas, como ocurrió con la Comisión Popular que se reunió con el presidente Costa e Silva en Brasil, o con los contactos entre el CNH y una representación presidencial a partir de octubre en México; o se tergiversaba el sentido de lo discutido, como sucedió en Uruguay tras la entrevista entre Pacheco y Maggiolo; o simplemente, no había ninguna posibilidad de acuerdo por el rechazo de las autoridades a cualquier petición estudiantil.

El único caso en que un gobernante recibió una comisión del movimiento ocurrió en Brasil, sin que el presidente Costa e Silva admitiera ninguna de las exigencias del

movimiento, aunque sostuvo: “ya dije repetidas veces que no tengo ningún tipo de prejuicio en relación con los jóvenes y los estudiantes y que estaba dispuesto a dialogar. La mayor prueba de esa decisión es que los recibí para esta charla”. El movimiento constituyó una Comisión Popular, formada por el escritor Hélio Pellegrino, el profesor José Américo, el sacerdote Joao Batista y los estudiantes Marcos Medeiros y Franklin Martins, del Directorio Central Estudiantil de Guanabara, así como por la representante de las madres de familia, Irene Papi, que no participó en la reunión. La comisión presentó al presidente las demandas de liberación de los estudiantes detenidos y la reapertura del Calabouço, sobre el cual consideraron que si había sido cerrado por decreto presidencial, otro decreto podía reabrirlo. Costa e Silva replicó que el cierre del lugar se debía a que “no era sólo un restaurante, sino un centro de adoctrinamiento político”, y que se había compensado el cierre con la entrega de bolsas de alimentos. Y sobre los presos, el gobernante sólo ofreció gestionar la liberación de quienes no hubieran sido consignados, pero no a quienes se les hubiera abierto proceso y hubieran sido entregados a la justicia militar. Otras peticiones de la Comisión, como el cese de la censura, ni siquiera fueron presentados. Como los estudiantes condicionaron la suspensión de las marchas en las calles a la liberación de todos los detenidos, como habían acordado exigir las asambleas estudiantiles, Costa e Silva retiró su planteamiento: “realicen la manifestación, pero no acepto imposiciones tomadas en torno a posiciones irrazonables. Los señores vinieron a la reunión con puntos de vista prefijados y no quieren dialogar”, arguyó. Por su parte, la comisión indicó: “el presidente no atendió ninguna de las reivindicaciones, mostrando la verdadera cara de su gobierno”. El único compromiso, cumplido por el gobierno, fue evitar la represión policial en la siguiente manifestación, la llamada *Passeata* de los Cincuenta Mil.⁷⁵¹

⁷⁵¹ “Há diálogo...”.

En Uruguay, hubo diálogo entre el intendente capitalino Herrera y la CESU el 16 de mayo, cuando el militar prometió mantener el boleto estudiantil sin aumentos, a cambio de lo cual la organización comenzó a levantar sus medidas de fuerza. Pero el día 28, el intendente declaró a la televisión que el boleto estudiantil tendría que ser aumentado. La falta a su palabra provocó una polémica entre los estudiantes e hizo perder prestigio a la CESU, al tiempo que agudizó las tomas de planteles. La intendencia suspendió el alza al transporte temporalmente, pero unas semanas después la reimplantó en el servicio al resto del público, y aprovechó las vacaciones de diciembre para imponer el aumento a los estudiantes.⁷⁵² Un segundo contacto fue mantenido entre el presidente Pacheco Areco y el rector Maggiolo, sin que hubiera tampoco ninguna respuesta a las demandas estudiantiles o universitarias.

En México, el gobierno del PRI intentó, a principios de agosto, abrir una negociación entre las autoridades del Distrito Federal y el IPN, en la cual, los estudiantes estarían representados por la FNET. La maniobra fue frenada por la advertencia de los alumnos de que desconocían de manera unánime a esa agrupación, y por los cinco profesores designados por el director Massieu, del IPN, quienes rechazaron el encargo “porque era 'un intento para dividir al estudiantado’”.⁷⁵³ Luego, el 22 de agosto, el secretario de Gobernación Luis Echeverría planteó “la mejor disposición” del gobierno de recibir “a los representantes de los maestros y estudiantes de la UNAM, del IPN y de otros centros educativos” para conocer sus demandas. El CNH respondió al día siguiente pidiendo que se fijaran “lugar, fecha y hora para iniciar las pláticas con la única condición de que sean públicas”.⁷⁵⁴ Ese mismo día,

⁷⁵² Álvaro Gascue, “Apuntes para una historia del Frente Estudiantil Revolucionario (FER)”, pp. 256 a 37; p. 30

⁷⁵³ González de Alba, *Los días...*, p. 81

⁷⁵⁴ *id.*, p. 82

Gobernación llamó por teléfono al CNH y a la Coalición de Maestros para aceptar el diálogo público, y en el organismo estudiantil se abrió un debate sobre si las llamadas se podían considerar públicas y por tanto se debía responder, o no. El día 26, el Consejo anunció la integración de seis comisiones, cada una encargada de fundamentar cada uno de los puntos del pliego petitorio. Tras la represión de la noche del 27 al 28 de agosto, los contactos quedaron interrumpidos.

Un nuevo intento por suplantar al CNH se produjo en septiembre, cuando el rector llamó a reanudar actividades y reaparecieron los porros, ahora en las preparatorias de la UNAM, donde los grupos de choque formaron el llamado Bloque de Preparatorias, que pretendía postular las mismas demandas que el CNH, pero “sin comunistas”.⁷⁵⁵ En cuanto al diálogo, también en septiembre, la Presidencia designó dos emisarios, Jorge de la Vega y Antonio Caso, con la supuesta misión de establecer las condiciones para el diálogo. La primera reunión oficial se realizó el 2 de octubre. Después de esa fecha, más que fijar condiciones para un diálogo, los comisionados presidenciales en realidad se dedicaron a transmitir las presiones del gobierno hacia el CNH, hasta amenazar con la clausura de la UNAM, el IPN y las instituciones que no levantaran la huelga para noviembre de 1968.

4.3 Las rebeliones estudiantiles como problema de seguridad nacional

Luego de la primera oleada represiva, del fortalecimiento de los movimientos y de las grandes movilizaciones, las autoridades reactivaron sus medidas de fuerza para enfrentar a los estudiantes rebeldes, pero con una diferencia significativa: la utilización del ejército, que abordó la cuestión como un problema de seguridad nacional. No se trató ya solamente de

⁷⁵⁵ *id.*, p. 66 y 67

restablecer la calma, sino de derrotar a un “enemigo interno”. Sin que tengamos documentación de los responsables de instrumentar esa política, podemos sin embargo observar diversos elementos que compusieron esa trama, que concluyó con las operaciones militares que pusieron fin a las rebeliones estudiantiles.

Cabe señalar que en todos los casos, las máximas autoridades de cada país anunciaron que se utilizaría la fuerza militar, aunque como eso ya estaba ocurriendo, parecía ser una amenaza más. Ese es el sentido de las prohibiciones que emitió el Consejo de Seguridad Nacional brasileño a principios de julio de 1968, tras la *Passeata* de los Cincuenta Mil, para prohibir nuevas manifestaciones de este tipo; del informe presidencial de Díaz Ordaz en México, el primero de septiembre, y el mensaje de Pacheco Areco en Uruguay un día después; y del pedido del gobernador Caballero a la intervención del ejército en Córdoba, el 29 de mayo de 1969.

Un siguiente elemento era el despliegue continuo y cotidiano de los militares en las calles, junto con la policía, en labores de patrullaje intensivo, y que en particular tenían un carácter amenazante para las escuelas y edificios universitarios, como denunciaba el rector uruguayo Maggiolo.⁷⁵⁶ Las tropas usaban vehículos blindados, incluso tanques, y con armamento a la vista, a veces con armas pesadas e incluso piezas de artillería, con lo que se buscaba impedir que los estudiantes se reunieran o realizaran acciones de propaganda, así

⁷⁵⁶ El rector Maggiolo expuso al CDU en julio: “Debo decir que frente a este edificio están pasando continuamente patrulleros, y podría afirmar que hay uno que lo hace en forma permanente [...] Creo que en la Facultad de Arquitectura pasa algo similar”, AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 8 de julio de 1968, Acta N° 32, fojas 874 a 880.

como intimidar a la población. Los militares utilizaban para sus comunicaciones los entonces novedosos transmisores-receptores de campaña o *walkie-talkie*.⁷⁵⁷

Otra de las acciones que observamos es el acoso contra escuelas y planteles educativos, mediante tiroteos y otro tipo de ataques, muchas veces nocturnos y desde vehículos en marcha, sin que se investigara ni identificara a los autores; así como la presencia de porros, grupos de choque y paramilitares en acciones contra los estudiantes que mantenían las guardias o se agrupaban en las actividades de las escuelas, con el fin de intimidarlos y reducir los contingentes que se mantenían en los planteles. En México, a principios de septiembre fueron atacadas la Vocacional 7, la preparatoria 4 de Tacubaya y el Colegio de México. El CNH hacía un balance de “7 escuelas y 31 estudiantes balaceados, 47 estudiantes detenidos y varios maestros golpeados en los últimos días”.⁷⁵⁸

La estrategia contra las rebeliones estudiantiles también incluyó incursiones, allanamientos y ocupaciones militares en las escuelas, como ocurrió con frecuencia en distintas facultades y edificios en Montevideo;⁷⁵⁹ el arresto masivo de los asistentes a la Universidad de Río de Janeiro, donde las tropas irrumpieron con bayoneta calada;⁷⁶⁰ y el asalto la Universidad de Brasilia; y en la Ciudad Universitaria y el Casco de Santo Tomás, en

⁷⁵⁷ Gabeira en Caso, *op. cit.*, p. 50; y González de Alba sobre el uso de esos aparatos en Tlatelolco, *Los días...*

⁷⁵⁸ *Gran Mitin informativo y de protesta*, volante del Consejo Nacional de Huelga, septiembre de 1968, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 316, Documento 49. Durante la ocupación del Casco de Santo Tomás, relataba González de Alba, “desde la Escuela de Medicina los agentes y policías ametrallaron el Hospital Rubén Leñero”, y “empezaron a usar las ambulancias para acercarse a las escuelas y disparar”, *Los días...*, p. 146 y 147

⁷⁵⁹ *Marcha* describía un allanamiento en Bellas Artes, para el cual, las autoridades realizaron “un espectacular despliegue de [...] ómnibus y camiones policiales, autos rebosantes de agentes de Investigaciones, armamento moderno, walkie-talkie”, porque “tenían noticia de que en los siniestros sótanos de la Escuela Nacional de Bellas Artes, dependiente de la Universidad, los agitadores foráneos recientemente puestos en evidencia almacenaban ‘bombas incendiarias’ y otros artefactos terroristas”. “Un inútil show policial”, *Marcha*, Montevideo, 14 de junio de 1968

⁷⁶⁰ Martins, *op. cit.*, p. 177, agrega que los estudiantes detenidos en el campo de fútbol de Botafogo fueron apaleados y colocados durante horas sentados en el piso, con las manos en la cabeza

el Distrito Federal. En el primer caso, era una de las formas de acoso contra los estudiantes; en el segundo, la intimidación y la detención de dirigentes. En México, la intención era quitar a los estudiantes sus principales espacios de actividad y reunión, y aunque esto fue cumplido, tuvo el efecto de dispersar y fragmentar los lugares desde donde se organizaba la acción, sin que se pudiera evitar sin embargo que las brigadas continuaran actuando en las calles.

Conforme se agudizaba la represión, en distintos países los estudiantes intentaban disuadir a soldados y policías de participar en las acciones contra el movimiento. En México, hubo mensajes como éste: “tú, como el obrero, el campesino y el estudiante formas el pueblo de México”.⁷⁶¹ De igual manera, la juventud comunista argentina difundió en mayo de 1969, luego del Rosariazo y una semana antes del Cordobazo, una Carta a los soldados, que instaba a los militares a “evitar, junto con tus compañeros, ser utilizado para reprimir al pueblo. Negarse a combatir contra obreros, campesinos, estudiantes”, y terminaba llamando: “¡Insubordinación y valor! ¡Para defender a la Patria!”.⁷⁶² A pesar de las intenciones de estos llamados, no contamos con elementos para valorar si tuvieron alguna influencia en la actuación de los militares.

Por último, las operaciones militares decisivas fueron diversas, de acuerdo con las condiciones existentes en cada país. En Uruguay tuvo dos momentos: el ataque del 20 de septiembre contra el edificio central de la Universidad, en donde murieron Susana Pintos y Hugo de los Santos, seguida unos días después por la clausura de las escuelas durante un

⁷⁶¹ *Hermano soldado, Hermano policía*, volante del Consejo Nacional de Huelga, s.f., AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 316, Documento 46

⁷⁶² “Carta a los soldados”, citada por Aníbal Córdoba, *op. cit.*, p. 16

mes, con cerco y vigilancia militar, lo que impedía acercarse y movilizarse en los alrededores. En México, se trató del ataque que culminó en la matanza de Tlatelolco, junto con la detención de la dirigencia del CNH que participaba en el mitin, junto con centenares de personas más. En los meses siguientes continuaron este tipo de agresiones mortales, como el asesinato del brigadista Luis González Sánchez, que pintaba consignas en un muro.⁷⁶³ En Brasil, con la detención de centenares de delegados de la UNE en su congreso clandestino de Ibiúna, y la represión a las marchas de protesta que continuaron en octubre, para culminar con un endurecimiento generalizado de la situación política. En vísperas de que se impusiera el AI-5 en diciembre, “las tácticas gubernamentales asumieron un nítido carácter antiinsurreccional. En una manifestación universitaria en la Plaza Once, en el centro de Río de Janeiro, las piedras de los estudiantes fueron respondidas con tiros de ametralladora”, relata Martins.⁷⁶⁴ Y en Argentina, con la ocupación de la ciudad de Córdoba, que requirió dos días de allanamientos y detenciones, que también incluyeron a los dirigentes de los sindicatos y algunos militantes estudiantiles.

Las autoridades presentaron estas acciones como medidas necesarias para frenar la presunta conspiración subversiva que estaba en marcha; como señalamos en el apartado 3.5, hubo montajes que acusaban a los estudiantes de estar armados; de preparar explosivos, como se pretendió en Uruguay en un allanamiento en septiembre a Bellas Artes, con el “hallazgo” de las cápsulas de gases lacrimógenos disparadas por los propios agentes, botellas vacías que, se aseguraba, serían usadas para fabricar molotovs, ácidos y materiales inflamables.⁷⁶⁵ Se les acusaba también de matar policías o militares, en casos en que en

⁷⁶³ Volante del CNH, AHUNAM, MEM, 58/316/110

⁷⁶⁴ Martins, *op. cit.*, p. 180

⁷⁶⁵ París de Oddone, *La Universidad...*, p. 119. La Universidad, en su Gaceta, precisaba que lo que el Ministerio de Cultura describía como “explosivos de alta peligrosidad” y un “hospital de campaña”, eran “cohetes de

realidad estaban implicados grupos paramilitares, como el CCC de Brasil, en los asesinatos del capitán estadounidense Chandler y el mayor del ejército alemán Maximilien von Westterhagen, para culpar a la izquierda.⁷⁶⁶ Se les acusaba, en fin, de planificar atentados o acciones guerrilleras. En estos casos, se utilizó la tortura y el chantaje para obtener “confesiones” o declaraciones incriminatorias: entre numerosas denuncias, podemos citar el caso de un integrante del Comité de Movilización en Bellas Artes en Uruguay, Marcelino Guerra; en México, antes de las detenciones masivas del 2 de octubre, se denunció la tortura y fusilamiento simulado de un integrante del CNH, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca.⁷⁶⁷ se recurrió a informes de los agentes infiltrados en el movimiento, la prensa y a los tribunales para culpabilizar a los estudiantes por la violencia: por ejemplo, en México, los tribunales mexicanos condenaron a decenas de detenidos por seguir un “‘Plan Subversivo de Proyección Internacional’, elaborado en el extranjero” durante la Primera Conferencia de la OLAS de agosto de 1967 y puesto en marcha por “dirigentes o miembros de las organizaciones políticas” PCM, JCM, CNED, MLN, UNER, POR, LCE, Comités de Lucha, CNH, Coalición de Maestros, y utilizó como pruebas documentos de esas organizaciones, así como informes de agentes policiales encubiertos.⁷⁶⁸ Además de impedir su movilización, las autoridades buscaban deslegitimar el movimiento y escarmentar a los estudiantes que quedaban en libertad, para convertir el sofocamiento militar en una derrota política.

artificio” y “dos mesas de escritorios acondicionadas de una manera particular, así como la existencia de alcohol, algodón, suero y sueros antitetánicos, Commel y Aspirina”. “Nuestro hospital de campaña”

⁷⁶⁶ Selser señalaba la implicación del paramilitar CCC también en el secuestro del destituido exembajador brasileño Jaime de Azevedo Rodrigues. Al ser detenidos algunos de sus integrantes, “se comprobó que pertenecían a un grupo de extrema derecha que utilizaba las perfeccionadas técnicas de comando para operar como organización paramilitar, con pertrechos de guerra, abundante provisión de dinamita [...] y una actuación disciplinada hasta en los menores detalles”. Selser, “La ‘mano blanca’...”

⁷⁶⁷ El caso de Guerra, en AGU, Actas del CDU, Sesión del Consejo Directivo Central, 26 de junio de 1968, Acta N° 28, fojas 827 a 832; el de Cabeza de Vaca, en González de Alba, *Los días...*

⁷⁶⁸ Comité 68 Pro Libertades Democráticas, *Los procesos de México 68. La criminalización de las víctimas*, p. 36

Junto con estas operaciones, hubo otros preparativos para la represión que fueron denunciados en su momento. Los militares brasileños comenzaron a preparar desde fechas muy tempranas sus operaciones para sofocar al movimiento estudiantil, pero no contaron con el aval del presidente Costa e Silva. Los planes incluían la imposición del estado de emergencia, el despliegue de tropas en Río de Janeiro y contemplaban el uso de comandos especializados de paracaidistas para secuestrar y asesinar a los dirigentes del movimiento.

Esta operación, diseñada por la Aeronáutica, preveía el asesinato de los líderes estudiantiles durante las manifestaciones, y para ello preveía utilizar al Parasar, un cuerpo de élite formado por 153 efectivos, creado en realidad para operaciones de rescate, dependiente del Directorio de Rutas Aéreas, con cuartel en la Escuela de Aeronáutica de Campo dos Afonsos, por lo que fue conocida como Plan Parasar.⁷⁶⁹ El plan fue revelado por el diputado Maurilio Ferreira Lima el 2 de octubre, con base en informes de los propios paracaidistas, entrenados para labores de rescate y salvamento, que se negaron a participar en el plan.⁷⁷⁰ De acuerdo con otro legislador, el diputado Hélio Navarro, los mandos de la Aeronáutica tenían dos listas de políticos “dignos de ser tenidos en cuenta [...] una de los considerados 'recuperables' y otra de 'definitivamente irrecuperables’”.⁷⁷¹ De acuerdo con las investigaciones, desde abril fueron convocados los paracaidistas para actuar vestidos de civil, armados y sin identificación, en la represión, pero tres capitanes se rehusaron y fueron castigados. El 14 de junio fueron convocados otra vez, y se les dijo que su tarea podía incluir “la eliminación física o la desaparición de los elementos considerados inconvenientes a nivel

⁷⁶⁹ Martins, *op.cit.*, p. 179

⁷⁷⁰ Selser, “La 'mano blanca'...”

⁷⁷¹ Gregorio Selser, “La ultraderecha brasileña. El caso Para-Sar”, *Marcha*, Montevideo, 22 de noviembre de 1968

político o militar”. Las denuncias fueron tachadas de falsas y desestimadas por el Ministerio de la Aeronáutica, y uno de los denunciantes fue sometido a sumario.⁷⁷²

Otro aspecto del diseño de las operaciones represivas fue la habilitación de espacios para mantener encerrada a la gran cantidad de estudiantes que eran detenidos. En ocasiones, con varias semanas de anticipación, las autoridades desocuparon determinadas alas de las prisiones, utilizaron instalaciones militares. En casos transitorios, usaron el estadio de Botafogo en Brasil, aunque la mayoría de los dirigentes de la UNE detenidos en Ibiúna en octubre fueron enviados al Presidio Tiradentes en Sao Paulo. En Uruguay, contamos con documentación que revela el uso como prisiones de la antigua escuela de enfermeras “Doctor Carlos Nery” y los buques Villa de Soriano y Carrasco, y la disposición de enviar a los estudiantes detenidos a la Cárcel de Mujeres, la Cárcel Central de la Jefatura de Policía de Montevideo, la Dirección Nacional de Información e Inteligencia, el Centro General de Instrucción de Oficiales de Reserva; los sindicalistas militarizados por las MSP eran trasladados a la Isla de Flores, el Grupo de Artillería N°5, el Grupo de Artillería N°1, el Regimiento de Caballería N°9, y el Penal de Punta de Rieles.⁷⁷³ En México, los detenidos eran trasladados habitualmente a la Jefatura de Policía y a la cárcel de Lecumberri. Los estudiantes presos en Tlatelolco fueron enviados además al Campo Militar N°1, a Santa Martha Acatitla, las procuradurías y a celdas de la DFS.⁷⁷⁴ En Argentina, los detenidos del Cordobazo fueron confinados a prisiones en otras provincias, como la cárcel de Rawson, en Chubut, al que fue enviado Agustin Tosco.

⁷⁷² *id*

⁷⁷³ “Enseñanza y cárceles”. Boletín informativo de la Gaceta de la Universidad, Edición especial, Octubre de 1968, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, y *Huellas de la represión. Identificación de Centros de detención del autoritarismo y la dictadura (1968-1985)*

⁷⁷⁴ CNH, sin fecha, Documento de Balance, “Tlatelolco: 2 de octubre”, AHUNAM, MEM, Ramo CE1968, Subramo Volantes, Caja 58, Expediente 316, Documento 102

La cantidad de personas que murieron debido a la represión se conoce con certeza en Uruguay, se trató de tres estudiantes: Líber Arce, Susana Pintos y Hugo de los Santos. En el resto de los países, existen sólo estimaciones. En Brasil, la mayor cantidad de víctimas se produjo el *viernes sangriento*, jornada en la que Martins calculaba la muerte de 28 personas, en su mayoría trabajadores y habitantes del centro de la ciudad; en México, Taibo II indicaba que sólo en Tlatelolco, se lograron identificar entre 40 y 50 muertos,⁷⁷⁵ aunque como hemos citado antes, Eduardo Valle llegó a enlistar 89 nombres durante todo el movimiento. En el Cordobazo tampoco se contaba con una cifra precisa, aunque las autoridades reportaban 16 muertos, y el dirigente sindical Tosco hablaba de “decenas de muertos, cientos de heridos”.⁷⁷⁶

La intervención militar, bajo estado de excepción o como violación flagrante de la Constitución y de la legalidad; el trato a los estudiantes como enemigos, traidores a la patria o delincuentes subversivos; operaciones propias de la contrainsurgencia aplicadas a un sector de la población civil, cuya amenaza al orden era la exigencia de restablecer los derechos políticos constitucionales; tal fue el desenlace que las autoridades gubernamentales decidieron para uno de los momentos más intensos de movilización social en las ciudades latinoamericanas del siglo XX.

⁷⁷⁵ Taibo apuntaba que la “comisión de la verdad” creada por exintegrantes del movimiento en el 25 aniversario, “recogimos los testimonios de dos familias que nos contaron cómo fueron al Ministerio Público para preguntar por sus hijos y los amenazaban de muerte [...] si los muertos hubieran sido miembros del movimiento, de alguna manera las escuelas los hubieran reconocido. Pero si fueron como en muchos casos gente sin ningún nexo orgánico, sin pertenecer a alguna organización, es muy difícil encontrar alguna línea de identificación [...] Serán entonces no más que 40 o 50 muertos, pero eso sí, centenares de heridos que fueron curados clandestinamente, por lo tanto no hay registro. Y por supuesto millares de detenidos, todos ellos vejados y torturados”. Entrevista de Anne Huffschmid a Paco Ignacio Taibo II, 1968. *Dossier. El Movimiento político y estudiantil de 1968: Experiencias en México*, p. 26

⁷⁷⁶ Tosco, *Carta sobre el cordobazo...*

Esas represiones marcaron pautas para los conflictos sociales de los años siguientes en cada uno de estos países. El final de 1968 representó en Brasil el inicio de la etapa más brutal de la represión bajo la dictadura, y la puesta en marcha efectiva de planes de secuestros y asesinatos políticos como los que había delineado la Aeronáutica. En Uruguay, 1968 fue el inicio de la etapa conocida como “el autoritarismo”, pero también de la efervescencia de la lucha guerrillera del MLN Tupamaros y otras luchas sociales, cuyo desenlace fue el golpe militar de 1973. Los estudiantes mexicanos demorarían tres años en volver a intentar manifestarse, para encontrarse con otra matanza el 10 de junio de 1971, y durante los dos sexenios siguientes, la “guerra sucia” contra la guerrilla dejaría centenares de muertos y desaparecidos en zonas rurales como Guerrero; pero al mismo tiempo, las autoridades gubernamentales reducirían las presiones al ampliar la participación política partidaria, mediante la apertura democrática, amnistías y reforma política. En Argentina, el Cordobazo también marcó el inicio de un periodo de intensas luchas y organización, que llevaría a la caída de la dictadura y el retorno de Perón en los años siguientes.

La experiencia de 1968 y 1969 alimentaría a las organizaciones y luchas sociales de los años siguientes, la cultura y la academia, pero las dictaduras y la guerra sucia de la década siguiente exterminarían también a muchos de sus protagonistas. Esas experiencias se han transformado en una memoria que se desdibuja al paso de los años. Esta investigación es una propuesta para que esa memoria sirva para mirarnos en esos jóvenes que hace casi 50 años apostaron por una transformación revolucionaria de su sociedad y su tiempo.

CONCLUSIONES

La exposición sobre las revueltas de 1968 que hemos abordado nos permiten plantear algunas conclusiones, a partir de la descripción sobre el surgimiento de estas protestas, la conformación de alianzas sociales, la elaboración de sus demandas y sus acciones, que le dieron identidad a estos sujetos como “movimiento estudiantil”, así como del esbozo de las respuestas gubernamentales, para comprender los acontecimientos como conflictos, en los cuales, además de las demandas explícitas, centradas en el cese de la represión, se expresaban otras confrontaciones, lo que se puede describir como las causas subyacentes del descontento social.

Hemos situado a las rebeliones latinoamericanas de 1968 en varias escalas espaciales y temporales. La primera, una escala mundial en la que se expresaba el descontento de las generaciones que crecieron después de la Segunda Guerra Mundial con el orden de la Guerra Fría derivado de ese conflicto, impugnaban los paradigmas vigentes en la producción y la representación política, basados en la enajenación de los trabajadores y de la ciudadanía, tanto en las sociedades capitalistas, como en los modelos que postulaban el comunismo, el socialismo o diversos nacionalismos. La segunda es una escala regional, en una América Latina bajo la influencia estadounidense, perturbada por la Revolución cubana, y que por la efervescencia social, se volvía campo para políticas contrainsurgentes y doctrinas militares de la Guerra Fría, denominadas de Seguridad Nacional, orientadas a identificar y combatir a “enemigos internos” de carácter subversivo, entre los que se incluían a los opositores políticos y a los movimientos sociales.

En América Latina, las rebeliones del 68 se produjeron tras un periodo de crecimiento de las clases medias, de un auge en la urbanización y de un incremento en el acceso a la educación superior. Como apunta Francisco Delich en el caso de Argentina, de ninguna manera 1968 y 1969 fueron “una revuelta de hambreados”, causada por penurias económicas o por alguna crisis. La región ocupaba un papel de exportadores de materia prima, aunque a mediados del siglo XX experimentaron un proceso de industrialización interna, con intervención y fomento del Estado, para atender un creciente mercado interno. Como señala Marini, estaba en marcha un proceso de transformaciones en el proceso de acumulación capitalista dependiente, junto con el cual, los sectores del gran capital financiero y la burguesía ligada al sector exportador y al capital foráneo pretendían asumir de manera más directa los mecanismos de decisión política de sus Estados. Esta pretensión llevó a eliminar las formas de consenso y negociación utilizadas por el populismo, en detrimento de las clases trabajadoras, y a limitar los derechos constitucionales, electorales y partidistas, las formas de actuación política de las clases medias. Los cambios en el modelo económico rebasan los alcances de esta investigación, pero podemos señalar que, además de los autores citados, el economista Juan Arancibia sitúa a los movimientos de 1968 en un momento de crisis estructural del patrón de acumulación del capitalismo desarrollado, que tendría su primera manifestación global en la devaluación del dólar en 1969. Las revueltas de 1968 anticiparían el final de un ciclo, caracterizado por “un proceso de lucha y organización de vastos sectores sociales. La derrota de las rebeliones sociales de 1968 y 1969 implicó que en vez de modelos alternativos, como apostaban los sectores movilizados, las élites reforzadas dieran inicio a una nueva fase capitalista y a un nuevo patrón de acumulación,

que permitiría que los poderes hegemónicos modificaran las condiciones para seguir ejerciendo su dominio.⁷⁷⁷

La tercera escala que consideramos en nuestra investigación es la escala nacional. Tomamos en cuenta las particularidades de los Estados y de las universidades en Brasil, Uruguay, México y Argentina, los cuatro países que analizamos. En Brasil y Argentina, las clases dominantes habían recurrido al Ejército y a la anulación de las formas institucionales de participación política mediante el golpe de Estado y la instauración de regímenes que gobernaban por decreto. En Uruguay, la presidencia utilizaba mecanismos extraordinarios como medios habituales de gobierno, sin salirse formalmente de la legalidad, pero acatarla tampoco. En México, el control corporativo que mantenía el partido oficial sobre obreros y campesinos, y el régimen presidencialista vigente, hacían innecesario adoptar medidas similares a las de los otros países, y las autoridades podían focalizar la represión en determinados sectores sin generalizar ese uso de la fuerza.

Por su parte, las universidades latinoamericanas se mantenían como espacios de discusión, organización y actividad para un sector de la clase media ilustrada: los estudiantes, con regímenes internos que incluían diversos grados de autonomía, de participación estudiantil en los órganos directivos, y la libertad de cátedra. Hacia la mitad del siglo, tuvieron un importante crecimiento de matrículas, y sus planes y programas de estudios que permitían la producción de conocimiento crítico. Los regímenes autoritarios pretendieron limitar esos espacios, adoptaron medidas para restringir el acceso a la educación superior y para reorientar los planes y programas de estudio, lo que ponía freno a

⁷⁷⁷Juan Arancibia Córdova, "Crisis y desigualdad en América Latina", en *Capital, crisis y desigualdad en América Latina, Colección Estudios Latinoamericanos en la UNAM, Tomo 3*, México, UNAM, 2010, pp. 35 a 60

las aspiraciones de movilidad y ascenso social pregonadas y valoradas en estas sociedades, y convertía a la educación en una mera capacitación para utilizar tecnología importada.

Los movimientos de 1968 surgieron como respuesta a agresiones policiales que irrumpieron en espacios universitarios o estudiantiles, para reprimir protestas localizadas, pero cuya brutalidad -al invadir escuelas en horas de clase, utilizar armas de fuego y dejar estudiantes heridos o muertos- provocó acciones de resistencia. En torno a estos actos se agruparon diversos sectores de estudiantes y profesores, y en México y Uruguay, las propias autoridades universitarias; la diferencia con Brasil y Argentina es que en esos países, las instituciones académicas habían sido intervenidas por los gobiernos golpistas. Algunos de estos sectores planteaban mantener el conflicto en el marco institucional, como universitarios, en defensa de su régimen interno. Otros, que constituían una mayoría, planteaban la lucha en términos de un movimiento que incluyera a los alumnos de toda una diversidad de instituciones educativas, frente a las autoridades gubernamentales, para obtener la satisfacción de sus pliegos de demandas. Los sectores vinculados con organizaciones políticas o sociales consideraban que el movimiento debía tender alianzas con otros sectores sociales, de las clases medias o de los trabajadores, para presentar luchas más amplias, por la democratización de la sociedad, o con miras a un cambio revolucionario. En las filas del movimiento, las mujeres, que tenían una presencia creciente en la educación superior, enarbolaron sus propios cuestionamientos a su situación dentro de la sociedad, en la familia, en las relaciones de pareja y en el propio movimiento.

Las demandas iniciales, y las que formalmente sostuvieron los estudiantes durante sus movimientos, se enfocaban en el cese de la represión. Al no obtener respuesta

satisfactoria de las autoridades, los sectores movilizados ocuparon distintos espacios escolares para organizarse, y las calles para exponer sus demandas, lo cual les exigió organizarse para hacer frente a las restricciones y prohibiciones dispuestas por las autoridades.

Los contingentes estudiantiles, organizados en asambleas, comités, consejos, brigadas y piquetes, bajo la dirección de sus organizaciones representativas, se constituyeron en sujetos políticos capaces de sostener acciones colectivas con huelgas, ocupaciones y planes de lucha con plazos amplios. En esas instancias participaban sectores diversos: algunos estaban interesados en el restablecimiento de los derechos constitucionales que el autoritarismo vulneraba; otros pretendían restablecer y ampliar el ejercicio de los derechos sociales y políticos; algunos sectores de izquierda radical consideraban que el Estado era incapaz de satisfacer esas demandas, que el movimiento había creado condiciones para exigir más, y postulaban la lucha por esos derechos como una plataforma para iniciar una transformación revolucionaria de la sociedad.

La acción y las demandas de estos sujetos políticos se caracterizaron por su desobediencia ante las maneras de ejercer la autoridad, pero también por impugnar las formas de distribución de la riqueza social, e incluso la división del trabajo vigente. Esas desobediencias incluyeron el uso de formas defensivas de violencia para resistir a las acciones represivas, y se convirtieron por momentos en verdaderas rebeliones. También se caracterizaron por su presencia intensiva en las calles, mediante acciones destinadas a politizar todos los espacios urbanos accesibles y durante el mayor tiempo posible, se

transformaron en movimientos sociales capaces de sostener sus acciones colectivas de protesta durante semanas e incluso meses.

Con su presencia en las calles, y también por influencia de los grupos políticos, los estudiantes trabaron conocimiento y en algunos casos contacto con otros sectores, cuyas luchas resultaban significativas para los estudiantes: movilizaciones campesinas y sindicales, la labor de grupos cristianos entre los pobres, el creciente vínculo entre artistas e intelectuales con la política, e incluso el debate sobre proyectos de lucha armada que estaban en marcha. En Argentina y Uruguay existían organizaciones sindicales independientes fuertes, con proyectos de transformación política y que sostenían acciones de protesta y resistencia, que fueron aliados protagónicos de los movimientos estudiantiles, mientras que en México y Brasil, el rompimiento de los controles corporativos sobre los sindicatos era un objetivo estratégico que no se alcanzó. En Argentina y Brasil, los estudiantes contaron también con el respaldo de religiosos del emergente movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo o por la liberación. En México, los apoyos principales provinieron de sectores de las clases medias profesionistas. En todos los países hubo grupos de intelectuales, en algunos casos muy prestigiosos, que se pronunciaron y se involucraron en los movimientos. De igual manera, en todos los países, los estudiantes encontraron apoyo entre los pobladores de los barrios y los centros de trabajo vecinos a sus escuelas, y muy especialmente de jóvenes que, sin ser estudiantes, se identificaban con las formas de acción de los movimientos. En esta relación, los estudiantes asimilaron que a esos sectores externos a los ámbitos estudiantiles y universitarios se les daba un trato represivo similar, por lo que algunos sectores tendieron a identificarse y a buscar vínculos con ellos, a veces en una relación horizontal y en otras con una actitud paternalista o vanguardista.

Las autoridades, en un primer momento, intentaron suprimir las protestas mediante la fuerza policial, tratando el descontento estudiantil como un problema de orden público, con la intención de contener los disturbios y obligar a los estudiantes a retornar a clases. Debido a la respuesta de los sectores más beligerantes, la ocupación de espacios escolares y en las calles, la resistencia sostenida contra la policía, así como al respaldo institucional y de importantes sectores de la opinión pública que condenaron la represión, este primer embate cedió, aunque no las labores de vigilancia y de espionaje en las filas del movimiento.

En un segundo momento, las autoridades pretendieron romper las alianzas entre los sectores movilizados mediante la cooptación de algunos, el aislamiento de otros, la infiltración de provocadores y ofertas de diálogo que permitieran una pausa en las movilizaciones. La cohesión interna en el movimiento y el respaldo de una parte importante de la opinión pública impidió que estas maniobras prosperaran. La imposibilidad de las autoridades de fracturar al movimiento o de encauzarlo y empantanarlo mediante sus engañosas ofertas de diálogo, así como la urgencia de restablecer el orden y el control sobre los espacios urbanos y de impedir la propagación del descontento y la aparición de nuevas demandas, llevaron a formular el conflicto en términos militares, como un problema de seguridad nacional, y a tratar a los estudiantes como “enemigo interno”. En las ciudades latinoamericanas afectadas por las movilizaciones, se volvió cotidiana la presencia de patrullas militares, con armamento pesado, y la persecución de las brigadas y piquetes estudiantiles que realizaban propaganda; se prohibieron o se obstaculizaron las grandes movilizaciones, se ocuparon o sitiaron los centros educativos. Estas acciones no sólo impidieron al movimiento continuar su expansión y mantener su presencia en las calles, sino

que le quitaron sus centros de operaciones e impidieron que se mantuviera la organización colectiva basada en las asambleas. A partir de ese momento, la imposibilidad de mantener la discusión y la toma de decisiones conjuntas implicó la ruptura de las alianzas, y llevó a que cada sector, incluso muchas veces a nivel de cada núcleo de activistas, realizara sus acciones por iniciativa propia, desconectados del resto del movimiento. A pesar de ello, ante la persistencia de las acciones estudiantiles, las autoridades de cada país optaron por emprender operaciones militares que pusieran fin a los movimientos. En Brasil, aunque no se concretaran, se llegó a la planificación de operaciones de secuestro y asesinato de los dirigentes estudiantiles. Las acciones militares, que en México incluyeron el ataque armado contra una concentración civil desarmada en Tlatelolco, en Brasil la captura de los dirigentes y en Argentina la ocupación de la ciudad de Córdoba, representaron una escalada sin precedentes en la represión contra la población civil en la región.

Si bien es cierto que entre los estudiantes había núcleos que simpatizaban con la lucha armada, en un contexto de luchas guerrilleras en el continente y ante el prestigio de la Revolución cubana, la violencia que ejercieron los estudiantes fue fundamentalmente desarmada, de resistencia, ejercida por pequeños grupos, y circunscrita a la defensa de las movilizaciones y de algunos planteles. A nivel de asambleas y de organizaciones representativas, las iniciativas y propuestas de algunos sectores para organizar grupos de choque, incluso armados, eran vistas con suspicacia, se les consideraba actos de provocación y eran rechazadas, aunque algunos núcleos tomaran medidas en esa dirección por su cuenta. Si se considera la capacidad ofensiva de los estudiantes, la acción militar resultaba desproporcionada, y debe comprenderse como una medida política de escarmiento; se trataba de acabar con un movimiento social que no cedía ante los intentos

por dividirlo o cooptarlo, y que pretendía extenderse a otras capas de la sociedad. Para justificar la aplicación de medidas de excepción para el aplastamiento de estos movimientos, se les presentó como intentos de desestabilización del orden, como parte de planes subversivos internacionales, e incluso como preparativos para ofensivas guerrilleras; sin embargo, el riesgo de los movimientos estudiantiles no consistía en su capacidad bélica de poner en riesgo la seguridad del Estado, sino en la capacidad política que demostró durante sus meses de existencia.

Con estos elementos, nuestra caracterización del 68 latinoamericano es la siguiente:

-Se trató de *movimientos sociales* protagonizados por sectores de clase media, aglutinados en la resistencia contra acciones policiales de Estados que habían abandonado las formas de consenso propias del populismo, y restringían las formas de participación de las democracias representativas. Las demandas formales se centraron en el cese de la represión, lo que suponía el respeto o restablecimiento de derechos ciudadanos constitucionales.

-Ante la persistencia de la represión, estos movimientos sociales emprendieron *acciones colectivas* de largo plazo, mediante huelgas, ocupaciones y planes de lucha, en torno a las cuales se nuclearon las asambleas, como formas de organización de democracia directa de los estudiantes, y otros organismos de lucha que canalizaban la acción de los sectores más militantes y activistas: comités, brigadas, piquetes y células.

-La persistencia de la represión y de las movilizaciones provocaron enfrentamientos que en algunos casos involucraron a otros sectores de la población, en áreas urbanas extensas, con características de verdaderas, aunque transitorias, *rebeliones*.

-Se trató de conflictos de los Estados con sectores de las clases medias, en alianza con otros grupos sociales, que si bien no representaban una amenaza en términos militares, quedaban englobados en las doctrinas contrainsurgentes vigentes, como casos de subversión, por lo cual las autoridades gubernamentales los enfrentaron como “enemigos internos”.

Paradójicamente, la represión a esos movimientos llevó a algunos sectores de la izquierda, estudiantiles o no, a la convicción de que los medios de lucha pacíficos estaban cancelados y debía recurrirse a la lucha armada. Hubo otros sectores que prosiguieron en el intento de movilizar a la clase trabajadora. Entre los sectores institucionalizantes, se apostó por la reorganización de partidos políticos y la actividad parlamentaria. La universidad misma y otros ámbitos educativos fueron, por supuesto, uno de los lugares privilegiados para mantener la actividad y llevar adelante proyectos surgidos entre los activistas y militantes de 1968. A pesar de la represión, las universidades se mantuvieron y se consolidaron no sólo como un centro de organización política de la izquierda, sino como un lugar donde se elaboraba conocimiento crítico y se emprendieron experiencias de vinculación entre la generación de este conocimiento y sus aplicaciones sociales, en campos como la medicina social o la enseñanza y el trabajo de arquitectos comprometidos con pobladores. Sin la representatividad que alcanzaron en 1968, y a veces fraccionados por la rivalidad entre tendencias políticas, en muchas escuelas y facultades se mantuvo sin embargo la actividad de asambleas, comités y organizaciones estudiantiles. Además, los espacios universitarios quedaron vedados por algunos años a las autoridades gubernamentales, cuya presencia se volvió motivo de protestas, actos de repudio y boicot.

En Brasil, el Acto Institucional N°5 de diciembre de 1968, que llevó la dictadura a su apogeo, implicó el recrudecimiento de la represión y obligó a los movimientos sociales y estudiantiles a replegarse. En Uruguay, los conflictos políticos y sociales se agudizaron en los años siguientes, hasta que el golpe de 1973 y la intervención militar en la universidad modificaron drásticamente la situación. En Argentina, después del Cordobazo, los conflictos sociales y la represión se agudizaron, lo que incluyó a las universidades, hasta que en 1973 los militares decidieron retirarse del gobierno y llamar a elecciones, en las que ganó el peronismo, pero en poco tiempo, los conflictos sociales y políticos cobraron tal fuerza, que se produjo un nuevo golpe militar en 1976, uno de los más sangrientos en la historia de América Latina. En México, un intento estudiantil de volver a las calles fue reprimido en 1971, pero se mantuvo la actividad política dentro de las universidades; a la par, los gobiernos priístas utilizaron la represión indiscriminada contra la insurgencia campesina, mientras utilizaban sus mecanismos corporativos para afrontar la insurgencia sindical, y se abrieron espacios a la actividad de nuevos partidos mediante la “apertura democrática” y la reforma política en la década de 1970. A mediados de ese decenio, en estos cuatro países, las perspectivas de una transformación social, de cambios revolucionarios, estaban canceladas. Por la vía golpista de implantación de dictaduras militares en América del Sur, o con el arribo de autoridades de derecha en México, se puso freno a las iniciativas de participación colectiva y a la creación de conocimiento crítico en las universidades.

El retorno a las democracias en América del Sur en la década de 1980, bajo la sombra del liberalismo económico, que también se fue imponiendo en México, así como los cambios en las condiciones de vida de la población, el desmantelamiento de las grandes industrias y la precarización del empleo, así como las derrotas de las vías revolucionarias y la caída del

bloque socialista, se reflejaron en los movimientos estudiantiles de las últimas dos décadas del siglo XX. Los estudiantes provenientes de las clases medias emigraban hacia las universidades privadas, y en las escuelas públicas aumentó la proporción de estudiantes con menores recursos. En estas luchas, es más claro que ese sector estudiantil se ha convertido en un grupo socialmente subordinado, y que los estudiantes de las grandes instituciones privadas ya no comparten sus demandas. Al mismo tiempo, la clase obrera ha dejado de ser el referente político y organizativo, se ha desdibujado como el sujeto estratégico que era en las décadas anteriores.

Aunque muchos de estos nuevos movimientos asumieran formas organizativas similares basadas en las asambleas, utilizaran medios semejantes como la huelga, la ocupación, el reclamo de diálogo público, recalcaran el sentido político de sus demandas e intentaran extenderse hacia otros sectores de la sociedad, una gran diferencia con 1968 ha sido el gran peso que han tenido las demandas de corte estrictamente estudiantil, la fragmentación entre alumnos de diferentes instituciones, y la ausencia de demandas concretas que permitieran una coordinación entre las acciones estudiantiles y otros sectores. Las condiciones sociales en que se han desplegado los movimientos estudiantiles de las últimas décadas son muy distintas a las de 1968, al igual que la ausencia de perspectivas de alianzas de clase o la falta de modelos para una nueva sociedad. No obstante, 1968 sigue apuntando a la posibilidad de la acción conjunta basada en acuerdos entre sectores aliados, sostenidos en una amplia democracia sustentada en organismos representativos. El conocimiento de esas experiencias de lucha debería contribuir a evitar imitaciones carentes de sustento, y a recuperar en cambio las tradiciones que han permitido mantener vigentes diversas formas de organización y de acción que tengan pertinencia en el momento actual.

APÉNDICE 1

MAPAS DE LAS PRINCIPALES CIUDADES AFECTADAS POR LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

Montevideo, Uruguay

Tomado de *Mapa rutero de Uruguay*. Eureka, Montevideo, 2013



1. Sede central de la Universidad de la República
2. Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (educación media)
3. Facultad de Arquitectura
4. Plaza de la Independencia (lugar de llegada de las manifestaciones que salían del edificio central de la Universidad)

Río de Janeiro



1. Iglesia de la Candelaria

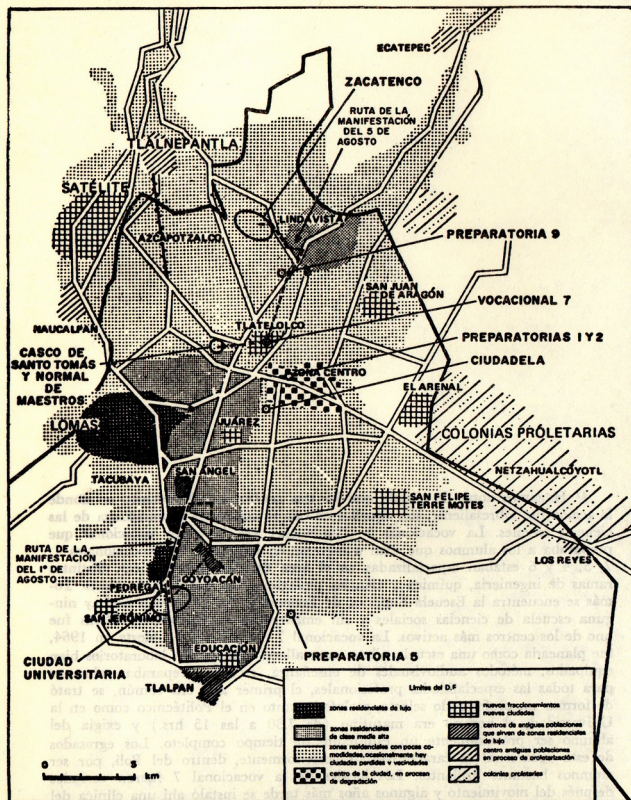
2. Cinelândia

3. Restaurante Calabouço

Ciudad de México

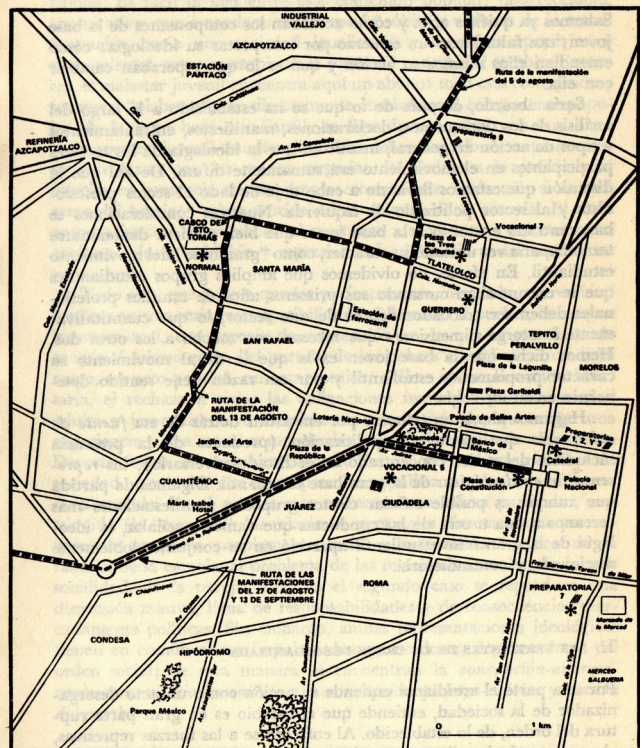
Tomado Sergio Zermeño, *México, una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XXI, 1984, pp. 208 y 209

MAPA 1
Distrito Federal. Centros de educación y rutas de manifestaciones



El plano base fue tomado de Claude Bataillon y Hélène Rivière D'Arc, *La ciudad de México*, op. cit.

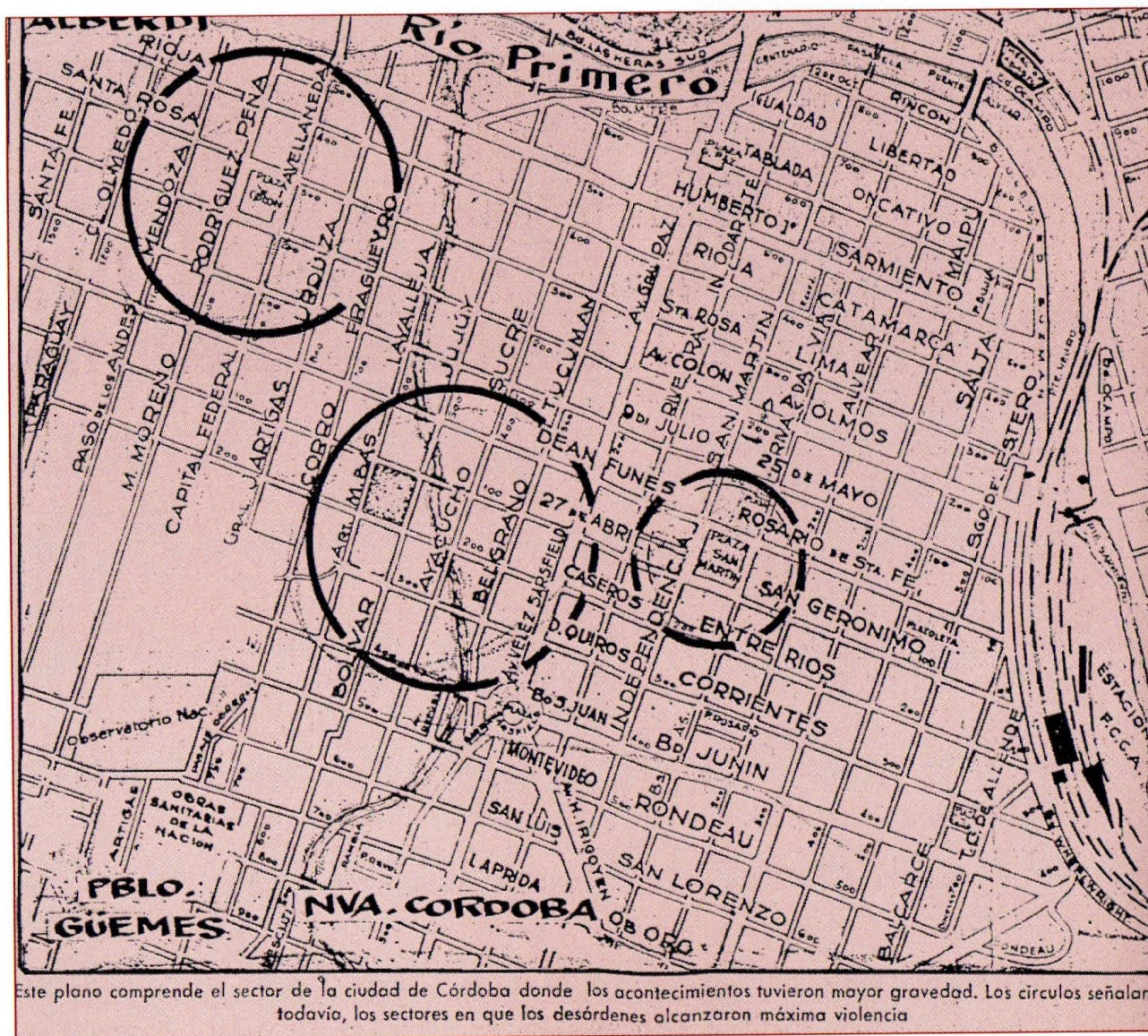
MAPA 2
Centro de la ciudad de México. Zonas estudiantiles, centros obreros, puntos de enfrentamientos y rutas de manifestaciones



* Puntos de fuertes enfrentamientos.
El plano base fue tomado de Claude Bataillon y Hélène Rivière D'Arc, op. cit.

Córdoba

Tomado de Francisco Delich, *Crisis y protesta social. Córdoba 1969*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1994, p. 124



•La Prensa, viernes 30 de mayo de 1969.

APÉNDICE 2. FOTOGRAFÍAS

BRASIL



La policía montada dispersa a los manifestantes frente a la Iglesia de la Candelaria, durante la misa del séptimo día tras la muerte del estudiante de educación media Edson Luís, en abril de 1968. Fotografía de Evandro Teixeira.



Passeata dos Cem Mil em Ríó de Janeiro, junho de 1968. La publicación de esta foto en el diario *Jornal do Brasil* fue prohibida por la censura militar. Fotografía de Evandro Teixeira.



Participación de mujeres en la vanguardia de la *Passeata dos Cem Mil*. Junio de 1968.
Fotografía de Evandro Teixeira.



Combates entre estudantes de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sao Paulo y el grupo paramilitar Comando de Caza de Comunistas (CCC) durante la llamada *Guerra de la Rúa María Antónia*, octubre de 1968.

URUGUAY



Represión de la Guardia Republicana en la Avenida 18 de Julio de Montevideo, 3 de mayo de 1968. Archivo del diario El Popular.



Líber Arce ha muerto. Concentración frente al edificio central de la Universidad de la República, agosto de 1968. Fotografía de Aurelio González.



Sepelio de Liber Arce. 14 de agosto de 1968. Fotografía de Aurelio González.

MÉXICO



Presencia de una madre de familia en una manifestación del movimiento estudiantil de 1968 en México.



Estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) en un autobús tomado por el movimiento. Marcha del 27 de agosto de 1968. Agosto 27 de 1968. Fotografía de Manuel Gutiérrez.



Presencia militar en el Zócalo de la Ciudad de México. Agosto de 1968. Foto de Manuel Gutiérrez.



Agentes de policía tras la toma del Casco de Santo Tomás. Septiembre de 1968. Fotografía de Manuel Gutiérrez

ARGENTINA



El dirigente sindical Agustín Tosco, encabezando una de las marchas del 29 de mayo de 1969 en Córdoba.



La Guardia de Caballería retrocediendo ante la resistencia de los manifestantes durante el Cordobazo. Foto del diario *La Voz del Interior*.



Barricada improvisada con ramas encendidas durante el Cordobazo. Fotografía del diario *La Voz del Interior*.



Detenidos durante el Cordobazo, bajo custodia del Tercer Cuerpo del Ejército, en espera de ser juzgados por el Consejo de Guerra. Junio de 1969. Fotografía del diario *Clarín*.

BIBLIOGRAFÍA

General

*Libros

- Aries, Phillippe, "Para una historia de la vida privada", en Phillippe Aries y George Duby, coords., *Historia de la vida privada*, Vol. 3, Madrid, Taurus, 1989
- Garí, Manuel; Jaime Pastor y Miguel Romero, eds., 1968. *El mundo pudo cambiar de base*, Madrid, Catarata, 2008
- Garrigó, Andrés, *La rebeldía universitaria*, Madrid, Guadarrama, 1970
- Harvey, David, *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal, 2007
- , *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 2008
- Klare, Michael T. y Peter Kornbluh, coords., *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*, México, Grijalbo/Conaculta, 1990
- Levi, Giovanni, y Jean Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes*, vol. 1, Madrid, Taurus Santillana, 1996
- Lukacs, Georg, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969
- Marcuse, Herbert, *Ensayos sobre política y cultura*, Barcelona, Ariel, 1972
- Moore Jr., Barrington, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM, 1996
- Poulantzas, Nicos, *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1990
- Rudé, George, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1978

-----*La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, México, Siglo XXI, 1979

-Sweezy, Paul, y Charles Bettelheim, *Algunos problemas actuales del socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1973

-Tilly, Charles, ed., *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997

-Thompson, E.P., *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1979

-Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980

*Artículos

-Bensaïd, Daniel, “Un debate sobre Mayo del 68 en las páginas de *L’Humanité*”, 5 de abril de 2008, entrevista de Marion Esquerre con Daniel Bensaïd y Pierre Zarka, disponible en <http://danielbensaid.org/Un-debate-dobre-Mayo-del-68-en-las?lang=fr>, consultado el 3 de marzo de 2016

-Braudel, Fernand, “La larga duración”, en *Revista Académica de Relaciones Internacionales* N° 5, Noviembre de 2006, UAM-AEDRI, Madrid

-Finkelkraut, Alain, “Praga y el fin de la historia”, entrevista con Karel Kosík, *Revista Vuelta* N° 207, Febrero de 1994, México

-Rossanda, Rossana, “Los estudiantes como sujeto político”, en María del Carmen Ariet y Jacinto Valdés-Dapena, comp., *Filosofía y revolución en los años sesenta*, México, Ocean Sur, 2010, pp. 341 a 351

-Tapia, Luis, “Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política”, *Cuadernos del pensamiento crítico latinoamericano*, CLACSO, N° 17, Año 2, 3 de marzo de 2009

-Wallerstein, Immanuel, "1968, Revolución en el Sistema-Mundo. Tesis e interrogantes".
Revista de Estudios Sociológicos N° 20, El Colegio de México, 1989, México

América Latina

**Libros*

- Che Guevara, Ernesto, "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?", en *Obra revolucionaria*, México, Era, 1989
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012
- Ianni, Octavio, *La formación del Estado populista en América Latina*, México, Era, 1975
- Robin, Marie-Monique, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004
- Silva Michelena, Héctor, y Heinz Rudolf Sonntag, *Universidad, dependencia y revolución*, México, Siglo XXI, 1978
- Skidmore, Thomas E., y Peter H. Smith, *Historia contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*, Barcelona, Crítica Grijalbo-Mondadori, 1996
- Solari, Aldo, *Estudiantes y política en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, c. 1968

**Artículos*

- Acevedo Tarazona, Álvaro, "Conflicto y reforma universitaria en América Latina. Una perspectiva comparada del movimiento estudiantil entre México y Colombia, 1968", en Diana Soto Arango y José Rubéns Lima, dirs., *Políticas universitarias en Latinoamérica: historia y perspectiva*, Tunja, Rudecolombia, 2006, pp. 350 a 400

- De la Llosa, Alvar, "1968 en América Latina: aparición de nuevos actores", en *Historia Actual Online (HAOL)*, N° 19, Primavera de 2009
- Dos Santos, Theotonio, "El nuevo carácter de la dependencia", en María del Carmen Ariet y Jacinto Valdés-Dapena, comp., *Filosofía y revolución en los años sesenta*, México, Ocean Sur, 2010, pp. 137 y 138
- Lima Jardilino, José Rubens, "El tema de la autonomía en las reformas educativas en América Latina", ponencia, disponible como documento de texto en www.reformadel18.unc.edu.ar/privates/Jardilino.doc
- Mariátegui, José Carlos, "El proceso de la instrucción pública", en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, México, Era, 1988, pp. 114 a 116
- Marini, Ruy Mauro, "La crisis del desarrollismo", en Ruy Mauro Marini y Mária Millán, coords., *La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, Tomo II, Ediciones el Caballito, México, 1999, pp. 135 a 154
- Marini, Ruy Mauro, "El Estado de contrainsurgencia", *Cuadernos Políticos*, N° 18, México, Octubre-diciembre de 1978, pp. 21 a 29
- Marsiske, Renate, "Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1900-1930)", en Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, México, UNAM-CESU Plaza y Valdés, 1999, pp. 142 a 157
- Mestman, Mariano, "Notas sobre las rupturas del 68 en el cine de América Latina (y algunas consideraciones en torno a las fuentes)", en *Actas II Simposio Iberoamericano de estudios comparados sobre cine y audiovisual: perspectivas interdisciplinarias. Debates del cine y la historia*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2013

-Moraga, Fabio, "Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno (1990-2001)", en Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, México, UNAM-CESU Plaza y Valdés, 1999 op. cit., vol 3, pp. 179-252

-Rouquié, Alain, y Stephen Suffern, "Los militares en la política latinoamericana desde 1930", en Leslie Bethell, *Historia de América Latina*, Vol. 12, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1997; Cap. 5, pp. 281 a 341

-Ruiz Parra, Ariel Iván, "Autonomía Universitaria: entre la historia, la legislación y la búsqueda", en *Revista de la Facultad de Medicina*, Universidad Nacional de Colombia, 2000, N° 48, Vol. 4, pp. 215 a 218

**Material de archivo*

-Archivo de la revista chilena *Punto Final*, Colección histórica de la revista, 1965-1973, disponible en <http://www.pf-memoriahistorica.org/>, revistas correspondientes a 1968 en http://www.pf-memoriahistorica.org/pages/agno_1968.htm

Argentina

**Libros*

-Alarcón, Roque, *Cordobazo*, Buenos Aires, Enmarque, 1989

-Anguita, Eduardo, y Martín Caparrós, *La voluntad*, Buenos Aires, Planeta, 2013

-Balvé, Beba C., y Beatriz S. Balvé, *El '69. Huelga política de masas. Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo*, Buenos Aires, Razón y Revolución-CICSO, 2005

-Bonavena, Pablo, *et al.*, *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina. 1966-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 1998

- Bravo Tedín, Miguel, y Gonzalo Sarria, *El cordobazo, un grito de libertad*, La Rioja, Editora del Noroeste, 1989
- Cartografía de las Memorias cordobesas. ¿Te acordás del Cordobazo? Ciudad, identidad y memoria, 1969-2009*. Córdoba, Programa Municipal de Historia Oral Barrial, 2013
- Caraballo, Liliana, et al., eds., *Documentos de historia argentina 1955-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 2011
- Ceballos, Carlos A., *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985
- Córdoba, Aníbal, *El "Cordobazo". Apuntes de un combatiente*. Córdoba, Anteo, 1971
- Delich, Francisco J., *Crisis y protesta social. Córdoba 1969*, Córdoba, Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba, 1994
- Diez, Rolo, *Los compañeros*, La Plata, Editorial De la Campana, 2000
- Ferrero, Roberto A., *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba*, Tomo III (1955-1973), Córdoba, Alción Editora, 2008
- Kleiner, Bernardo, *20 años de Movimiento Nacional Reformista (1943-1963)*, Buenos Aires, Platina, 1964
- Longoni, Ana, y Mariano Mestman, *Del Di Tella a "Tucumán Arde". Vanguardia artística y política en el 68 argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 2010
- Carlos Monestés, *1969-1999 El Cordobazo. Un general desarmado*, Córdoba, edición del autor, abril de 1999
- Tcach, César, *De la revolución libertadora al cordobazo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012
- Topografía de la rebeldía. A 40 años del cordobazo*. Córdoba, Comisión y Archivo Provincial de la Memoria, 2009
- Villar, Daniel, *El cordobazo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971

*Artículos

-Barillato, Elvira, y Francisca Beatriz La Greca, “El Cordobazo: un movimiento social. Memoria, recreación y representación”, Ponencia al IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina “Los usos de la memoria y la historia oral”, Buenos Aires, Octubre de 2009, documento en pdf

-Caruso, Marcelo, “La amante esquiva: comunismo y reformismo universitario en Argentina (1918-1966). Una introducción”, en Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, México, UNAM-CESU Plaza y Valdés, 1999. pp, 123 a 161

-Cheressky, Isidro, “El movimiento obrero en Argentina (1930-1943)”, en Pablo González Casanova, coord. *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Tomo 4, México, Siglo XXI-IIS UNAM, 1984

-Freyre, María Laura, “La participación del movimiento estudiantil en el Cordobazo”, Universidad de Buenos Aires, documento en pdf, disponible en <http://mov-estudiantil.com.ar/terceras/200812.pdf>

-Inglese, Juan Osvaldo, “El poder socializador de las instituciones educativas argentinas”, en Aldo Solari, *Estudiantes y política en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, c. 1968, pp. 381 a 432

-Pons, Emilse, “El movimiento estudiantil cordobés durante el onganiato: Una aproximación a las divergencias entre el Reformismo y el Integralismo”, Revista *Modernidades*, Año V, N° 9, Julio de 2009, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, disponible en http://ffyh.unc.edu.ar/archivos/modernidades_a/IX/DEFINITIVOS/articulo-pons.htm#sdfootnote16anc

-Rein, Mónica, “Represión versus rebelión: universidades argentinas bajo el peronismo, 1943-1955”, en Renate Marsiske, coord., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. 2, México, UNAM-CESU Plaza y Valdés, 1999, pp. 163 a 208

-Sagen Gil, Guillermo, “La CGT de los Argentinos en Rosario (1968-1969)”, disponible en la página de la CGTA, http://www.cgtargentinos.org/pdfs/cgta_rosario.pdf, consultada el 24 de febrero de 2016

-Tosco, Agustín, *Carta sobre el Cordobazo*, documento en pdf

-“Tucumán Arde”, *Semanario CGT* N°31, 28 de noviembre a 5 de diciembre de 1968, consultado en http://www.cgtargentinos.org/pdfs/num_31.pdf

**Material de archivo*

-Archivo del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (Cedinci), Buenos Aires. Fondo Pascual Bianconi. Volantes y documentos de centros de estudiantes y organizaciones estudiantiles de la Universidad Nacional de Córdoba, 1969 y 1970.

-Archivo Provincial de la Memoria, Córdoba. Revistas *Jerónimo*, 1969 y 1970; *De Frente*, N°5, “A cinco años del cordobazo”, Buenos Aires, 1974.

**Sitios web*

-Página institucional en internet de la Universidad Nacional de Córdoba, <http://www.unc.edu.ar/institucional/historia>, consultada el 20 de septiembre de 2013.

-Página institucional de la Universidad Católica de Córdoba, disponible en http://www.ucc.edu.ar/portalnuevo/interna_ucc.php?sec=56&pag=1236, consultada el 24 de febrero de 2015

-Colección del Periódico de la CGT de los Argentinos, disponible en <http://www.cgtargentinos.org/segunda.htm#N%C2%BA1>, sitio web CGT Argentinos, a cargo de la Federación Gráfica Bonaerense.

*Entrevistas

-Entrevista con Carlos Orzaocoa (abogado), 17 de abril de 2014, Córdoba, Argentina.

Brasil

*Libros

-Caso, Antonio, *Los subversivos*, La Habana, Casa de las Américas, 1973

-De Angelis Santana, Flavia, *Atuação política do movimento estudantil no Brasil: 1964 a 1984*, Disertación para maestría en Historia, Universidad de Sao Paulo, 2007 (Documento en pdf)

-Dos Santos, Jorge Fernando, *Vandré. O homem que disse nao*. Sao Paulo, Geracao, 2015

-Galetti, Luiz Carlos, *As comissoes nas fábricas e a greve de ocupacao em Osasco, SP, 1968*, Disertación para maestría en Ciencia Política, Sao Paulo, Universidad Estadual de Campinas, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, 1985 (Documento en pdf)

-Groppo, Luís Antonio, *Uma onda mundial de revoltas: movimentos estudantís nos anos 1960*, Tesis de doctorado, Sao Paulo, Universidad Estadual de Campinas, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, 2000 (Documento en pdf)

-Martins Filho, Joao Roberto, *Movimento estudantil e militarização do Estado no Brasil (1964-1968)*, Tesis de maestría, Sao Paulo, Universidad Estadual de Campinas, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, 1986 (Documento en pdf)

-Ministerio de Justicia, *68, a geracao que queria mudar o mundo. Relatos*, Brasilia, Ministerio de Justicia, Comisión de Amnistía, 2011

-Ribeiro do Vale, María, *O diálogo e a violencia: movimento estudantil e ditadura militar em 1968*, Disertación de maestría, Sao Paulo, Universidad Estadual de Campinas, Facultad de Educación, 1997 (Documento en pdf)

-Teixeira, Evandro. *1968 Destinos 2008: Passeata dos 100 mil*. Río de Janeiro, Textual, 2010

*Artículos

-Aparecido da Silva, Roque, “Brasil: sindicatos y transición democrática”, en *Nueva sociedad* N° 83, mayo-junio de 1986, pp. 115 a 124, disponible en http://nuso.org/media/articles/downloads/1398_1.pdf, consultado el 30 de septiembre de 2015

-Bertussi, Guadalupe Teresinha, “La teoría crítica de la educación: dos aproximaciones”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán, coords., *La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, Tomo II, Ediciones el Caballito, México, 1999, pp. 263 a 288

-Da Cunha, Luis Antonio, “Universidad y Estado en Brasil: pasado y presente”, ponencia, en *Universidad y Política en América Latina*, México, UNAM, 1987, pp. 235 a 262

-Faria, Cátia, “Radicalizando a Repressão: a lesiglação da ditadura brasileira (1964-1979)”, en Revista Electrónica *Tempo Presente*, Rede de Estudos Tempo Presente, Año 4, N°33, Río de Janeiro, 2009, disponible en <http://www.tempopresente.org>, consultado el 26 de septiembre de 2013

-Galeano, Eduardo, “Brasilia a la hora del cuartelazo”, en *Nosotros decimos no. Crónicas (1963/1988)*, México, Siglo XXI, 1991, pp. 40 a 47

-Núñez, Carlos, “Brasil: por qué luchan los estudiantes”, Revista *Marcha*, Montevideo, 26 de julio de 1968

-Pallán, Carlos, rector de la UAM Azcapotzalco, comentarios a Luis Antonio da Cunha, en *Universidad y política en América Latina*, México, UNAM, 1987, pp. 247 a 252

-Quijano, José Manuel, "Respuesta a la penetración imperialista en la Universidad", *Revista Marcha*, Montevideo, 28 de marzo de 1969

-Selser, Gregorio, "La 'mano blanca' en el Brasil", *Marcha*, Montevideo, 25 de octubre de 1968

**Sitios web*

-Página institucional de la Universidade de Sao Paulo (USP), disponible en <http://www5.usp.br/institucional/a-usp/historia/linha-do-tempo/>, consultada el 30 de septiembre de 2013

-Decreto N° 39 de 3 de setembro de 1934, en la página institucional de la USP, Normas Históricas, disponible en <http://www.leginf.usp.br/?historica=decreto-no-39-de-3-de-setembro-de-1934>, consultado el 7 de mayo de 2015

-Página institucional de la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), disponible en http://www.ufrj.br/pr/conteudo_pr.php?sigla=HISTORIA, consultada el 20 de septiembre de 2013.

-Página oficial de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), disponible en <http://www.une.org.br/memoria/>, consultado el 12 de septiembre de 2013

**Material de archivo*

-Archivo *Documentos revelados*, en <http://www.documentosrevelados.com.br/>, Fondo Aluizio Ferreira Palmar, disponible en <http://www.documentosrevelados.com.br/categoria/conjunto-de-documentos-referente-a-militancia-politica-de-aluizio-palmar/>. Documentos, recortes

periodísticos e informes de la inteligencia militar sobre el movimiento estudiantil y la represión en 1968

México

**Libros*

-Álvarez Garín, Raúl, *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68*, México, Itaca, 2002

-Anaya, Héctor, *Los parricidas del 68*, México, Plaza y Valdés, 1998

-Ayala Blanco, Jorge, *La búsqueda del cine mexicano*, UNAM, México, 1974

-Bellinghausen, Hermann, y Hugo Hiriart, coord., *Pensar el 68*, México, 5a ed., Cal y Arena, 1988

-Cazés, Daniel, *Crónica 1968*, México, Plaza y Valdés, 1993

-Comité 68 Pro Libertades Democráticas, *Los procesos de México 68. La criminalización de las víctimas*, México, Comité 68, octubre de 2008

-Del Castillo Troncoso, Alberto, *Memoria y representación. La fotografía y el movimiento estudiantil de 1968 en México*, México, UNAM, octubre de 2010

-Díaz Ordaz, Gustavo, *Informes presidenciales*, México, Cámara de Diputados, 2006, consultado en internet en <http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/re/RE-1SS-09-06-13.pdf>, consultado el 16 de agosto de 2010

-Escobedo Aguirre, Virginia Marisol, *Influencia y representaciones de la Revolución Cubana en el Movimiento Estudiantil de 1968 en México, Una mirada retrospectiva*, Tesis de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, 2009

- Flores Zavala, Ernesto, *El estudiante inquieto. Los movimientos estudiantiles 1966-1970*, México, UNAM, Facultad de Derecho, 1988
- García Aguirre, Aleida, *La revolución que llegaría*, México, ed. de la autora, septiembre de 2015
- García Cantú, Gastón, *Años críticos. La UNAM, 1968-1987, Entrevista con Javier Barros Sierra*, México, UNAM, 1987
- Glockner, Fritz, *Memoria roja. Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*, México, Ediciones B, 2007
- González Marín, Silvia, coord., *Diálogos sobre el 68*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2003
- Guevara Niebla, Gilberto. *La libertad nunca se olvida*, México, 2004, Cal y Arena
- Holsfeind, Heidrun, *México 68*, Viena, Kodoji Press, 2009, disponible en <http://www.mexico68.net/files/mex68spanishrz.pdf>, consultado el 13 de mayo de 2011
- Jardón Arzate, Edmundo, *De la Ciudadela a Tlatelolco. México: el islote intocado*, México, Fondo de Cultura Popular, 1969
- Jardón, Raúl, *1968: El fuego de la esperanza*, México, Siglo XXI, 1998
- Martínez della Rocca, Salvador, comp., *Voces y ecos del 68*, México, Miguel Ángel Porrúa, Gobierno del Distrito Federal, Asamblea Legislativa del Distrito Federal, 2009
- Menéndez, Óscar, *Memoria del 68, fotografías y fotogramas*, Cuernavaca, La Rana del Sur, 2003
- Ortega Olivares, Mario, *Octubre Dos. Historias del movimiento estudiantil*, México, UAM Xochimilco, 1998
- Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*, México, Era, 1985

- Ramírez, Ramón, *El movimiento estudiantil de México (Julio-diciembre de 1968)*, 2 vols., 2a. Ed, México, BUAP-Era, 2008
- Reyna, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México*, México, Siglo XXI, 1988
- Reynaga Mejía, Juan Rafael, *La Revolución cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, UNAM UAEM, 2007
- Rivas Ontiveros, José René, *La izquierda estudiantil en la UNAM, Organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*, México, UNAM-FES Aragón/Miguel Ángel Porrúa, 2007
- Scherer García, Julio, y Carlos Monsivais, *Parte de Guerra, Tlatelolco 1968. Documentos del general Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*, México, Nuevo Siglo-Aguilar, 1999
- Taibo II, Paco Ignacio, *'68*, Nueva York, Siete Cuentos Editorial, 2004
- Valle, Eduardo, *El año de la rebelión por la democracia*, México, Océano, 2008
- Vázquez Mantecón, Álvaro, comp., *Memorial del 68*, México, UNAM, Gobierno del Distrito Federal, Turner, 2007
- Zermeño, Sergio, *México, una democracia utópica*, México, Siglo XXI, 1978

**Artículos*

- Betzabé Arreola, “José Vasconcelos: el caudillo cultural de la Nación”, en *Casa del Tiempo*, Vol. III, Época IV, N° 25, Noviembre de 2009, Universidad Autónoma Metropolitana, México
- Barros Sierra, Javier, “Declaración del 19 de septiembre de 1968 tras la ocupación militar de CU”, en *Cuadernos de educación sindical 44*, México, STUNAM, s.f., consultado en <http://www.stunam.org.mx/8prensa/cuadernillos/cuaderno44.htm>

- Calderón, José María, “Movimientos populares en la historia de México y América Latina: El movimiento estudiantil de 1968”, en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, México, UNAM, 1987, pp 125 a 137
- Cohen, Deborah, y Lessie Jo Frazier, “México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las “mujeres” en las calles”, en *Estudios Sociológicos*, Vol. XXII, N° 3, El Colegio de México, México, 2004, pp. 591 a 623, disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/598/59806603.pdf>, consultado el 20 de abril de 2011
- Entrevista con Salvador Martínez della Rocca, en “Historia de la Facultad de Ciencias VII”, *Ciencias, Revista de difusión* N° 9, México, Facultad de Ciencias, UNAM, Febrero de 1986, disponible en www.ejournal.unam.mx/ens/no09/CNS00905.pdf, consultado el 4 de agosto de 2010
- Fiscalía Especial para los Movimientos Políticos y Sociales del Pasado, “Tema 3, Movimiento Estudiantil de 1968”, en *Informe General de la Fiscalía Especial para los Movimientos Políticos y Sociales del Pasado*, pp. 44 a 149, México, 2006, disponible en internet en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB209/index.htm#informe>
- González de Alba, Luis, “1968: La fiesta y la tragedia”, en la revista *Nexos* N° 189, México, Septiembre de 1993.
- González López, Gustavo, “El CNH reconoció así la participación de las compañeras. Adela González, maestra de ceremonias el 2 de octubre en Tlatelolco”, México, Cimac Noticias, 2 de octubre de 2008, disponible en <http://www.cimacnoticias.com/site/08100208-Adela-Gonzalez-mae.35082.0.html>, consultado el 23 de marzo de 2010
- Grupo Mira, “Arte-luchas populares (1968-1978)”, en *Movimientos populares en la historia de México y América Latina*, México, UNAM, 1987

-Guevara Niebla, Gilberto, "Antecedentes y desarrollo del movimiento de 1968", en *Cuadernos Políticos*, N° 17, México, Era, julio-septiembre de 1978, pp. 6 a 33

-José Luis Piñeyro, "Las Fuerzas Armadas y la guerrilla rural en México. Pasado y presente", en Verónica Oikion Solano y Marta Eugenia García Ugarte, eds., *Movimientos armados en México. Siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán/CIESAS, 2006, pp. 69 a 89

-Quiroz Trejo, José Othón, "A treinta años del 68: algunos vacíos y algunas influencias", *Sociológica, Revista de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM Azcapotzalco*, Año 13, N° 38, Septiembre-diciembre de 1998, Universidad Autónoma Metropolitana, disponible en <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/3803.pdf>, consultado el 15 de abril de 2011

-Rodríguez Kuri, Ariel, "Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968", *Revista Historia Mexicana*, Vol. LIII, N° 1, julio-septiembre 2003, México, El Colegio de México, p. 186, disponible en http://historiamexicana.colmex.mx/pdf/13/art_13_2079_18101.pdf, consultado el 2 de agosto de 2010.

*Sitios web

-1968. Dossier. *El Movimiento político y estudiantil de 1968: Experiencias en México*, Berlín, Fundación Heinrich Böll, consultado en www.boell-latinoamerica.org/download_es/movimiento68.completto.pdf el 8 de agosto de 2010, disponible en https://mx.boell.org/sites/default/files/movimiento68_completo.pdf al 30 de junio de 2016

-Vargas Valdés, Jesús, *Fragua de los Tiempos*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Unidad de Estudios Históricos y Sociales, disponible en <http://www2.uacj.mx/UEHS/Publicaciones/LaFragua.htm>, consultado durante 2010 y 2011

**Material de archivo*

-Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM), Fondo Movimiento Estudiantil Mexicano (MEM), Ramo CE1968, Subramo Volantes; Fondo Esther Montero, dos cajas. Volantes y documentos del Consejo Nacional de Huelga, de los Comités Coordinadores de la UNAM y del IPN, y de los comités de lucha de facultades y escuelas de la UNAM, IPN, Normales, Universidad de Chapingo y otras escuelas participantes.

AHUNAM, Fondo Manuel Gutiérrez Paredes. Fotografías tomadas por Manuel Gutiérrez Paredes para la Secretaría de Gobernación.

**Entrevistas*

-Entrevista con Felipe Jaime (periodista), 29 de octubre de 2010

-Entrevista con María Luisa González Marín (economista), 30 de noviembre de 2010

-Entrevista con Enrique Ávila (profesor), 1 de octubre de 2010

-Entrevista con Guillermo Rentería Serrano (médico), 15 de octubre de 2010

Uruguay

**Libros*

-Araujo, Ana María, y Horacio Tejera, *La imaginación al poder. Entrevistas a protagonistas de la insurrección juvenil de 1968*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1988

-Bañales, Carlos, y Enrique Jara, *La rebelión estudiantil*, Montevideo, Arca, 1968

- Centro Municipal de Fotografía, Intendencia de Montevideo, *Huellas de la represión. Identificación de Centros de detención del autoritarismo y la dictadura (1968-1985)*, Montevideo, CDMF-IMM, mayo de 2009
- Cores, Hugo, *El 68 uruguayo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1997
- FEUU y UIE, *Documentos, trabajos y resoluciones, Seminario de Integración Económica y Social de América Latina, FEUU*, Montevideo, Centro de Estudiantes de Derecho, enero de 1966
- Labrousse, Alain, *Los tupamaros. Guerrilla urbana en el Uruguay*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971
- Demasi, Carlos. *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria-Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, s.f.
- Landinelli, Jorge. *La movilización estudiantil universitaria en la crisis social de 1968*. Montevideo, Centro de Estudios Uruguayos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 1988
- Markarian, Vania, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012
- Paris de Oddone, Blanca, *La Universidad de la República, de la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Ediciones Universitarias, 2010
- Rey Tristán, Eduardo, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Universidad de Sevilla, 2005
- Universidad de la República, *1968. La insurgencia estudiantil*. Montevideo, Universidad de la República, 2008

-Varela Petito, Gonzalo. *El movimiento estudiantil de 1968. El IAVA, una recapitulación personal*. Montevideo, Trilce, 2002.

**Artículos*

-Carlos Bañales, “Qué pasa cuando los veinteañeros alzan la voz”, *Marcha*, Montevideo, 7 de junio de 1968

-“Cielito del 68”, entrevista con Vania Markarian, en *La Diaria*, Montevideo, 12 de abril de 2012

-Cores, Hugo, “Aproximación a los orígenes de la violencia política en el Uruguay”, *Cuadernos de la historia reciente 1968 Uruguay 1985*, N° 2, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007

-De Giorgi, Ana Laura, “¿Sólo con mi pueblo? Sobre la supuesta debilidad del respaldo político parlamentario del presidente Pacheco (1967-1972)”, en *Cuadernos de la historia reciente 1968 Uruguay 1985*, N° 6, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 15 a 24

-Gascue, Álvaro, “Apuntes para una historia del Frente Estudiantil Revolucionario (FER)”, en *Cuadernos de la historia reciente 1968 Uruguay 1985*, N° 6, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 25 a 37

-Nelson Minello, del Colegio de México, Comentarios a la ponencia “Autonomía y autogobierno en la universidad uruguaya”, en *Universidad y política en América Latina*, México, UNAM, 1987

-Blanca París de Oddone, “Autonomía y autogobierno en la universidad uruguaya”, en *Universidad y política en América Latina*, México, UNAM, 1987, pp. 111 a 133

-Álvaro Rico, “Sobre el autoritarismo y el golpe de Estado. La dictadura y el dictador”, en Carlos Demasi et. al., *La dictadura Cívico-Militar. Uruguay 1973-1985*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2013, pp. 179 a 246

-Lucía Sala de Touron y Jorge Landinelli, “50 años del movimiento obrero uruguayo”, en Pablo González Casanova, coord. *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Tomo 4, México, Siglo XXI-IIS UNAM, 1984, pp. 251 a 329

-Solari, Aldo, “La universidad en transición en una sociedad estancada: el caso del Uruguay”, en Aldo Solari, *Estudiantes y política en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1968, pp. 133 a 207

-Mauricio Bruno Tamburi, “Violencia anticomunista en el Uruguay de los tempranos años sesenta. Algunas operaciones de las 'bandas fascistas' y su conexión política”, en *Cuadernos de la historia reciente, 1968 Uruguay 1985*, N° 5, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008

**Material de archivo*

Archivo General de la Universidad de la República (AGU), Fondos Rectorado de la Universidad: Gaceta de la Universidad, Suplemento Especial de Agosto de 1968, y Edición Especial de Septiembre de 1968. Actas de Sesiones del Consejo Central Universitario, Tomos 1 y 2 del año 1968; Notas de la Universidad de la República, N° 1 a 500, 2 Ene a 5 Jul 1968, Tomo I, y de N° 501 a 1040, 5 Jul a 31 Dic 1968, Tomo II.

-Fondo Histórico, Subfondo de archivos personales Trayectorias Universitarias: Fondos Rodrigo Arocena, Alfredo Errandonea, Roberto Markarian, y Fondo FEUU. Volantes, documentos, recortes de prensa y manuscritos sobre el movimiento estudiantil y la represión gubernamental.

-Revista *Marcha*, ediciones de 1968 y 1969

**Entrevistas*

-Entrevista con Mario Handler (cineasta), 12 de abril de 2014, Montevideo

Material audiovisual

-*El grito*, Dir. Leobardo López Aretche, México, Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, UNAM, 1968. Duración: 120 minutos. Disponible en disco compacto.

-*1968*, Dir. Glauber Rocha y Affonso Beato, Brasil, 1968. Duración: 22 minutos. Sin montaje y sin sonido. Título y créditos colocados por la Cinemateca Brasileira “según indicación expresa de Glauber Rocha en carta del 02.12.1980”. Disponible en dos partes, en el sitio de Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=B4hfgu3VpLI> y https://www.youtube.com/watch?v=BwBIVv93_Kg

-*Me gustan los estudiantes*, Dir. Mario Handler, Instituto Cinematográfico de la Universidad de la República, Uruguay, 1968. Duración: 6 minutos.

-*Líber Arce, liberarse*, Dir. Mario Handler, Uruguay, Cinemateca del Tercer Mundo, 1968. Duración: 10 minutos.

-*Ya es tiempo de violencia*, Dir. Enrique Juárez, Argentina, 1969. Duración: 44 minutos. Disponible en el sitio de Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=VfrrtIW2LjY>

-*Argentina Mayo de 1969 Los caminos de la Liberación*, Grupo Realizadores de Mayo, Argentina, 1969. Duración: 210 minutos. Presentado en el programa *La joven guardia*, de Televisión Pública Argentina sin algunos segmentos, con comentarios y cortes, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=mmS8Li9hEDQ>

-Entrevista con Eliseo Subiela en el programa *La joven guardia*, de Televisión Pública Argentina, consultado en el video *Argentina Mayo de 1969 Los caminos de la Liberación*, en el sitio de Youtube, <http://www.youtube.com/watch?v=NRLQXzUwYr4>